

HISTORIA
DE NUESTRAS
CALAMIDADES

HISTORIA DE NUESTRAS CALAMIDADES

Dr. S. ARANA-SOTO

*de la Academia Puertorriqueña de la Historia
de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico
del Instituto Puertorriqueño de Cultura Hispánica*

OBRAS DEL AUTOR

- Diccionario de Temas Regionalistas, en la Poesía Puertorriqueña, Editorial Club de Prensa, 1961.
Diccionario de Médicos Puertorriqueños (que se han distinguido fuera de la Medicina), publicado por la Asociación Médica de P. R., 1963.
Cuba y Puerto Rico no son..., 1963.
La Camisa Volantona y Otros Cuentos Políticos. 1965.
Catálogo de Farmacéuticos de Puerto Rico (de 1512 a 1925). 1966.
Catálogo de Médicos de Siglos Pasados (con muchos de éste). 1967.
Los Médicos y el Descubrimiento de América y El Homenaje al Dr. Chanca, 1967.
La Política Exterior de Puerto Rico (El Problema Político de Puerto Rico), 1967.
Luis Muñoz Rivera (Savia y Sangre de Puerto Rico). Parte 1: Luis Muñoz Rivera: Patria y Pensamiento.

PENDIENTES DE PUBLICACION

- Luis Muñoz Rivera (Savia y Sangre de Puerto Rico).
Parte 2: La Disidencia Anexionista.
Parte 3: La Disidencia Independentista.
Nuestra Isla Mona: Presente, Pasado y Futuro.
Puerto Rico Peculiar.
Catálogo de Poetas Puertorriqueños.
Catálogo de Apellidos de Puerto Rico.
Los Médicos y la Medicina en el Descubrimiento de América.

S. ARANA-SOTO

HISTORIA DE NUESTRAS CALAMIDADES

SAN JUAN DE PUERTO RICO

1968

72 92379

© del autor

Primera edición: Abril, 1968

Depósito Legal: B. 9.767 - 1968

Printed in Spain

Impreso en España

Imprime: Tipografía MIGUZA - Ciudad, 13 - Barcelona-2

INTRODUCCION

Al dar comienzo a esta Historia de nuestras continuas calamidades, se me viene a la memoria aquella Narración Histórica del Dr. Cayetano Coll y Toste en que nos explica por qué nuestro jíbaro era arisco. Como nuestro campesino acostumbraba robarse la novia —nos dice— no es de extrañar que sus hijos fueran concebidos con susto. Pues bien, veremos en las siguientes páginas que no sólo el jíbaro, sino todos los puertorriqueños, por siglos han sido engendrados bajo la influencia del pánico, tal ha sido la serie ininterrumpida de nuestras desgracias, zozobras, sustos y terrores; voy a hablar en las páginas que siguen, entre otras cosas, de huracanes, terremotos, epidemias e invasiones armadas, sucesos que son eminentemente calamitosos en cualquier tiempo y en cualquier parte del mundo y que han constituido la urdimbre de nuestra historia durante unos cuatro siglos.

Sin embargo, de estos sucesos, ni se ha hecho una historia —por eso hago yo ésta aquí— ni se habla a menudo. Tan poco los recordamos que el extranjero que nos visita a penas se entera de que aquí hemos sufrido tales calamidades y con tal frecuencia. Si, en busca de información sobre el particular, recurre a los escritos de literatos y políticos, trabajo le da encontrarla. ¿A qué se debe tal discrepancia? A que nos han distraído la atención de esas grandes, frecuentes y verdaderas calamidades, las pequeñas aunque no menos frecuentes, calamidades de nuestra vida política.

Porque estamos los puertorriqueños mucho más conscientes de nuestros males políticos por leves que sean que de los peores meteoros. De los terremotos que destruyeron ciudades

matando a cientos de personas, de los huracanes que a un promedio de uno cada seis años destruyeron viviendas, puentes, sembrados y ganados llevándose de una vez cientos y hasta miles de vidas humanas, de las epidemias que con tanta frecuencia en nuestra historia diezmaron la población llenando de luto todos los hogares, de las invasiones de caribes, holandeses, ingleses, franceses, no encuentra el lector casi nada en los escritos de literatos y políticos.

Pero del menor yerro, del menor desliz, de la menor indiscreción de un gobernador, no solamente encontrará el extranjero abundancia de datos en libros y periódicos, sino que los habitantes del país se los recordarán a cada rato.

Este interés exagerado por lo político y particularmente por lo superficial en lo político, esto es, por lo personal, es típico de nosotros. Soportamos estoicamente un huracán que nos deja desnudos y hambrientos para toda la vida pero no soportamos las palabras descorteses de un gobernador. Le hemos dado demasiado importancia a lo político: estamos siempre pendientes de lo político.

Esto de darle más importancia a pequeños incidentes políticos que a verdaderas calamidades se debe a nuestra psicología española. Vivimos unos con los otros; nos interesan más que ninguna otra cosa, los otros hombres. Esto es lo que Madariaga ha llamado la humanidad de los españoles. No entendemos de cosas abstractas: lo que entendemos es al hombre concreto, al que conocemos, al que vemos y tocamos y oímos. Por eso, nos metemos en la vida de los demás; por eso, los demás siempre se están metiendo en la nuestra; por eso, no seguimos en política un sistema por bueno que parezca sino al grupo o partido o sistema cuyo jefe nos esté simpático o sea nuestro amigo o pariente o compadre, o cuyo representante en el barrio o pueblo conozcamos; por eso, en materia de negocios, siempre preferimos un mal negocio con el hombre que conocemos a uno, quizá mejor, con un desconocido o extraño. Seguimos siempre al hombre y nunca a las ideas. Por eso, no entendemos del mismo modo que los anglosajones la democracia; por eso, en Hispanoamérica, se ha seguido al caudillo, al cacique.

Entra en esto el fatalismo español unido en nosotros al del indio y al del negro.

Somos indolentes, somos contemplativos, somos individualistas, somos seres de pasión; el eje de nuestra psicología, como en el español, es el alma. Con todas estas cualidades —que no son peores ni mejores quizá que las de cualquier otro grupo étnico— estamos siempre pendientes de lo que hacen los hombres. Nos interesa más y, además, sabemos que en ello podemos intervenir aunque sea murmurando. Los grandes meteoros vienen cuando les toca; son fuerzas mayores contra las cuales nada podemos y, una vez venidos, por más daño que nos hayan hecho, perdemos en ellos el interés, de tal modo que un hombre a quien un ciclón ha dejado sin familia y sin camisa que ponerse, al otro día está más pendiente de lo que diga el Gobernador o el Presidente o simplemente el vecino de al lado que de lo que pasó ayer. Lo que pasó pasó y ya nada se puede hacer. Pero con relación al hombre, nos interesa lo que dijo e hizo, lo que dirá, lo que dijo que hará o dirá, porque de él también dependemos y en lo que él haga en algo podremos intervenir.

Ahora bien, esto de quejarnos tanto de nuestros males políticos tiene otro efecto importante y es que nos hace aparecer a primera vista muy desgraciados cuando en realidad, a pesar de tanta verdadera calamidad, hemos sido los puertorriqueños uno de los pueblos más felices del mundo, hemos demostrado tener una "indecente" (palabra de Ortega y Gasset) tendencia a ser felices.

Hablemos de esta felicidad nuestra, porque viene a cuento si pretendemos derivar algún beneficio de la historia de nuestras calamidades, si queremos aprender algo de nuestra peculiar psicología.

Empecemos por recordar que esto de nuestra felicidad es cosa aparte que no se debe solamente a nuestra psicología de españoles. Sobre la base española de nuestro carácter, actúan circunstancias regionales, circunstancias que contribuyen a lo típico nuestro, a lo típicamente puertorriqueño, a lo típico de esta isla de Borinquen. Nosotros somos españoles pero somos en algunas cosas distintos; en lo que somos distintos

es en lo que somos puertorriqueños; y entre estas cosas en las que somos distintos de los españoles de España está la de haber sido mucho más felices que ellos. Hay sobre el particular abundancia de testimonios escritos, en su mayoría, por extranjeros, circunstancia ésta que les da todavía mayor validez. Los de afuera mejor que nosotros observan aquí una despreocupación, una indolencia, un dulce no pensar en nada serio, una paz, un candor, un infantilismo, hasta cierto punto, que no se encuentra en ninguna otra parte. A ellos no les han engañado tantas alusiones a nuestra tristeza, nuestra languidez, nuestro padecer. Aquí toda ocasión sirve para recalcar la pequeñez, la pobreza, la tristeza de Puerto Rico. Ejemplo: "Símbolo Gautier Benítez, en la lírica novecentista de Puerto Rico, la lira que con mejor sentido recogió los perfumes de nuestra tristeza violácea, y nuestro padecer endémico en alma y geografía" (Cesáreo Rosa Nieves).

Es una costumbre en nosotros. Creemos que somos pobres y pequeños —nociones que también hemos heredado de los políticos del siglo pasado y que hemos adoptado sin análisis— y de ellos derivamos que tenemos que ser también desgraciados. Esto nos viene de ser un país de poetas y de haber éstos ejercido en nuestra vida, en nuestra historia, una influencia desproporcionada, pues poetas han sido con mucha frecuencia nuestros políticos, nuestros periodistas, nuestros filósofos, nuestros historiadores y hasta nuestros médicos. Esto nos viene de la Madre Patria y, con ella, del árabe; esto nos viene del indio y del negro. Esto nos viene también del paisaje y del clima: el clima es cálido y monótono y no induce al esfuerzo físico ni mental sino a la indolencia y a la molición; el paisaje es suave, risueño, tierno; el paisaje es lírico. La isla toda, en la tierra y en los habitantes, es una isla lírica.

En el siglo pasado los políticos-periodistas-poetas tenían que exagerar nuestros males para poder conseguir de los políticos de Madrid —poetas ellos mismos muchas veces— alguna que otra reforma. Ellos que de por sí exageraban, que de por sí tendían a la vaguedad, al pesimismo, a las lamentaciones, discípulos que eran no pocas veces de Byron y de

Leopardi, se veían obligados como políticos y periodistas a exagerar nuestros males. Y en este siglo no se nos ha ocurrido corregir ni mejorar lo que aquellos poetas dejaron dicho; además, el régimen, para justificarse a sí mismo, ha fomentado los mismos conceptos, induciéndonos a creer que todo lo pasado era malo, que estábamos muy atrasados y que España era la causa de todos nuestros males. Añádese a esto todavía que ha sido parte de la propaganda de independentistas y nacionalistas recalcar nuestras desgracias presentes y pasadas y atribuir las todas a no haber sido independientes. De modo que en esto de pintarnos desgraciados se dan la mano el régimen y sus opositores.

Es interesante contraponer con la de éstos la actitud de los estadistas (anexionistas). Estos son los que menos se ocupan de nuestros dolores —son los menos llorones— pero es que para ellos todos nuestros males se reducen a uno solo, a que no somos norteamericanos. Ellos sólo se preocupan por que seamos buenos norteamericanos, por que amemos a los norteamericanos sobre todas las cosas, por que luchemos por ser un estado de la Unión con lo cual, según ellos, habremos alcanzado el mayor grado de felicidad a que puede aspirar el hombre.

Pero, como ya dije, los extranjeros que nos han observado y que han escrito sobre nosotros, no se han dejado engañar por tan frecuentes alusiones a la pequeñez y pobreza de nuestro territorio y a lo desgraciado de nuestras vidas, a lo infeliz de nuestro destino, sino que han penetrado en nuestra psicología y denunciado esta "indecente" tendencia nuestra a ser felices.

Felices y dichosos nos declara Alejandro O'Reilly en la Memoria de 1765. No tengo en este momento a la vista esa obra pero sí la "Historia de la Educación" de Cuesta Mendoza que dice (cap. XVII, 110.): "Lo rotundamente afirmado por O'Reilly es que aquellos cuarenta mil borinqueños estaban contentos y vivían felices. Tenían, pues, con pocas o muchas letras, con limitados o abundantes recursos, el resumen y fruto de todo eso que ostentosamente se llama civilización".

La cita es interesante porque además de sostener que la Isla era feliz nos da la clave de muchas equivocaciones.

Dice Cuesta Mendoza que éramos felices "con pocas o muchas letras" y en esto es en lo que se confunden tan a menudo nuestros escritores: en que confunden la falta de letras o la falta de escuelas o la falta de trenes o máquinas o de ciertas leyes liberales o de lo que sea, con la falta de felicidad. Unos hombres imbuidos de doctrinas políticas, filosóficas y sociales que se estaban debatiendo en el extranjero, las creían absolutamente indispensables para la felicidad nuestra y porque a ellos les dolía su falta, estaban seguros que a todos nosotros nos pasaba lo mismo.

Antes de 1832 y probablemente antes del 1806, aparece una de las primeras obras publicadas en Puerto Rico. Era del poeta español Juan Rodríguez Calderón y se intitulaba "A la hermosa y feliz Isla de San Juan de Puerto-Rico".

*"¡Oh isla afortunada!
Sitio feliz..."*

exclama el autor, en una época en que todavía no se había dividido el país entre liberales y conservadores.

Pedro Tomás de Córdova, refiriéndose a los años de 1822 a 1832, dice en sus "Memorias Geográficas, Históricas, Económicas y Estadísticas de la Isla de Puerto-Rico", que disfrutamos durante el gobierno del don Miguel de la Torre de una era de prosperidad y de felicidad. El autor quería alabar al mismo tiempo el estado de paz en que vivíamos nosotros, en contraste con el estado de miseria en que se agitaban los países de Hispanoamérica todavía en, o apenas saliendo de, las llamadas guerras de independencia. Tenemos aquí un autor parcial pero cuya parcialidad no le quita valor a lo que dice con respecto a nosotros pues precisamente una de las causas de nuestra felicidad es el habernos salvado de las miserias de una larga guerra que, si a los países hermanos causó incalculables horrores y miserias, a nosotros nos los hubiese causado aún mayores, pues éramos un país más pequeño, con

menores recursos y, lo que es peor, más aislado del resto del mundo.

Doy ahora la palabra a un autor que no es español sino irlandés, coronel del ejército británico y uno también de nuestros historiógrafos. Dice George Dawson Flinter (citado por Tomás Blanco) en "Estado actual de los Esclavos de la Isla de Puerto Rico" (Nueva York, 1832): "Unas leyes moderadas y una formidable población blanca ponen a los habitantes de esta dichosa isla fuera del alcance del incendio general que amenaza". El testimonio de este autor tiene tanto más valor cuanto que estaba al servicio de Inglaterra, archienemiga de España e inventora de la leyenda negra española. Vemos aquí como vuelve a aparecer con respecto a nuestra isla la palabra "dichosa". Y por qué éramos dichosos lo dice claramente el autor: porque gracias a diversos factores, entre los cuales no era el menor la benignidad de las leyes relativas a la esclavitud en territorios españoles, había aquí pocos esclavos, se les trataba especialmente bien y no teníamos que temer los horrores de un levantamiento de negros.

Escribiendo allá por el 1910 decía Menéndez y Pelayo en su "Antología de Poetas Hispanoamericanos" (VI): "La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelícísimo destino de Santo Domingo, pertenece al número de aquellos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia". Volvemos otra vez a aquello de que nos hemos librado de cruentas guerras que es en lo que no hemos tenido historia, pues por historia se suele entender en este mundo enfermo precisamente sangrientas guerras civiles o guerras con otros países, sangrientas convulsiones políticas, y cosas por el estilo. Fuera de estas cosas sí hemos tenido historia y precisamente por eso hemos sido felices, porque la hemos tenido pero sin violencia.

"A pesar de aquel olvido imperdonable de la madre, a pesar del abandono injustificado en que siempre se le tuvo, a pesar del despotismo periódico de algunos de sus gobernantes, la colonia había sido hasta aquel momento un pueblo feliz. Sus hijos comían, cantaban, jugaban y bailaban". Esto

lo dice uno de los caracteres de "Los Parias" (San Juan, 1946, pág. 25). Y algo parecido dijo Luis Muñoz Marín: "la bandera norteamericana encontró a Puerto Rico pobre, pero satisfecho... Ahora flota sobre una factoría donde trabajan esclavos que han perdido sus tierras y quizás pronto perderán sus guitarras y sus canciones".

Manuel Zeno Gandía, médico y poeta y el mejor de nuestros novelistas, y el que con más tristes colores ha pintado la situación nuestra a fines del siglo pasado, hablando de la música campesina, alude en "La Charca" (pág. 131) a este "pueblo moribundo, que sonriendo y cantando, se hunde en la abyección"; nos está diciendo que a pesar de los pesares el puertorriqueño se siente feliz. Porque no hay duda alguna: el pueblo puertorriqueño tiene una natural disposición para ser feliz. Se parece en esto al "coolie" chino que después de un largo viaje por malos caminos, tirando del carro en donde viaja una pareja de europeos, a la hora del descanso que ellos aprovechan para lamentarse de las incomodidades del viaje, se olvida por completo de sus fatigas, se distrae jugando con sus compañeros, come con gusto su mendrugo de pan y duerme su siesta como un lirón.

Buscando la razón de esta felicidad no tarda uno en encontrarla. En primer lugar, contribuye a ella el clima, no sólo porque no sentimos aquí nunca la mordedura del frío ni el azote de los extremos del calor, sino porque nos hace la vida fácil, limitando nuestras necesidades, dispensándonos de trabajar una gran parte del año sólo para calentarnos. Pero un clima parecido tienen Cuba y Santo Domingo y no se han ganado el título de felices.

Hay algo más. Hay esa convivencia racial, esa simpatía humana que hace que aquí hemos vivido siempre en armonía blancos, negros, indios y hasta extranjeros. Esta convivencia racial, esta simpatía humana tienen explicación que no es este el sitio de dar a mis lectores. Contentémonos con recordar que a ellas debemos el no haber padecido rebeliones de esclavos cuando todos nuestros vecinos vivían en perpetuo temor de perder vida y hacienda.

Hay, como lo vio Pedro Tomás de Córdova, que los puer-

torriqueños supimos siempre evitar la violencia. Defendimos, sí, nuestra tierra cuando hubo que hacerlo, a tal punto que como dijo uno de nuestros diputados a Cortes en 1873, el nuestro había sido el único territorio español que nunca había sido conquistado por los enemigos de España, pero no tomamos parte en la orgía sangrienta que tuvo lugar alrededor de nosotros cuando las colonias de América se separaron de España. Tuvimos el buen sentido de no participar ni en la revolución ni en la represión. Aquí recibimos a los venezolanos leales a España pero no los ayudamos a pelear contra los revolucionarios.

Un autor hay —poeta también— que dice que ojalá no hubiesen nunca llegado a Puerto Rico aquellos venezolanos, pero no se ha fijado que en no tomar parte en sangrientas convulsiones en que la razón y el derecho no estaban todas de una sola parte, en que no teníamos nosotros gran cosa que ganar y sí mucho que perder, es precisamente en lo que somos distintos y únicos entre los países de nuestra raza. Tampoco luchamos entre nosotros mismos. Como buenos poetas luchamos siempre con palabras. Aprendimos a esperar todo de la razón, de las buenas razones, de la palabra, y nunca de la fuerza. Sólo en los primeros y en los últimos años de la dominación americana estuvimos a punto de pelear los unos contra los otros.

Los grandes males del mundo son la violencia, la guerra, la esclavitud y se deben precisamente a los grandes egoísmos. Nosotros no hemos sido egoístas. Siempre nos hemos conformado con poco. "El que tiene cuatro vacas y un pedazo de tierra... se considera hombre acomodado...", decía de los puertorriqueños el doctor Coll y Toste. Y como no fuimos nunca egoístas nos libramos siempre de los grandes males. Al lado de ellos poco importaban más o menos escuelas, más o menos máquinas, más o menos caminos... Al lado de ellos parecen males pequeños, huracanes, epidemias y terremotos...

Sobre este particular fueron siempre nuestros adversarios los conservadores, los que en el siglo pasado mejor se expresaron, pero como eran conservadores nunca les hicimos caso. "Al pisar este suelo afortunado, en que os han colocado vues-

tros destinos..." "Habitantes de Puerto Rico: vosotros os halláis en las circunstancias más felices en que jamás se encontró pueblo alguno. Las desgracias de vuestros vecinos van a refluir en vuestra fortuna y la predilección y decisión del Gobierno hacia vosotros...", dice en su alocución inaugural el gobernador González de Linares en 1822. Tenía razón: nos habíamos librado de nadar en sangre hermana como estaba sucediendo en el resto de Hispanoamérica.

"Libres felizmente aquellos honrados súbditos de los desastres que acompañan a nuestra guerra desoladora...", decía en 1837 un gran político español.

*"Tres lustros ¡oh Latorre! has gobernado
aquesta isla feliz, isla envidiable..."*

decía un poeta en honor y despedida del general de la Torre en la misma fecha, al par que el nuevo Gobernador, don Francisco Moreda Prieto, en el mismo año aludía a nuestro "país dichoso".

Así nos veían a nosotros los extranjeros cuando en derredor sólo veían desolación y ruina y así en el fondo de nosotros nos veíamos a nosotros mismos.

La razón de esta felicidad la fundaban siempre estos observadores en que habíamos sabido evitar la violencia. En esto fuimos únicos en el Continente. En 1824 decía el mariscal de la Torre: "¿Y se quiere que los puertorriqueños muden su situación halagüeña en la disolución, el desorden, el robo, el incendio, la desnudez y el hambre y todas las miserias que afligen a nuestros desgraciados hermanos hispanoamericanos en las demás provincias?" En 1869, declaraban los conservadores al aproximarse las elecciones:

"Este pedazo de tierra es el único quizás de los inmensos territorios que ha descubierto y civilizado Castilla a este lado del Atlántico que ha conseguido permanecer sin guerras intestinas, sin cadalsos y sin violencias, entre el huracán político que ha asolado el resto de la América española y que ahora amaga con todos sus horrores, con todas sus calamidades".

No lo hubiéramos dicho mejor por boca de nuestros líderes liberales.

A pesar de tantas calamidades, pues, hemos sido felices. No hay duda posible de que tenemos una peculiar psicología que nos dota de una peculiar manera de juzgar las calamidades que hemos sufrido. Somos olvidadizos, somos algo niños, somos contemplativos, somos particularistas, espontáneos, intuitivos, individualistas, fatalistas, filosóficamente perezosos, nos guiamos por criterios subjetivos, nos falta el sentido de la cooperación y la proporción, si se quiere, y, si se quiere, según Pedreira, somos incapaces de la acción conjunta y desinteresada; somos, en fin, todo lo que se quiera, pero somos también felices y despreocupados, perdonamos con facilidad, olvidamos las calamidades de ayer para fijarnos en la del momento, aunque sea esta leve y aquella nos haya dejado desnudos y sin pan.

Esta isla pequeña y pobre y, lo que es peor, perdida en medio del océano, aislada del resto del mundo y no ya solamente de España, salvo cuando trababa contacto con otros hombres como víctima de sus despiadados asaltos, esta isla poblada por un puñado de hombres medio soldados y medio agricultores pero siempre pobres y endeudados en medio de una naturaleza salvaje, esta isla y estos hombres se vieron asaltados por cuanta desgracia puede abatir al hombre, año tras año y siglo tras siglo. Siendo por obligación la que menos atención podía esperar del rey de España y por su posición geográfica la que más ataques debía sufrir de sus enemigos, esta isla enclavada en una zona de temblores y huracanes como no hay otra en el mundo, por la paciencia y constancia y valor de sus pobladores y con la ayuda, aunque poca, eficaz, de la madre patria, había ido progresando contra viento y marea, contra invasiones de todas clases, contra toda suerte de epidemias, contra las mayores violencias de la naturaleza, contra la pobreza y el hambre, y ella sola de las que ocupaban este "charco violento" que era el Caribe, supo librarse durante cuatro siglos de la ocupación extranjera y del derrocamiento de sangre fratricida, llegando al fin del siglo XIX

con una población de un millón de habitantes, con una economía por entonces floreciente, con un buen mercado para su café —el mejor del mundo—, con un gobierno autonómico, muy liberal, con hombres públicos eminentes y desinteresados a la cabeza, con un grupo de hombres prestigiosos en todos los campos del saber, con un plan de acción para el futuro, y todo ello coronado con el raro lujo de no haber costado una gota de sangre de hermanos y de no haber sido el resultado de ninguna baja acción y de ningún menguado pensamiento.

Las calamidades a que me voy a referir, las verdaderas y hasta puede decirse las únicas calamidades de nuestra historia, son las debidas a meteoros —terremotos, sequías, huracanes—, a epidemias, y a los ataques a nuestras costas. Pero con decir esto no se puede dar una idea clara de cómo hemos vivido y sufrido los puertorriqueños: es preciso recordar que esas cosas las tuvimos casi constantemente durante cuatro siglos, es preciso recordar que cuando no éramos víctima de una de ellas, lo éramos del miedo de ellas, porque si Puerto Rico ha estado siempre situado en el centro de una región ciclónica y volcánica, estuvo también en el pasado en el centro un vasto campo de batalla en donde dirimían sus querellas todas las naciones de Europa y de América, haciéndonos a nosotros sus primeras víctimas. Más aún; Puerto Rico vivía en el centro de las actividades de piratas, corsarios, bucaneros, filibusteros. Vivía rodeado de gente que se mataban unos a otros por razones de religión, de raza, de interés. Como dice Germán Arciniegas en su "Biografía del Caribe", "El Caribe ha sido el charco violento por donde se han paseado todos los huracanes" (pág. 522), entendiendo por huracanes, en mi opinión, no solamente los de viento y agua sino más aún los desencadenados por las pasiones, el interés, los prejuicios religiosos y raciales.

Puerto Rico no era, como no es hoy, el único país del Caribe y, además, aún en las otras naciones hispanoamericanas se podía decir que sucedía lo que aquí, que en ellas también vivían los habitantes expuestos a las violencias de la natura-

leza y a los ataques de otros hombres. Pero ninguna tenía la reducida extensión territorial de Puerto Rico que se veía a cada rato obligado a depender de cualquier ayuda que se quisiese enviar desde afuera, pues aún hasta para alimentos tuvo que depender desde el principio de otras colonias españolas, ninguna tenía una posición tan cercana a Europa que la ponía en la ruta obligada de los barcos que de allá venían y la hacía el primer blanco de cuanto ataque naval se destinaba a las posesiones españolas de América. Aquí recibíamos el primer choque. Puede, pues, decirse que en materia de calamidades no tuvo Puerto Rico igual en toda la América.

Si ni siquiera del número de los temporales que nos han azotado tienen los puertorriqueños una clara idea, menos la tienen del peligro constante en que vivíamos de ataques a nuestras costas y menos aún de la dependencia en que nos ponía el destino de los sucesos europeos. Nuestro destino estaba ligado al de los otros países de Europa y América, pero los puertorriqueños no se han dado cuenta de ello y creen que los actos de España con relación a nosotros eran cosa exclusivamente de ella, cosa que solamente dependía de que ella quisiese o no quisiese actuar de tal o cual manera. Conocemos algunas veces los hechos de Puerto Rico y conocemos los de Europa y del resto del mundo pero ignoramos que los primeros dependían de y estaban sujetos a los segundos. No nos hemos dado cuenta todavía, por ejemplo, de la importancia de vida o muerte que podía tener para nosotros el establecimiento de la Iglesia en Inglaterra, la persecución de los hugonotes en Francia, el comienzo de la Reforma en Alemania.

El primero de estos hechos, por ejemplo, nos obliga a recordar la guerra a muerte que hiciera Inglaterra a España para quitarle sus posesiones con el pretexto de que éramos católicos y papistas, y en el curso de la cual corríamos nosotros el riesgo de ser las primeras víctimas. Las diferencias de religión servían de pretexto a los ingleses para atacar las colonias españolas de América y no les bastaba llevarse cuanto tuviese algún valor sino que quemaban cuanto no podían llevarse y mataban a cuantos se le cruzaran en el camino.

El tercero de estos hechos nos debe recordar que Carlos V era el defensor de la fe y que contra su poder, esto es, para nuestro mayor mal, era que se daba una batalla religiosa que tenía también fines políticos, que la Reforma produciría luego hugonotes, luteranos, anglicanos y tantas otras sectas que pondrían en peligro nuestras vidas y haciendas, sectas que pretendían, no la libertad religiosa para todo el mundo, sino la libertad suya de practicar una determinada religión que de haber podido la habrían impuesto a los demás por cualquier medio.

Estos sucesos calamitosos que en las páginas que siguen pongo a la vista del lector no son seguramente todos los que sufrimos los puertorriqueños en el curso de nuestra historia, ni siquiera todos los que han sido mencionados por nuestros historiadores, pero creo que bastan para el fin que me he propuesto. Y como no podía ni debía hacer en este trabajo un repaso de la historia europea, he tomado de ella solamente aquellos acontecimientos sobresalientes que determinaron hechos de la nuestra propia.

Si me he ocupado con más detalles de la época de Carlos I de España y V de Alemania es porque ya en su tiempo fue un milagro que no se perdiera esta colonia y porque los problemas de la época dan la explicación de los problemas de España y de Puerto Rico en los siglos subsiguientes. El hecho, ajeno a la voluntad de la nación, pero inevitable, de ser su rey flamenco y emperador romano, y el hecho de tener la nación y el escrúpulo de conciencia que los hacían defensores de la Cristiandad, protectores de los indios y campeones de la Iglesia, determinan ya la historia de España, que es la de Europa y la nuestra. Era España una nación poderosa cuando Francia e Inglaterra se estaban aún formando y fue precisamente durante los reinados de Carlos I y su hijo Felipe II que se convirtieron en las grandes potencias que tan mala fama dieron a España y tantos estorbos pusieron en su camino. De ahí la importancia de una época en que empezaba a formarse esta sociedad puertorriqueña que hoy cuenta con tres millones de miembros con sus propios caracteres.

Espero que el orden cronológico en que pongo los acontecimientos y el estilo seco con que por obligación he de narrarlos, no impida al lector terminar la lectura de un trabajo que me parece puede contribuir a poner cierto orden en el pensamiento de mis compatriotas.

SIGLO XVI

La historia de la colonización europea de Borinquen comienza con unos cerdos y cabras que suelta en la Isla Vicente Yáñez Pinzón en **1505**. Un año antes ha muerto la Reina Isabel la Católica; al año siguiente morirá el Descubridor, don Cristóbal Colón. En este mismo año de **1506**, según Tió, o dos años más tarde, según la opinión todavía generalmente aceptada, llega a la Isla don Juan Ponce de León con 50 hombres. Sale de Santo Domingo en el mes de agosto de **1508**, y lo coge el primero de los temporales de nuestra historia, el primer meteoro, y la primera gran calamidad. "...e estando en el puerto de Yuma (en la Española), a tres de agosto, vino tal tormenta, que metió el caravelón sobre unas peñas, e de allí lo saqué e perdí mucho del bastimento. Item: después de pasada dicha tormenta, me partí siguiendo mi viaje, e fuí a la ysla de mona..." "Estando el dicho caravelón surto, a diez y seys de agosto vino otra tormenta, que le sacó a la costa, e le saqué con mucho trabaxo..." Esto dice Don Juan en su Relación a Ovando. De modo, pues, que nuestra historia comienza con 50 hombres y un huracán. Hay quien cree que tendrá fin con un horrible terremoto que nos dejará hundidos en el seno del mar, llevándose al fondo los dos o tres millones de descendientes de aquellos primeros y esforzados colonizadores que aún persisten en desafiar en esta amada Isla la violencia del viento y de la tierra. Aquel huracán del mes de agosto de 1508 fue el primer aviso de la violencia con que la naturaleza nos trataría a lo largo de los siglos. No se amilanaron por

ello aquellos 50 hombres aunque salieron del apuro "con mucho trabaxo", pero no sospechaban ellos que a las violencias de la naturaleza se unirían para hacerlos desistir, aunque sin lograrlo, de tan temeraria aventura, la violencia aún más terrible de los hombres y de los microbios.

A fines del mismo año de 1508 funda Ponce de León aquí el primer poblado de cristianos, que Ovando llamó de Caparra, y establece dos labranzas de tierra, una junto al poblado que acababa de fundar y otra en el río Toa. Al año siguiente va a Santo Domingo a dar cuenta al Gobernador Ovando del resultado de sus gestiones y el rey Fernando le nombra gobernador de la nueva colonia, la segunda en la historia del Nuevo Mundo. En este año de **1509** tienen lugar en Europa tres acontecimientos que tendrán relación con nuestros destinos: sube al trono de Inglaterra Enrique VIII que será enemigo a muerte de España y de su religión y que enviará al mundo recién descubierto por España la primera expedición inglesa, presagio de otras menos pacíficas, presagio de grandes establecimientos enemigos en las costas de la América septentrional; nace Miguel Servet, futuro descubridor de la circulación pulmonar, teólogo, sabio geógrafo, uno de los grandes médicos de la historia, el cual morirá quemado a fuego lento en la hoguera, víctima de la honradez de sus ideas y de la intolerancia de los protestantes que dentro de pocos años aparecerán sobre el escenario europeo como enemigos especialísimos de España; y nace Calvino el hombre que enviará a la hoguera en Ginebra a nuestro desgraciado compatriota.

No sospecha Ponce de León, si acaso le llegan esas noticias, qué influencias tendrán esos acontecimientos en los destinos de este pueblo español que acaba de fundar, ni sabe todavía cuánto ha de sufrir él mismo en el curso de sus labores ni cuánto habremos de sufrir sus descendientes en el curso de nuestra historia por causa de otros factores, ajenos a la política.

Por lo pronto, en **1510**, cuando con las primeras provisiones que nos vienen de afuera, llega don Cristóbal de Sotomayor, Juan Ponce le nombra alguacil mayor y le encarga la

fundación de un segundo poblado junto al puerto de Guánica. No puede hacerlo aquel bravo capitán por causa de la abundancia de mosquitos y se ve obligado a escoger otro sitio cerca del puerto de Aguada. La isla de San Juan tiene ya un puñado de pobladores que habitan estas dos aldehuelas de Caparra y Aguada, tan alejadas la una de la otra, perdidas las dos en una isleta en medio del océano, y fundadas a pulmón contra viento y mosquitos. Humilde comienzo.

Y ya, en el albor de nuestra existencia, se cierne otro peligro sobre la cabeza de estos hombres: tal parece que no pasará la colonia de este humildísimo comienzo, pues, muerto el cacique amigo Agüeybana, al siguiente año de **1511**, le sucede uno que nunca fue amigo de los españoles y que, apenas investido de los poderes supremos, emprende contra nosotros sangrienta guerra. Ya han muerto los hombres del cacique Urayoán a Diego Salcedo para cerciorarse de que son mortales los recién venidos y ahora Guaybana da muerte a Sotomayor, tan valiente que no quiere oír el aviso de Guarina; ahora uno de los caciques subalternos, el del Otoao, el temible Guarionex, que según la leyenda enamora a Guarina, la emprende contra los colonos de Aguada, matando a 80 de ellos y dejando convertido en cenizas el grupo de bohíos que constituía la segunda población de la Isla. La población europea de San Juan se ve ahora reducida, apenas tres años después de emprendida la colonización, a la de la aldea Caparra que asciende a unos 120 hombres de los cuales buena parte está o enferma o herida. Pero da aviso del peligro el heróico intérprete Juan González que hace un extraordinario viaje cargado de heridas para advertir a sus compañeros del peligro. Y va a jugarse la suerte de este puñado de hombres, que han de enfrentarse a miles de indios. Juan Ponce deja para defender a su capital unos 30 hombres, los más enfermos y heridos, y se va en busca del enemigo con el resto. Ya sabemos la historia: la colonia sobrevive y si bien las hostilidades proseguirán por mucho tiempo, por lo pronto hemos salido del paso y nos disponemos a rehacernos sin pensar nunca en abandonar la empresa.

Al año siguiente de **1512** se funda la población de Añasco

("San Germán"). Caparra, por orden del rey, se llama ahora Ciudad de Puerto Rico. Viene Diego Colón en 1514, cuando ya llevamos seis años de estancia en la Isla, y dispone la fundación de una tercera población, la fundan en la costa oriental, a orillas del río Dagua, pero la asaltan los indios una noche, destruyéndola junto con ganados y siembras, quedando con vida muy pocos de los colonos. Por si no fuera ya bastante calamidad, se nos presenta en el verano de este año o en el siguiente, el segundo temporal de nuestra historia, destruyendo lo poco que nos quedaba, causando mucha hambre de la cual mueren muchos indios. En abril de 1515, hay que traer el pan de la Mona. En los primeros siete años de nuestra vida hemos tenido dos temporales, hemos perdido dos de las tres poblaciones, con sus habitantes, ganados y siembras, hemos sostenido la primer guerra, luchando un puñado de hombres contra miles de belicosos indios.

Y al año siguiente de 1516, cuando a los 8 años de fundada la colonia, muere su verdadero fundador y su verdadero padre, Fernando el Católico (Murga: I:LVII) tiene lugar el primer viaje inglés al nuevo mundo, el de Tomás Pert y Sebastián Cabot (Hakluyt, X:2-5). Con esta expedición da comienzo Enrique VIII a su política expansionista en América, política que seguirán con empuje aún mayor sus sucesores en el trono de Inglaterra, política que podría llamarse legítima si no fuera porque tendrá como uno de sus primeros fines y medios la destrucción de colonias como la nuestra, porque con el pretexto de que somos católicos tratará de quedarse con todo lo que han creado los españoles. Podría llamarse legítima mientras pusiera su mira sólo en tierras aún no exploradas ni colonizadas, pero la pone también en las tierras ya pobladas en donde tienen ya unas míseras posesiones un puñado de hombres que todo lo hemos arriesgado por ellas. Será ocupación principal de los ingleses en aguas y tierras de América la de despojarnos de vida y hacienda; por un siglo se llenarán de riquezas robando las de los españoles, esperando tranquilamente que nosotros sembremos para apoderarse de la cosecha, sin dejarnos ni siquiera nuestras vidas, alegando para esto último que no merece estar vivo quien no

sea protestante. Y más tarde, andando los siglos, vendrán unas Trece Colonias y de éstas surgirá una nación también protestante, que no querrá recordar que más de un siglo antes que ella, ya vivíamos aquí nosotros, ya teníamos aquí templos, ya queríamos esta tierra y ya la teníamos por nuestra patria.

Con este primer viaje inglés, tal cual lo cuenta Ricardo Eden, apoyándose en Ramusio y Oviedo, empieza el desgraciado contacto de esta Isla con los ingleses, pues los expedicionarios entran en el puerto de San Germán en donde obtienen ciertas vituallas. Es verdad que, al morir Fernando, hereda los reinos de Castilla y Aragón un hombre muy capaz, el que luego será también Carlos V de Alemania y emperador de Occidente, pero tendrá este hombre que luchar contra Enrique VIII de Inglaterra, contra Francisco I de Francia que ha subido al trono el año anterior de 1515 y que, como el de Inglaterra, aspira también al título de Emperador, contra los turcos que desde que tomaron Constantinopla en 1453 amenazan cada vez más la seguridad de Europa y la existencia del Cristianismo, y, por fin contra los enemigos internos de España que son, los musulmanes que todavía quedan en la península en grandes números, y los judíos.

Francisco I ha dicho: "Y yo querría ver la cláusula del testamento de Adán que me prive de reclamar mi parte en el nuevo mundo". Carlos V lo derrotará en la batalla de Pavía y lo tomará preso imponiendo cierta cantidad de dinero como rescate, según la costumbre de la época, pero el preso le pagará en moneda falsa y saldrá libre para continuar sus depredaciones. San Germán tendrá más tarde motivos para recordar a este rey: sus hombres la quemarán en 1528.

Por otra parte, este primer viaje inglés a las costas de América nos señala la ruta que seguirán por todo un siglo los buques de Inglaterra: será la misma ruta que siguió el Descubridor y en que la primera escala es esta Isla nuestra de San Juan, en donde ha de detenerse el enemigo tras la larga travesía, para tomar agua y leña.

Los ingleses no conocen estos mares y han de depender para sus expediciones de pilotos tomados a los españoles, los

cuales pilotos no conocen ellos mismos otra vía que la del Almirante, que es la que navega manteniéndose siempre a la vista de las tres Antillas, costeándolas por el sur, hasta llegar a la Florida, de ahí siguiendo la costa del continente hacia el norte. Esta derrota nos pone en el camino de cuanta expedición enemiga viene de Europa, y esta posición nuestra más cerca de Europa nos convierte en entrada o puerta de Indias, en punto de choque, en otras palabras, en importantísima plaza estratégica, que nos hará el cebo de las potencias europeas. Contra ésto, sólo militarán algunas veces nuestra pobreza que desviará las naves extranjeras hacia las ricas ciudades de La Habana, Cartagena, Santo Domingo y otras.

En este año de 1516, el de la muerte de nuestro fundador Fernando el Católico y el del acceso al trono de Carlos I, su nieto, el puñado de hombres blancos pobladores de esta Isla estamos bien lejos de pensar en la importancia de lo que acontece en Europa. Lejos estamos de pensar en la enorme desproporción que existe entre la islilla que nos hemos dado por patria y el emperador que tenemos por señor. Mejor fue así: de habernos dado cuenta de lo poco que debíamos contar a los ojos del más grande y poderoso emperador de la tierra un grupo de rústicos soldados y agricultores perdidos en esta roca aislada, no existiría hoy Puerto Rico, el país más español del mundo después de España.

Cuanto más entran en la vida de Carlos I de España y V de Alemania, más se van convenciendo los estudiosos de su grandeza, y sobre todo de la grandeza de sus miras, reflejos de la suya propia. Pero este gran hombre a quien la suerte ha puesto en el trono de España es emperador de Alemania y sacro emperador romano, y la misma España no puede ocupar ella sola toda su atención. Encarna este hombre los más grandes ideales de la época y quiere llevarlos a la realización rápida y completa.

Es el verdadero defensor de la fe cristiana y a él toca la defensa de Europa contra el turco y el musulmán, precisamente cuando dirige al turco de Asia uno de sus grandes jefes, Solimán el Magnífico. Ha de defender contra todos los enemigos sus estados europeos que son muchos, porque es

ese su deber de señor de ellos: ha de proveer a la defensa de las costas de Europa contra las depredaciones de piratas y contra el avance infiel; ha de defender a España, que dice su estado preferido, de enemigos internos y del turco africano y de los franceses e ingleses que van surgiendo como potencias agresivas y absorbentes; y por si esto fuera poco, ha de velar por el bien de las colonias del Nuevo Mundo y por la integridad de la fe católica en la propia Europa en donde ha surgido la división en la Iglesia.

Se encuentra rey de protestantes y de católicos, enemigos entre sí a muerte. Jamás rey alguno en la historia de la humanidad tuvo tantas obligaciones y tantos problemas y jamás rey alguno se consagrará a la solución de esos problemas y al desempeño de tales obligaciones con tal seriedad, con tal buena intención, con tal grandeza de miras y aun con tal inteligencia. No es culpa de él y no es culpa de España si le tocó a él ser su rey; son estas cosas que estaban determinadas por factores ajenos a ambos. No hay pues por qué lamentarse ni por qué atribuirle culpas a la una o al otro. Carlos engrandeció a España con su influencia europea; España engrandeció a Carlos con su propia grandeza y con su obra en América; Carlos no pudo dar a España toda la atención que ella requería y España no le podía dar toda la fuerza que él necesitaba: Carlos debilitó a España y España le dio a Carlos infinitos dolores de cabeza.

Pero, por sobre todas estas cosas, otra: Carlos y España, tenían ellos nada más en el mundo de aquella época, una conciencia, una conciencia que les impedía actuar en las cosas de su interés con la rapidez y la eficacia necesarias. Mientras Carlos, y España con él, discutían sobre la mejor manera de tratar con los indios sin violar en lo más mínimo sus derechos pero sin estorbar en el Nuevo Mundo la tarea evangelizadora, otros monarcas y otros países con menos escrúpulos se aprovechaban de la situación y se hacían poderosos con los conocimientos de España, con sus establecimientos americanos, con el producto de su trabajo, importándoles muy poco el derecho del aborigen. Mientras Carlos atendía a las razones de hombres como Bartolomé de las

Casas y el padre Vitoria, que pedían no ya justicia sino privilegios para los indios, otros reyes y otras naciones no vacilaban en pisotear los derechos hasta de los mismos cristianos.

No es éste el sitio de entrar en mayores detalles sobre la vida y obra de Carlos de España a quien las mismas Cortes españolas hubieron de reconocer en 1555 "los muy altos pensamientos y santísima yntencion de su magestad pues todos han sido y van dirigidos al servicio de Dios y aumento de nuestra fe católica y bien y pro común de todos su Reynos y señoríos", sino simplemente, de recordar que con tales obligaciones y cargas morales, su atención había de dirigirse primero a la Europa toda, luego a España, y en tercer lugar a América, al Nuevo Mundo del cual era esta nuestra Isla de Puerto Rico, entonces de San Juan, la parte más insignificante.

Imaginémonos a un hombre como Carlos V oyendo las quejas y peticiones de nuestros procuradores o leyendo las cartas de nuestro Cabildo. ¿Qué importancia podía tener para él un grupo de hombres haraposos habitando unas chozas en una isla perdida en el trópico salvaje, cuando el mismo imperio azteca pesaba relativamente poco en la balanza de sus intereses? Sin embargo, y ese es parte del milagro puer-torriqueño, Carlos no olvidaba, no ignoraba ninguna parte de sus tierras ni desatendía a ninguno de sus súbditos por pobre que fuese y por lejos que estuviese; a la medida de sus fuerzas, lo mismo que Fernando su abuelo antes que él y lo mismo que los reyes que le sucedieron, siempre se ocupó Carlos de esta Isla y con la poca ayuda que pudo darnos y el mucho valor y la mucha paciencia y constancia de nuestros primeros pobladores se mantuvo la colonia viva, defendiéndose contra cuantos peligros la acecharon, y creciendo y desarrollándose hasta convertirse andando el tiempo en una floreciente provincia bien pobiada y en continuo progreso.

Pero volviendo al viaje al Nuevo Mundo de Cabot y Pert, en 1516, con el cual inicia Inglaterra su política expansionista en el Nuevo Mundo, veamos el título que se dará a la Relación de este viaje (Hakluyt, X: 2-5); "The voyage of Sir

Thomas Pert, and Sebastian Cabot, about the ight yeere of King Henry the eight, which was the yeere 1516 to Brasil, Santo Domingo and San Juan de Puerto Rico. From an account of Richard Eden of 1553". Como se ve, ya en este primer viaje inglés empieza a sonar el nombre de nuestra Isla. Cuenta Ramusio que los ingleses entraron en el puerto de San Germán y compraron vituallas que pagaron con vasijas de latón. No se supo más de esta expedición, suponiéndose que se perdió en el Atlántico. En el futuro, tales expediciones ni se perderán en la travesía ni pagarán por lo que nos tomen. Lo interesante de las Relaciones que pone Hakluyt en el tomo X de sus Viajes es que las intitula en conjunto: "Principal voyages of the English nation to the Antilles (Lesser) and to S. Juan de Puerto Rico and the other Great Antilles and Tierra Firma".

Pasan sólo dos años de la muerte de Fernando el Católico, fallecido el 23 de enero de 1516; estamos en 1518 y solamente hace unos diez años que llegamos un puñado de españoles a esta tierra. Si perdimos a Aguada a manos de los indios nos queda todavía Caparra, rodeada de mangles. En España tienen lugar en este año las Cortes de Valladolid convocadas por Carlos I para que lo juren y reciban por rey de Castilla. Carlos es flamenco y ha nombrado a dos compatriotas suyos presidente uno y letrado otro de las mismas cortes. El procurador de Burgos protesta contra tales nombramientos que constituyen violaciones de las leyes de Castilla, "lo que obliga al soberano a sustituirlos por dos castellanos de los que han venido con él de Flandes" (Martínez Cardós: págs. 360-361).

Los procuradores piden al presidente que diga a Carlos "que lo primero que ha de hacer es jurar que no enajenará el patrimonio de la Corona, que guardará los fueros, leyes, privilegios y costumbres del reino y que no dará oficios ni dignidades a extranjeros y que entonces se decidiría si lo reciben o no por rey de Castilla".

Carlos cede, pero, en la Proposición que se dirige a estas Cortes (pág. 361) "se indica que el soberano ha tenido grandes gastos con motivo de las guerras de los Países Bajos, de los auxilios prestados al emperador Maximiliano para soste-

ner a Nápoles y Sicilia, de la adquisición de Frisia, y de su viaje a España, a los cuales gastos —dice— no ha contribuido Castilla. Asimismo señala su preocupación por el peligro turco que le ha movido a ofrecer su apoyo a la Silla Apostólica y le obliga a estar preparado para defender las costas de España e Italia y ayudar al Imperio. Por tanto, solicita que se conceda un gran servicio alegando que en el reino de Castilla reside «la fuerza de todas sus fuerzas, con el cual se conquistan y defienden los otros...»

Las Cortes votan un subsidio de doscientos quentos de maravedíes, pagaderos en cuatro años, que se reducen a tres a instancias del monarca. Sin embargo, en el cuaderno de peticiones censuran al gobierno de Carlos, a quien hacen un llamamiento para que los rija con arreglos a principios distintos de los que han presidido su actuación. Los reinos de Castilla —dicen los procuradores en el preámbulo—, que lo acatan como a su rey y señor natural, desean conocer por obra lo que les ha prometido y sus representantes quieren traer a su memoria, en qué consiste la misión real, exponiendo una doctrina política que no tardarán en sostener los grandes teólogos y juristas de la escuela española del xvi.

El soberano “deve e es obligado a socorrer e proveer en las cosas tocante a sus pueblos, universydades e súbditos e naturales vasallos, que a las cosas suias propias”. Carlos ha sido escogido rey “cuia interpretación es regir bien y porque de otra manera non seria regir bien, mas desypar, e ansy non se podría decir nin que es suyo, a este tal es verdadero Rey, porque aunque en los Reyes se halla y tengan otras muchas fuerças, como son linage, dignidad, potencia, honrra, rriquezas, deleites”, “ninguna de éstas es propia del monarca, sino la de facer justicia e juicio y velar por sus súbditos” y “ansi vuestra Alteza lo deve hacer, pues en verdad nuestro mercenario es, e por esta causa asaz sus súbditos le dan parte de sus frutos e ganancias suras e le syrven con sus personas todas las veces que son llamados”. Y para esto —y el ataque a sus consejeros no puede ser más directo— es preciso que Carlos busque ministros prudentes, que tengan sabiduría y

que aborrezcan la codicia. A continuación los procuradores hacen ochenta y ocho peticiones. (Martínez Cardós, 363.)

Ya ve el lector con cuánta independencia hablan y actúan estas Cortes del Reino y cómo saben decirle a su soberano que es su empleado o servidor (“mercenario”) y no solamente su señor. Esto es único en la Europa de la época. Y ya ve también el lector las graves preocupaciones que tiene el joven monarca, las gravísimas responsabilidades que pesan sobre él y lo poco que pueden contar en su ánimo, por lo menos en estos primeros años, estos pueblos del Nuevo Mundo, apenas descubierto, y, entre ellos, esta Isla de San Juan, minúscula peña perdida entre las olas de un mar todavía desconocido. Por otra parte, en el mismo momento en que lo juran por rey ya pide el primer “servicio” para costear los gastos de, entre otras cosas, la defensa de las costas de Italia y España.

El gran Carlos, como todos los reyes de España, gasta mucho y esta vez con razón, y tiene poco. Se pasará la vida pidiendo estos “servicios” y cuando no los obtenga pedirá a banqueros y prestamistas que solamente le cobrarán la bagatela de un 60 por ciento al año. Ningún rey —ningún gobierno de nuestra raza, diría mejor— ha sido jamás buen hacendista y Carlos no es la excepción. Además, si bien miramos, Carlos no tiene tiempo para ocuparse de cuestiones de tal naturaleza: su vida la ocupan cosas de mayor trascendencia y la hacienda quedará siempre en manos de personas a quienes importará menos el bien de España que la propia ganancia. Es claro que para algo somos españoles: si hubiésemos estado pendientes primero y antes que nada de cuestiones de dinero, de cuestiones financieras, no habríamos descubierto a América: todavía estaríamos levantando los fondos o haciendo los planes.

España no tenía dinero cuando descubrió a un Nuevo Mundo; no podía tenerlo pues acababa de salir de una guerra de ocho siglos contra el infiel, sacándolo de su suelo; pero España descubrió y colonizó y civilizó a medio mundo en el corto término de medio siglo. Sea de ello lo que fuere, lo importante por el momento es que nosotros acá también pedimos dinero y ayuda de todas clases que tanto o más la necesitamos que las otras partes del reino y del Imperio, y las dificultades con

que tropezamos para conseguirlas están patentes en las peticiones a las Cortes y en las de éstas a Carlos.

Por todas partes nos acechan terribles peligros. En los diez años de existencia que llevamos ya nos han visitado ciclones, caribes, temblores de tierra; ya han hecho al Nuevo Mundo los ingleses su primer viaje, presagio de otros más atrevidos. Ya vivimos en continua zozobra. Y en este año de **1518**, el del acceso al trono de Carlos, si nos espían tantos enemigos, no son ellos los que nos atacan sino la viruela, terrible epidemia traída de Africa con los negros.. La viruela asola la tierra matando bastantes negros y blancos pero se ceba principalmente en los indios de los cuales mata una infinidad.

Al año siguiente, **1519**, el del comienzo de la conquista de Méjico por Cortés, se pone de relieve, por contraste, la pobreza de esta Isla y se quieren ir y con razón, los nuestros, a otras partes, donde no sean tantos y tan graves los peligros con que deban enfrentarse. Hernán Cortés conquista para Carlos de España un imperio precisamente cuando éste asciende al trono de Europa, al ser elegido emperador. Pero el nuevo imperio, como todas las colonias, consume hombres, buenos soldados, los más emprendedores, y no da al principio ninguna ganancia sino que exige grandes gastos, al paso que allá en Europa, surge frente a la del emperador cristiano la figura no menos egregia entre los turcos de Solimán el Magnífico. Gana el poder a través del asesinato pero es un jefe muy capaz contra el cual tendrá que luchar el primero, defensor por antonomasia de la cristiandad contra todos los infieles. Carlos tendrá que defender a España al mismo tiempo que defiende a Europa; si apenas tendrá tiempo y dinero para contribuir a la conquista del imperio mejicano menos la tendrá para ocuparse de esta pobre islita en donde sólo residen unos cientos de españoles, viviendo en la mayor pobreza.

En este mismo año tienen lugar las Cortes de Santiago —La Coruña convocadas por el rey para “otorgar e hazer se-ruivio, sy pedido por nos le fuere”, “a pesar” dice el autor, “de que no había terminado de cobrarse el anterior” y, “cuando se supo su determinación de irse y de tener Cortes para pedir

dinero acabóse de todo punto la paciencia de los castellanos”. El representante del Emperador les explica entre muchas otras cosas que Carlos acepta el cargo de Emperador “porque entendiendo que debe emplear su real persona en desviar los grandes males que amenazan a la Cristiandad y en acometer la empresa contra los infieles enemigos de la fe católica” y que es obligación suya recibir la corona personalmente, por lo cual ha de ausentarse de España y para lo cual y para tantas otras cosas se necesita más dinero. Los procuradores no entienden todavía las gravísimas responsabilidades que han recaído sobre el que ha venido a ser su señor y casi se rebelan.

Entre las muchas peticiones que ellos mismos hacen, “También piden que las costas de Andalucía se defiendan de los ataques de los musulmanes” (Martínez Cardós: 365-368). Ya es el lector con qué eficacia podíamos esperar que fueran defendidas nuestras costas cuando no podían serlo con eficacia las mismas costas de España. En este año y el siguiente, como consecuencia de la divergencia entre los procuradores de Castilla y su rey, esto es, entre la necesidad de conciliar la política castellana de Carlos y su política europea e imperial, tiene lugar el levantamiento de los comuneros de Castilla, los cuales serán vencidos y pacificada la Península.

Solimán sube al poder en **1520** mientras Castilla sufre la guerra civil y este mismo año, acá en la isla de San Juan, desembarcan los caribes en Humacao matando unos cuantos españoles y llevándose presos cincuenta indios, pero nuestros abuelos se van adaptando al trópico, luchando contra el calor, la humedad, las ciénagas, los insectos, los gorgojos que se comen las siembras, las crecientes producidas por lluvias torrenciales y cuantas fuerzas puede oponer la naturaleza al esfuerzo del hombre que quiere dominarla. Y esta islita por entonces ni siquiera figura en los ridículos mapas de la época, en los perfectos de hoy apenas llena el espacio de un grano de arroz.

Al año siguiente de **1521**, en contra de la opinión y del deseo de Juan Ponce de León, la población de Caparra es trasladada a la isla que hoy ocupa San Juan. En Europa Carlos ha recibido la corona imperial en Aquisgrán y ha vuelto a

España en 1522, lleno de deudas, acudiendo con frecuencia a préstamos de los banqueros alemanes que cobran intereses exorbitantes y sacan del país los metales preciosos.

En 1523 reúne Carlos las Cortes en Valladolid para pedirles otra vez dinero, cuando todavía no ha recibido el "servicio" prometido en 1520. Pero les explica por qué los necesita dándoles cuenta de los acontecimientos políticos y militares de los últimos años. Ahora le hace la guerra Francisco I de Francia. Entre otras muchas cosas "refiere la pérdida de Belgrado y de Rodas, daño y vergüenza de la Cristiandad, y el peligro que amenaza a ésta ante al avance turco en el Mediterráneo y en los Balcanes". Las Cortes le oyen y expresan su lealtad pero no sin indicarles que ellas deben ser oídas primero antes de que se pidan subsidios y, entre las peticiones que presentan, mencionaré solamente la de que haga la paz con los cristianos "para que pueda hacer la guerra a los infieles, y le indican que provea el avituallamiento de las costas de Granada, como se hacía en tiempos de los Reyes Católicos; que prepare armada que evite las depredaciones que los piratas moros, turcos y franceses hacen en las costas de Andalucía y que tenga en estado de defensa las plazas que se poseen en Africa".

Estas Cortes tienen lugar en dos sesiones que se extienden durante los años de 1523 y 1524. Los procuradores que ven que el "servicio" que había sido hasta hacía poco cosa de carácter excepcional se ha convertido en cosa ordinaria, solicitan de Carlos que de ahora en adelante no vuelva a pedirlo, pues "si en alguna época fue cargo de conciencia gravar a los pueblos, a la sazón lo era más por estar el reino pobre y destruido", y se oponen al mismo tiempo a que permita a los extranjeros el comercio en el Nuevo Mundo y les permita en su casa y a su servicio. El Rey contesta que no conviene "hacer apartamiento de los miembros que Dios quiso juntar en un cuerpo" (Ib., 370-373).

Mientras esto sucede en España los corsarios franceses de Francisco I atacan y apresan la flota española de América. Esta y tamañas otras fechorías las pagará luego Juan Floren-

tín con su vida pero, por ahora, nos tenemos que callar y sufrir.

Al año siguiente de 1525, todavía está la nación en guerra con Francia. Carlos vuelve a reunir las Cortes, en Toledo esta vez y para que otorguen nuevos subsidios. Los procuradores por su parte "se lamentan del abandono en que se tiene la defensa de las costas españolas, lo que da lugar a que los piratas franceses y moros realicen depredaciones en las costas de Andalucía y a que se asalten las naves que vienen de las Indias y piden una vez más que se avituallen y se tengan en estado de defensa las plazas de España en Africa". Y nosotros en esta Isla vivimos internados en nuestras montañas esperando de un momento a otro el ataque del salvaje caribe y del francés cristiano y civilizado.

En 1526 viene a las Indias Occidentales el inglés Tomás Tison (Hakluyt, X:6), mientras en Europa se concluye entre Francia y España el Tratado de Madrid que Francisco I se apresura a violar. Los franceses han llegado también al río Hudson. Un año después los corsarios de Francisco atacan a Méjico y Enrique VIII se divorcia, y ambos declaran la segunda guerra contra España. Y por no ser menos en sufrimientos y zozobras que nuestros hermanos de la Península, acá somos víctimas del huracán del 4 de octubre de 1527. Escribe al emperador que lucha contra ingleses, franceses y turcos, el Lcdo. Vadillo: "En la noche del 4 de octubre pasado empezó en esta Isla tanta tormenta de viento de agua, que llaman acá huracán, que durante 24 horas derribó la mayor parte desta Ciudad, con la Iglesia, e hizo tanto daño a las haciendas del campo por las grandes crecientes que hubo en los ríos, que no se acuerdan en esta Isla de tal cosa; muchos ricos han empobrecido, entre ellos Pedro Moreno teniente de Gobernador desta". De allá nos viene ayuda, pero ¿qué atención puede prestar a un temporal ocurrido en las lejanas regiones del Trópico quien se enfrenta al terrible temporal de la guerra en su propia casa?

No quiere esto decir que estemos por acá libres de esa clase de tormenta: nos toca bastante del viento que se levanta en Europa contra el Emperador, llegando las ráfagas en forma

de visitas de barcos franceses e ingleses y, cuando no, poniéndonos en grave zozobra los daños que oímos que hacen en las otras colonias, todas solidarias de nosotros en raza, religión e intereses y todas situadas en el mismo mar Caribe y cerca de nosotros, sin contar que acá en América, tenemos nosotros nuestra propia guerra que es la que sin descanso nos hacen los caribes. Por una y otra razón necesitamos alguna clase de defensa.

Precisamente al año siguiente de 1527 nos hace una visita un barco inglés que causa intensa alarma no sólo aquí sino también en Santo Domingo. Volvemos a escribir al rey pidiendo algunos medios defensivos y ofensivos. Hasta ahora nuestras peticiones no han conseguido resultado alguno. Escribimos: "Insistimos en que se armen dos bergantines, como lo proveyó el Rey Católico, y así en doce años no osarán venir Caribes; y hágase fortaleza en este puerto, o se despoblará la isla. El Gobernador y los oficiales conocen la necesidad, pero no pueden gastar sin expreso mandado". Si no se despoblará la Isla tanto con los que nos matan los Caribes como con los que cansados de luchar contra tanto inconveniente ya no quieren quedarse en el país prefiriendo ensayar una nueva vida en otra parte del Nuevo Mundo.

En la lejana Europa Carlos convoca otra vez las Cortes, otra vez en Toledo, para los fines que ya sabemos y les informa de los últimos acontecimientos militares y políticos: "la nueva guerra con Francia y sus aliados; el avance turco en los Balcanes, que ha barrido las defensas militares húngaras, con la muerte de Luis II y amenaza directamente a sus estados patrimoniales de Austria en el centro de Europa, la situación de la hacienda del César, cuyas rentas son insuficientes para cubrir las necesidades de la Corona..." (Ib., 376).

En Europa Enrique VIII se ocupa de divorcio, en América los franceses atacan a Méjico. En cambio, porque todo no ha de ser mala fortuna, en este mismo año cae en manos de los españoles el corsario Juan Florentín, que los autores dicen es el célebre viajero y descubridor florentino al servicio de Francia, Juan Verrazzano, pero que sabemos que no es sino un corsario que inventa historias de descubrimientos. El 3 de

octubre, un día antes de visitarnos acá el huracán ya mencionado, se topa el Florentín con seis galeones españoles tripulados por vizcaínos que le echan a pique el barco y lo hacen preso. "Luego que fue el emperador avisado, envió a mandar que le justiciasen, y como ya venían con él los que le habían prendido toparon con el correo que llevaba el mandado de Su Majestad en el Colmenar de Arenas, a cuya causa fue en aquel lugar degollado en la plaza, al tiempo que le leyeron la sentencia dijo estas palabras: "Oh Dios que tal has permitido: oh fortuna que a tal punto me has traído: ¿es posible que habiendo yo muerto a tantos, a manos de un hombre solo tenga yo de morir? Ofrecía 30.000 ducados por el rescate de su vida. Mas el buen emperador más quiso dar fin a sus maldades que codiciarse con sus dineros".

Mucho ha debido de sentir esta muerte el rey de Francia pues el corsario, según confiesa, "ha robado y echado a fondo 50 naos y galeras y galeones y zabras y bergantines, y que una vez tomó una nao del Emperador que venía de las Indias con más de 30.000 pesos de oro..." Pero con la muerte de este hombre, si de él no tendremos de ahora en adelante que temer, en peor situación nos veremos por el gran número de gentes de mar que en Francia y especialmente en Dieppe seguirán sus pasos inducidos por el relato de sus hazañas. Esta ciudad marítima francesa será, como la de Plymouth al otro lado del canal, la cuna de corsarios y piratas que se ensañarán en las colonias españolas del Caribe, acuciados por las fabulosas ganancias que hiciera Juan Florín antes de su muerte. De allí saldrán, por ejemplo, Juan Terrier y Juan D'Ango, rico noble, amigo del Rey de Francia, banquero, negociante, este último, hijo del primero que en su país armó corsarios para asaltar el Caribe. Mientras todas estas cosas suceden en Europa y exactamente al año del temporal de San Francisco, nos visita a nosotros el segundo del mismo nombre.

Pasa otro año y llega el de 1528. Carlos vuelve a reunir las Cortes, esta vez en Madrid, para jurar al futuro Felipe II y para pedirles la votación del servicio. Otorgan el servicio pagadero en tres años pero indicando que el dinero de Castilla y de Indias se gaste en beneficio de las mismas y no en

otras cosas, so pena de que sus reinos "recibirán mucho agravio teniendo ellos de defender tan larga costa por mar e por tierra de henemigos christianos y moros, y en tanta necesidad... Epues con tanta fatiga dan el dinero, syntirse y a mucho mas sy se gastas een otra cosa syno en su propia defensa, e para satisfacción e contentamiento del rreyno suplican sennale personas que tengan cargo de cobrar e gastar dicho dinero en la dicha defensyon e no en otra cosa".

También le dicen cuando se trata de enajenar las Molucas que "a los principios las cosas de las Indias en quan poco heran tenidas a lo mucho que agora importan..." Y también y como de costumbre "Suplican a V.M. mande proveer las costas de la mar, e que los capitanes e gentes que para ellos solían ayer, esten, y esten muy bien pagados, e se hagan y esten las galeras que solia aver e muy bien proveidas, armadas e pagadas, porque no subceda lo que de poco tiempo a esta parte avemos visto, que es osar llegar los moros e llevar los christianos, hombres e mugeres, e ninños, en tan gran deservicio de Dios e de V.M. e afenta destos rreynos e peligros delas animas de los que cabtivan" pues, "Es cosa yncreible", dicen, "especialmente en tiempo de guerra, de la poca artillería y munición con que las naos destos rreynos navegan".

Si tal es la situación en la propia Castilla ya puede imaginarse el lector cuál sea la nuestra en el Nuevo Mundo y principalmente en esta Isla de San Juan. Efectivamente, este año es el de la visita de los corsarios franceses a San Germán (Añasco), una de las tres poblaciones de la Isla. Echan a pique una carabela española frente al Cabo Rojo y queman la ciudad. Los pocos habitantes que en ella sorprenden, huyen a los montes, porque la mayor parte de los vecinos viven en sus haciendas en la montaña y sólo vienen a la ciudad para las grandes solemnidades religiosas. Pero aún estando todos, huirían de igual modo pues son pocos en comparación con los atacantes. Pierden al huir todas sus posesiones pero salvan la vida que perderían de caer en manos de los enemigos, pues para estos no vale nada una vida humana y suelen infligir las mayores torturas a sus víctimas para hacerles reve-

lar el paradero de un oro y de unas joyas que a veces no existen. Por esta época nadie duerme tranquilo en las costas españolas de América. A veces toman por barcos enemigos a los propios; a veces ya tiene el centinela el cuchillo al cuello cuando da el grito de alarma. Por afortunado puede darse el que en manos del enemigo logra morir de un tiro o de una estocada y no torturado lentamente para que revele donde tiene escondidas sus posesiones.

En Herrera la fecha del ataque a San Germán se da como el **1529**. Nos dice que los corsarios atacan a Cubagua en octubre con una carabela y un pataje con una fuerza de 170 hombres, pero que no los dejan los vecinos desembarcar la artillería y algunos perecen de los flechazos envenenados de los indios: éstos "murieron rabiando, por lo cual dejaron la empresa, no quedando muertos más de dos castellanos". De allí, dice, vienen a San Germán en Puerto Rico pero la gente está avisada y se va al monte, salvo diez de a caballo que no pueden resistir. Los corsarios queman el pueblo "y de allí fueron a la isla de la Mona adonde prendieron dos castellanos y a un indio y dejaron una carabela portuguesa que habían tomado en Camaria con los portugueses..." Sea en este año o en el anterior que ocurre la destrucción de San Germán, es en éste que los franceses atacan Pernambuco, mientras acá en Puerto Rico llega a tanto la osadía de los caribes que asaltan a la misma capital en ocho canoas, bajo la protección de la oscuridad. Llegan hasta la desembocadura del río Bayamón.

Y así vamos pasando entre el miedo a los franceses y a los caribes y el temor a los huracanes, y a penas pasa un año sin que suframos la violencia de los unos o de los otros cuando no de los tres. Así sucede casi, en **1530**, año en que Carlos es coronado Emperador en Bolonia por el Papa Clemente VII: nos asaltan los caribes y nos visitan cinco temporales en el mismo año.

Escribimos al Rey: "El domingo pasado, 23 del presente, vinieron a esta isla once canoas de Caribes en que podrían venir 500, dieron en cierta poblada de haciendas de labranzas de esta Ciudad donde mejor oro se halla en esta isla

que se dice el Daguao e minas de Llaguello, é saquearon una hacienda de Cristóbal Guzmán, vecino principal de esta. Matáronle con ciertos cristianos blancos, negros é indios é ciertos perros bravos é caballos que tenían aparejados para defensa. Quemáronlos á todos con casas é hicieron muchas crueldades en cristianos, negros é indios. Llevaron presos 25 negros é indios para los comer según su costumbre. Témesen vengan sobre esta Ciudad indefensa, con más pujanza: tal es el temor, que las mujeres y niños no osan dormir en sus casas y se van a la Iglesia y monasterio por ser edificio de piedra. Los hombres velamos ciudad y caminos, sin poder entender en haciendas." Al mismo tiempo, los mismos caribes atacan una ranchería de los franciscanos en Aguada, la incendian y matan a cinco de los religiosos. Pero todo esto no es nada: se desatan sobre la infortunada isla y sus escasos e indefensos habitantes los cinco temporales: los de 26 de julio, 22 y 31 de agosto, y los dos de septiembre.

Dice Fray Iñigo Abbad: "Dos huracanes que padecieron en este año de **1530** desolaron al país para muchos años, dejando a los vecinos llenos de confusión y desmayo para reparar los lamentables efectos de este furioso viento". "Esta horrorosa escena se repitió dos veces en un año en esta isla, cuyos habitantes quedaron desalojados de sus casas, destruídas sus haciendas, privados de sus cosechas, perdidos sus ganados y bienes, sin esperanzas de recuperarlos después de haber soportado los mayores afanes y angustias por adquirirlos y conservarlos. Si volvían ojos a las minas, las veían todas sumergidas por las crecientes de los ríos, perdidos sus trabajos y sin medios ni arbitrios para repararlos".

Y escribe al Emperador el Gobernador: "De mes y medio a esta parte ha habido en esta isla tres tormentas de agua y viento que han destruído todas las labranzas, ahogando muchos ganados, y puesto en gran necesidad y hambre de pan. En esta ciudad derribó la mitad de las casas por el suelo, de las otras, la mejor librada quedó una teja. En campo y minas no dejó casa que no derribó."

Escriben otros colonos: "Agora en punto ha un año vinieron a esta Ciudad ocho canoas de caribes y alteraron a

los vecinos; después, las tormentas, huracanes y avenidas de ríos que han sobrevenido desde el 28 de julio nos han destruído, y ni se puede sacar oro, única granjería, pues no hay mantenimientos..." Estas tormentas destruyeron la mitad de un hospital que ya teníamos de 50 pies de largo por 30 de ancho.

Este mismo año hace un viaje al Brasil el inglés Guillermo Hawkins con un barco de 250 toneladas (Hakluyt, XI:23). Pero, ¿qué podía hacer en nuestra defensa el emperador Carlos V, nuestro rey, ocupado en detener el avance de los turcos, entre otras cosas? A las puertas de Viena estuvo Solimán el año de 1529 y a punto de quedarse con toda la Europa cristiana. Se lo impidió el rey de España y Solimán hubo de retirarse.

De esto sólo hace meses y ya le estamos pidiendo ayuda los españoles de América desparramados por un gran territorio en que cada establecimiento costeño sólo tiene para defenderse un puñado de hombres, soldados que son agricultores y que muchas veces han de descuidar sus siembras para vigilar las costas contra corsarios y caribes. Jamás colono alguno tuvo tantas dificultades como los colonos españoles de América, pero son hijos de los conquistadores o conquistadores ellos mismos y tienen la fibra heroica, la fibra resistente y, por encima de todo, se mantienen en lo suyo. Y jamás rey alguno tuvo más pesada carga que Carlos V; sólo la de su hijo Felipe II le es comparable, aunque no sea emperador sino solamente rey de España.

Un año más tarde la Isla tiene una población de 369 varones blancos de los cuales 57 están casados con mujeres blancas, unos mil indios y más de 1.500 negros esclavos.

En **1532**, ausente de España el Emperador, se reúnen las Cortes en Segovia y oyen del peligro "que implica la presión que los turcos ejercen en Europa Central y en el Mediterráneo, sobre los estados de Austria y los reinos de Nápoles y Sicilia, por lo que el monarca necesita la ayuda financiera de todos los reinos cuya Corona ciñe", pero los procuradores están mucho más atentos a lo que sucede en la propia Península y en particular a que sean terminadas las fortificaciones

de Fuenterrabía y San Sebastián, a que se prohíba la exportación de la moneda, y otras cosas. Sin embargo de tal situación, en este año, por fin, se nos envían dos bergantines en piezas, desde Sevilla, pero se pierden parte de las maderas. En este año nos visita el temporal de San Leoncio. Guillermo Hawkins hace un segundo viaje al Brasil (Hakluyt, X:23 y 55).

En **1533**, mientras Pizarro entra en Cuzco (Perú) y en Europa Enrique VIII se casa con Ana Bolena, en esta Isla nuestra se inicia la construcción de una primitiva fortaleza. Su construcción ha sido autorizada desde 1529 pero no habían hasta ahora aparecido los fondos necesarios. "Dióse principio primeramente, en 1533", nos dice Adolfo de Hostos, "a la construcción de un "cubo", como se llamaba entonces a un pequeño fuerte de forma cuadrangular y sencillo plano interior situado en el solar que ocupa la Mansión Ejecutiva" (pág. 5). Esto es poco, pero es algo más que lo que hasta ahora hemos tenido y es mucho, si consideramos el cúmulo de obligaciones que tiene el emperador Carlos V y el número de peticiones que a diario recibe de todas las partes de sus dominios y, particularmente de los de América, todos en precaria situación. Hay que tener en cuenta que el rey debe defender primero la metrópolis y luego a la cristiandad contra el turco, antes de ocuparse de estos lejanos territorios que hasta la fecha sólo le producen gastos y dolores de cabeza y que casi son el resultado, se puede decir, de las aventuras personales de algunos extraordinarios capitanes como Cortés, Pizarro, Ponce de León...

Las empresas conquistadoras son empresas populares democráticas cuyo jefe es casi siempre uno de estos extraordinarios capitanes. Estas aventuras no son concebidas por el Rey que sólo se limita a dar la autorización y a sujetarlas a ciertas reglas, si no por esos capitanes. Pero estos capitanes van ensanchando el territorio español, tanto que le falta cabeza al soberano no ya solamente para gobernarlo y defenderlo sino aún para concebirlo en su mente. Como dice un cronista, ya están cansados los cortesanos y los oficiales de la Corona de tanto descubrimiento pues hay que cambiar los mapas a cada día y apenas se ha hecho uno una idea aunque

imperfecta de las regiones descubiertas cuando hay que modificarlas otra vez. No hay cabeza que pueda asimilar tanta cosa nueva y, si esto es así, si Tierra Firme con sus perlas, Méjico con su plata y con su organización, el Perú con su oro y su arquitectura, Guatemala con sus ruinas, las Indias orientales con sus especias, la Patagonia con sus indios de desconocidos pies, ya llenan las cabezas tanto que duelen, ¿qué atención podía solicitar de los oficiales del rey y de la Corona esta isleta con su puñado de hombres, sin perlas ni plata ni monumentos ni ruinas ni grandes templos, barrida a cada rato por huracanes?

Llega el año de **1534**; solamente 25 años de existencia lleva esta colonia. Carlos V convoca las Cortes en Madrid. "Las continuas deprecaciones que los piratas turcos y berberiscos realizan en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, las Baleares, Cataluña, Valencia, Murcia y Andalucía y la ocupación de Túnez por Barbarroja, le mueven a preparar la expedición contra este territorio. De esta forma da satisfacción a las continuas peticiones que las Cortes vienen haciéndole para que defienda las costas peninsulares de los ataques musulmanes y de que haga la guerra al infiel". (Martínez Cardós, pág. 380.)

Oficiales de esta Isla escriben al Emperador en febrero, refiriéndose al estado de miseria, a la trágica situación de los pobladores (Murga, "Biblioteca", MS 568): "Unos han huído, otros están presos, quiénes en los montes, quiénes hurtando barcos al servicio de la isla, han marchado con sus negros sin saber a dó van".

Y Francisco Manuel de Lando le escribe en julio (Ib.: MS 574): "Si V. M. no provee pronto de remedio, temo que cuando no se despueble la isla quedará como una venta. Esta es la entrada y llave de todas las Indias. Somos los primeros con quien topan los franceses e ingleses corsarios como lo han hecho. Los caribes nos llevan vecinos y amigos a su salvo. Si un barco viniese de noche con solos cincuenta hombres, quemaría y mataría a cuantos aquí vivimos".

En este mismo año de 1534 hace un viaje al Canadá el navegante francés Jacobo Cartier (Hakluyt, VIII:183 y 55).

En Puerto Rico se construyen dos bergantines con los fon-

dos destinados a la fortaleza. Escribe el gobernador Lando: "De los Caribes de Guadalupe y la Dominica recibimos mil daños. Cada año vienen a hacer sus saltos. Aunque tan necesitada la ciudad, ha gastado unos 4.000 pesos en hacer armada contra ellos, en que enviamos 130 hombres. Por más que se les dañe no se atajará el mal hasta que V. M. mande poblar dichas islas. De lo cual vendría mucho bien a V. M. y a la isla y su comercio. Así tal vez no pensarían en irse los vecinos, que venderían bien sus ganados y mantenimientos".

En mayo de este año va una expedición contra la Dominica. Los expedicionarios incendian aldeas, matan caribes o los toman presos pero no pueden dominarlos por completo. Por esta época es grande el peligro de la colonia, expuesta a quedar desierta. Los colonos, ya cansados de tanto riesgo, quieren irse al Perú. Nos viene a salvar la caña de azúcar y la energía de las autoridades. Con mano fuerte impidieron la emigración y con habilidad hicieron prosperar el cultivo de la caña y la industria del azúcar, mediante préstamos y ayudas de todas clases.

En 1535, mientras Francisco de Francia inicia contra Carlos V su tercera guerra, la de Italia, aquí tenemos la visita del temporal de San Leoncio que tiene lugar el día 12 de septiembre. Al siguiente año ya no queda oro en la Isla. En Inglaterra Enrique VIII hace ejecutar a su esposa Ana Bolena tras uno de los juicios más tenebrosos de la historia y queda libre para casarse otra vez, mientras Hore, uno de sus marinos, en abril, hace un viaje a Terranova y el Cabo Bretón (Hakluyt, VIII:3-7). Cruzando el río Arequipa en compañía de Almagro se ahoga Francisco González Valdés, hijo del historiador Gonzalo Fernández de Oviedo. Por este tiempo hay ya guerra civil en el Perú entre Pizarro y Almagristas.

Al año siguiente de 1537 Carlos V celebra otra vez Cortes en Valladolid y da cuenta al Reino de su victoria en Túnez y de las vicisitudes de la guerra con Francia. Se le otorga el subsidio que solicita pero los procuradores le censuran sus largas ausencias de España, veladamente critican su política extrapeninsular y el abandono en que tiene a España y especialmente la defensa de las costas españolas de Granada, Mur-

cia y Andalucía. El rey agradece el interés que se toman sus súbditos en su persona pero reitera que en el futuro hará lo que más convenga al servicio de la Cristiandad y al bien de sus reinos y señoríos.

Mientras esto sucede en Europa y la propia España, cuya defensa no puede asegurar el Emperador y cuyas costas sufren continuos ataques de piratas enemigos, cristianos e infieles, acá recibimos nosotros la visita de nada menos que tres temporales. Escriben los Oficiales Reales al Rey: "De dos meses acá hemos padecido tres tormentas de viento y agua, las mayores que en ellas se han visto. Y como las labranzas están en las riberas, las corrientes las han llevado y destruido. Se ahogaron muchos esclavos y ganados, y han puesto en gran necesidad a los vecinos que ya antes estaban medio levantados por irse y ahora más..."

La historia no vuelve a registrar otros huracanes hasta el año de 1568, pero al año siguiente de 1538 vuelven los franceses a quemar la villa de San Germán como lo informa el Concejo de la ciudad de San Juan al Emperador en una carta que dice, en parte: "A quince de mayo próximo pasado, vino a vista del puerto de esta ciudad, un navío de corsarios franceses, que venía bien apercibida y con mucha gente, según supimos y con voluntad de entrar en esta ciudad y robarla; a la sazón salió una carabela de este puerto, que iba con mucha gente hombres y mujeres, que se iban con sus casas movidas a la villa de San Germán y a la isla Española; y como la nao vió la dicha carabela va en seguimiento de ella y dejó de entrar aquí en el puerto; y como la carabela, vió que le seguían, va a abordar en tierra a la boca de un río, dos leguas de esta ciudad, y a la sazón hallóse allí un barco, en que se salvó en tierra y huyeron por los montes; y los franceses, con un patax (patache), fue tras la carabela y robaron todo lo que en ella hallaron; y de allí se fueron, la costa abajo, robando y quemando estancias, hasta la villa de San Germán; y la robaron y quemaron e hicieron hartó daño; y de esta causa esta ciudad siempre se vela y toda la gente que hay está percibida y a punto de guerra y la falta que tenemos es de artillería y munición; y pues vuestra Majestad ha sido ser-

vido de mandar hacer Fortaleza, la cual ya está hecha, porque le falta poco por acabar; y, estando proveida de artillería y munición y pólvora se puede defender y ofender a nuestros enemigos, suplicamos a vuestra Majestad lo mande proveer con brevedad, porque los vecinos y moradores, viendo el recado que hay para la defensa de esta ciudad, tendrán más ánimo para estar y tener sus haciendas y mujeres e hijos; y no andar por los montes con ellos, como andan, por temor de los corsarios, por la poca defensa que hay". (Murga: "Historia", I:166).

En julio escriben al Emperador oficiales de esta Isla (Murga: Biblioteca, MS 628 y 629): "A lo del corsario francés añaden que a media legua de San Germán echó en tierra ochenta hombres. Los cincuenta eran arcabuceros que de súbito llegaron, quemaron el pueblo y robaron iglesia y monasterio. Luego juntos treinta de a caballo dieron sobre los franceses a quienes un grande aguacero no dejó aprovechar de pólvora y arcabuces y así fueron desbaratados, muertos quince y presos dos o tres. De españoles sólo murió uno.

"En rescate de los prisioneros restituyeron campanas y otras cosas tomadas de la iglesia y monasterio.

"Fuéronse y no han parecido más."

"La otra nao francesa que en primeros de junio dijimos haber ido sobre San Juan y que a vista de Puerto Rico tomó una carabela con más de 4.000 pesos giró hacia San Germán, de do los nuestros, 25 de caballo y 80 de a pie, pillándolos en tierra los ahuyentaron habiéndoles muerto 15 y otros que se ahogaron con la prisa de embarcarse. Hemos provisto a Puerto Rico de alguna pólvora y un medio sacre..."

En este mismo año tiene lugar una batalla entre un corsario francés y un buque español frente a Santiago de Cuba.

Las Cortes españolas se reúnen en Toledo y como siempre expresan su disgusto contra la política imperial carlina. "Las Guerras con Francia, las campañas de Italia, la lucha contra el Islam turco y africano en el centro de Europa y en el Mediterráneo, son empresas de tal magnitud que han originado cuantiosos gastos". "El patrimonio y las rentas reales de estos reinos por los dichos gastos, los cuales han sido forzosos

y necesarios y no se podían excusar, han venido en tanta disminución y se han reducido a tal punto, que lo que de ellas queda, aún sin la obligación del cumplimiento de lo que se debe de los dichos cambios no basta, no sólo para proveer a las necesidades ordinarias y cosas extraordinarias que continua y necesariamente se ofrecen y no se pueden dejar de ofrecer por defensión, conservación, seguridad y beneficio de los reinos de Su Majestad, mas ni aun para cumplir los gastos ordinarios de las casas de Sus Majestades, Consejos, guardas, galeras, fronteras y cosas necesarias de estos reinos", dice el Rey. Los nobles le contestan que busque a toda costa la paz y que se decida a residir en España y los procuradores invocan la memoria de sus abuelos los Reyes Católicos "tan dignos de ser imitados" por él. Sin embargo de ello, el Emperador estará ausente de España desde este año de 1538 hasta su abdicación en 1556, con excepción de tres cortos períodos.

En todo este tiempo habrá de hacer frente a la guerra con Francia, la lucha con turcos y berberiscos, sin contar las campañas militares contra los reformistas luteranos en Alemania. Los reinos de la Corona de Castilla se verán obligados a llevar la carga económica que imponen tales necesidades y se recurrirá a la creación de nuevos impuestos, a la venta de cargos públicos, al secuestro de metales preciosos de los particulares y a otros artificios ineludibles pero que arruinan, dañan y perjudican al país, creando desde ahora la decadencia de un gobierno, cuyos efectos deletéreos vendrán a dar sus peores resultados mucho después. Pero eso es lo que cuestan la grandeza, el poder y la influencia que ahora se tienen, o dicho mejor, las obligaciones que ahora hay que cumplir. Es probable que en tales circunstancias ninguna otra nación ni ningún otro monarca lo hubiesen hecho mejor que España y su rey Carlos.

Al año siguiente de 1539 fallece la Emperatriz Isabel y el Emperador encomienda al gobierno de España y de Indias a su hijo Felipe V que le sucederá en el trono de España en 1556 con el nombre de Felipe II. Y en este mismo año es dispuesto el primer crédito para la construcción del Castillo del

Morro, en la entrada del puerto de Puerto Rico, hoy San Juan.

Por grave que sea la situación en España en donde no están seguras las propias costas de los ataques de piratas cristianos e infieles, nuestra Isla siempre logra conseguir cierta ayuda, poca y a veces tardía, sin duda, pero ciertamente eficaz, gracias a la cual pueden nuestra paciencia, constancia, valor y resistencia inalterables mantener viva la colonia y contribuir en lo que se pueda a la grandeza de la Madre Patria.

En 1540 el francés Cartier hace su tercer viaje al Nuevo Mundo, mientras que aquí termina la construcción de la primitiva fortaleza cuya construcción se había comenzado en 1533. "Consistía la fortaleza, hecha de piedra de sillería, de una pequeña torre almenada..." En este mismo año se autoriza también la construcción de una fortaleza en San Germán, pero se suspende más tarde y queda la ciudad sin protección.

En 1541 se queja el tesorero de que no han llegado las armas para la fortaleza de San Juan. Escriben al Emperador oficiales de esta Isla el 12 de junio (Murga: "Biblioteca", MS 656): "Habrà un mes llegó uno a la ribera y puerto de Guayama, acometió una carabela que iba a cargar de sal; echáronse a nado los marineros y se salvaron en tierra, y la nao defendieron a pedradas españoles y negros desde un peñón pero con todo fue robada. Venga artillería. No dé V. M. más libranzas sobre esta isla, que no puede más."

Al año siguiente de 1542 termina mal la expedición española contra Argel y los piratas berberiscos llevan a cabo un desembarco en Gibraltar. Las Cortes reunidas en Valladolid claman por mejores fortificaciones de las costas de Andalucía y piden, siguiendo a Las Casas, mejor trato para los indios del Nuevo Mundo.

Por acá nosotros vamos construyendo nuestras fortificaciones. Los franceses envían a Roberval a ciertas partes del Canadá en donde pasa todo este verano y el año siguiente (Hakluyt, VIII:275-282 y 283-289). Precisamente en este año es que se alían contra Francia Enrique VIII y Carlos V y que sube al trono de Escocia la católica María Estuardo. Los turcos van de victoria en victoria en Hungría. Por acá tam-

bién siguen las depredaciones de los franceses que arrasan a Santa Marta el 17 de julio de este año de 1543 y destruyen otra vez nuestra ciudad de San Germán, que los vecinos se niegan a levantar otra vez si no hay garantías para su defensa y, con razón, pues es ya demasiado perderla. Escriben desde aquí al Emperador en febrero de este año y en abril del siguiente (Murga: "Biblioteca", MS 667, 675 y 676):

"Sobreseyóse en la obra de la fortaleza de San Germán como Su Majestad mandó; do ha nacido quererse ir los vecinos de aquella villa, pues como ya han sido robados de corsarios, temen, no haciéndose la fortaleza, otra desgracia, habiéndose comprado negros y mantenimientos en cantidad de mil pesos."

"Repiten la noticia de los off. de 10 de abril. Añaden que los franceses eran 2 naos y un patax, los que en la banda del S. de S. Juan habían echado en tierra 40 hombres y robado y quemado ciertas estancias; que venidos de allí a San Germán habían tomado 4 navíos de los que andaban en el trato de aquellos mares. Que sabido los oidores proveyeron hacer armada a costa del avería del medio por ciento que corre sobre lo que entra y sale por este puerto, lo cual hemos echado para los gastos de la guerra. Armaron 2 naos gruesas, 1 carabela latina, y 1 bergantín de remos, capitán Juan de Carrión, maestre y dueño de la nao mayor. —Cetera ut supra—. Que el patax fue a fondo y la nao pequeña escapó por muy velera."

"Por marzo, teniendo aviso de haber aportado a la isla de San Juan 2 naos de corsarios, y que habían tomado en San Germán 4 carabelas, junto con los oidores, dispusimos en 4 días armada de 2 naos gruesas y 2 carabelas latinas con artillería y municiones y con 250 hombres al mando de Ginés de Carrión. —En 5 días fueron y volvieron con la nao francesa capitana, la que rindieron luego y ahuyentaron la otra—. Aquí tenemos a los franceses con su capitán. —Son por todos 40 hombres—. Cuánto convendría hubiese aquí a la contigua 2 bergantines grandes con galeras bien artilladas."

En 1544 es regente el futuro Felipe II y celebra Cortes en Valladolid. Los franceses han reunido tropas para atacar los

estados de Carlos, se han entendido con los turcos y colaborado con Barbarroja, el pirata, el cual ha realizado asaltos a las costas de Nápoles, Sicilia, Cataluña, Valencia, Andalucía: el Rey pide subsidios extraordinarios además de los servicios acostumbrados.

El año de **1547** es memorable: muere uno de los más grandes capitanes de todos los tiempos, el que ha puesto en manos de Carlos V un gran imperio, Hernán Cortés, pero mueren también en Europa Enrique VIII, a quien sucede Eduardo VI, y Francisco I de Francia, a quien sucede el segundo Enrique. Enrique VIII ha tenido seis mujeres, la primera, una española, Catalina de Aragón. La última es Ana Bolena de quien se separa haciéndole cercenar el cuello después de uno de los juicios más turbios de la historia, pues el Papa no autoriza esta vez el divorcio.

Al morir se deja Enrique VIII a su país con 85 barcos de guerra, los cuales constituyen una enorme flota de guerra para la época. Servirá para robar a los españoles del Nuevo Mundo arrasando con ciudades enteras, sin perdonar a nadie. Con esa flota comienza la leyenda negra contra España. La marina mercante la ha dejado el rey inglés en manos de los piratas y éstos ni lerdos ni perezosos descubren el más jugoso de los negocios, "la mina que en el siglo XVI vale más que toda la hulla del mundo: Africa, con su carne de color de carbón. La cuestión era muy simple: cazar negros en Sierra Leona, y venderlos en Santo Domingo".

Y así los astutos ingleses se benefician de ambas maneras y en ambos casos desprestigian, gracias a la imprenta, a una nación demasiada ocupada en la colonización de medio mundo, para pensar en defenderse. Para esta época, sin embargo, está hecho lo principal de su obra pues ya han tenido lugar los descubrimientos fundamentales, ya se ha civilizado el Nuevo Mundo en donde hay ya universidades, iglesias, hospitales, imprentas, en donde la Biblia ha sido ya traducida a diversas lenguas indígenas.

En **1548** se reúnen las Cortes en Valladolid y se enteran de que Felipe estará ausente de España y de que necesita más subsidios. Le indican que el reino está empobrecido "por

el mucho dinero que dellos se ha sacado y se saca, por la cual causa falta ya el oro del todo y hai muy poco dinero de plata...", que no desatienda las defensas de las costas andaluzas, que sean pagados "los alcaides de las fortalezas y castillos y la gente de guerra encargada de la defensa de los reinos de Castilla".

Acá en la Isla de San Juan nosotros vivimos pobres y endeudados, rodeados de caribes y corsarios franceses, azotados por los huracanes y estremecidos por los temblores de tierra, y nuestro único remedio lo esperamos precisamente de un rey que no puede ni siquiera defender las costas de la propia tierra porque ha de atender a miles de obligaciones y, principalmente, a la defensa de toda Europa contra los turcos.

Por esta época parece que tuvimos en esta Isla temporal, pues en carta del Cabildo de San Juan escrita en diciembre 15 de **1550**, se dice lo siguiente: "Avisado hemos a su Alteza cómo la tormenta que pasó, dos o tres años ha, derrocó un baluarte, que está junto a la fortaleza; y la mar comió y derribó parte del cerro, donde está asentada; y, cómo, la mar va comiendo a más andar el cerro..." (Murga, "Historia", I: 238).

Por carta del mismo del año anterior nos enteramos de que sigue el peligro francés y caribe: "Primeramente de cómo los vecinos de esta ciudad e isla han tenido y tienen muchos trabajos con estar siempre en guerra con los corsarios franceses, que por dos veces han robado y quemado la villa de San Germán y otras haciendas de vecinos de esta isla y, asimismo, con los caribes de las islas comarcanas que todos los más años vienen a robar y quemar las haciendas y llevar y matar la gente que pueden y ganados, vacas, yeguas y caballos; de que no los pueden llevar los matan, de cuya causa los vecinos y moradores están fatigados y gastados por estar a la continua en vela y apercebidos con sus armas y caballos, y como son pocos los vecinos, reciben más trabajo y costa, mayormente, no haber de qué sean aprovechados..."

Informa el Dr. Vallejo en agosto de 1550 (Murga: Biblioteca MS 712): "Es lástima ver la destrucción de esta isla por

causa de las quemas y vejaciones de franceses y caribes. Los pocos vecinos que han quedado, se han retirado a vivir al peor sitio del mundo, en unas ciénagas cercadas de montañas ásperas distante del puerto más de una legua. Es muy necesario el favor de V. M. para que no se despueble."

En 1551, de regreso de Flandes y Alemania, Felipe convoca a Cortes en Madrid con el objeto de siempre, informando al Reino que el "turco tiene una gran armada para venir contra los reinos peninsulares". Los procuradores otorgan el servicio que se pide no sin antes recordar al príncipe que a "vuestra Majestad es notorio los grandes daños que los infieles hazen en la costa de la mar del obispado de Cartagena, robando haziendas y captivando christianos, hombres y mugeres, y muchos alla se buelben moros, y hazense otras abominaciones de que Dios nuestro señor es gravemente ofendido, y todo esto viene de no guardar la dicha costa como la de Granada, y las vuestras galeras que desto podrían aprovechar, inviernan en la Ría de Sevilla a donde no hazen ningún fructo, a las órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava que fueron dictadas para la conquista de infieles no lo hacen" (Martínez Cardós, pág. 393).

El año de 1553 en que prosiguen las exploraciones y colonizaciones españolas en dos continentes, el año en que en el Nuevo Mundo se funda la Universidad de Méjico, tiene lugar en Europa un suceso que si no tiene relación directa con nuestro tema pone de manifiesto mejor que ningún otro las fuerzas que se mueven en contra de España, poniendo siempre en peligro esta pequeña isla de Puerto Rico.

En Ginebra el protestante Calvino condena a la hoguera y lo hace quemar a fuego lento, a Miguel Servet, médico descubridor de la circulación pulmonar, teólogo, sabio geógrafo, el primero en protestar contra el nombre que se ha puesto al Nuevo Mundo, ignorando a su único y verdadero descubridor, Cristóbal Colón. Como ha dicho un autor, la honradez de sus ideas lleva a Servet, reformista él mismo, a la tortura de la hoguera. Calvino no vale nada y la historia lo recuerda solamente por este hecho cruel; Servet es uno de los grandes médicos de la historia y es español.

No es España la que quema y tortura, y no es en las selvas de la salvaje América donde tiene lugar el suceso, sino en Ginebra, la bella ciudad suiza, en la ilustrada Europa. Sin embargo, se ha podido representar a España y al catolicismo como los únicos intolerantes y crueles. Las fuerzas que quemaron a Servet son las mismas que arrasarán con cuanta ciudad costea hayan fundado los españoles en América, torturando a sus habitantes, las mismas que ya tejen contra España la leyenda negra, las mismas que mantendrán a Puerto Rico en estado de continua zozobra por siglos.

Al año siguiente de 1554, el 20 de junio, se informa al Emperador (Murga: "Biblioteca", MS 730): "Antes de venir la flota hubo franceses con tres navíos a la boca de este puerto. Luego fueron a San Germán y el domingo de Ramos entraron en tierra más de una legua y robaron un ingenio; después de la flota han venido otros franceses. Han tomado varias naos.

"Gran bien hubiera sido para esta isla y Santo Domingo que hubiera venido el capitán Mindirichaga con los cuatro navíos que V. M. le mandó trajese de armada para defensa de estas islas y costa. Y aún, vendría bien, porque hallaría franceses en la Mona do aderezan, y Saona do se apostan. Han echado fama que quieren tomar esta isla, y mal se la podremos defender sin artillería, ni arcabuces, ni armas. Si hay algo en la fortaleza es inútil, ni la fortaleza vale cosa, y la señorea el pueblo. No es más de una casa de aposento. El morro que es un cubo y bastión, que está a la boca del puerto, si estuviera bien edificado podría defender la entrada con seis piezas. Gente de a caballo con lanza y adarga, habrá aquí contados sesenta o más, pero no hay arcabuceros ni piqueros. Venga artillería y municiones."

En 1555 está ausente otra vez de España Felipe que se ha ido a Inglaterra para casarse con María Tudor. Hace explicar a las Cortes reunidas en Valladolid que de este matrimonio "se esperan grandes beneficios para estos reinos y para la Iglesia católica, porque se podrá reducir a la obediencia de la fe a los naturales de aquel Estado que han caído en la herejía".

Carlos está ausente de España desde el 1542; ahora, por fin, las Cortes le reconocen "los muy altos pensamientos y santysi-

ma yntención de su magestad pues todos an sido y van dirigidos al servicio de Dios y aumento de nuestra fe católica..."

Las Cortes otorgan los servicios que solicita el príncipe al mismo tiempo que piden "mande dar orden como se provean y fortifiquen las fronteras de Francia de mar y tierra, y las de Vizcaya, Guipúzcoa y Galizia y Andaluzia y reyno de Granada, como otras veces se ha suplicado porque es cosa que importa mucho".

La guerra con Francia prosigue. Con Inglaterra no hay en este momento guerra pero hace un viaje a Méjico el inglés Roberto Tomson Marchant.

En esta Isla de San Juan, sin embargo, se colocan ocho piezas de bronce en la Fortaleza y la punta del Morro. Aumenta cada vez más el peligro pero se van tomando medidas para nuestra defensa, y vamos tirando.

Al año siguiente de **1556**, el día 16 de enero, estando en Bruselas, abdica Carlos V la corona de España en su hijo Felipe que se acaba de casar con la inglesa María Tudor, como se dijo antes, y con los fines ya dichos. Felipe II, a pesar de la mala propaganda que le han hecho los ingleses y franceses por siglos, pasará a la historia como otro gran rey, enteramente consagrado al bien de sus reinos y a la defensa de la cristiandad en cuyo favor ganará grandes batallas. Tendrá, como su padre, que luchar contra los turcos infieles, los piratas berberiscos y franceses, la asechanza protestante, la envidia de toda Europa, pero por ahora en su guerra con Francia tiene a Inglaterra de aliada.

En Puerto Rico, en el mismo año, se funda Santa María de Guadianilla, hoy Guayanilla. Esta población es la última versión de San Germán, que va resurgiendo de sus ruinas, pero en distintos sitios, cada vez que la destruye el enemigo.

Al siguiente año de **1557** mueren Oviedo, el conquistador e historiador, Cartier, el descubridor francés, y Sebastián Caboto, navegante italiano que por más de treinta años ha trabajado al servicio de España. Y al siguiente, asciende al trono inglés la hija de Ana Bolena, Isabel, durante cuyo reinado verá España los piratas ingleses ennoblecidos por haber causado la destrucción en el Nuevo Mundo de los establecimientos

españoles, ahorcando frailes, robándose hasta el metal de las campanas de las iglesias. Isabel será la primera enemiga de Felipe II y contra él lanzará todo el poderío naval recientemente adquirido. Inglaterra no ha descubierto, colonizado y civilizado y por eso ha tenido tiempo de ir preparando una flota con que enriquecerse a costa de España sin pasar mayores trabajos. España no tiene barcos ni hombres con que defender tanto miles de millas de costas; España no tiene dinero con que construir tal flota porque los gasta en la obra colonizadora y en la defensa de Europa contra el turco africano y el turco asiático, a punto de ocuparla toda.

Europa lanzará contra nosotros montones de protestantes que intentarán la conquista material y religiosa del Nuevo Mundo español, al mismo tiempo que por todos los medios tratará de desprestigiar a la nación descubridora dándole el nombre de cruel, intolerante, despótica. Ahora comienza la era del engrandecimiento inglés a costa de España, que irá perdiendo trozos de lo que tan heroicamente ha construido en tan poco tiempo, pero en su mayor parte la obra queda aún en pie para admiración del mundo.

Los ingleses se aprovecharán no sólo de las riquezas descubiertas y creadas por España sino de sus conocimientos, de su experiencia. Seguirán, ayudados por pilotos españoles apresados, las rutas que sólo conocen los marinos de España, para asolar estas comarcas. Como por entonces el mundo hispanoamericano está concentrado especialmente en el Caribe, aquí caerán primero que en ningún otro sitio los marinos, piratas y corsarios europeos y, como Puerto Rico está a su entrada, por aquí pasarán todos ellos manteniéndose en continua zozobra. Tratarán de apoderarse de esta Isla pero encontrarán en sus habitantes decidida resistencia y por cuatro siglos quedará Puerto Rico como la única colonia española del Caribe que nunca fue conquistada por el enemigo.

En este mismo año muere Carlos V, uno de los más grandes reyes de la historia.

En **1560** se ve obligada España a organizar en flotas los barcos que vengán a América y vuelvan a Europa. Dos años después hacen viajes al Caribe Juan Hawkins (Hakluyt, X:7)

que los españoles llamaban Juan de Achines, llegando a Tierra Firme, Margarita y Cumaná, y Juan Ribaut, hugonote francés que quiere establecerse en Florida (Hakluyt, IX:xi). Hawkins vuelve a América dos años más tarde, saliendo de Plymouth el 18 de octubre con varios buques, entre ellos uno de 700 toneladas (Hakluyt, X:9-63 y VI:263 y ss.).

En Francia empiezan las guerras de religión y los ingleses le toman El Havre. Protestantes ingleses y franceses colaboran en sus depredaciones en las colonias españolas, los primeros inducidos solamente por el afán de lucro, los segundos por la necesidad de un sitio donde instalarse y profesar con libertad su religión. En su modo de proceder contra nosotros, actúan ambos exactamente del mismo modo. El 22 de abril sale de Francia otra expedición en ayuda de los que han quedado en Florida, a donde llegan el 22 de junio de 1564 (Hakluyt, IX:1). En este mismo año comienza el segundo viaje de Juan Hawkins ya mencionado. Al año siguiente tiene lugar el tercer viaje de Ribaut a la Florida, descubierta por Juan Ponce de León; llega el 28 de agosto, está de regreso en Francia el 25 de septiembre (Hakluyt, IX:82 y ss.).

Por acá, seguimos en la misma lucha contra los enemigos: los caribes saquean el pueblo de Guadianilla que habíamos fundado no hace todavía diez años. Dice Miller: "El gobernador Bahamonde de Lugo organizó una fuerza armada para castigarlos. Cayó sobre ellos en el río Guamaní. Aunque los caribes fueron derrotados, y los cautivos hechos en Guadianilla recobrados, murieron algunos españoles. El mismo gobernador resultó herido en el combate".

En 1566 los turcos invaden Hungría y siguen amenazando el resto de Europa ocupando la atención del rey español más de lo que conviene a la seguridad de las colonias del Nuevo Mundo. Los franceses que mandaba Ribaut en la Florida están de regreso en su país (Hakluyt IV:xi), de donde sale en este año la cuarta expedición francesa a la Florida, mandada por el capitán Gourgues (Hakluyt IX:100-112). Al año siguiente vuelve Hawkins a América. Es su tercer viaje y con él vienen hugonotes franceses.

Con él viene también aquel que será la plaga de España

y la gloria de su país, fundada en la piratería. Por acá le llamarán el Draque y el Cacafuego. Ahora tiene 22 años. Con el tiempo los alemanes le erigirán una estatua como el que introduce la papa en Europa en 1586, aunque la verdad es que no se sabe si fue él o no. En Inglaterra será un héroe, una leyenda; en el Nuevo Mundo de entonces para todo español, el Draque es el diablo que no respeta iglesia ni fraile, que todo lo quema, sin perdonar vida ni a mujer ni a niño, que siempre se sale con la suya y que cuando más tranquila está una población se aparece de noche poniendo fuego a cuanto encuentra.

Los colonos no se detienen a pensar que en Drake no hay nada de particular, aún con todo su arrojo y con toda su crueldad; que sus éxitos se deben principalmente a su condición de pirata que no respeta ninguna ley y a sus fuerzas, siempre superiores a las que defienden nuestras poblaciones y a los fuertes que las guardan. Casi siempre toca a un puñado de hombres, muchas veces enfermos y lisiados, defender una ciudad o un fuerte contra fuerzas superiores en número y en condición física. Casi siempre se enfrenta a un hombre sin ley y sin escrúpulos como es un pirata, un caballero español que muchas veces es mejor literato que militar. Los territorios españoles en América y en Europa son demasiados extensos para poder mantener en ellos en cada ciudad costear una fuerza suficiente y compuesta de militares de profesión bien armados. Drake dirá que ataca en nombre de la verdadera religión; sus víctimas lo creerán aliado del demonio y por él juzgarán a todos los protestantes pues de los que profesan la religión reformada sólo han visto y conocido y en gran número, piratas, corsarios y bandidos.

En este viaje de Drake y Hawkins, atracan en Santo Domingo, Margarita, Borburata, no pudiéndolo evitar los españoles. Drake se adelanta a su jefe y asalta Río de la Hacha. De allí pasan a Santa Marta, y de allí a Cartagena. Pero se meten en el puerto de San Juan de Ulúa y allí los coge el virrey que llega con una flota, los engaña y les destruye la mayor parte de su armada. Drake abandona a su jefe. Lo

deja con un solo barco cargado de ingleses de los cuales tiene que abandonar una parte en las costas de Méjico.

Los ingleses no acabarán nunca de acusar a los españoles de perfidia, como si hacerse dueños de un puerto español no mediando entre las dos naciones un estado de guerra no fuera más perfidia que su expulsión por el virrey. Pero todo esto servirá para ir tejiendo la leyenda negra española. De este descalabro se vengarán Hawkins, Drake y la reina Isabel, aquellos asaltando las poblaciones españolas en el Nuevo Mundo, ésta quedándose por medio de un ardid con quinientos mil ducados que lleva un barco español surto en el puerto de Plymouth y destinados al pago de tropas en Flandes. Esto, naturalmente, no es perfidia.

Al año siguiente de **1568**, mientras en Francia se rebelan los protestantes y se enciende la tercera guerra de religión, mientras acá Hawkins, pasa las de Caín después del ataque a San Juan de Ulúa, esta isla de San Juan sufre el 24 de agosto la visita del furioso temporal de San Bartolomé.

Y llegamos al **1570**. A San Germán, con el nombre de la Nueva Salamanca, la establece en su asiento actual, de 1570 a 1573, Francisco de Solís "con los despojos de Santa María de Guadianilla y del viejo San Germán". En este sitio también surge a la vida en este mismo año junto al río Arecibo la aldehuela de este nombre.

Allá en la Madre Patria, encabeza ésta una liga contra los turcos y al año siguiente de **1571** tiene lugar el 7 de octubre una de las más famosas batallas navales de la historia. Españoles, venecianos y fuerzas del Papa destruyen la flota turca en Lepanto y el Mediterráneo queda libre del peligro infiel por el momento, así como cuarenta años antes pudieron los mismos españoles rechazarlo a las mismas puertas de Viena. Entonces era rey de España Carlos; ahora lo es su hijo Felipe II. Por dos veces ha libertado España a Europa, a la cristiandad.

En España no hay protestantes: los españoles han estado demasiado ocupados en la reconquista de su territorio para ponerse a cambiar por otra una religión bajo cuya inspiración han podido sacar de su territorio al invasor infiel. Además,

por las mismas razones, no se ha visto en España la inmoralidad del clero que era pública en el resto de Europa; no ha habido ocasión ni tiempo ni razón para una reforma de la religión en España.

Todavía en este año se lucha en territorio español contra el infiel pues tiene lugar la rebelión de los moriscos que es sofocada. A pesar de ello, es hoy España, la única nación unida en el continente. España no tiene protestantes como no tiene prácticamente herejes de ninguna clase. No se ha visto en España esas sectas compuestas de psicópatas, o por lo menos de neurópatas, que llenan la historia del resto del continente. En este año de **1571** los españoles, como hicieran en 1529 frente a Viena y como han hecho durante los ocho siglos de la Reconquista, han estado ocupados en una cruzada contra el infiel.

Otra cosa sucede en Francia. Esta nación ha aceptado una alianza con los turcos a cambio de privilegios comerciales en el Mediterráneo. En su territorio, sin embargo, los reyes de Francia autorizan la matanza de protestantes (hugonotes) conocida en la historia como la Masacre de San Bartolomé que tiene lugar al año siguiente de **1572**, un año después de la batalla de Lepanto. Mueren en la noche de San Bartolomé más de 30.000 hugonotes, entre ellos personas distinguidísimas y, por milagro, escapa de la muerte el que luego será Enrique IV de Francia y hoy marido de Margarita de Valois. Como en el caso del sabio médico y teólogo Miguel Servet, no sucede esto en España ni en el Nuevo Mundo español ni son las víctimas unos salvajes idólatras americanos; sucede en la capital de Francia y son las víctimas franceses y cristianos, algunos de ellos distinguidísimos.

Hace unos cinco años que Menéndez Valdés pasó por las armas unos cien hugonotes franceses, pero esto sucedía en las selvas y pantanos de un mundo salvaje, los muertos eran enemigos de España cuyas posesiones querían apropiarse a sangre y fuego, para imponerles además una religión extraña que por el carácter de las personas que la querían imponer tenía que parecerle a los españoles doblemente repulsiva. Esto, hecho por los españoles y en estas circunstancias, es un

crimen, un horrendo crimen; hecho en París por los franceses y subiendo las víctimas a decenas de miles no es cosa que merezca recordarse.

En este mismo año, mientras los franceses matan protestantes en París, Drake, correligionario de los muertos de París, se presenta en Cartagena, quema dos naves españolas, y luego se oculta en Puerto Escondido, bahía oculta cerca de Nombre de Dios, en la cual espera pacientemente la mejor ocasión para apoderarse del oro español que viene de Panamá cargado en mulas. Después de esta fechoría vuelve a Cartagena. Con este su primer viaje inicia una ola de terror en el Nuevo Mundo. De ahora en adelante nadie podrá dormir tranquilo, sujeto como está a perecer de un cuchillada en su misma casa, a perder todas sus posesiones, a ver en manos de piratas y protestantes mujer e hijas y a sus hijos varones muertos o torturados (Hakluyt, X:75-81). Puerto Rico con sus tres poblados está en mayor peligro que nadie: aquí lo sabemos y día llegará en que habremos de defender esto contra fuertes asaltos.

En 1574 vuelven a comenzar las guerras de religión en Francia y al siguiente año de **1575** viene a las Indias Occidentales el inglés Oxnam (Hakluyt, X:75) y a Puerto Rico, el día 21 de septiembre, el huracán de San Mateo. Vivimos entre visitas de huracanes y visitas de enemigos armados. En **1576**, otra expedición inglesa: la de Andrés Barker de Bristol que viene con dos buques a Tierra Firme y la Bahía de Honduras (Hakluyt, X:82-96), pero esto, con ser tan cerca, no es nada pues más cerca están los corsarios franceses que la han tomado con San Germán y no están a gusto mientras exista la ciudad. Ya la han quemado dos veces en dos sitios distintos; en este año de 1576 la queman otra vez bajo el nombre de la Nueva Salamanca.

Pero ya no piensan tanto los habitantes de la isla de San Juan en irse para otros países: ya han echado aquí raíces y contra viento y marea luchan por sobrevivir, y sobreviven. San Germán renacerá otra vez y ahí lo tenemos hoy, cuatrocientos años después.

Por ahora, se empeña Drake en repetir algunas hazañas de

los españoles y portugueses (Hakluyt, XI:101). Ya el año pasado cuando el asalto a la recua en Nombre de Dios, se trepó a un árbol para ser el primer inglés en ver el Océano Pacífico, que había descubierto Vasco Núñez de Balboa en 1513, sesenta años antes, y que ya habían admirado miles y miles de españoles. Ahora se propone dar la vuelta al mundo, medio siglo después que Magallanes y El Cano, y su país celebrará la hazaña más que si hubiese sido el primero y el único en hacerlo, tal es el poder de la propaganda. Lo admirarán también en Alemania y será una figura legendaria, él que no hace sino repetir una hazaña española con medio siglo de retraso, y, aprovechándose de los conocimientos españoles, él que ha de pasar por el estrecho que descubrió medio siglo antes un portugués al servicio de España, él que dará la vuelta al mundo saqueando, matando y destruyendo en nombre de su reina y de su religión.

"Cuando Drake era un niño", dice Arciniegas (pág. 162), "los muchachos de Inglaterra inventaron un juego: la guerra entre ingleses y españoles. Uno debe hacer de Felipe II. Este siempre pierde, y simbólicamente le ahorcan. Felipe II representa el intruso que quiso volver la isla al revés, restableciendo la misa, con el respeto al Papa y los privilegios de la iglesia católica. Cuando llega su embajador, los muchachos le reciben tirándole pelotas de nieve..." "En los pueblos de Devonshire se cuenta todos los días de ingleses que caen en las garras de la Inquisición, en Sevilla: les cortan las orejas, las narices, los asan en las hogueras. Cada nuevo folletín, que aderezan a su modo y condimentan las comadres, es nuevo estímulo para la piratería".

Nada de esto es verdad, naturalmente, pero lo dice la imprenta, al servicios de intereses bastardos. Menos se habla de la matanza de miles y miles de hugonotes en París en 1572, casi en este mismo año de **1577**, porque en realidad no es en los hermanos en la fe en los que tienen interés los protestantes ingleses sino en el botín que sólo a los españoles puede tomarse. Porque en este negocio todo es ganancia. Nadie menciona, tampoco es natural, porque podría costarle la vida, las matanzas de Enrique VIII, no la de sus varias mujeres,

sino la de los ahorcados por su orden y que ascienden, según ciertos autores, a unos 72.000. Tampoco se dice nada de los miles de irlandeses que los generales de Isabel matan en Irlanda por el solo delito de ser católicos. Ya pronto nos tocará a nosotros hablar de Raleigh y Essex que adornarán los caminos de la verde Erín con interminables filas de ahorcados.

En este ambiente de falsedad se ha criado Drake y en el mismo ambiente de odio inducido en los ingleses por la propaganda, sale a darle la vuelta al mundo en este año de 1577. El valor de la presa que coge en su viaje no lo sabrá nunca nadie, fuera de él y la reina. Esta vez no serán sus únicas víctimas las ciudades de las costas caribeñas. Irá saqueando ciudades en ambas costas de los dos continentes del Nuevo Mundo: hará víctimas en Méjico, Chile, Perú. Volverá a su país cargado de botín y Europa, gracias a la propaganda y movida por la envidia que se tiene por todas partes a España, le celebrará como el marino más grande de todos los tiempos.

Su país le hará caballero y le llenará de honores. Se quejará el embajador de España ante la Reina y ésta, arteramente, prometerá hacer un inventario de lo tomado por el pirata y devolverlo a su legítimo dueño. Cómo cumplió estas promesas se puede colegir del informe que le rinde el encargado de hacer el inventario: "Para que usted se dé cuenta de cómo he procedido en lo de Drake, le diré que en ningún momento he llevado a la cuenta más de lo que él ha querido mostrarme; y para decir a usted la verdad, le persuadí que no me mostrara más de lo necesario, pues vi que obedecía órdenes de la reina y no lo revelaría a ningún ser viviente. De lo que me mostró, tomé nota, y esto se pesó, registró y empacó. Y para observar la orden de la reina en cuanto a lo de las diez mil libras, convinimos en que las tomaría de lo que secretamente se había desembarcado, y sacarlas de allí antes de que mi hijo y yo llegáramos para pesar y registrar lo que se había dejado. Y así se hizo..."

Este primer viaje de Drake alrededor del mundo marcará la pauta para muchas otras expediciones inglesas al Pacífico, pasando por el Estrecho descubierto por Magallanes, de modo que, de ahora en adelante, los viajes por el Mar

del Sur a las Indias Occidentales, se añadirán a los ya de antiguo frecuentes a las Indias Occidentales. Las costas occidentales del Nuevo Mundo sufrirán de ahora en adelante el impacto de los ataques enemigos por mar y las costas orientales y las del Caribe los sufrirán de ahora en adelante, con doble frecuencia. No mencionaré, sin embargo, en esta relación, los viajes a la mar del Sur como no he venido mencionando tantos otros que no tenían por objeto las costas caribeñas.

El año de **1579** ve el nacimiento de la República de las Provincias Unidas (Unión de Utrecht), importante para nosotros porque con ella viene al mundo la que será luego una gran potencia naval que, como Inglaterra, vivirá de sus depredaciones en tierras de América siendo una de sus víctimas esta isla nuestra. Dos años después serán independientes y en el de 1585 se aliarán con Inglaterra. En este mismo año de 1579, por Real Cédula, se agrupan unas cuantas familias que viven en las riberas del Coamo en un pueblo que lleva el nombre de San Blas de Illescas, hoy Coamo, y que abarca en su jurisdicción el territorio entre los ríos de Jacaguas y Guayama.

En **1582** los caribes destruyen por segunda vez la población de Loíza y en **1583** recibe patente de su rey para colonizar a América el caballero Hanfredo Gilbert. Viene a Terranova con cinco buques pero pierde la vida en la aventura. Ya antes había preparado Gilbert una flota de once buques para un viaje al Nuevo Mundo, y con la intención de atacar las Indias Occidentales, pero las disensiones entre los jefes de la expedición y especialmente con su medio hermano Gualterio Raleigh, no habían augurado nada bueno y, efectivamente, se había topado en el camino unos barcos españoles que lo habían derrotado.

La expedición de este año viene con la intención de establecer una colonia en Terranova, pero con el desorden y el motín y con la desertión del mismo Raleigh, todo se hace sal y agua, dándose a la piratería uno de los barcos. Qué clase de hombre era éste que venía con la intención de ser nuestro vecino puede verse en su conducta en la guerra de Irlanda en

donde cuando "triunfó sobre los rebeldes, sólo quiso tratar con los vencidos haciéndoles llegar hasta su tienda entre una doble fila de palos de donde colgaban cabezas de sus enemigos".

Por esta época el "cubo" construido en 1533 en la isla de San Juan ya se ha convertido en "un reducto con una torre y varias obras defensivas, con muy buenos aposentos y salas, como si desde un principio el destino la hubiera diseñado para servir de residencia a un alto funcionario colonial. Efectivamente, al adelantarse hacia fines del siglo XVI, con gran actividad, la construcción del Fuerte de El Morro, el fortín llamado la Fuerza Vieja empezó a perder importancia como fortificación, y a ganarla como lugar de residencia, hasta que fue definitivamente habitada por los gobernadores y capitanes generales desde el principio del XVII" (Hostos, pág. 5).

Al año siguiente de 1584, cuando se dispone aquí la construcción de El Morro, cuya planta traza el maestro de campo Juan de Tejada con su ingeniero mayor Juan de Heli, los ingleses Felipe Amadas y Arturo Barlow hacen el primer viaje a las costas de la América septentrional, desde la Florida hacia el norte (Hakluyt, VIII:297-309), y, al siguiente de 1585, Raleigh envía siete buques al mando de Ricardo Grenville a tomar posesión efectiva de la región de Virginia. Los expedicionarios llegan el día 12 de mayo a la bahía de los Mosquitos, que así se llamaba a la de Guánica, en donde no había podido Sotomayor establecer un poblado por causa de una plaga de esos insectos, desembarcan y construyen una fortaleza dentro de la cual se ponen a fabricar una pinaza.

El día 29 salen de esta isla de San Juan llenos de picadas de mosquitos, toman una fragata española por la noche y otra a la mañana siguiente, llena ésta de botín y de españoles de calidad que los ingleses desembarcaban más tarde en la Isla después de extraerle los correspondientes rescates. De ahí siguen la acostumbrada ruta a lo largo de Santo Domingo y Cuba, por el sur, hasta llegar a las costas meridionales del continente, las cuales costean hacia el norte hasta llegar a Virginia. Allí estos virtuosos protestantes ingleses proceden bajos las órdenes de Grenville a intimidar a los indígenas, quemando sus cosechas, obligándoles trabajar para ellos mien-

tras ellos se dedican a la búsqueda de oro. Los indígenas se rebelan contra ellos y los colonos tienen que volverse a Inglaterra en barcos prestados por Drake (Hakluyt, VIII:310-385).

Llega el año de 1586, infausto para los colonos españoles del Nuevo Mundo. No lo es por el tercer viaje a Virginia de los ingleses que envían un barco en ayuda de los que están en la colonia desde antes (Hakluyt, VIII:346 y ss.). No lo es directamente para esta Isla de San Juan que a partir de este año recibirá, con cargo a la tesorería de Méjico, una asignación anual cuantiosa que, si bien es destinada a la construcción de una fortaleza que nos defienda de enemigos externos, no por eso redundará menos en beneficio económico directo de los colonos, que económicamente dependerán de este Situado durante dos siglos, durante los cuales será ésta la primera fuente de ingresos del gobierno de la colonia. Será infausto por las depredaciones del pirata Drake que hace a las Indias Occidentales la más mortífera de sus expediciones.

"Treinta velas tiene Drake bajo su comando: jamás empresa alguna de piratería tuvo semejantes proporciones: 2.300 soldados y marinos, todos bien armados" (Arciniegas, pág. 178). Siete de los barcos pertenecen a los mercaderes de Londres. Hasta Felipe Sydney, el poeta de la Corte, vuela a reunirse con los expedicionarios. "El plan de Drake es no dejar ciudad del Caribe con los huesos sanos". Pasa por Vigo y por las Islas de Cabo Verde, en donde incendia la ciudad de Santiago, dejando solamente el hospital. Llega a Santo Domingo cuyas defensas han parecido hasta la fecha muy buenas: juntando los cañones tomados en Santiago a los suyos, toma la ciudad por tierra el día 1.º de enero. No lo pueden detener capitanes que son mejores hombres de letras que de armas. Son cuatro estos capitanes; licenciados los cuatro, que hablan buen latín (Arciniegas, pág. 180).

Santo Domingo tiene ya dos universidades y se ha convertido en la primera ciudad ilustrada del Nuevo Mundo. Drake pide un rescate que los colonos no pueden pagar. Cada día quema una manzana de la ciudad y ahorca dos frailes hasta que aparezca el rescate que ha pedido. Los soldados roban las iglesias y se lo llevan todo, hasta los vasos sagra-

dos. "Quemamos todas las imágenes de madera, rompimos y destruimos lo mejor que encontramos en las iglesias, cogimos mucha plata, dinero y perlas que se habían escondido en los pozos y otros sitios" (pág. 181).

Al cabo de 31 días se va de Santo Domingo, dirigiéndose hacia Cartagena. Aquí también huye todo el mundo al monte. Drake llega un miércoles de ceniza con la biblia inglesa en la mano. Cartagena cuenta para su defensa con trescientos arcabuceros, cien piqueros, doscientos indios flecheros. Drake toma la ciudad y fortaleza con sus diez cañones y pide un rescate de un millón de ducados. En la que se lo entregan va quemando por partes la ciudad y la catedral.

El título que da Gates (Hakluyt, X:97-134) a la narración de estos hechos es elocuente: *A summarie and true discourse of sir Francis Drakes West Indian voyager, begun in 1585. Wherein he takes the cities of Saint Iags, Santo Domingo, Cartagena, and the town of Saint Augustine in Florida...* Todo esto sucede en tiempos de paz entre Inglaterra y España. No sé si es en este mismo viaje que Drake toma preso en San Agustín de la Florida a Pedro Morales, autor de una relación de los sucesos.

Por la misma época, entre 1586 y 1588, le está dando la vuelta al mundo el inglés Tomás Candish (Hakluyt, XI:290-347). Hay que recordar que el descubrimiento del Estrecho de Magallanes por los españoles en el primer cuarto del siglo ha hecho posible llegar al Pacífico descubierto en 1513 por Balboa, llegar a las Indias Occidentales (el Poniente), darle la vuelta al mundo como lo hiciera la misma expedición de Magallanes y, naturalmente, atacar las costas españolas del Pacífico. El ejemplo lo dio ya Drake, el primer inglés en darle la vuelta al mundo aunque con medio siglo de retraso sobre los españoles y el primero, también, en atacar por mar las poblaciones españolas de las costas occidentales del Nuevo Mundo.

Y esto lo está haciendo ahora Candish. Como su antecesor, va asolando las costas a su paso. Veamos, si no, lo que escribe a Lord Hundston: *I navigated along spoils: I burnt and sunk nineteen sails of ships, small and great. All the vi-*

llages and towns that ever I landed at, I burned and spoiled; and had I not been discovered upon the coast, I had taken great quantities of treasure ("Navegué entre despojos: quemé y hundí diecinueve barcos entre pequeños y grandes. Cuanto pueblo y aldea visité, las quemé y despojé; y si no me hubieran descubierto en la costa, habría cogido grandes tesoros..."). Se alaba con igual desenvoltura de haber quemado las labranzas y de haber matado a los indios.

En 1587 la Reina Virgen ordena en Inglaterra la ejecución de María Estuardo, la reina católica de Escocia, hija de Catalina de Aragón, que lleva veinte años de prisión. "La mano de la muerte está sobre vuestra cabeza, y el hacha puesta sobre la raíz del árbol...", le dice el déan de Peterborough exhortándola a que cambie de religión antes de morir. Ella contesta: "Os ruego, maestro Déan, no me mortifiquéis; no os quiero oír; estoy firme en mi fe católica romana" (Arciniegas, pág. 184). Acá, América recibe la cuarta expedición inglesa a Virginia, mientras los españoles preparan la que luego se llamará la Armada Invencible, con la que pretenden poner coto a la amenaza inglesa y vengar la muerte de María Estuardo.

A donde primero llegan los tres buques que la componen es, como siempre, a esta Isla, en donde desembarcan en la Bahía de los Mosquitos (Guánica) para hacer aguada, aunque según dice el cronista, es más la cerveza que gastan en los tres días que aquí pasan que el agua que encuentran. *Musketos Bay*, nos dice en una nota al margen el mismo cronista, *is a harbour upon the south side of S. Johns Island, where we take in fresh water*. Más adelante cuenta cómo al otro día, navegando a lo largo de la costa oeste de la isla de San Juan, su jefe determina ir a la bahía de San Germán para tomar plantas nuevas de naranjas, Pinos, *Mameas and Plantanos to set at Virginia, which we knew be had, for that they grow near the shore and the places where they grew, well known to the Governaur, and some of the planters...* Una nota al margen añade, refiriéndose a San Germán: *A pleasant and fruitfull countrey, lying on the westend of S. Johns Island, groweth plenty of Orenge, Limons, Plantans, & Pines* (Hakluyt, VIII:386-403).

Como se ve, mucho antes de existir una colonia inglesa en el Nuevo Mundo, mucho antes de existir la menor veleidad de lo que luego serían los modernos Estados Unidos de América, hacia ya tiempo que existíamos nosotros y, lo que es más, no sólo éramos escala obligada en el camino de los colonizadores ingleses, sino que de aquí se tomaban plantas y frutas para la colonia que luego sería Virginia y que con el tiempo se convertiría en la nación que constituiría para nosotros el mayor peligro.

En este mismo año toma Drake a Cádiz, el principal puerto español, por quien pelean hasta los frailes. Con esto, puede imaginarse el lector en qué situación de desamparo e indefensión quedaban las colonias de esta parte del mundo y especialmente ésta, que como se ha visto, era el primer punto de parada o de ataque de los agresores. No quedará mejor defendida después de la derrota, al año siguiente de 1588, de la llamada Armada Invencible con que intenta Felipe II poner coto a tantas depredaciones y, en parte, quizá, también, vengar la ejecución de María Estuardo y la tortura de miles y miles de irlandeses que por orden de Isabel eran colgados de sendas horcas a la orilla de los caminos del país, por el solo delito de ser católicos.

Viene ahora la quinta expedición inglesa a Virginia (Hakluyt VIII:406-423). Tiene lugar en el año de 1590. Los tres buques y las dos chalupas llegan como de costumbre a esta Isla de San Juan, desembarcan en su punta oeste *where we watered in a good river called Yaguana, and the same night following we tooke a Frigate of tenne Tunne comming from Gwathanelo laden with hides and ginger. In this place Pedro a Mollato, who knewed all our state, ranne from us to the Spaniards.*

On the 9 we departed from Yaguana.

The 10 we landed on an Iland called Mona, whereon were 10 or 12 houses inhabited of the Spaniards, these we burned—took from them a Pinnesse...

On the 14 we departed from Mona...

Esto era en mayo. Capturan otro barco español. Siguen viaje dejando siempre a Cuba a estribor hasta la isla de Pinos

y así por la acostumbrada ruta hasta Virginia. Así va adelantando la colonia de Virginia al precio de nuestros barcos, nuestros cueros y nuestro gengibre, que junto con el azúcar son los únicos productos que para estos tiempos tenemos, y aún de nuestras vidas, pues vemos que se jactan de quemar las diez o doce casas que encuentran en la Isla de la Mona y de llevarse la pinaza que poseen sus habitantes.

Las depredaciones de Drake en Santo Domingo más que todos estos intentos ingleses de colonización son los que hacen imperativas mejores defensas para esta Isla y, efectivamente, en 1591 comienza la transformación del fuerte de El Morro en ciudadela bajo la dirección del capitán Pedro de Salazar. Ya veremos cuán a tiempo se ha procedido en esto, cuán pronto tendremos que hacer uso de estas defensas para poder sobrevivir.

En este mismo año sale para estas Indias otra expedición inglesa. Son tres los buques que la componen. Cuenta Enrique May (Hakluyt: X:194) que de la Boca del Dragón *we directed our course for the isle of S. Juan de Puerto Rico, but fell with the smal isle of Mona, where we abode some fiteene days, finding inthat place some small refreshing. In July havin foule weather at Mona, we were forced to wey anker, and to set saile, directing our course for Cape Tiburon...*

En este año de 1591 los españoles destruyen la flota inglesa en las Azores. Ya se puede imaginar el lector el perpetuo estado de zozobra en que viven los pocos habitantes de la Mona en donde tocan siempre estos buques ingleses atentos a destruir cuanto huela a español sin el menor respeto a la vida de los habitantes. Al año siguiente de 1592 hace un viaje a la bahía de Méjico Guillermo King (Hakluyt, X:190).

Puerto Rico es el centro de todas estas correrías. (Hakluyt, X:203) nos menciona en el título mismo de una de sus relaciones: *Voyage of Robert Dudley to Trinidad and Coast of Paria with his returne home by the Isles of Granata, Santa Cruz, Sant Juan de puerto rico, Mona, Zacheo, the shoalds called Abrejos, and the isle of Bermuda.* En este viaje tomó nueve buques españoles con un total de 600 toneladas y también:

Tooke a small prize of sackes 25 leagues Northward of an yland which I sailed by called Granata. This prize refreshed us well: yet meaning to sel her at the yle of Sant Juan de Puerto rico, and shaping our course thither by the ylands of Santa Cruz and Infierno, I coasted all the South side ofan the said yle of S. John, till I came to anker at Cape Roxo: where riding 14. dayes to expect S. Domingo men, which oftentimes fall with the yland of Mona, and finding none (neither would the Spaniards of S. Juan de Puerto rico buy my prize) I unladed her, tooke the goods, and after burned her. This ended, I disemboqued (where few Englishmen had done before, by reason of the great dangers betweene this yland of S. Juan de puerto rico and Hispaniola) by a little island called Zacheo.

El cronista escribe muy mal pero no hay duda de que los ingleses conocían esto por aquí muy bien y que era "puerto rico" uno de sus sitios favoritos de escala. No quisieron los habitantes comprar lo que ellos habían robado a los españoles y que quizá era propiedad de comerciantes de aquí, y ellos quemaron el buque. Tal es la historia de las calamidades de Puerto Rico: perdidos en el mar, somos el punto de llegada y de partida de cuanto buque enemigo viene a América. Ni la minúscula isla del Desecheo escapa a sus ojos.

Llega el año de **1595**, especialmente calamitoso para la América española y para nosotros, aunque no todo sea mala suerte, como ya veremos. Otra vez Drake y otra vez Hawkins, y esta vez su visita está destinada específicamente a nosotros. La escuadra que tal honor nos hace consiste de 27 velas y 2.500 hombres. Salen de Inglaterra el 7 de septiembre; pasan por la Gran Canaria en donde desembarcan 1.400 hombres. Los naturales con sus perros les apresan algunos hombres, entre ellos un cirujano que revela el plan de los expedicionarios. Da tiempo para enviar aviso a Puerto Rico y otros sitios y cuando llegan el día 24 de noviembre los expedicionarios nos encuentran preparados. La noche anterior, al llegar a la parte este de la Isla, ha muerto Hawkins y en la Dominica han perdido un buque que apresaron los españoles obligando a los tripulantes a dar más detalles sobre los planes de la ex-

pedición. Contamos para la defensa con unos 1.300 hombres, incluyendo 50 de a caballo con lanza y adarga, para hacer rostro a una fuerza que consiste (Miller) en 3.000 de infantes y 1.500 marineros.

De este ataque a Puerto Rico y de su fracaso estamos bien informados en Puerto Rico y no es necesario entrar en más detalles. El día 25 la armada enemiga se hace a la vela deteniéndose en la Aguada unos días. La cosa va mal para los invasores: las fuerzas navales españolas han aumentado, los puertos están mejor guardados y se ha prohibido el pagar rescate. Cuando Maynarde, autor de *Sir Francis Drake, His Voyage*, 1595 (Hakluyt Society, 1849), pregunta a Drake dónde están los tesoros que había prometido a sus seguidores, contesta que las Indias ya no son las mismas, que nunca había pensado que pudiesen cambiar tanto... De Puerto Rico pasa Drake a Río de la Hacha y como no consigue nada de provecho la reduce a cenizas; de allí pasa a Ranchería; de allí a Santa Marta que encuentra desierta; de allí a Nombre de Dios que incendia. Camino de Panamá los españoles derrotan al capitán que ha enviado al asalto de la ciudad. Mientras tanto, la disentería va haciendo estragos entre su gente y se lo lleva a él mismo que muere a la vista de Portobello en 1586. En el Caribe, mar de sus glorias, queda su cadáver, como quedó el de Guillermo Hawkins (Hakluyt, X:226-245).

En el mismo año de 1595 tiene lugar otra expedición inglesa a estas Indias (Hakluyt, X:213-225). Son sus jefes Amyas Preston y Jorge Sommers y van saqueando y quemando ciudades españolas. Son víctimas esta vez, entre otras, las islas de Puerto Santo, "Coche Neere", Margarita, Jamaica, y las ciudades y fuertes de Coro, Cumaná y Santiago de León.

Por si fuera poco, y no bastase ya con los ataques de Drake y Hawkins por un lado y Preston y Sommer por otro, se presenta un nuevo peligro para las colonias españolas: Gualterio Raleigh, el de los viajes a Virginia, se enamora ahora de El Dorado que él llama *Guiana* (Guayana) y, lo que es peor, con el relato que de ella publicará al año siguiente despertará aún más la curiosidad de los aventureros de Europa, enemigos todos de España.

Efectivamente, en su primer viaje a la Guayana sube por el Orinoco, enloquecido por la fiebre de oro. Cuenta sus aventuras en *The Discovery of the Large, Rich and Beautiful Empire of Guiana* (1596), en que se hace eco de cuanta leyenda y mito engañoso se ha escrito desde los tiempos del médico Juan de Mandeville para acá (Hakluyt, X:338-346).

Hace otro viaje al año siguiente de 1596, el de la publicación de ese libro (Hakluyt, XI:1-15 y X:452). De regreso de su primer viaje a la Guayana, aunque con un siglo de retraso, llevó de acá muchas cosas que Colón ya había llevado en 1493: un indio, unas plumas, unas papas, unas hojas de tabaco, y muestras de unos minerales: la primera exposición agrícola que tuvo lugar en Barcelona en 1493 se repite ahora en Inglaterra, un siglo después, pero queda menos lucida. Esto no es todo lo que lleva a la reina que lo tenía encerrado en la Torre de Londres por haberse atrevido a enamorarse de otra y que solamente le ha concedido la libertad para que la haga rica con El Dorado. Se discutirá luego si fue él o si fue Drake el introductor de la papa en Europa.

Pero en Puerto Rico, en particular, al saber del ataque de Drake a la Isla, el rey nombra gobernador a don Antonio de Mosquera que toma posesión el 18 de diciembre de 1597. Al mismo tiempo que aumenta el rey la guarnición de la plaza y dispone un crédito especial para mejorar el armamento. Al llegar a la Isla el nuevo gobernador encuentra aquí una epidemia que causa la muerte de muchos blancos y negros, epidemia que se agrava por la falta de alimentos. "La guarnición del Morro se hallaba reducida a 134 soldados y 14 artilleros", dice Miller.

Unos meses después, se nos viene encima la escuadra más grande y mejor armada que los ingleses hayan lanzado a los mares. La manda un famoso marino, el Conde de Cumberland. El 6 de junio de 1598 llegan a las playas de Loíza los primeros buques de la escuadra. Los habitantes de la isla pelearon heroicamente pero no podía el Gobernador Mosquera detener tan gran ejército con 400 hombres. Con estos se retira al Morro y Cumberland entra en la ciudad el día 19 dispuesto a convertir esto en una colonia inglesa y protestante, pero el

destino ha dispuesto otra cosa: la epidemia que en tan mala situación nos tenía al llegar Mosquera, no ha terminado todavía y se contagian los invasores, que pierden 400 de los mil hombres que han salido a tierra. Cumberland tiene que irse, dejando a Juan Berkley en su lugar. Se lleva gran parte de su flota, no sin antes tomar cuanto puede de lo nuestro incluyendo "todas las pieles curtidas y el jengibre y el azúcar, que estaban ya preparados o se pudieron recoger", las ochenta piezas de artillería de la plaza y las campanas de la iglesia. Esto sucede el 14 de agosto.

La epidemia sigue matando los hombres de Berkley y éste se ve obligado a dejar la ciudad después de 157 días de ocupación —la más larga y puede decirse que la única hasta el año de 1898— y cuando más tarde llega una flota española con tres mil hombres para recobrar la Isla ésta se halla ya libre de tan indeseables visitantes. En este mismo año de 1598 muere en Europa Felipe II, sucediéndole en el trono Felipe III.

Ante tanta incursión extranjera, en la isla de Puerto Rico prosigue la construcción de nuestras defensas militares. En 1599 comienzan "a levantarse" las defensas del Boquerón, del Cañuelo, y las ampliaciones del Morro, y se construye de piedra el Puente de San Antonio con un castillejo del mismo nombre para defenderlo (Miller: 86). "Después de 1599 a 1609 se continuó la fábrica del Morro" (Miller: 140). La población de la Isla, por esta fecha, no pasa de 2.500 blancos, número pequeño pero 50 veces mayor que el de los primitivos colonizadores que llegaron en 1508 bajo el mando de Juan Ponce de León y acompañados del primer huracán de nuestra historia. Esta población está distribuida entre las dos poblaciones de San Juan y San Germán y las dos aldeas de Arecibo y Coamo. La Capital tiene 170 vecinos (jefes de familia), Coamo 20, Arecibo 10 (Miller: 93).

Y así termina el siglo XVI. Es un siglo de sobresaltos y zozobras, pero no sólo hemos sobrevivido a pesar de tanta catástrofe, sino que ya somos 50 veces más numerosos que los que llegaron con Juan Ponce en 1508. Bien se puede creer de nosotros, eso sí, que fuéramos engendrados con susto, como dice Coll y Toste.

No he contado aquí todas las peripecias que sufrimos en ese siglo, por no hacer prolija la historia, pero está claro que en todo el siglo hemos vivido pendientes de los ataques de los caribes, que ya tan temprano en la historia de América y apenas comenzada la colonización, teníamos encima a ingleses y franceses, dispuestos a despojar a la nación descubridora de lo que con tanto trabajo y heroísmo había creado. Puede decirse que fueron tan asiduos frecuentadores de las playas de Borinquen como los mismos caribes, pues como ya se dijo, era esta Isla parada forzosa en el camino de cuanto buque venía de Europa.

Caribes y cristianos, tan desiguales en la fe y en la cultura, eran iguales en su crueldad y violencia: por donde pasaban dejaban la desolación y la muerte. Los cristianos, si se puede, eran peores pues tendían a quedarse y a convertir esto en colonia extranjera y protestante, y no se contentaban con llevarse alguna gente sino que cargaban con todo lo que no destruían. Y encima de los constantes ataques de caribes, ingleses y franceses, sufríamos frecuentes epidemias y nos visitaban a cada rato terribles huracanes, que solían venir acompañados de temblores de tierra. Tuvimos en este siglo —hasta donde nos dice la historia— unos veinte de ellos.

En todo el siglo no han pasado de cuatro el número de nuestras poblaciones: la capital ha sido atacada varias veces por los caribes y en dos ocasiones por las potentes armadas de Drake y Cumberland; San Germán que ha sido edificada tres veces en tres sitios distintos y otras tantas quemada por los corsarios franceses; Arecibo y Coamo, aldehuelas, de diez y veinte familias respectivamente, y pequeños grupos sueltos de pobladores en las riberas del Bayamón, el Toa, el Jacaguas y el Loíza. Este último grupo ha sido destruido dos veces por los caribes que también han atacado el de Bayamón y que aparecen por cualquier parte de las costas y especialmente por las costas orientales de la Isla porque esta parte de ella está completamente despoblada. La mayor parte del siglo hemos vivido en una sola población pues caribes o franceses nos han destruido la otra.

Vivimos completamente aislados de la gente civilizada. Las

comunicaciones con España tardan muchísimo y no menos tardan en resolverse los asuntos oficiales y especialmente nuestras peticiones de ayuda. Los reyes españoles tienen que hacer frente a cosas hoy más importantes que ocuparse de unos pobres colonos perdidos en medio del mar, pues pelagra su propio suelo si no se atiende primero a su defensa. Ya vimos que los ingleses han logrado entrar en el puerto de Cádiz.

Y no es sólo España la que pelagra; pelagra Europa toda pues los turcos no descansan en su intención de destruir toda la cristiandad. Los tuvimos ya a las puertas de Viena. Y la nación que ha asumido la responsabilidad de librar a Europa del infiel, del más terrible de los infieles, es España. Carlos V sacó a los turcos de Viena como Felipe II más tarde destruyó su escuadra en la famosa batalla de Lepanto, aliviando la situación en el Mediterráneo. También era responsabilidad de los reyes españoles luchar contra la Reforma. Esto que ha debido tener por motivo solamente la cuestión religiosa tuvo otros no menos importantes. Las naciones en donde prendió la reforma eran y son precisamente las enemigas de España. En Inglaterra el protestantismo era una de las excusas para acabar con los españoles quedándose con todas sus posesiones. Los franceses, que se mantenían católicos, veían con buenos ojos cuando los hugonotes, expulsados por ellos, asolaban acá nuestras costas y se disponían a establecer aquí colonias protestantes. No era por cuestiones de religión solamente, pues Carlos V tenía soldados luteranos en sus ejércitos, que se luchaba contra la Reforma.

Y esto sucedía cuando la nación descubridora apenas había logrado su Unidad nacional y religiosa, cuando todavía quedaban en su propio suelo innumerables enemigos infieles esperando la menor oportunidad para devolver a España al Islam. Esto sucedía cuando sin tregua alguna la nación que acababa de librar una guerra de ocho siglos para lograr la reconquista de su territorio, tenía que hacerle frente a varias naciones de Europa y a las poderosas fuerzas de los turcos, cada vez más poderosos, al mismo tiempo que iba poblando y colonizando el más grande imperio que han visto todos los tiempos y que incluía los continentes de Norte y Sur América.

En estas guerras, con la excepción de los turcos que no salían del Mediterráneo, los enemigos de España tenían como primer objetivo quitarle las colonias de América o por lo menos destruirlas, llevándose todas sus riquezas.

Las nuestras riquezas en esta Isla eran pocas pero era importante nuestra posición estratégica y era siempre necesario detenerse aquí en el viaje al continente para tomar agua y leña. Por eso, vivíamos en continuo sobresalto, tal que no vivíamos un minuto tranquilos. Al finalizar el siglo XVI Puerto Rico había sufrido ya mucho y había servido de escala para que una nación enemiga fuese preparando en el continente su primera colonia de Virginia. Las calamidades habían sido tantas como para que no existiésemos hoy los puertorriqueños, pero no en balde eramos hijos de los conquistadores y aquel pequeño núcleo de hombres se sostuvo aquí contra viento y marea, luchando contra los hombres y contra las fuerzas de la naturaleza y, por encima de todos los obstáculos, siempre en marcha ascendente. Pero no fue de los españoles de acá solamente la gloria; nada hubiéramos hecho sin la ayuda de los españoles de allá, pues no hubiésemos nunca resistido a ingleses y franceses si no hubiésemos tenido aquí defensas que desde los primeros tiempos se habían venido construyendo para protegernos contra las incursiones de toda clase de enemigos.

El problema de la defensa de los territorios españoles era, y es todavía al finalizar el siglo, tal, cual no lo ha tenido ninguna otra nación en la historia, pues se trataba de defender el más dilatado imperio que el mundo había visto, imperio que se iba construyendo al mismo tiempo que se iba unificando la nación, cuya vida ponían en grave peligro enemigos tanto internos como externos. Apenas terminada una guerra de ocho siglos para sacar de su tierra al infiel invasor, se veía también combatiéndolo fuera del propio territorio para evitar que ocupara toda Europa y cayera para siempre la Cristiandad, al mismo tiempo que descubría, colonizaba, conquistaba un mundo separado del hasta entonces conocido por miles de millas de océano. Era la primera vez que una nación tenía territorios tan lejanos que no los habían visto ni

aún podían la mayor parte de las veces siquiera concebirlos mentalmente los mismos oficiales encargados de su gobierno y administración. Y de nuestros modernos medios de comunicación solamente teníamos entonces uno y estaba en su primera infancia: era la imprenta que, primero que nada en el Nuevo Mundo serviría para escribir, y en el idioma de las propias tribus indias, las biblias con que se cristianizasen.

Poder en el mundo capaz de hacer tanta cosa al mismo tiempo, de defender tan extensos territorios y tan dilatadas costas, no podía haberlo. El esfuerzo y el dinero era preciso gastarlos primero que nada en la propia tarea de descubrir, colonizar, conquistar ese Nuevo Mundo, sin dejar de defender al Viejo del peligro infiel. Las naciones enemigas estaban en la posición privilegiada del pirata que puede concentrar la fuerza que convenga en un punto dado, precisamente porque no tiene otras tareas que atender ni tan extensos territorios y costas que defender. Sólo tenían que esperar que España descubriera y colonizara, para concentrar sobre el nuevo territorio una gran fuerza naval.

La posición de Inglaterra era aún más favorable que la de Francia pues siendo isla llena de puertos y de hombres de mar, y más fácil de defender, en poco tiempo pudo concentrar sus energías y su dinero en la construcción de una potente flota de guerra, con la cual pudo atacar prácticamente con toda seguridad de éxito cualquier punto tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo. Además, no tenía escrúpulos de ninguna clase y la religión le servía de pretexto para matar españoles o católicos de cualquier raza, sin la menor compunción.

Precisamente en este siglo que acaba de terminar ha comenzado la conquista de Irlanda y Escocia que sufrirán larguísimo vía crucis. Por ahora son infinitos los católicos de ambos países que pierden vida y hacienda; por ahora muere en el cadalso la reina católica, hija de españoles, María Estuardo. Esto en Europa; en el Nuevo Mundo son incontables los que han sufrido igual suerte pero no ha podido aún Inglaterra, como tampoco Francia, ocupar territorio alguno de

los descubiertos por España como tampoco han llegado en realidad a descubrir ellos mismos ninguno nuevo.

Pero concretándonos al problema de la defensa de sus territorios en el Nuevo Mundo oigamos lo que dice Arciniegas, refiriéndose a la fortaleza de Cartagena de Indias (pág. 275):

"Cartagena, de los tiempos de Drake para acá, ha multiplicado sus fortalezas, no obstante que el papel de España no es tan sencillo como el de Inglaterra o Francia, que no hace frente sino en islas minúsculas, en donde uno o dos castillos suelen bastar para la defensa. España tiene que amurallar desde el estrecho de Magallanes hasta las costas de México, con frente a los dos océanos. Gran previsión fue, o gran suerte, haber erigido las ciudades capitales en el interior de las montañas, lugares inaccesibles para el pirata. Pero están los puertos, y cada puerto ha de ser una fortaleza. Cuando Antonelli vino, ya en tiempos de Felipe II, su encargo fue el de estudiar una defensa continental, y debía empezar por construir castillos en el estrecho de Magallanes. Luego hizo ese vasto plan de fortificaciones, que quedarán por siglos como fragmentos de un cordón de piedra que debía conservar a la América virgen, y que ahí vemos en las murallas de y castillos de Portobelo en Panamá, de la isla de Puerto Rico, del cerro del Morro en La Habana, de San Juan de Ulúa en México, de Cartagena en la Nueva Granada. Y Cartagena sobresale en estos planes como el castillo mayor de Tierra Firme. En levantarlo se llevaba gastada ya tanta hacienda del rey Felipe que un día le vio un cortesano entrometido empinándose como queriendo divisar algo desde las ventanas del Escorial "¿qué quiere ver vuestra Majestad?" Y el rey: "Las murallas de Cartagena".

El nuestro castillo del Morro es la segunda fortaleza del Nuevo Mundo después de la de Cartagena pero lo que importa para nosotros es que nos salvó no sólo de caribes sino también de los enemigos de nuestra propia fe cristiana. Y en ese fuerte había y hay soldados españoles enviados de España, que sufrieron, como sufrirán en el futuro, con nosotros, el hambre, las epidemias y los ataques enemigos. Y para sostener ese fuerte y sus defensores nos venía y viene de

Méjico el Situado. Y los gobernadores de la plaza siempre han sabido defenderla y han estado siempre a la altura de su cargo.

Puerto Rico es a fines de este siglo xvi la hija de España la más pequeña y la más aislada, pero aún en medio de sus más absorbentes ocupaciones y preocupaciones, no la ha olvidado nunca la madre. Siempre nos llega por tarde que sea y por poca que nos parezca, la ayuda que solicitamos y así se ha ido construyendo el Morro y así ha venido el Situado, y así soldados y armamento e ingenieros, y así alimentos después de los temporales y, sobre todo, la inspiración y el empeño heroico, la fibra resistente, la fe que consuela y fortalece en los momentos más terribles.

SIGLO XVII

Entramos en el siglo xvii con la misma inspiración, el mismo empeño heroico, la misma resistencia y la misma fe que tuvimos en el que acaba de pasar. El nuevo siglo no será menos calamitoso pero tampoco podrá detener nuestro avance y gradual desarrollo.

Las causas de nuestros males serán las mismas: las epidemias, las enfermedades de los animales y las plantas, los meteoros, los ataques de los enemigos. Estos últimos son los mismos pero ahora se unirán a ellos los holandeses que se están convirtiendo en una potencia naval y que también son protestantes. Como los ingleses y a veces con el mismo pretexto de la religión, irán dejando la desolación y la muerte por las costas españolas de América. Pero ahora no serán solamente marinos y corsarios los que nos atacarán: ahora inventarán los ingleses la piratería moderna y el Caribe se llenará de piratas de todas las naciones y casi siempre protestantes.

Las naciones enemigas de España estarán a veces en guerra unas con las otras, otras veces estarán en paz, pero siempre estarán dispuestos sus piratas al ataque contra nosotros. A veces esas naciones estarán en guerra declarada contra España; a veces estarán en paz con España, pero los piratas no dejarán por esto de atacarnos. Es verdad que las noticias tardan mucho en llegar acá y que a veces vienen a saber acá que se ha firmado una paz con un año de retraso, pero aún llegando a tiempo la noticia es demasiado tentador

el mundo español de América pues permite hacerse rico sin pasar gran trabajo, tomando sencillamente lo que ya está hecho, aprovechándose de la labor descubridora y colonizadora de España y del trabajo honrado de sus súbditos.

Son nuestros principales enemigos los ingleses aunque alguna que otra vez se firme con ellos alguna alianza. Ahora se les ha metido en la cabeza que son los designados por Dios para convertir a los infieles al protestantismo. Juan Davis dice por esta época: *There is no doubt but that we of England are this saved people...* Así empieza el mito de los pueblos escogidos que tanto han de difundir más tarde y principalmente en el siglo XIX los pueblos anglosajones y germánicos y que tendrá triste culminación en los postulados del nazismo de Hitler.

De estos ingleses que se consideran el pueblo escogido de Dios a fines del siglo XVI escribirá en el siglo XIX Walter Raleigh en *The English Voyages of the Sixteenth Century* (pág. 6), refiriéndose a sus marinos, que eran en general salvajes que de todo tiempo habían vivido de la piratería. Añade el autor que si andando el tiempo ha cambiado la constitución británica, el marino inglés ha permanecido el mismo, ni caballero ni puritano ni filántropo. Refiriéndose a un personaje grosero y brutal se dirá en la novelita *The Beast Must Die* (Dell, 1958, pág. 53), que era el tipo de los días de la Reina Isabel y que hubiese sido un buen capitán de mar o un buen negrero.

Y estos ingleses, lo mismo que franceses, holandeses y otros europeos, irán estableciendo en este siglo que va a empezar sus nidos de piratas en pequeñas islas del Caribe, y con ellos y con la colonia de Virginia empezará en el Nuevo Mundo el agarre de las naciones europeas, enemigas de España. Muchas veces se aliarán los unos con los otros. Los españoles organizarán expediciones punitivas; algunas de ellas saldrán de esta Isla de Puerto Rico, pero "ingleses y franceses escapan como ratas a otros puntos del archipiélago, pero en cuanto el almirante español se va, regresan frescos y tranquilos" (Arciniegas, 231).

Puerto Rico se va a encontrar otra vez en el mismo medio

de torbellinos atmosféricos, de conmociones sísmicas y de vorágines de piratas. Estos últimos se han convertido en un mal casi tan natural, casi tan propio del Caribe como terremotos y huracanes, pues los piratas, bucaneros y filibusteros se han instalado en estas islas por su cuenta y definitivamente y para sus incursiones no necesitan ni el permiso o la autorización de gobierno alguno ni ninguna iniciativa o impulso extraño. Cuando caen sobre nosotros vienen con la celeridad de un meteoro.

Continuará en el nuevo siglo la Isla de Puerto Rico dependiendo de los acontecimientos de Europa. Como antes, tendrá importancia para nosotros por ejemplo, el avance de los turcos, o el matrimonio de una princesa o la muerte de un monarca, y, más aún la suerte que corran las armas españolas, porque en España tenemos la familia y de allá viene la ley, y la ayuda que se necesita, en forma de soldados, de armas, de Situado. Cualquier desgracia que toque a los españoles de allá es un golpe de muerte para los españoles de acá.

En este siglo variará el derrotero de las Antillas. Los buques pasarán por el norte de Puerto Rico y no por el Sur (Coll y Toste, "Boletín", XIII:18). Ya los marinos de otras potencias europeas conocen bien no sólo el camino de las Indias, tanto occidentales como orientales, sino cuanto escondrijo hay en la cuenca del Caribe.

España ha hecho ya la mayor parte de su obra: se ha instalado en los dos continentes del Nuevo Mundo y ha descubierto las Indias orientales. Ahora seguirá explorando las costas del Pacífico americano, se instalará en Filipinas y en varios puntos de Asia, sus misioneros irán a China. Proseguirá su obra de colonización y civilización en América. Y con ella irá progresando esta Isla de Puerto Rico.

Pero por otra parte, si el siglo XVI empezó y terminó para nosotros con dos de los mejores reyes que conoce la historia, con Fernando e Isabel al principio y Felipe II al fin, este siglo XVII será en ese sentido uno de decadencia. Tendremos una serie de reyes mediocres. El siglo será para España el de Oro, el siglo de Cervantes que publica *El Quijote* en 1605, de Lope de Vega, Quevedo, Tirso, Calderón de la Barca, y

tantos otros, el siglo en que en todo será la nación española la mejor, cuando tendrá en todo lo mejor, cuando serán mejores los caballos españoles, cuando será el idioma de toda la clase culta europea el castellano... Pero la nación se ha cansado con la brega de nueve siglos de lucha incesante, ha perdido sus hombres más emprendedores que han conquistado medio mundo y están todavía poblando y colonizando.

Factores que no es el caso discutir en este trabajo van a cambiar muchas cosas y por las circunstancias propias de su historia, no le será fácil a España adaptarse a ellas. La misma colonización de América, entre otras cosas, traerá un gran cambio. Las nuevas instituciones se fundarán en las antiguas de España que fue la primera nación en concebir el gobierno por el pueblo, que fue la primera que tuvo parlamentos, que fue la primera que hizo respetar al individuo, pero por eso mismo le será más fácil a las otras naciones aplicar esas ideas de una manera más moderna.

España perderá terreno en América, pero lo maravilloso es que en tales circunstancias y entre tales enemigos, pueda conservar la mayor parte de sus conquistas. Podrá proseguir su obra colonizadora y terminarla sin perder en el camino más que una pequeña parte de sus posesiones. Y Puerto Rico será único en la historia de España porque, siendo la puerta o entrada de las Indias, no solamente no se perderá para ella como se perderán Jamaica, Martinica, Guadalupe y Haití, sino que se mantendrá española por más tiempo que ninguna otra de sus hermanas, llegando española hasta el siglo xx.

Y otra cosa que mencionaré aquí desde ahora, pues que para probarla es que estoy escribiendo estas páginas, es que, entre tanta violencia esta Isla se conservará siempre pacífica y solamente empleará la fuerza cuando con ella tenga que defender su propio territorio. Fuera de eso, no conocerá nunca la violencia: no peleará contra la madre patria, no peleará contra las colonias que se rebelen, no peharemos los españoles de aquí los unos contra los otros. Cosas son estas que hay que tener en cuenta cuando se intenta una interpretación de Puerto Rico, cuando se piensa en el camino que hemos de

seguir y cuando se recuerda el que anduvimos de la mano de España.

Empieza el siglo xvii con la fundación por los ingleses de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales y con la derrota de las armas españolas en la batalla de Nieuport y con el nacimiento de Calderón de la Barca. Estamos en 1600. Como se dijo más arriba, España ha hecho ya la mayor parte de su obra y prosigue descubrimientos y exploraciones tanto en las Indias Occidentales (el Nuevo Mundo) como en las Orientales, al par que prosigue la obra evangelizadora y civilizadora en ambos hemisferios. Inglaterra que era al principio del siglo anterior una isla medio bárbara con un millón de habitantes es ahora una nación protestante con una potente armada de guerra y una flota mercante dedicada a la piratería que ya ha contribuido grandemente a llenar los cofres del tesoro nacional.

Despunta ya el poder de las Provincias Unidas que llegarán a superar el poderío naval inglés. Francia también es poderosa. Todas junto o por separado, según las circunstancias, darán continua guerra a España que es a quien se le puede quitar algo. Y, efectivamente, le irán quitando algo en el curso del siglo, le irán quitando precisamente algunas islas del Caribe, algunas islas vecinas a la nuestra desde donde se hará cada vez más grande el peligro que corremos de ser destruidos y de pasar al poder de una potencia extraña. Es poco lo que perderá España en comparación con lo que ya tiene y ese poco ella lo irá compensando según se irá extendiendo por los territorios de las Américas. Es muy poco lo que pierde si pensamos que contra ella están unidas las naciones de Europa, que han tenido mejor oportunidad para desarrollar grandes flotas de combate, y que ella ha de defender sola tan vastos territorios. Pero ese poco es el principio de los futuros imperios coloniales de las otras naciones europeas.

El Caribe, mar de tormentas, se convertirá en el curso del siglo en un temporal de piratas y bandidos y en el medio estaremos nosotros. Sin embargo, en este siglo, a pesar de lo dicho, será España la mayor potencia del mundo, su im-

perio el mayor que haya visto la historia, y su prestigio nunca igualado. A su sombra seguirá desarrollándose la colonia de Puerto Rico. España no podrá mantener ocupadas y defendidas todas las islas del Caribe; no tiene ya gente para tanta cosa, pero verá florecer bajo la égida de reyes mediocres, una época de brillo sin igual en la literatura y en el fasto.

En 1603 llega el francés Champlain al Canadá y muere la Reina Virgen en Inglaterra. Acá estamos todavía fabricando El Morro y adelantando la construcción de otras defensas, gracias a la diligencia del gobernador Gabriel Rojas que entra este año en funciones y que se mantendrá en ellas hasta 1614. La obra colonizadora de España se ha hecho antes de librarse ella por completo de enemigos internos y en 1609 son expulsados por fin definitivamente de la Península los moriscos, al mismo tiempo que se firma con las Provincias Unidas una tregua de doce años. En Francia el libro de Raleigh ha hecho su efecto y los franceses también quieren conquistar El Dorado.

En 1612 se firma la paz entre España y Francia pero esto no impide que venga de esta última nación una expedición al mando de La Rivardière con destino al Amazonas, el Orinoco y la ciudad de Manao. Regresa entusiasmado a su patria. Volverá otra vez al Nuevo Mundo y regresará otra vez a su país esta vez con seis indios emplumados que serán exhibidos en el Louvre. Grande es su éxito; grande la conmoción. Es un nuevo descubrimiento de América; se repite la historia de Drake. Cosas que son ya historia antigua para los españoles y los portugueses son ahora la mayor novedad para los franceses que repiten hoy, casi medio siglo y medio después, los gestos de los Reyes Católicos en 1493. La Rivardière será celebrado más que Colón así como Drake fue celebrado en 1572 casi más que lo fuera El Cano en 1526 y así como lo será Raleigh más tarde. Poco importaría todo esto si no quedara de la aventura, a la larga, una colonia francesa en América, el establecimiento de Cayena en la Guayana, a donde vendrá de gobernador el señor de Bretigny de mano tan dura que se ganará el sobrenombre de "El Nerón de la Guayana". Lo matarán los indios de un flechazo en la frente.

La isla de Puerto Rico ya conoce a los franceses pero no son ellos los que la atacan este año de 1615, sino el otro genio malo del trópico —el huracán—. Hace cuarenta años, según los documentos de nuestra historia que hasta ahora tenemos, que no hemos tenido huracán. El de San Leoncio II, que así se llama el de este año, tiene lugar el día 12 de septiembre.

Se lee en Tapia, citado por Salvia: "En su tiempo, sucedió la gran tormenta de los 12 de Setiembre, y acudió a la necesidad con admirable diligencia, enviando bajeles a todas las islas vecinas, con que no se sintió hambre, remediándola su providencia, y, porque en los pulpitos le acomodaban el lugar del Evangelio, *Philipe unde emenus panem* señaló casa particular de depósito donde se diese el maíz y cazave que es el pan de las islas, a todos los pobres al mismo precio a que se había comprado de las otras de donde se truxo".

Y en otro sitio: "El 12 de septiembre ubo en ella Una Muy gran tormenta de agua y ayre de que resultó que las casas de tabla y algunas de piedra se cayeron y otras quedaron sin tejas, puertas y ventanas y en los campos las casas de estancias y yngenios se recibió el mismo daño y subcedieron algunas muertes y heridas en las personas que se habían recogido a ellas y el Casave y los Cañaberales de los yngenios quedaron asolados y destruídos y las naos y bajeles que había en el puerto dieron a la costa barando en tierra y perdiéndose las más dellas con la carga que tenían dentro".

En 1616, año de la muerte de Cervantes, se da declaratoria de pueblos a Coamo y San Germán. En 1617 tiene lugar el último viaje de Raleigh a la Guayana y al siguiente año de 1618 es decapitado en Londres el explorador.

Esto merece capítulo aparte. Raleigh es el único de los ingleses hasta ahora mencionados que no es sólo un militar, un pirata, uno que sólo sabe matar y negociar. Raleigh es un caballero, es un colonizador, es un escritor, es un soñador. Su libro sobre las maravillas de El Dorado, que el llama Guayana (*Guiana*) y que está repleto de todas las quimeras que antes embelesaran a Colón y a los conquistadores de la primera mitad del siglo XVI, se traduce ahora al latín, al francés, al holandés. Sus expediciones a Virginia dieron el

primer impulso al establecimiento de los ingleses en el Nuevo Mundo. Es amigo de escritores, artistas... Hace experimentos...

No es ningún santo Raleigh, como que es hombre representativo de la época de la reina Isabel, la reina virgen. Como Gilbert, como Essex, ha dejado los campos de Irlanda cubiertos de cadáveres de católicos. Cuando Desmond cae en sus manos, le juzga, le condena, le manda hacer cuartos. "La cabeza y las piernas se ponen de ornamento a la entrada de la ciudad de Cork. Los campos de Irlanda quedan asolados, las ciudades en cenizas. En el aire, el adorno de las horcas. En la fortaleza de Carrig-a-Flyle, cincuenta irlandeses y diecinueve españoles mandados por un italiano... tienen que rendirse: a todos se les cuelga" (Arciniegas, 198).

Ya vemos que Raleigh no es un santo y menos cuando al frente tiene a católicos y a españoles. En su primer viaje a la Guayana incendia de paso a Cumaná, pone fuego también a Santa Marta y Río de la Hacha. Fue con Drake contra Cádiz, de donde salió cojo de una herida. Cuando a la muerte de Isabel, sube Jaime al trono, mete a Raleigh a la cárcel porque le hacen creer sus enemigos que está conspirando contra el nuevo rey. Le saca de ella luego, alucinado por las promesas que hace el cautivo de hacerle rico con los fabulosos recursos de la Guayana. Y sale así en su último viaje al Nuevo Mundo.

En el curso de este viaje, desembarca en Trinidad y de allí manda una expedición que suba por el Orinoco con cinco naves y 250 hombres. Esta fuerza se enfrentará al Gobernador don Diego Palomeque con su ejército de cincuenta y siete vecinos armados y dos cañones y cuatro pedreros. Los 57 españoles pelean como demonios pero los ingleses son muchos y bien armados y ahogan en sangre la heroica oposición. Hasta el cura, enfermo, perece achicharrado, pero muere también el hijo de Raleigh.

Los soldados se llevan las alhajas del Cabildo, las campanas, el tabaco; la ciudad desaparece entre las llamas. Pero no aparece El Dorado. Keymes se suicida. Fracasa la expedición. Los españoles se quejan ante el rey inglés. Este con-

dena a muerte a Raleigh a quien había sacado de la cárcel con la esperanza de que lo hiciera rico con las riquezas de El Dorado. En la cárcel estaba acusado por sus enemigos de querer destronarlo. Ahora su cabeza cae cercernada por el hacha del verdugo. Historia ésta por demás instructiva porque nos muestra cómo hasta este momento Inglaterra ha ennoblecido a los que no eran más que piratas y ha enviado al cadalso al único hombre que es algo más, porque nos muestra, no que estas cosas no sucedían solamente en España, sino, lo que es más interesante, que era precisamente en España donde no sucedían, España el país que los ingleses siempre acusaban de desleal, de atrasado, de despótico, de malagradecido...

Con su muerte paga Raleigh, según un autor de su raza, su sed de oro, su orgullo y sus sueños. Si vamos a ver paga algo más: paga la parte que tuvo en la muerte de otro amante de la reina Isabel, de otro matador de católicos irlandeses, pues fue Raleigh a quien tocó mover la máquina que llevó a Essex al patíbulo. "Que se le lleve a la torre de Londres, y de allí se le saque por las calles de la ciudad hasta Tyburn, donde será ahorcado: vivas aún las entrañas, se removerán de su cuerpo y arrojarán al fuego, se cortará entonces su cabeza, y su cuerpo se dividirá en cuatro partes: la cabeza y los cuartos se colocarán en cinco distintos lugares que la reina designe", lee la sentencia contra Essex. Raleigh muere de un solo golpe de hacha del verdugo. La muerte de este hombre no para sin embargo las depredaciones inglesas como no las paró antes la muerte de Drake.

Al año siguiente de **1620** los turcos derrotan a los polacos en Vassy, los corsarios atacan Cartagena de Indias pero son rechazados por los españoles, y lo que es más importante, llegan a las costas de la América septentrional los colonos del *Mayflower*, principio de una poderosa nación que andando el tiempo pretenderá despojar a España de las colonias que le quedarán en el Nuevo Mundo e intervenir en las que de ella se habrán independizado. Por ahora, año de 1620, esta Isla termina sus defensas del Boquerón, del Cañuelo y del

Morro, que le servirán para mantenerse española hasta tres siglos después.

En 1621 los holandeses fundan la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales con el fin, no sólo de dedicarse al comercio, sino también de hacer la guerra. Su principal función será, naturalmente, la de acometer y tomar posesión de las colonias españolas, que son católicas y, sobre todo, que tienen riquezas que a los holandeses no les ha dado ningún trabajo acumular. Estas riquezas están en dinero, productos de la tierra y artículos traídos de Europa con grandes sacrificios.

Como dice Miller (pág. 140): "Ingleses, franceses, holandeses, enemigos de España, se establecieron en las Antillas no sólo para mantener comercio ilícito con las colonias españolas, sino para tomar posesión de ellas y apresar los barcos españoles..." que se dirigían de América a España. Tres años después, en 1624, los corsarios holandeses invaden el Brasil y saquean San Salvador, Lima y Callao. Un grupo de holandeses e ingleses se ha instalado en la isla de San Cristóbal. Los primeros están de nuevo en guerra con los españoles al subir al trono de España el rey Felipe IV. Las islas de Barlovento desde donde nos han atacado hasta hoy los caribes van cayendo en manos de los europeos que tienen la vista puesta en todas las colonias españolas y especialmente en las Antillas. Grande es el peligro para Puerto Rico. Estos europeos van exterminando los indios, que se encuentran con ellos en situación mil veces peor que bajo los españoles. Richelieu, que en Francia sube en este año al poder como ministro, ve la importancia estratégica de las islas del Caribe y se decide a apoderarse de ellas. Para ello se sirve de d'Esnambuc que hace años se viene dedicando al asalto de naves españolas en el Caribe. En la sociedad comercial que se funda tienen parte el mismo Richelieu y muchos otros altos dignatarios del país. D'Esnambuc se reparte con los ingleses la isla de San Cristóbal, aquí al lado.

Y viene el año infausto de 1625. Hay guerra también entre Inglaterra y España pero el ataque nos viene ahora de los holandeses. Vienen a tomar a Puerto Rico con 17 barcos y

2.500 hombres. Llegan a estas costas el 24 de septiembre bajo el mando de Boudoyne Enrico. Gobierna esta plaza don Juan de Haro. Las defensas de la capital son las que ya se han dicho. Dice Miller:

«En el Morro se habían construido cuadras para las tropas, algibes y polvorines, y se habían levantado algunas líneas de defensa hacia la ciudad. La única defensa en la bahía era el fortín llamado el Cañuelo. El brazo de mar que separa la isleta de San Juan de Cangrejos, hoy Santurce, estaba defendido por el pequeño fuerte del Boquerón, no concluido aún.

»Al tener noticias del nuevo peligro se hicieron trincheras en el Boquerón y en la caleta del Escambrón.

»La disciplina militar había mejorado mucho, gracias a los esfuerzos de los gobernadores Felipe de Beaumont y Juan de Vargas.

»El gobernador Juan de Haro había estado al frente del gobierno veintiseis días cuando le cupo la suerte de defender a Puerto Rico contra los Holandeses».

A pesar de los heroicos esfuerzos del gobernador don Juan de Haro y de muchos otros españoles y criollos, el holandés va penetrando en la ciudad y los de aquí se repliegan al fin hasta el Morro. Amenaza el jefe enemigo con quemar la ciudad si no entramos en arreglos. De Haro contesta: "Y si quemaren el lugar, valor tienen los vecinos para hacer otras casas, porque les queda madera en el monte y materiales en la tierra. Y hoy estoy en esta Fuerza con la gente que me basta para quemar a toda la suya".

El holandés pega fuego a la ciudad quemándose entre otras cosas la biblioteca del obispo Balbuena. Sin embargo, fuerzas comandadas por Andrés Botello y el capitán Amézquita logran poner en fuga en el Puente de San Antonio a unos 700 infantes cogidos entre dos fuegos, los cuales se retiran a sus naves y siguen luego la fuga hasta llegar a Aguada en donde se detienen un mes. El sitio ha durado 28 días. Y así nos salvamos otra vez de caer en manos de los asaltantes.

Escribe el obispo López de Haro: "El año de 25 saqueó el enemigo esta ciudad y se llevó hasta las escrituras de la Iglesia, y porque no le ofrecieron mucho dinero quemó mu-

chas casas, entre ellas la de la dignidad..." Por tan cierta daba España la caída de esta plaza en manos de los ingleses que al año siguiente enviará para recobrarla una escuadra con 3.000 hombres al mando del nuevo gobernador Alonso de Mercado (Miller, 125). Este halla a Puerto Rico libre de enemigos.

En este mismo año d'Esnambuc, corsario francés, se establece en la isla vecina nuestra de San Cristóbal. Con él conviven los ingleses del mismo oficio. Es el primer establecimiento francés en el Caribe y queda al este de Puerto Rico. Al nombre de esa isla debe el suyo el fuerte que quedará a la entrada de nuestra Capital y en el que se apoyará la línea de murallas que la circundará.

Nos dice Mousnier (pág. 12): "Desde este año de 1625, con el establecimiento de d'Esnambuc en San Cristóbal seguido quince años más tarde por el embargo de la isla de la Tortuga por el protestante Le Vasseur, los territorios españoles del Nuevo Mundo se convierten en el terreno de las actividades de la *filibuste* cuya preocupación única es la lucha contra el español. Siempre favorecidos por las Cortes de Francia e Inglaterra, los filibusteros llevarán durante todo el siglo una guerra sin cuartel a las posesiones de la Corona española distribuidas alrededor del Mar Caribe, desde el golfo de Campeche hasta la actual Venezuela y en las numerosas islas vecinas".

Casi exactamente un año más tarde, el 15 de septiembre de 1626, cuando todavía no nos habíamos repuesto del ataque holandés, viene el temporal de San Nicodemes.

"Al siguiente año de 1626, cuando los habitantes de la Capital estaban cicatrizando sus heridas producidas por el desastre del año anterior, fueron sorprendidos el 15 de septiembre por la furiosa tormenta de San Nicomedes, dejando sin hogar a mucha gente, destruyendo los platanales, único pan del infeliz campesino, que dedicaba el pan casabe, hecho con la harina de la yuca brava, a venderlo en la ciudad; y pereciendo mucho ganado vacuno y caballar con las crecidas de los ríos y la inundación de los hatos y estancias", dice Coll y Toste, citado por Salivia.

"El 15 de septiembre hubo una tormenta que derribó la casa del teniente gobernador, parte de los alojamientos y el polvorín. Con las aguas quedaron los frutos maltratados y murieron con las corrientes 22 personas en el lugar sin contar las de los campos donde en una sola casa murieron 16.

"Que del convento de Santo Domingo se desplomó el campanario y dio en la bóveda de la capilla mayor y derribó gran parte de ella y destejó todo el convento y otras tapias.

"Que se perdieron tres buques que venían cargados de bastimentos y que la gente anda desnuda", se dice en un documento de la época citado por Ramírez y por Salivia. Y en otro, citado por Murga y por Salivia: "Y ten si saben que después de auerse ido el dicho enemigo desta dicha ciudad sobrevino en ella una tormenta y tempestad de vientos tan grande que derribo muchas cassas y entre ellas las cercas paredes y techos de los dormitorios del dicho convento de suerte que por mucho tiempo los Religiosos del durmieron en una capilla de la Yglesia por no auer quedado celda ninguna en pie hasta tanto que con limosnas que hico esta ciudad se lebantaron quatro celdas pequeñas, a donde oy tienen su uiuenda los religiosos con notable incomodidad..."

Como se ha dicho, los franceses se han establecido en la isla de San Cristóbal, al este de Puerto Rico, pero es en octubre de este año que se firma el contrato mediante el cual el rey francés autoriza a la recién fundada Compañía de San Cristóbal a poblar esa isla y cualesquieras otras que tomasen entre los grados y 11 y 18 de latitud.

No por estos desastres ha cesado la fábrica del Morro y de otras defensas de la capital de esta Isla de Puerto Rico, que sin ellas se habría perdido hace tiempo. En 1629 los holandeses toman Pernambuco, Surinam y Caracas. Los ingleses están en la isla de San Cristóbal con los franceses. Un día llegan barcos españoles y los sacan de allí pero en cuanto se aleja el español vuelven los antiguos ocupantes a instalarse en la isla.

Ahora son los puritanos ingleses los que ponen sus ojos en estas Antillas. Ya hay unos cuantos en Massachussetts, los que vinieron en el *Mayflower* en 1620, pero sigue la persecu-

ción en Inglaterra y ahora, según van llegando noticias malas de Virginia y buenas de las islas, ponen los ojos en estas últimas. Se mudan para acá y escogen para hacer su colonia las islas de San Andrés y Providencia, cerca de las costas de Panamá y en el camino de la flota española que lleva a Europa los productos de Tierra Firme. Llegan en el *Seaflower*; vienen de Inglaterra y desembarcan en el mismo medio del imperio español. Los peregrinos son noventa. Como son compatriotas de Drake, vienen con su pastor y sus biblias, pero harán lo que siempre hicieron los suyos —vivir de los españoles.

La fórmula que han de jurar está henchida de odio a España y es que sólo a eso vienen: a vivir de España con el pretexto de que así sirven a Dios, de que matar católicos y españoles es servir a Dios. Los peregrinos traen negros y hacen en seguida amistad con los filibusteros de la Tortuga. A causa de tal amistad, aparecerá esa isla en los libros de Londres con el nombre de la isla de la Asociación, pero acá se la llama Isla de los Puercos, por el gran número de ellos que en ella hay. A pesar de tales amistades y tales actividades, la compañía les niega los naipes que piden y sólo les envía biblias. La disciplina entre los nuevos colonos es en extremo severa: por cualquier cosa se les azota hasta abrirles las carnes y luego se les echa sal en la herida. Ahora, ya instalados, de firme, piensan en conquistar a Centro América, empezando por lo que es hoy Nicaragua y el Darién. Allá en Inglaterra les preparan el terreno y les dan instrucciones, entre otras que prediquen el evangelio invocando al mismo tiempo el nombre de Drake entre los indios.

“¿Por qué Inglaterra no ha de iniciar en Centro América un imperio como el que los holandeses están organizando en el Brasil?”, preguntará Pym en el Parlamento inglés. “¿Por qué no hemos de poder nosotros arrancar de las manos de España este segundo Brasil?”.

Al año siguiente de 1630 España envía una flota al mando de don Federico de Toledo con órdenes de limpiar estos mares de piratas. Pudo dar con éstos cerca de San Cristóbal y logró desalojarlos de la isla de ese nombre pero ellos se traslada-

rán de una isla a la otra y no habrá manera de sacarlos del Caribe en todo el curso de este siglo. Ahora se mudan a la isla de la Antigua.

Aquí en Puerto Rico el gobernador Enríquez de Sotomayor comienza “a levantar una línea de murallas para cercar la ciudad de San Juan” y en 1631 se comienza la construcción del fuerte de San Cristóbal (Miller: 176), “que toma su nombre precisamente del de la isla en donde se disponían las primeras operaciones de los piratas ingleses y franceses” (Miller, 140), y cuya construcción vendrá a completarse en 1783.

En 1632 fundan los ingleses la colonia de Maryland. En 1634 se alían Francia y las Provincias Unidas y al año siguiente los franceses fundan la Compañía francesa de las islas de América, Richelieu le declara la guerra a España y sus hombres se apoderan de la Guadalupe, los holandeses toman posesión de Curazao, Aruba y Bonaire. Como se ve, la tierra de América es la tierra de todos o la tierra de nadie; los países europeos sencillamente se apoderan a la fuerza de cuanto encuentran. Se van fundando compañías nacionales de explotación que no solamente son causa de guerras sino que la hacen por su cuenta. Todo el mundo quiere su parte. Los indios son eliminados. Las islas del Caribe están llenas de negros, esclavos o piratas, y estos negros toman parte en todas estas expediciones en las cuales les toca su parte. A los indios no se les toma en cuenta para nada.

“Entre los años 1635 y 1641 el gobernador Iñigo de la Mota Sarmiento terminó la línea de murallas, circunvalando la ciudad con un muro de quince pies de altura. Tenía tres puertas frente a la bahía, las de San Juan y de San Justo y la Puerta de España; la de Santiago estaba situada entre los parajes hoy ocupados por el Casino de Puerto Rico y la Escuela José Julián Acosta. Para distinguirla de las que daban a la bahía se llamó Puerta de Tierra, dando nombre así a un populoso barrio de la ciudad”. Esto dice Miller (pág. 141).

Por esta misma época, de 1637 a 1641, los piratas son causa de una nueva calamidad, tan grave como cualquier temporal o terremoto: “Desde 1637 a 1641 los barcos espa-

ñoles que llevaban los fondos del tesoro mejicano destinados a Puerto Rico fueron presa de estos aventureros. En sólo cuatro años repartieron en la Tortuga 400.000 pesos del "Situado" de Méjico, privando al gobierno de Puerto Rico de sus principales ingresos" (Miller, 147).

Estos dineros servían principalmente para los gastos de las fortificaciones pero de ellos se pagaban los sueldos de los empleados del gobierno y de la tropa, además de los gastos de reales obras, edificios, armamento, etc. Como dice José Julián Acosta, citado por Miller (pág. 239), "Si el Situado llegaba a tiempo oportuno reinaba en todas las clases la animación y la más bulliciosa alegría, así como todo era silencio y tristeza cuando faltaba, ocurriéndose entonces a las emisiones de papel moneda". Cuando el ataque de Cumberland a esta Isla en 1598, el barco que traía los fondos del Situado hizo escala en la Aguada y los vecinos supieron muy bien esconderlo y protegerlo hasta que se fue el enemigo.

Estos años son de mucho movimiento. En 1635 Richelieu declara la guerra a España y hace entrar a su país en la Guerra de los Treinta Años. También funda la Compañía Francesa de las Islas de América. El año anterior habían pedido en Francia licencia para obtener comisión para establecerse en las islas de Martinica, Dominica y Guadalupe. El contrato se firma el 14 de febrero de este año de 1635. Es socio principal un pariente de Richelieu que en este mismo año establece la Compañía de San Cristóbal, a petición de Esnambuc que está establecido en esa isla desde el 1625. Esta compañía viene a sustituir la de las Islas de América antes citada que fracasa debido al mal gobierno y a la falta de víveres, que los colonos entonces tenían que comprar a los holandeses.

Los españoles dan sobre la Tortuga y no queda inglés vivo. Las colonias establecidas en San Andrés y Providencia se ponen en pie de guerra y se fortifican contra un posible ataque español. Al mismo tiempo invocan el favor de Dios agradeciéndole que esté con los buenos pues ha sabido impedir, hasta la fecha, gracias a las fortificaciones de la isla y a la angostura de la boca del puerto, que los malos tengan

éxito. En Inglaterra, Pym, que es el organizador de todo esto, aumenta el capital de la compañía y piensa en la conquista de la Tortuga.

Las colonias puritanas se convierten en nidos de piratas que sólo piensan en asaltar barcos y puertos españoles. Planean un asalto a Santa Marta. Al mando de Rous entran en ese puerto con una flota pero los españoles lo toman preso junto con su gente. Lo más interesante del caso es que ahora los colonos de Nueva Inglaterra, en la América del Norte, se aburren en su colonia y sueñan con Providencia de la cual le llevan noticias los piratas que con ellos comercian, llevándoles negros esclavos. Se preparan para salir para Providencia y llegan a salir unos treinta y ocho de Boston.

Por esta época suenan mucho Newman y Jackson, dos de los más famosos piratas. Planean la conquista de Centroamérica. Butler, el gobernador, asalta Trujillo en Honduras; los españoles intentan tomar la isla y fracasan. Butler celebra el triunfo con fiestas religiosas y matanza de prisioneros españoles. Esto enfurece a todos los españoles y principalmente al almirante Pimienta que está en Cartagena. Con dos mil hombres cae sobre la isla defendida por catorce fuertes, 56 cañones grandes y 148 menores. Esta vez no fracasan. Liberta los frailes presos en la isla y se canta un Te Deum para celebrar la victoria. Los que venían de Boston supieron estas noticias a tiempo y volvieron grupas. A pesar de los ataques piratas a Trujillo y las costas de Cartagena, Guatemala y el Darién, las colonias de San Andrés y Providencia se han perdido. Ahora vuelven a ser católicas.

En 1638, según Miller (pág. 146), los holandeses se establecen en San Eustaquio, Saba, San Martín y Santa Cruz, "asaltándolo y robándolo todo en el mar y en la tierra". Al año siguiente destruyen la flota española. En 1640 Esnambuc encarga al protestante Levasseur que con los hugonotes organice la colonia de Tortuga, que se convierte en nido de filibusteros *dont l'unique préoccupation est la lutte contre l'Espagnol. Toujours favorisés par les Cours de France et d'Angleterre, les filibustiers mèneront tout le siècle une lutte sans merci aux possessions de la couronne espagnole réparties tout*

le tour de la mer Caraïbe depuis le golfe de Campêche jusqu'à l'actuel Vénézuëla sur la terre ferme et dans de nombreuses petites îles avoisinantes, ("Cuya única preocupación es la lucha contra el español. Siempre favorecidos por las Cortes de Francia y de Inglaterra, los filibusteros llevarán durante todo el siglo una guerra sin cuartel a las posesiones de la Corona española establecidas alrededor del Mar Caribe, desde el golfo de Campeche hasta la actual Venezuela, en tierra firme, y en las numerosas islas vecinas").

En 1640, se rebelan los portugueses y los catalanes contra Felipe IV. Al año siguiente los segundos, ayudados por los franceses, logran vencerlo. Todos estos sucesos se reflejan en Puerto Rico, si no por otra razón, porque las derrotas de los españoles se traducen en una debilidad de la defensa del Caribe, debilidad que somos nosotros los primeros en sentir.

Pero por si no, dos años después de estos sucesos, en septiembre del 1642, nos coge otro temporal:

"El año de 25 saqueó el enemigo esta ciudad y se llebó hasta las escrituras de la Iglesia, y porque no le ofrecieron mucho dinero quemó muchas casas, entre ellas la de la dignidad; pero el mayor trabajo fue el de la tormenta y tempestad que sobrevino el año 42 por el mismo mes de Setiembre que sucedió la de Burgos cuando derribó el Crucero, porque arrancó árboles y bujíos y hizo tan grande estrago que dejó esterilizada la tierra hasta hoy que va volviendo en sí y es de modo que todo cuanto falta se disculpa con la tormenta y viene a ser tormenta para mí, porque, en virtud de éste me faltan los diezmos..." "los animales de cerca que tanto abundaban en esta Isla, con la tempestad del año 42 murieron los más, y se retiraron a la espesura del monte, en tanto grado, que habiéndose buscado para mí un lechoncillo, en tres meses no se ha podido descubrir". Esto dice el Obispo López de Haro. "Tal fue la necesidad de la isla que las autoridades tenían que pedir casabe y maíz a la isla Margarita para alimentar a los soldados desnudos y hambrientos que vendían su salario con un sesenta por ciento de descuento para cobrar el resto en provisiones. Puerto Rico, la vanguardia de las

Indias, se hallaba en un estado peligroso de abandono" (Miller, 147).

Al año siguiente de 1643, en la batalla de Rocroi, pierde España la preponderancia militar que pasa a manos de los franceses. Nosotros en Puerto Rico levantamos la Fortaleza destruida por los holandeses en 1625. "Sus dependencias se extendieron hasta la ermita de Santa Catalina cerca del Hospital de la Concepción. Se tomó aquella como capilla de los gobernadores aplicándose luego el nombre de la capilla a la residencia del gobernador o sea Fortaleza de Santa Catalina", dice Miller (pág. 141).

En 1644, escribe López de Haro, Obispo de Puerto Rico: "aquí estamos tan sitiados de enemigos que no se atreven (los puertorriqueños) salir a pescar en un barco, porque los coge el holandés".

En 1646 es necesario organizar expediciones para limpiar a Tórtola de holandeses y en 1647 es necesario organizar expediciones punitivas contra los franceses en Santa Cruz. En este año los españoles desalojan a los franceses de la isla de Vieques. Estos franceses son los primeros en ocupar la "isla nena", como llama Lloréns Torres a la de Vieques.

Al año siguiente, es necesario abandonar la isla de San Martín por causa de una epidemia y los soldados enviados a nuestra isla traen el contagio y mueren 600 personas en dos meses y la guarnición diezmada por la peste se encuentra prácticamente en manos de portugueses de lealtad más que dudosa.

En 1648, España firma la paz con las Provincias Unidas que consiguen definitivamente su libertad política, pero los franceses prosiguen la guerra contra España ganándole Condé la victoria de Lens. En este año empieza en Inglaterra la dictadura puritana de Cromwell, que será enemigo a muerte de los españoles y de los irlandeses. Se mantendrá en el poder hasta su muerte en 1658.

Es secretario de Cromwell el poeta Milton, autor del *Paraíso Perdido*, a quien toca relatar el desastre inglés de las islas de San Andrés y Providencia y quien se hace portavoz del odio de su nación a España cuando dice: *Scriptum do-*

mini protectoris contra hispano, frase que es un manifiesto de guerra contra nosotros. Por si necesitara Cromwell estímulo para atacar a España, surge fray Tomás Gage, uno de los dominicos que vino a América con la intención de ir a la evangelización de Filipinas y que acá, como buen inglés, se ha hecho enemigo de la nación española y de su religión. De regreso a su país cuelga los hábitos y la emprende contra todo lo que sea católico y español. Escribe contra ellos abominaciones en su libro *A new survey of the West Indies*, llamando al pueblo inglés a la conquista de las posesiones españolas en América. No hay que decir que todo el mundo le cree, le oye, le sigue.

Cromwell ejecuta a Carlos I al año siguiente de 1649. La Compañía Francesa de las Indias vende en este año la Guadalupe a unos particulares pues por su mal gobierno ha perdido dinero en ella.

En 1650 Cromwell vence en Escocia y en Irlanda, de donde mandará al Nuevo Mundo muchos esclavos blancos y muchas mujeres que por ser católicas él llamará públicas. La Compañía francesa vende en este año las islas de Martinica, Granada y otras a unos particulares.

Soplando tales vientos, desde Europa, nosotros acá seguimos en la brega por sobrevivir. Dice Iñigo Abbad: "El Gobernador de Puerto Rico, teniendo ya fortificada la Capital de la isla con guarnición de tropa española, y los habitantes del país reparados de las pasadas desgracias y deseosos de tomar alguna satisfacción de lo mucho que los habían insultado, resolvió ir a desalojarlos de las islas que les habían usurpado.

En efecto, atacaron la de Santa Cruz... que tenían ocupada los Ingleses, en quienes vengaron los destrozos que antes les habían hecho en sus piraterías; pasaron por las armas a cuantos encontraron con ellas, enviando a los demás a la isla Barbada.

"Los holandeses de San Eustaquio y de San Martín enviaron nuevamente una colonia a Santa Cruz, que también quedó prisionera de los Españoles, aunque el General francés Poincy les quitó poco después la isla por capitulación, te-

niendo que retirarse los de Puerto Rico cediendo por entonces á la superioridad de las fuerzas francesas."

"En el año de 1650 volvieron los de Puerto Rico contra las islas Caribes, de que se habían apoderado los Franceses y Holandeses; atacaron la de San Martín...; tomaron el castillo, hicieron prisioneros sus habitantes apoderándose de cuanto había en ella...; retirándose a Puerto Rico dejándola desierta; poco después volvieron a establecerse en ella los Franceses y Holandeses, que la poseyeron con tranquilidad, aun estando en guerra entre sí estas naciones, hasta el año 1657 en que un corsario inglés... los echó de ella."

Como ya para esta época están instalados al lado de nosotros los piratas llamados bucaneros y filibusteros, que como otros tantos caribes nos rodean, y como estas palabras y sobre todo la segunda, han de figurar tanto en nuestra historia, debo detenerme aquí para dar acerca de ellos una breve noticia tomada del "*Diario de Bordo*" de Esquemeling publicado en francés en 1956 por Jehan Mousnier, en París ("*Editions de Paris*"), y de cuyo original pienso yo que sacara la suya Iñigo Abbad tal como la leo en la Historia de Miller.

Ya hemos visto cómo los países europeos han formado compañías de explotación para venir a traficar en las Indias Occidentales. Como hay poco dinero sólo el Estado puede organizarlas. Comerciar para ellas significa tomar todo lo que puedan y como los que tienen son los españoles, o sea los colonos españoles de estas soledades, sobre nosotros caen. Traen de Europa gente libre que puede pagar el importe de su viaje y también una especie de sirvientes que no pueden pagarlo y que se obligan a servir acá a ciertos amos por un tiempo definido. Estos son los llamados "*engagés*".

Así viene con la compañía francesa el cirujano Esquemeling a quien debemos la mejor descripción de sus compañeros de rapiña. El cirujano protestante —pues por ello es que no puede ejercer su profesión en Francia y tiene que emigrar— llega a la isla de Tortuga y allí sus compañeros lo venden como esclavo. La Tortuga, islita al norte de Santo Domingo, es un nido de filibusteros, fundado allá por el 1635 por Le Vasseur a quien Esnambuc sacara de San Cristóbal,

la primera de las islas tomadas por los enemigos de España y la que ha dado nombre al nuestro Castillo de San Cristóbal, situada muy cerca de Puerto Rico hacia el Oriente y casi en la misma latitud.

Esquemeling llega en 1666. Ya Francia será dueña de las islas de Martinica, Guadalupe, Granada y Granadina, María Galante e infinidad de islotes; Inglaterra poseerá Jamaica. En Francia será entonces soberano nada menos que Luis XIV, cuyo reinado sobresaldrá tanto por el número de guerras como por la pompa y el fasto de su Corte. La isla de Santo Domingo estará dividida entre franceses y españoles que se harán una guerra continua. Mejor dicho, los piratas de todas las naciones harán una guerra continua a los españoles, como dice Mousnier, ya citado.

El mismo Esquemeling lo dice todavía más incisivamente (pág. 73): "Los filibusteros son sobre todo filibusteros y su razón de ser es atacar al español." Esquemeling en el curso de su relato pondrá de manifiesto su odio a España, a pesar, como se verá, de lo bien tratado que es por esta nación, pero para cualquier persona imparcial su relato resulta la mejor prueba de la patente injusticia que se comete contra España, pues los hechos que él relata como suyos y de sus compañeros, las cosas que hacen franceses, ingleses, holandeses sin el menor escrúpulo, son las cosas que no hacen los españoles, las cosas que no suceden en España.

Para empezar, a él, Esquemeling lo venden como esclavo los jefes de la colonia y de la compañía, a él, cirujano y cristiano y francés, cosa que en España sencillamente no se ha hecho nunca. Exclama él: *A notre époque, se voir vendu comme un esclave, comme un nègre du Sénégal, à ceux-là mêmes qui m'ont fait signer un contrat de chirurgien.* (Mousnier, 19).

Y procede a darnos detalles acerca de la manera cómo los colonos tratan a sus *engagés*: uno de San Cristóbal ha matado más de trescientos alegando luego que habían muerto de vagancia. Veamos lo que dice de los que sirven a los ingleses: *Les Anglais traitent leurs engagés encore plus mal que les Français: ils les retiennent pour sept ans, au bout desquels ils les font boire dèmesurément et, à la faveur de l'ivresse, les*

rattrapent pur sept autres annés. J'en ai vu qui avaient servi jusqu'à vingt-huit ans. Cromwell a vendu plus de dix mille Ecossais et Irlandais, pour les envoyer à la Barbade. Il s'en sauva un jour un navire plein, que le courant apporta à Saint-Domingue; les vivres leur manquant et ne sachant pas où ils étaient, ils périrent tous par la faim. Leurs os se voient encore, proche du cap Tiburon, en un lieu qu'on nomme l'Anse aux Ibernois (págs. 19-20).

Para no traducirlo todo resumiré esto así: "los ingleses tratan a los *engagés* todavía peor que los franceses; los contratan por siete años y se las ingenian para quedarse con ellos en un caso hasta veintiocho años; Cromwell manda a la Barbada 10.000 escoceses e irlandeses como esclavos. Muchos de ellos perecieron en un naufragio cerca de Santo Domingo y sus huesos blanquean la arena cerca del Cabo Tiburón".

España no tiene esclavos blancos y los negros que tiene en sus colonias son traídos por ingleses y franceses. La suerte de los *engagés* no es mejor que la de los negros (pág. 317) y en otro tiempo el número de estos esclavos blancos que se traían de Europa no era inferior al de los esclavos negros que se traían de Africa. Dice Esquemeling: *On amenoit alors presque autant d'engagés qu'on fait aujourd'hui d'esclaves noirs, et leur sort y étoit à peu près le même. Nos François et les Anglois ont commis à peu près le même. Nos François et ces gens là que les Espagnols sur les Indiens; tant il est vrai que l'intérêt rend partout les hommes cruels et barbares.* Lo interesante de todo esto es que la suerte de estos esclavos blancos no les enseña a ellos mismos a tener piedad ni caridad: en cuanto se ven libres se dedican a bucaneros o filibusteros y así se vengan de las crueldades de que han sido víctimas, haciendo gala contra los españoles de una crueldad aún mayor que la de sus antiguos amos.

Así traba intimidación el cirujano protestante con la vida de estos hombres. Son de tres clases: los colonos (*habitants*) que tienen sus casas y que viven de la agricultura, los bucaneros y los filibusteros. Los primeros están instalados en la isla de Santo Domingo a la mayor distancia posible de los colonos españoles; a veces tienen sus *engagés* que los colonos se ven-

den los unos a los otros; venden sus productos a traficantes que a su vez los cambian en Francia principalmente por armas y aguardiente.

Los bucaneros viven de la caza; han tomado el nombre y las costumbres de los indios. Si estos cortan y asan y ahuman a víctimas humanas, aquellos hacen lo mismo en sus barba-coas con los toros. En inglés se llaman *cowkillers* y los españoles llaman a los compatriotas que se dedican a esta caza, monteros o matadores de toros. Hay unos que se dedican a la caza de jabalíes y a quien los bucaneros quieren distinguir de los suyos con el nombre de cazadores. Los verdaderos bucaneros se dedican solamente a matar toros y vacas.

Dice nuestro cirujano (pág. 34): *Quelques-uns de ces boucaniers sont si barbares qu'ils assomment de coups un garçon qui ne sert pas à leur grè.* Para que el lector vea la diferencia que hay entre los españoles y los franceses e ingleses reproduzco a continuación la descripción que hace Esquemeling del sistema español de matar toros (págs. 40-1).

"Ils ne se servent point d'armes à feu, mais de lances et de croissants. Ils ont des meutes comme les Français et se font suivre de deux ou trois valets qui animent leurs chiens. Quand ils ont trouvé un taureau, ils le poussent dans une prairie où le matador, qui s'y trouve à cheval, court lui couper le jarret, après quoi il le tue avec sa lance. Cette chasse est très plaisante à voir, car outre que ces gens y sont très adroits, ils font autant de cérémonies et de détours que s'ils voulaient courir le taureau devant le roi d'Espagne. Mais ces animaux étant en fougue crèvent les chevaux, blessent et tuent bien des hommes. Les chasseurs espagnols ne se donnent pas tant de peine que les Français. Ils font sécher leurs cuirs comme eux, mais ils se servent de chevaux pour les porter sur les lieux destinés à cet effet. Ils préparent leurs mets avec plus de délicatesse et ne mangent point leur viande sans pain ou sans casave, outre qu'ils ont toujours avec eux le régal de vin, d'eau-devie ou de confitures. Ils sont aussi, dans leurs habits, infiniment plus propres, et fort curieux d'avoir du linge blanc.

Ces deux nations se font continuellement la guerre.

Para no traducir todo esto, lo diré en menos palabras: Los

españoles prefieren alancear los toros. Los llevan a alguna pradera en donde el matador los espera a caballo. No usan armas de fuego sino lanza y matan al toro con tal habilidad y con tales ceremonias que no parece sino que lo estuviesen haciendo en presencia del Rey. A menudo el toro mata el caballo y aun el caballero. Los cazadores españoles pasan menos trabajo que los franceses pues tienen caballos para cargar los cueros. También preparan sus comidas con mayor delicadeza y no comen su carne sin pan o sin casave, sin contar que la acompañan con vino, aguardiente y confituras. Y en su persona son infinitamente más limpios y muy empeñados en llevar ropa interior blanca.

Uno siente en las palabras del escritor la envidia hacia el español que a sus ojos es rico, al par que admiración por su destreza y por su alto grado de civilización. El español cuando ha de matar un toro lo quiere hacer con gracia y hace de ello un deporte en que el animal tiene oportunidad de defenderse. Por salvaje que sea el medio en que tiene que desenvolverse, el español se conduce como un hombre civilizado y rico; aun cuando no sea necesario, expone su vida no temiendo a la muerte y es amigo de la comodidad y la limpieza.

Cuando los aventureros son echados de la isla de Santo Domingo se hacen dueños de la de Tortuga. Unos se dedican a trabajar en esta última isla tratando de hacerla habitable; otros van a Santo Domingo a buscar carne que obtienen de los puercos y vacas que matan en esa isla. Algunos se hacen a la mar, contando con la carne que sus compañeros que se quedan en la Isla le tengan siempre lista. Estos que se hacen a la mar se llamarán filibusteros, del inglés *fly buster*. Su trabajo, su única ocupación es apresar buques españoles. Cuando necesitan provisiones se acercan secretamente a algún establecimiento español y se hacen entregar por el colono español dos o tres cientos puercos *et sur leur refus, ils les pendent après leur avoir fait souffrir mille cruautés* ("y si se niegan los españoles, los ahorcan después de haberles hecho sufrir mil crueldades").

Veamos lo que sigue diciendo de ellos Esquemeling (pág. 311): *Ces derniers n'étaient à proprement parler que des fai-*

néans et des libertins de profession qui, ne s'accommodant nullement d'un exercice de chasse rude et pénible tel qu'était celui des boucaniers, et aimant encore moins à vivre dans la règle et dans la soumission comme les habitants, ne subsistaient que de brigandage, en pillant presque également l'ami et l'ennemi.

Y en otra parte (pág. 314): *Quoi qu'ils en voulussent pour ainsi dire à tout le genre humain, ils se délectoient singulièrement dans le mal qu'ils pouvaient faire aux Espagnols, contre qui le ciel sembloit les avoir lâchez comme autant de furies, pour continuer le châtement qu'il leur avait fait ressentir, comme l'on a vu, en tant de manières. D'où il arrivait que les Espagnols qui n'éprouvaient que trop ce furieux acharnement contre eux, ne leur connaissent pas d'autres noms que ceux de Ladrões et Demonios, de Brigands, de Démon. Les filibustiers eux-mêmes se faisoient souvent honneur de ces noms; bien loin de s'en choquer, ils souhaitaient seulement que de fréquentes occasions se présentassent de les vérifier par les effets. D'autres fois, pourtant, ils se fâchaient quand on les traitoit ainsi, et bien loin de vouloir passer pour des scélérats et pour des voleurs, ils se donnoient sans façon pour les plus honnêtes gens qui fussent dans l'Amérique. Quoi qu'il en soit, tout ce qui leur tomboit sous la main paraissait toujours le mieux acquis du monde.*

En castellano: "Estos últimos no eran otra cosa que vagos y libertinos de profesión que, no gustándole el rudo trabajo de caza de los bucaneros y menos aún la regla y la ley a que se sometían los colonos ("*habitants*"), vivían excluidos del bandidaje, asaltando casi lo mismo al amigo que al enemigo. Aunque odiaban a todo el género humano, se deleitaban principalmente en el daño que pudiesen hacer a los españoles contra quienes el cielo parecía haberlos soltado como otras tantas furias para continuar el castigo que ya les había enviado, como se ha visto, de tantas maneras. De donde resultaba que los españoles que no sentían que demasiado el encarnizamiento contra ellos, no les llamaban de otro modo que con los de "ladrones, demonios". Los mismos filibusteros se honraban con tales nombres y en vez de chocarles sola-

mente pedían ocasión de confirmarlos. Otras veces, sin embargo, tal tratamiento les ofendía y lejos de aceptar el título de criminales y bandidos, se hacían pasar por las gentes más honradas de América. Sea de ello lo que fuere, cuanto caía en sus manos siempre les parecía muy bien adquirido".

Lo gracioso es que los bucaneros se creen, al lado de sus hermanos los filibusteros, hombres de bien, ordenados y virtuosos. Para ellos los filibusteros son unos libertinos de profesión. La manera de trabajar de los filibusteros es la siguiente: no se atreven a atacar los galeones españoles reunidos en flota; se conforman con seguirlos y darle vueltas en derredor como buitres, en sus barcos ligeros, esperando que por algún accidente desgraciado alguno se separe de la flota. Entonces caen sobre él como buitres. El botín se lleva generalmente a la Tortuga o a Jamaica.

Todos estos bandidos y con ellos este escritor cirujano, al atacar los colonos españoles, se consideran enviados de Dios para castigarlos. Cristianos y protestantes son todos pero no vacilan ni en apropiarse lo que no es suyo ni, lo que es peor, en matar y torturar a gentes que no les han hecho nada. Ponen sin embargo el grito en el cielo cuando los españoles les pagan en la misma moneda.

En la página 317 se preocupa el autor de hacer la distinción entre filibusteros y piratas. Los primeros, dice, son corsarios peculiares de las Antillas y del siglo XVII, ("où à la mer du Sud à partir de 1684, date de la Trêve de Rabisbonne qui voit leur exode provoqué par la façon dont de Cussy, gouverneur sans grande autorité, interprète les désirs de la Cour de France"), y no piratas. Efectivamente, continúa diciendo, el filibustero es armado por un particular y obtiene una comisión, lo mismo que el corsario que es armado y obtiene comisión de un Gobierno cualquiera. Sin embargo de esto, está claro que los filibusteros son simples piratas pues el mismo autor lo prueba cuando nos informa que sus compañeros pelean principalmente contra los españoles y haya o no guerra. No mediando guerra no puede haber comisión alguna ni importa quién arme el buque. Además, aún mediando guerra, los filibusteros, como hemos visto, actúan por su cuenta y a

veces se unen entre sí precisamente los de los países en guerra.

Tales son los enemigos que tienen los españoles a sus puertas, enemigos gratuitos pero a muerte, enemigos que llevan toda la ventaja pues llevan a cabo sus fechorías a mansalva y sin el menor respeto a la ley del hombre o a la de Dios. No tienen que preocuparse de la ley internacional y cuentan siempre con el favor de sus respectivos países. Para ellos todo es ganancia. Toda la culpa que en esto tiene España es haber sido la descubridora, haber ella descubierto a América, y haberla explorado, poblado, colonizado, civilizado antes que nadie. Por ello se convierte en el blanco de la envidia, especialmente de las naciones que han cambiado de religión poco después del Descubrimiento. El verdadero motivo es el de la ganancia fácil; el pretexto, la religión. Tales son los enemigos que nosotros los puertorriqueños tenemos al lado pues es su asiento principal la isla de Santo Domingo, a pocas millas de nuestra costa occidental.

Y ya estamos, para seguir el hilo de este relato, en el año de **1651**. Los Caballeros de Malta compran la isla de San Cristóbal, San Martín, San Bartolomé y Santa Cruz.

Les dice el rey de Francia en el documento de venta: "Así como los caballeros han hecho de la isla de Malta en el Mediterráneo un castillo contra la infidelidad, así habéis de hacer vosotros otra semejante en las islas del Caribe". El infiel en este caso será seguramente el español.

Los caballeros venderán las islas más tarde sin haberse preocupado de fieles o infieles. Al año siguiente de **1652** entran en guerra ingleses y holandeses. Fontenai viene por Francia contra la Tortuga y se la quita a los primeros.

En **1653** tenemos a Cromwell Lord Protector. Cromwell es el jefe de una revolución política, religiosa y moral. Impone en su país la más estricta adhesión a la religión protestante y hace poner en vigor las más estrictas leyes en contra de toda clase de diversiones. Impone la religión y la moralidad a sangre y fuego, y a los católicos y aún a los que se permiten libertades de pensamiento o de la carne les suele suceder lo que le sucedió a Servet en Ginebra a manos de Calvino hace un siglo. Este virtuoso político puritano es uno de los hom-

bres más crueles de la historia: como tal lo recuerdan sus enemigos y principalmente, los católicos, los irlandeses y los españoles.

Los holandeses pierden el Brasil. En **1654** los españoles toman la Tortuga, cabecera de operaciones de bucaneros y filibusteros. La perderán más tarde. Los ingleses en cambio toman a Jamaica. Han hecho efecto en Cromwell, si es que algún inducimiento necesitaba, las prédicas de Tomás Gage, antes citado. Aconsejado por Tomás Modyford, colono rico de la Barbadas, Cromwell decide enviar una expedición contra Santo Domingo o Puerto Rico con órdenes de proseguir desde allí a Cartagena o La Habana. La expedición trae 38 buques y 2.500 hombres y a Tomás Gage de capellán. Esto sucede en **1655**.

Las tropas se componen de la hez de los barrios bajos de Londres y del ejército del Protector. "Nuestro gran enemigo en el exterior es España: un enemigo natural, por la enemistad que tiene contra todo lo que es de Dios...", dice Cromwell en el Parlamento, "La verdad es que nunca puede hacerse la paz con un estado papista: firmad con él lo que queráis, pero estad seguros de que sólo guardará sus promesas hasta el punto en donde el papa diga amén" (Arciniegas, 246).

Llegan el Almirante William Penn y el general Roberto Venables con su flota a las Barbadas que es donde tiene Modyford su plantación. Allí se alistan en el ejército tantos siervos de las plantaciones a quienes se les ofrece a cambio la libertad, que son cerca de 7.000 los hombres con que luego caen los dos jefes contra la ciudad de Santo Domingo, defendida por unos centenares de españoles mal armados. Las disensiones y las deserciones impiden el éxito de la empresa y los españoles dan buena cuenta de los expedicionarios.

No pueden volver a su país con las manos vacías. "No; hay todavía una puerta que se abre acogedora a los aventureros: la conquista de Jamaica. En Jamaica no tienen los españoles fuerza alguna. Otras islas han ganado los ingleses, los franceses, los holandeses, con puñados de bucaneros. Aquí, no es sino pasar un brazo de mar, y clavar la bandera. Así se hace. Un minúsculo grupo de españoles se esconde en los

montes, hace embestidas de guerrillas, pero en realidad sólo alcanza a cumplir una misión: asegurar la retirada de las mujeres que van a otras islas con sus hijos y los baúles. Jamaica queda, puede decirse que para siempre, en poder de los ingleses. Sin embargo, es resplandeciente la derrota que han sufrido Penn y Venables" (Arciniegas, pág. 247). Desde ahora será Jamaica el principal foco de piratería contra España. Con el tiempo será un gran emporio agrícola y comercial trabajado por negros esclavos al mando de un puñado de blancos. Por ahora los ingleses fundan en ella Port-Royal que será nido de piratas, cuartel general de bucaneros y filibusteros. A Jamaica es que suelen llevar sus presas para la venta los filibusteros, sobre todo cuando son ingleses.

Al año siguiente de 1656 expide un decreto el 14 de agosto el nuevo gobernador: que se distribuyan entre los soldados 1.701 biblias. Cromwell quiere convertir la isla "en la lámpara protestante del Nuevo Mundo". La isla será poblada por vagabundos, condenados y mujeres libres que los plantadores de Jamaica comprarán como esclavos.

"Se llama vagabundos y mujeres de mala vida", dice Arciniegas (pág. 248) "a los sacerdotes católicos y a los muchachos o muchachas que profesan esa abominable religión... Irlanda es el sitio ideal para desarrollar estos planes, pues de paso se toma venganza de los protestantes que fueron sacrificados en el último levantamiento de los católicos. En Irlanda está, como general de las tropas, Henry Cromwell, el hijo de Oliverio. El padre le explica cómo debe cazar muchachos y muchachas y situarlos en las cárceles de Bristol, de donde se enviarán para las Antillas".

Le escribe el hijo al Protector, según el mismo autor (pág. 249): "Nada tengo que deciros acerca de las muchachas, sino que todos vuestros deseos tendrán cumplida satisfacción; creo que lo que conviene mejor a vuestros negocios y a los nuestros es enviar de 1.500 a 2.000 muchachas entre 12 y 14 años a la plaza indicada, y que a lo mejor se logre por este medio hacer de ellos ingleses de verdad, quiero decir: cristianos".

La ley inglesa obliga a los irlandeses a llevar barba y a cambiarse los nombres por otros de origen inglés. En tiempos

de Isabel, la Reina Virgen, las leyes inglesas prohibían que los irlandeses se casasen, aprendieran a leer y escribir y tuviesen propiedades, y ordenaba que de lo que trabajasen diesen parte a la corona y parte a la iglesia anglicana, no pudiendo, naturalmente, profesar la suya. Ahora, sirven para el mismo fin de acabar con los irlandeses católicos, las colonias que esa reina pudo iniciar gracias a los piratas Hawkins, Drake, Raleigh y otros.

Cuando la población de Jamaica alcance en 1662 los 15.000 habrían llegado 6.400 esclavos blancos cazados en Irlanda e Escocia. "La medida es muy benéfica para Irlanda", dirá un historiador inglés, "porque la alivia de una población que siempre crea disturbios en las haciendas; es benéfica para el pueblo que se exporta, porque de este modo puede hacerse inglés y cristiano; y es benéfica para los dueños de plantaciones de azúcar en las Antillas, que necesitan hombres y muchachos para su servidumbre, y mujeres y muchachas irlandesas en un país en donde sólo tienen mulatas y negras para solazarse" (pág. 249).

Como siempre, se encuentran historiadores y filósofos que justifiquen la violencia cuando en ello hay ganancia para los poderosos. Todo esto no logrará nunca doblegar a los irlandeses que a la larga, después de largos siglos de opresión, se harán libres e independientes, pero, por ahora, tienen que sufrir por su religión y su libertad.

Y así progresa Jamaica, la principal colonia inglesa en el Caribe, sobre la desgracia de blancos, negros e indios. Su progreso se basa en la violencia, en la fuerza bruta, en la crueldad. Las cosas que se estilan en Jamaica no han tenido nunca nada que ni siquiera se les parezca ni de lejos en la historia de la colonización española del Nuevo Mundo. Y aún si los españoles hubiesen hecho cosas parecidas a principios del siglo XVI, no habría razón para imitarlos ahora, un siglo más tarde y precisamente cuando ya América está civilizada.

En 1656 los ingleses sacan de la isla de San Martín a franceses y holandeses.

Cada día es mayor el peligro para nosotros: se van instalando los enemigos, franceses, ingleses, holandeses en las islas

vecinas, después de matar a todo español, y desde allí asaltan toda la región, apresan en alta mar cuanto buque encuentran. Nadie duerme tranquilo en Puerto Rico.

Así las cosas, en agosto del siguiente año de **1657** nos visita otro huracán. "En agosto de 1657 hubo una tormenta en toda la isla, no habiendo dejado en ella árbol de cacao en pie ni de otro fruto alguno, hasta las sementeras de los cazaves. Y hoy está padeciendo más que nunca la hambre general en toda ella por ser necesario tres años para volver los cacaos a producir su fruto y año y medio las plantas del casave que hasta su semilla ha faltado", escribe el Gobernador.

Si así están las cosas aquí, en Europa se desata otro temporal contra España pues se alían contra ella en ese año Mazarrino y Cromwell. El primero logra una victoria contra los españoles en Dunes en 1658 pero en ese mismo año muere Cromwell y vuelve a comenzar la guerra civil en Inglaterra. Si esto reduce el peligro inglés no disminuye en nada el francés y con la firma de la Paz de los Pirineos, Francia adquiere el Rosellón, la Cerdeña y el Artois y con ello adquiere la preponderancia en los asuntos europeos.

En **1659** du Basset saca a los españoles de la Tortuga. Sigue el progreso de Jamaica. El 26 de agosto de este año se expide un decreto asignando de los fondos de la tesorería veinte libras esterlinas a un John Hoy por quince perros suministrados para cazar negros. Jamaica es el cuartel general de los piratas. Como los hombres y mujeres vendidos como esclavos no son suficientes para el trabajo de las plantaciones, se empieza a traer niños robados, no ya solamente de Escocia e Irlanda, sino también de la misma Inglaterra. Se los roban los marinos para venderlos en las Antillas.

Alguien denuncia la cosa en el Parlamento como *a thing so barbarous and inhumane that nature itself, much more Christians cannot but abhorre...* (Arciniégas, 250). Esto no quiere decir que no se siga trayendo adultos: a estos ahora se les emborracha y despiertan en alta mar camino de las Barbados. Han sido "barbadeados" (pág. 250). En una ocasión se embarca para esa isla o son barbadeados setenta políticos de la oposición. Por hurtar cuatro libras en Londres, una

sirvienta es enviada como esclava por cuatro años a las Antillas. Estos esclavos blancos reciben peor tratamiento que los negros. En una ocasión intentan sublevarse: diez y ocho son ahorcados. Llega un momento en que Jamaica despacha 226 buques al año y en que sus exportaciones exceden a todas las de la América Española.

En **1660** sube al trono de Inglaterra Carlos II, de quien los españoles esperan mejor trato, pero resulta que en materia de colonias éste no es mejor que el protestante Cromwell. Precisamente a un sobrino de éste encarga la dirección de los corsarios jamaquinos. El gobernador Lord Winsor ha enviado una expedición contra Cuba a las órdenes del almirante Mings que cae sobre Santiago, repitiendo las fechorías de Drake: deja la ciudad en cenizas, incluyendo iglesia y hospital. "A Jamaica van a dar las campanas de la Iglesia". Luego cae sobre Campeche y hay exhibición de trofeos en Londres. Y se puede decir que esto no es sino otro empezar, pues entre los asaltantes va un joven de quien tendrán mucho que quejarse las colonias españolas. Se llama Henry Morgan.

En **1661** sube al trono de Francia Luis XIV, que será, en gran parte a costa de España y sus colonias, el Rey Sol.

En 1662, según dice el gobernador de Puerto Rico Juan Pérez de Guzmán, hace once años que no viene un barco mercante de España. La miseria aquí es tal que según Brau, "los soldados no asistían a las guardias a causa de su desnudez y a los paisanos daba lástima verlos". Los ingleses están en Bombay.

En 1664 los franceses fundan la Compañía de las Indias Occidentales a pesar del fracaso de la Compañía de las Islas de América fundada en 1635 por Richelieu. La nueva compañía se hace cargo de la Tortuga, y establece en ella una guarnición y nombra de ella gobernador a Beltrán d'Ogeron que en el futuro será nuestro visitante indeseado. Los ingleses toman Nueva Amsterdam que se convierte en Nueva York. A Puerto Rico llegan tres negras y un negro, huidos de la vecina isla de Santa Cruz. El gobernador de nuestra isla se opone a su venta como esclavos. Detrás de estos refugiados vendrán otros que encontrarán en este país asilo (Miller, 202), llegando

a constituir un grupo considerable en la parte de Cangrejos, hoy Santurce.

En 1665 estalla la guerra entre Holanda e Inglaterra. En España muere Felipe IV y sube al trono Carlos II. Los españoles sufren la derrota militar de Villaviciosa a manos de los portugueses, al mismo tiempo que, en América, los ingleses le quitan a sus hermanos en la fe holandeses las islas de San Eustaquio, Saba y Tobago, el Olonés asalta Maracaibo y Ogeron es gobernador de la Tortuga, que queda tan cerca de Puerto Rico, y hace traer el primer cargamento de mujeres (*filles à marier*).

Al año siguiente de 1666 los ingleses toman medidas contra los católicos y disidentes de su país, los franceses les hacen la guerra y les quitan las islas de Antigua, Monserrate y San Cristóbal, mientras los holandeses ocupan la Guayana. Como en este mismo año Luis XIV prohíbe el ejercicio de la medicina a los miembros de la Iglesia Reformada, Esquemeling, autor del libro sobre los piratas que aparecerá en 1678, se ve obligado a buscar refugio en América y se embarca en un buque de la Compañía de las Indias. Pasando por Santo Domingo llega a la Tortuga donde lo venden sus patrones como esclavo. Logra libertarse y se dedica a la piratería sirviendo a distintos amos como cirujano. A Esquemeling debemos preciosa información sobre las fechorías de los piratas y sobre el odio de los protestantes hacia España. En 1667 hay guerra entre Holanda e Inglaterra y entre aquella y Francia. Esta conquista los Países Bajos. Reina la paz entre Inglaterra y España. Esto no quiere decir que acá se estén quietos los filibusteros: acá, o sea, como dijo Drake, más allá de la línea, no hay paz. Los holandeses bloquean la flota inglesa en el Támesis y la destruyen. Se firma la Paz de Breda y los holandeses se hacen conceder de los vencidos ingleses importantes concesiones marítimas. Empieza la decadencia inglesa. Sin embargo, Inglaterra se queda con San Cristóbal. D'Ogeron, con el fin de asegurar su posición y extender sus dominios, propone a Colbert una expedición contra Santo Domingo. La Corte, como dice Esquemeling, ni sabe que existe tal isla y D'Ogeron se conforma con enviar 400 hombres a Santiago de

los Caballeros de donde regresan con 300 piastras de botín por cabeza. A fin del año D'Ogeron se irá a Francia para someter sus proposiciones al rey. En este año se autoriza oficialmente "*la course à l'espagnol*".

Desde tiempos de Cromwell tenemos en el Nuevo Mundo y precisamente en la cuenca del Caribe al más famoso de los piratas ingleses, el segundo Drake, Henry Morgan. Por ahora, no es todavía el más famoso. Los hay más que él, todos con su centro de operaciones en Jamaica. Uno de ellos es Mansfield que este año de 1667, "Piensa avanzar aún más hacia el sur, ir a Costa Rica, y acabar de cubrir el mapa de la América Central. En su tropa de seiscientos hombres se oyen todos los acentos; ahí van ingleses, flamencos, franceses, genoveses, griegos, levantinos, portugueses, indios y negros: es la legión internacional del Caribe. Unas veces van rompiendo montes, otras asaltando haciendas. Los indios huyen tan atemorizados como los blancos. Hasta Turrialba llegan los legionarios, pero su propósito es ir hasta la capital, al saqueo de Cartago. Mansfield le ha hecho saber al gobernador que irá a tomar el chocolate en su mesa y a saber si es cierto, como dicen, que hay bonitas muchachas. El gobernador es don Juan López de la Flor. Con ese nombre y ese apellido tan romántico pueden morir de carcajadas los bucaneros. Para mayor gracia, el cura de Teotique se llama don Juan de Luna, y don Juan de Luna es quien le envía mensaje a don Juan de la Flor sobre los avances de los bandidos. No es sólo eso lo divertido; en Cartago están pensando que Nuestra Señora de la Concepción va a defenderlos; por las calles la sacan en procesiones; sobre las piedras redondas de los empedrados, donde van lloviendo flores, no se oyen las pisadas de los fieles descalzos; en el aire tiemblan las luces de las velas y las voces de las plegarias. Ríen los bucaneros. Pero los últimos que ríen son, esta vez, los españoles, porque Mansfield, que no es un Morgan, no se atreve por los ásperos caminos que van a Cartago, y porque el gobernador no es de jardín, como pudiera suponerse: mordiéndole va los talones a la legión extranjera. La Virgen, dice el pueblo, hizo el milagro. Mansfield se hace a la mar... toma de sorpresa la isla de Providencia... En cuanto

los españoles lo saben, envían unas naves y otra vez expulsan a los ingleses" (Arciniegas, 254).

Vemos cómo las naciones se hacen guerra las unas a las otras y cómo las islas de las Antillas pasan de mano en mano y se van ennegreciendo con la llegada de grandes números de esclavos negros y con la comisión de asaltos y crímenes de toda clase. Las principales víctimas son los católicos y los españoles. El pretexto es la religión pero vemos a Luis XIV, rey muy católico, enemigo a muerte de los hugonotes, atacar también a España y vemos a la protestante Inglaterra atacar con especial inquina a su correligionaria Holanda.

Esta le hace sufrir la derrota naval de Tuxel que es "la más penosa humillación militar que haya conocido Inglaterra desde el día en que Guillermo, el normando, desembarcó en Sussex". Es entonces que los holandeses, firmada la paz en Breda, la emprenden contra Francia. La guerra se hace en gran parte en el Nuevo Mundo. Los holandeses avanzan sobre Cayena, pero los franceses vuelven a conquistarla, toman a Curazao con dificultad, y no logran rendir a la Martinica. De Ruyters se retira con fiebre y disentería. En la isla de Tobago les sucede peor pues la flota holandesa sufre una tremenda derrota a manos de los franceses, que con la suya propia naufragan luego en el Caribe.

Lo interesante de todo esto es que sean quienes sean los contendientes, acá son siempre España y sus colonias las víctimas. En este año de 1667, nos dice Mousnier, el 23 de mayo, Lord Sandwich, en representación de Inglaterra, llega al fin a firmar un tratado con España, tratado que se viene trabajando desde 1664. Esto sucede unos meses antes de la Paz de Breda ya mencionada entre Inglaterra, Francia y Holanda, la cual se firma el 21 de julio. Pues en medio de las negociaciones conducentes a este tratado anglo-español Modyford ha declarado acá la guerra a los españoles concediendo comisiones a los corsarios. *Le roi le désavoue, ainsi que l'exige la diplomatie* ("El Rey, como lo exige la diplomacia, desaprueba tal acción"). Albermarle había escrito a Modyford a mediados de 1666 que, a pesar de las negociaciones, él podía seguir dando empleo a sus corsarios si eso redundaba en beneficio de

los intereses ingleses en las Indias. Y ahora, cuando Modyford recibe la noticia del tratado, por cierto bastante tarde, en el año de 1667, no cambia en nada su decisión.

Todo esto no impide que al año siguiente de 1668 los holandeses firmen con los mismos ingleses y los suecos la Triple Alianza contra Luis XIV. Acá en América y especialmente en el Caribe, siguen las depredaciones de los filibusteros. Sir Thomas Modyford, gobernador de Jamaica, encarga a Morgan que averigüe si es verdad que los españoles se preparan para invadir Jamaica.

Esquemeling se mete a aventurero y se embarca en el *Del-fin* como cirujano de Miguel el Vasco en una flota mandada por el Olonés, tipo tan feroz que con su propia espada abre el pecho de un prisionero y le saca el corazón para comérselo crudo. La flota que comanda se compone de cinco o seis embarcaciones con 400 hombres. De paso apresa dos buques españoles cargados de productos de mucho valor. La flota aumenta a siete barcos con 850 hombres de pelea armado cada uno con un rifle, dos pistolas y un sable. Su intención es tomar la ciudad de Maracaibo y de saquear todas las ciudades establecidas en las riberas del lago de ese nombre.

El botín que toman en Maracaibo sube a 360.000 escudos sin contar *le dégat, qui montait à plus d'un million d'écus, tant en églises ruinées que meubles rompus, navires brûlés; un navire chargé de tabac, qu'ils avaient pris et que l'Olonnais montait, valait pour le moins 100.000 livres*, (el estrago, que ascendía a más de un millón de escudos, tanto en iglesias arruinadas que en muebles rotos, navíos quemados; un navío cargado de tabaco, que habían tomado y el Olonés mandaba, valía no menos de 100.000 libras). Pero el 4 de mayo *Notre joie a été de courte durée. Dès notre retour au port, nous apprenons que la paix a été à Bréda le 21 juillet dernier* (Nuestra alegría ha sido de corta duración. Al llegar al puerto, se nos informa que la paz ha sido firmada en Breda el 21 de julio último). El 13 de mayo ven un barco. *Par bonheur, il est espagnol* (Por suerte, es español). Y así sigue la aventura.

Así vemos que estos hombres y estas naciones se gozan no sólo en despojar a estas colonias sino que gozan aún más

en destruirlas. Robar cuanto pueden no es causa suficiente de alegría: para completar, destruyen y matan. Odian la paz; que sea firmada la paz entre España y sus enemigos sería para ellos un desastre; no lo es, porque ellos ignoran tales tratados. Y toparse con un barco es siempre motivo de alegría, si es español.

En otra parte (pág. 73) añade: "Aunque a veces cazan los navíos regulares de Inglaterra, los franceses viven como buenos vecinos de los filibusteros británicos. Lo que es más, a menudo se alistan en sus filas. Los filibusteros son antes que nada filibusteros y su razón de ser es cazar españoles." Que haya o no paz con España o que estén o no en guerra unas con las otras las demás naciones, no importa.

"Así sucede que en las islas a uno le importan poco los acontecimientos políticos de Europa, lo que tiene además la ventaja de evitar los incidentes diplomáticos. Si España protesta ante la corte francesa o inglesa, se le responde que su Majestad Católica queda en libertad de proceder a su antojo contra personas que no obedecen a su gobierno, que no deben tomar por actos de hostiles lo que no es sino iniciativa individual, esto es, una verdadera piratería." De modo que cada pequeño núcleo de pobladores españoles se las tiene que ver continuamente con fuerzas piratas superiores contra las cuales, por su número, su audacia, su rapidez, su completo desprecio de la ley y de la vida ajena y por el apoyo que le prestan sus gobiernos, no hay defensa posible, pues no puede la nación fortificar debidamente costas tan extendidas.

Ahora Esquemeling navega al servicio nada menos que del más famoso de los piratas del Caribe, el inglés Morgan, llamado el "Rey de los Caribes", nueva encarnación de Drake. Morgan comienza su carrera siendo segundo de Manweld (como Esquemeling llama a Mansfield) en la toma de Santa Catalina, cerca de las costas de Costa Rica. El ataque se hizo con 15 barcos y 600 hombres. El gobierno de la isla se lo dieron a un francés que más tarde tuvo que entregarlo otra vez a sus legítimos dueños. Con Morgan de jefe, los filibusteros atacan ahora Puerto Príncipe en Cuba y más tarde, en junio de 1668, Puerto Bello, una de las ciudades más fuertes

de la América Española. El ataque se hace con nueve o diez buques y 500 o 600 hombres. Dice Mousnier: "El pillaje de Puerto Bello es un acto abierto de guerra contra España *et Modyford, ayant franchi ce pas décisif, ne sera pas satisfait avec des demi-oeuvres*, (y Modyford, dado este paso decisivo, no hará las cosas a medias). En esta campaña hay disensiones entre los filibusteros, en parte por razones de nacionalidad y raza y en parte por motivos de interés. Por dinero se traicionan unos a los otros los de la misma raza.

Este Morgan que ahora es comandante en jefe de los filibusteros por nombramiento de Modyford, gobernador de Jamaica, es Enrique, pero hay otros dos Morgan: Eduardo y Tomás. Enrique es sobrino de Eduardo. Dice que vino a América como *engagé*. Después de la muerte de Mansfield, Morgan toma su puesto y lo retiene por los próximos veinte años. Cuando toma a Puerto Bello tiene treinta y tres años. De regreso a Jamaica después de la campaña trae consigo la peste que matará a Lady Modyford y a otros ingleses. De este pirata habrá más que decir más tarde.

No se crea que la toma de Puerto Bello se hizo sin dificultades. Puerto Bello sustituye a Nombre de Dios, ahora abandonada. Si Morgan tuvo que desistir de atacar a La Habana que está bien defendida, en Puerto Bello toma uno de los tres castillos que defienden la ciudad. "Las campanas tocan 'al arma', y mientras los aventureros entran a saco en la iglesia, las tiendas y las casas, el gobernador se hace fuerte en uno de los castillos, desde donde empieza a matar ingleses". Repetidas veces los defensores de la plaza rechazan a los asaltantes con grandes bajas. Entonces el jefe pirata, para escalar los muros, obliga a subir a los frailes y monjas. Caen el gobernador y los suyos a cuchilladas y detrás vienen la destrucción, el pillaje, la matanza (Arciniegas, 257)

Al año siguiente de 1669, ya está de regreso en La Tortuga D'Ogeron. Morgan y los suyos se divierten a bordo de uno de los buques que tienen preparados para el ataque a Cartagena. Sin que se sepa por qué salta el barco cuando explota el polvorín y si los jefes ingleses y franceses caen al agua sin daño los marineros mueren por montones. Sus compa-

ñeros filibusteros se lanzan al agua para quitarles anillos y otras joyas que lleven encima. Este accidente salva a Cartagena del ataque, por ahora. La flota es de quince buques y 900 hombres, entre franceses e ingleses, con los cuales se dispone ahora el asalto de Maracaibo. Hacen aguada en Oruba, isla poblada por indios que hablan español y son cristianos, pero que han caído en poder de los holandeses que les permiten traer sacerdotes de Cero dos o tres veces al año para administrarles los sacramentos. Estos indios son prueba evidente del poder civilizador de España que ha convertido a estos salvajes idólatras en buenos cristianos y les ha dado su lengua, todo en tan poco tiempo.

Llegados los filibusteros a Maracaibo, hacen un desembarco y toman prisioneros algunos hombres y mujeres a los cuales proceden a aplicarle *"la gêne"* para que indiquen donde han escondido sus posesiones. Este procedimiento consiste en las más variadas aunque groseras formas de tortura, tales como quemar, desollar, cortar, en pedacitos, lentamente, la víctima para que sirva de ejemplo al que le sigue en turno; colgar por los pulgares, quemarle el rostro con hojas untadas en aceite. Más tarde se topan con dos esclavos a quienes también dan *"la gêne: Un d'eux souffre tous les tourments imaginaires sans vouloir rien dire et même se fait hacher en pièces tout vif sans rien confesser"* (Uno de ellos sufre todos los tormentos imaginables sin hablar y hasta se deja cortar en pedacitos sin despegar la lengua). El otro, aunque le han prometido la libertad, tampoco revela nada y sus torturadores resuelven hacerle lo mismo que a su compañero cuyos pedazos tiene a la vista aún palpitantes. El hombre cede al fin.

Este pasaje nos muestra cómo proceden los piratas con los españoles y nos demuestra también el valor de muchos esclavos, no sujetos a nuestro código de honor y de valentía, y, lo que es más interesante, nos da una idea del trato que los españoles dan a sus esclavos pues éstos se dejan desollar vivos antes que delatar a sus amos. Todo esto sucede en marzo.

Siguen llegando los prisioneros; se les sigue aplicando la

gêne. De aquí pasan los piratas a Gibraltar, toman prisionero a un hombre. *Toutes ces choses font assez voir que cet homme est fou ou innocent. Cependant plusieurs croient qu'il fait cela pour s'échapper, car les Espagnols son fins et adroits. On lui donne l'estrapade, pour le fair confesser qui il est et où est son argent; en le laisse deux heures suspendu avec des pierres à ses pieds, qui pèsent autant que tout son corps, de sorte que ses bras sont entièrement tors* (Todo esto demuestra que el hombre es o loco o inocente. Sin embargo, creen que lo hace por escapar, pues los españoles son listos y hábiles. Le dan la estrapada para hacerle confesar quién es y dónde tiene su dinero; le dejan dos horas suspendido con dos piedras en los pies que pesan tanto como su cuerpo, de modo que tiene los brazos completamente torcidos). Y tanto le hacen sufrir que confiesa al fin ser un caballero rico, hermano del gobernador de Maracaibo. Lo sueltan para que los lleve al pueblo en busca del tesoro y ya llegando les dice: "¿Qué queréis, señores? No soy sino un pobre hombre que vive de la caridad y que duermo en el hospital". El día 22 toman prisionero a un pobre viejo y a sus dos hijas. A él le aplican *la gêne* y se ofrece a servirles de guía pero está tan ofuscado que no sabe a dónde va y no los guía bien: Morgan le hace ahorcar de un árbol. El mismo día toman prisionero a otro viejo a quien creen rico.

Après lui avoir donné l'estrapade avec une cruauté inouïe, on le prend et on l'attache par les deux pieds aux quatre coins de la maison; ils appellent cela nager à sec. On lui mit une pierre qui pèse bien cinq cents livres sur les reins et quatre hommes touchent avec des bâtons sur les cordes qui le tiennent attaché, en sorte que tout son corps travaille. Monobstant ce cruel supplice, il ne confesse rien.

On met encore du feu sous lui, qui lui brûle le visage, et on le laisse là pendant qu'on tourmente son camarade, qui, après avoir été estrapadé, est suspendu par les parties que la pudeur défend de nommer et que lui sont presque arrachées; ensuite on le jette dans un fossé et on le parce de plusieurs cops d'épée, en sorte qu'on le laisse pour mort.

En español: Después de darle la estrapada con una cruel-

dad inaudita, le amarran por los dos pies a las cuatro esquinas de la casa, procedimiento que llaman nadar en seco. Le ponen sobre el cuerpo una piedra de no menos de 500 libras de peso mientras cuatro hombres tocan con bastones las cuerdas que le tienen ligado, de tal modo que todo su cuerpo sufre. A pesar de tan cruel suplicio, no confiesa nada. Entonces le ponen fuego debajo, que le quema la cara y le dejan quieto mientras torturan a su compañero, al cual cuelgan por las partes que el pudor impide nombrar y que casi se las arrancan; después le tiran en un foso y le traspasan varias veces con la espada, dejándolo por muerto.

Tal es la manera de proceder de los filibusteros y esto lo saben, porque lo han visto y lo han oído, los habitantes de esta isla de Puerto Rico, que se saben siempre expuestos a tales asaltos y, como los otros pueblos del Nuevo Mundo español, sin defensa posible.

Los piratas de Morgan siguen sus depredaciones. Cuando llegan a Maracaibo, está allí una flota de tres fragatas al mando de don Alonso del Campo de Espinosa. *Cette conjoncture met les filibustiers en peine; car ils n'ignorent pas que quand les Espagnols sont les maîtres, ils pardonnent d'autant moins qu'ils ne peuvent ignorer les cruautés que les aventuriers exercent envers leurs compatriotes.* (Esta coyuntura apena a los filibusteros que no ignoran que cuando los españoles son los amos, perdonan tanto menos cuanto que no pueden ignorar las torturas a que los aventureros someten a sus compatriotas).

Efectivamente, los españoles no pueden ignorar las fechorías de los piratas cuando por donde quiera que pasan no ven otra cosa que la ruina y la destrucción causadas por ellos y cuando no hay uno que no tenga entre su familia y amigos varias víctimas de los filibusteros.

De Maracaibo Morgan llega a Port Royal el 17 de mayo de 1669. No hay que decir que éste, como los otros ataques a puertos españoles, llenan a éstos de ira. A las representaciones de su embajador en Londres, el monarca inglés contesta que el tratado de 1667 no incluye para nada a las Indias.

En este año de 1669 los ingleses y los españoles están en

paz pero esto es en Europa. Acá los piratas no se rigen por las leyes de allá, como ya dijo Esquemeling, y los tratados de paz no nos incluyen a nosotros, como dice el monarca inglés. Los franceses de Luis XIV se disponen a luchar contra la potencia naval más grande del mundo que es la de Holanda. Inglaterra es el peor enemigo que tiene Holanda y Francia cuenta con su ayuda. Por eso, Luis XIV envía ayuda a la escuadra de Morgan el 4 de junio, para que pueda atacar a los holandeses del Caribe.

Pero no son los holandeses los que a Morgan interesan principalmente y, efectivamente, la próxima víctima de su flota, ahora de 24 buques y 1.600 hombres, la flota filibustera más grande en la historia de los filibusteros, será la ciudad española de Panamá. Efectivamente, entran por el río de la Chacha el dos de noviembre y pillan el pueblo de la Ranchería después de cometer innumerables crueldades en sus habitantes. Más tarde se le unen refuerzos venidos de las colonias inglesas de Nueva Inglaterra y el número de buques sube a 36 buques. Los de Nueva Inglaterra reciben armas en Jamaica. Cada tripulación tiene para el cirujano y el carpintero una recompensa y con la flota va nuestro cirujano Esquemeling, que es el que nos cuenta la historia.

Toman otra vez la isla de Santa Catalina y 450 prisioneros con ella. Dos indios se niegan a conducirlos por el camino de Panamá pero un mulato también prisionero delata a los indios diciendo que ellos bien saben el camino. Se les aplica la *gêne*; uno muere, el otro cede y siguen hacia Panamá comiendo pan de casave que van haciendo por el camino, destruyendo al mismo tiempo las plantaciones de yuca. Antes han pretendido tomar Chagre con cuatro buques y 400 hombres. Después de muchas peripecias en que los españoles se baten heroicamente los piratas toman el fuerte de San Lorenzo y encuentran entre sus cenizas solamente a catorce hombres vivos y nueve o diez que se están muriendo de sus heridas. Los demás, de un total de 314, han muerto en el combate o se han tirado al mar antes que caer en las manos de Morgan. Esto es lo que queda de 314 hombres, pero se ha mandado aviso a Panamá del peligro que la acecha. Esto

sucede el 29 de diciembre de 1670. Los piratas tienen 110 muertos y unos cien heridos.

El día 5 de enero del siguiente año de 1671 la flota entra en el río Chagré; desembarcan las fuerzas y empieza el viaje por tierra a Panamá. Van destruyendo cuanto encuentran. Matan los indios y le quitan sus vituallas pero ellos se escapan cruzando el río y les gritan: "¡Ah! perros ingleses, à la Savana, à la Savana, ally nos veremos", según explica Esquemeling en español. Al octavo día de viaje, el día 25 de enero, Morgan pasa en revista sus tropas y encuentra que tiene 1.100 combatientes a sus órdenes. Siguen matando indios. Al otro día están a la vista de Panamá y al siguiente tiene lugar el ataque.

La ciudad de Panamá es saqueada. La matanza de españoles es grande. Hay 3.000 prisioneros. De la ciudad sólo queda en pie la casa del Presidente. Los filibusteros con su sola presencia —tan terrible es su aspecto— ganan parte de la batalla, nos dice el cirujano Esquemeling. Empieza la tortura de prisioneros para que digan donde están sus posesiones o las de los demás. Los piratas buscan entre las ruinas los objetos de oro y plata, queman las telas y los encajes buscando el precioso metal. Morgan se queja de que las partidas de buscadores de riquezas no traen las suficientes y decide hacerlo él personalmente: sale a la cabeza de 300 hombres y él mismo dirige la tortura que se le aplica a las víctimas: *lorsqu'il trouve des Espagnols, il leur fait donner la gêne d'une manière extraordinaire.*

Aquí pone Esquemeling un ejemplo de la crueldad de los filibusteros: en una casa abandonada encuentran un hombre bastante bien vestido y lo creen adinerado. Se trata de un pobre hombre que en una casa abandonada ha encontrado unos vestidos limpios, se los ha puesto y con ellos se había acostado a dormir cuando lo sorprenden los piratas. A pesar de sus protestas, le hacen sufrir torturas increíbles, dice el narrador, y como él no confiesa, redoblan los sufrimientos que le infligen y finalmente se lo entregan a unos negros que lo rematan a golpes de lanza.

Morgan a passé huit jours à exercer des cruautés inouïes,

en pillant les espagnols. Le grand butin qu'il a ramassé l'oblige de retourner à Panama. Al fin se va Morgan, después de cobrar el rescate de los prisioneros y de destruir los cañones de la ciudad. Con él se lleva 500 ó 600 prisioneros entre hombres, mujeres y niños. El dinero va en una recua de mulas. Poco a poco irán los amigos y parientes de los prisioneros pagando el rescate. Entre ellos van varios frailes. Llegan a Chagré. Se hace el reparto del botín; naturalmente, unos pocos se llevan la mayor parte (Mousnier, 112-162).

La indignación de los españoles al saber la noticia del asalto a Panamá no tiene límites. Escribe Godolphin, encargado por su país de negociar un tratado en Madrid: "Es imposible describir... el aspecto de Madrid al tener noticias de este acto... ni a qué grado de indignación han llegado la reina y los ministros de Estado, los concejos particulares y todo el mundo". Los bucaneros ingleses no sometidos al Almirantazgo de Port Royal obtienen comisiones francesas y llevan a puertos franceses sus presas.

En este año de 1670, mientras tiene el éxito descrito la expedición contra Panamá, los colonos (*habitants*) se rebelan contra la Compañía Francesa de las Indias Occidentales. Se firma la paz entre Inglaterra y España. Morgan vigila las costas de Cuba y de Tierra Firme en cumplimiento de una comisión para que, a la cabeza de los filibusteros, proceda a defender la isla de Jamaica, apresando y destruyendo cuantos buques españoles encuentre y, de ser posible, capture Santiago.

Pero el 12 de junio el ministro Arlington escribe a Modyford ordenando el cese de hostilidades en lo que se firma el tratado que está gestionando Godolphin. Estas órdenes llegan a Jamaica el 13 de agosto y el gobernador las comunica a Morgan aconsejándole moderación. El 6 de septiembre, sin embargo, Morgan envía el vice-almirante Coolier con seis velas y 400 hombres a aguas españolas. El 4 de noviembre toma el puerto de Santa Marta y dos fragatas que llevan provisiones a Maracaibo y más tarde captura el fuerte de Río de la Hacha, apresa la guarnición, saquea la ciudad.

En octubre llegan a Port Royal tres filibusteros que seis

semanas antes han subido por el río San Juan de Nicaragua y saqueado la ciudad de Granada. Modyford desaprueba la acción pues los capitanes han actuado así sin comisión pero, "no considerando prudente insistir sobre el particular en esta circunstancia", les ordena reunirse con Morgan en la Isla de Vaca. Este último anda en negociaciones con los franceses de la Tortuga y Santo Domingo, ahora en rebelión contra el gobierno de la Compañía Francesa de las Indias.

En 1671 los daneses que también quieren su parte de las Indias Occidentales descubiertas y colonizadas por España, fundan la Compañía Danesa de las Indias Occidentales y para empezar toman posesión de la isla de Santo Tomás muy cerca de la isla de Puerto Rico. "Cuando llegan los daneses, sólo encuentran tres indios, y para que uno de éstos no huya, el gobernador le corta una pierna. Este primer gobernador es George Iversen..." (Arciniegas, 283). Hay deserciones, traiciones y, sobre todo, borrachos con el ron que se fabrica en la isla. La isla se llenará de franceses, judíos, alemanes, ingleses... Iversen se disgusta y se va. Luego volverá con una colonia de presidiarios que en el camino se amotinarán y lo tirarán al mar. Vendrá más tarde de gobernador un judío converso de nombre Gabriel Milán que empieza a meter a sus enemigos en la cárcel: "A los negros les enseña a obedecer: por pequeñas faltas, a uno le empala vivo; a otro, le baja un pie de un hachazo" (Pág. 284).

En 1672 Carlos II y Luis XIV declaran la guerra a Holanda, guerra que dura hasta el 1678, precisamente el año en que Esquemeling se decide a regresar a Europa por Holanda. Dice: *Je réalise mes dernières parts de prise et au lieu de les aller boire dans quelque cabaret, je décide de rentrer en Europe* (realiza sus haberes como pirata y en vez de beberse los en cualquier taberna, se va a Europa). Es en lo único que este cirujano protestante se distingue de sus compañeros de piratería, puesto que trabaja con ellos y aprueba sus hechos.

Llega a Europa cuando reina en Holanda una atmósfera de guerra. Efectivamente, como ya dije, se la declaran a Holanda franceses e ingleses. Esta vez los españoles se ven obligados a dar ayuda a los de los Países Bajos. La cosa está

mala y el cirujano hace todo lo posible por salir del país, pero trata de hacerlo en un barco inglés y no se lo permiten porque por ley no pueden entrar extranjeros en puertos ingleses desde 1651, cuando se aprobó el Acta de Navegación.

Pasan los días y se pone flaca la bolsa y, lo que es peor, la situación es cada día más tensa. Al fin lo acepta a bordo un barco español que lo lleva a Vigo en el momento en que los ingleses abren las hostilidades. Un bergantín español lo lleva a Campeche en Méjico, adonde llega en octubre. De modo que la nación que ha sido la víctima de sus fechorías es la única que lo acepta. Exclama: *Me voilà passé du camp de la filibuste dans celui de ses ennemis* (Aquí me tienen pasado del campo filibustero al de mis enemigos!). Se instala como cirujano en Campeche. *Il semble que les Espagnols ne m'accordent qu'une confiance des plus limitées. Il paraît que je sens l'aventurier*. (El pobre se siente algo incómodo entre los españoles; le parece que huele a filibustero y que sus huéspedes ponen en él muy poca confianza).

Llegamos al año de 1673. Holanda e Inglaterra ya están otra vez en paz pero Francia hace la guerra a España. En el Nuevo Mundo el francés Marquette, jesuita explorador, anda por la región del Misisipí y del Illinois, sentando bases para un imperio francés en América. Acá en Puerto Rico ya tenemos 820 habitantes blancos, 667 esclavos y 304 pardos libres. La vecina isla de la Tortuga, por su parte, tiene ya 1.500 habitantes, casi dos veces más que la nuestra, y todos piratas. En este año tenemos la visita de un furioso temporal, junto con el cual llega a nuestras playas d'Ogeron, jefe pirata y gobernador de la Tortuga. La cosa sucede del modo siguiente.

D'Ogeron se propone arrebatarse la isla de Curazao a los holandeses pero naufraga cerca de Arecibo, logrando salvarse con una tripulación de 400 hombres. ¡Buenos huéspedes tenemos! Logra fugarse a Santo Domingo en una canoa con su cirujano, "con el fin de volver a Puerto Rico a rescatar a sus compañeros, robar y destruir la isla, y... en pocos días pudo formar una escuadra para verificar su proyecto y se hizo a la vela en vuelta a Puerto Rico. Luego que avistaron sus costas aferraron las gaviotas y juanetes, sirviéndose solo de las

velas bajas para no ser descubiertos tan breve de los isleños: pero estos que estaban amargos de sus asaltos repentinos tenían buena guardia y con el primer aviso se pusieron en defensa. Salió luego la caballería a oponerse al desembarco y se apostó en la playa en que intentaban hacerlo".

"Ogeron atracó sus navíos a la costa cuanto pudo y empezó a barrerla con su artillería cargada de metralla. Esta precisó a los caballos a retirarse al bosque inmediato, en donde estaba oculta la infantería. Ogerón, en estas circunstancias, ignorando la emboscada no dudó desembarcar; echóse desde luego en tierra con sus compañeros y empezó a marchar por la playa, que cubierta de arboleda y maleza ocultaba la infantería; cuando ésta vio a los franceses a tiro los embistió con la furia que les dictaba la sed de venganza. Los piratas, aunque sorprendidos, procuraron defenderse; pero no pudiendo resistir el combate se vieron precisados a reembarcarse precipitadamente dejando muchos muertos y heridos que no pudieron tomar las lanchas". Tal dice fray Iñigo Abbad.

Mientras tal sucede en esta Isla, los holandeses toman Martinica y d'Ogeron regresa a Francia en donde morirá al año siguiente. Para dar alguna satisfacción a las quejas del gobierno español, Inglaterra ha hecho arrestar a Morgan que está ahora en su país. Lleva una carta de recomendación en la que se le describe como *de grand courage et conduite qui peut, avec le plaisir de Sa Majesté, rendre de bons services en Angleterre, et être très avantageux par l'île si la guerre éclatait avec l'Espagne* (gran valor y conducta que puede, si así place a S. M., prestar muy buenos servicios en Inglaterra y serle de mucha utilidad en caso de una guerra con España).

Mientras tanto, Esquemeling ejerce la cirugía en la ciudad de Mérida en Méjico. En octubre unos indios vienen a avisar a los españoles que los filibusteros avanzan sobre la ciudad. El que sirve de guía a los atacantes es un holandés que odia tanto a los españoles que *il leur est si cruel que quand il en prend quelques-uns et qu'ils ne veulent pas lui dire ou est leur argent ni le mener dans leurs parcs, ou ils nourrissent des sangliers, ils les fait mourir martyrs. Il a eu même la bar-*

barie d'en embrocher plusieurs et de les faire rôtir au feu (es tan cruel con los españoles que cuando apresa algunos y se niegan a decirles dónde tienen el dinero y las porquerizas, les hace morir como mártires. Más aún: tal ha sido su barbarie que ha empalado algunos como cerdos y los ha asado al fuego). Pero esta vez las cosas no salen bien y aunque él logra salvarse, son muchos los compañeros suyos que pierden la vida gracias al oportuno aviso de los indios. Esquemeling aprovecha la oportunidad y se va con él a Jamaica (Mousnier, 211-212).

El gobernador de esa isla es ahora el conde Carlisle, que no vendrá a tomar posesión de su cargo antes de 1678. Morgan se ha quedado en Inglaterra en donde le eligen diputado, *Acte qui doit annihiler aux Conseils espagnols l'effet de son arrestation un an et demi plus tôt* (Acto que debe anular a los ojos de los Consejos españoles, el efecto de su arresto año y medio antes). Se casa con la hija de Modyford en el mes de marzo y, al mes siguiente, regresa a Jamaica con su suegro, para ocupar el puesto de teniente de gobernador, regreso que alarma doblemente a la corte de España.

En 1676 los holandeses atacan las costas de Francia pero la flota francesa derrota la holandesa cerca de las costas de Sicilia. En Jamaica gobierna ahora Vaughan que ha venido en lugar de Carlisle. Vaughan es enemigo de Morgan y le condena a muerte por piratería. Esquemeling ejerce en Jamaica su profesión pero en este año de 1676 una ley inglesa reglamenta la profesión médica en las Indias y esto impide a nuestro buen amigo ejercer la suya sobre todo cuando con la Ley se alían colegas envidiosos. Ahora es gobernador de Santo Domingo el señor de Pouancey, sucesor de d'Ogeron.

En 1677 Esquemeling se embarca para Amsterdam en donde se inscribe en la Facultad de Medicina y en la Universidad de Leyden. Como él mismo nos dice, en su ciudad natal de Honfleur, pasaba más tiempo mirando los buques de los corsarios que los botes de ungüento de su padre, que era médico. Ahora estudia, entre miembros de su religión, la carrera que antes había empezado en su patria. Al mismo tiempo va escribiendo su Diario de a Bordo. Al año siguiente, mientras

estudia y escribe su libro, conoce a un estudiante español que ha visto en las clases del profesor Silvio de la Boé. Este estudiante se interesa mucho en el libro de Esquemeling y se ofrece a traducirlo al español.

En este mismo año Morgan, que había sido condenado a muerte, gobierna interinamente en lugar del gobernador de Jamaica. Vaughan, enfermo, abandona la isla y viene al fin el conde de Carlisle. Este año de **1678** es el del apogeo de Luis XIV. El libro de Esquemeling ve la luz y en octubre toma sus exámenes su amigo español, Alonso de Buena Maison. Se firma la paz de Nimega entre Francia, Holanda, España y Dinamarca.

Cosa interesante, a propósito del libro de Esquemeling. Cuando lo publica, "Morgan se indigna, nombra abogados para que siga a los editores juicio por difamación, y en las subsiguientes ediciones inglesas del libro aparecen unos prólogos que son más que desagrazos, canto de abierta alabanza al caballero Morgan" (Arciniegas, 255).

Esquemeling pasa su examen final al año siguiente de **1679** y monta oficina con su amigo Alonso. Los negros de Port-de-Paix se rebelan mientras que, entre nosotros, en 1680, el rey de España decreta la libertad de todos los esclavos prófugos de las colonias inglesas y holandesas que busquen asilo en territorio español, con la sola condición de abrazar la fe católica. (Miller, 202).

Estando Carlisle en Inglaterra en este año de **1680**, en Jamaica gobierna Morgan, que es teniente de gobernador. La traducción española del libro de Esquemeling aparece en 1681 pero un potentado español hace confiscar la obra y consigue la expulsión de Holanda, aliada de España, del autor y de su amigo.

En **1682** el francés Lasalle llega al Misisipí, casi siglo y medio después que Hernando de Soto, y le pone el nombre de Río Colbert. Lasalle cree que el río comunica por el norte con la China y, según parece, la corte francesa le cree cuando él regresa a contar sus aventuras. Habrá luego quien crea que en las nuevas tierras hay rocas de esmeralda y habrá quien construya una máquina para triturarlas. Se fundará más

tarde a Nueva Orleáns, cosa que no gustará a los españoles establecidos en Pensacola. En este mismo año de 1682, tenemos a Esquemeling otra vez en las Antillas. Expulsado de Holanda el año anterior, como se dijo, lo tenemos por acá otra vez, establecido en Port-Royal, en Jamaica, esperando que lo ayude su amigo Morgan.

En **1683** España declara la guerra a Francia y ésta invade a Bélgica. Acá en las Antillas muere Pouancey en Santo Domingo, y al comenzar la guerra, Grammont dirige una expedición contra los españoles. Este Grammont es un gran señor francés que se ha metido a pirata. Se apodera de Vera Cruz el día 17 de mayo. La saquea. Mete en la iglesia el gran número de prisioneros y pone en cada puerta gran cantidad de pólvora que servirá para volar el edificio si hay intento de rebelión.

"Viéndose dueños de la ciudad más rica de América", dice el autor, "no pierden el tiempo: pasan veinticuatro horas a saquear, a buscar, a pillar, a coger y llevar a sus barcos cuanto le parece más cómodo de cargar y más de su gusto" (Mousnier, 227). El botín vale seis millones de escudos. Si se quedasen aquí los filibusteros aunque fuese un mes, se harían ricos para toda la vida, pero podrían sorprenderlos las milicias reunidas de varios pueblos.

Se alejan de la ciudad más rica, más bella, la más comerciante de Méjico. Llegan a Jamaica cargados de sacos de oro que poco le durarán pues en poco tiempo lo habrán gastado en aguardiente, juegos y mujeres. Mientras tanto la flota del conde de Estrées regresa de una campaña contra la ciudad española de La Guayra. Con él se embarca Esquemeling para Francia, adonde llega el 8 de enero de 1684. Prepará la edición francesa de su libro y, como para ejercer su profesión es necesario abjurar su religión, así lo hace el día 23 de septiembre. Acá en las Antillas, muerto Lynch, el Concejo suspende a Morgan que es teniente de gobernador.

En este año Luis XIV envía un ultimatum a Holanda y consigue que España reconozca sus recientes anexiones. En este año, también, tiene fin la mejor época de los filibusteros que se ven obligados a emigrar a la Mar del Sur en donde

serán víctimas las regiones españolas meridionales. Como dice Esquemeling, los piratas se irán *vers d'autres Espagnols, dans la mer du Sud*. Ya las naciones europeas enemigas de España no necesitan los servicios de los filibusteros, pues ya ha tomado cada una parte de las posesiones españolas. Ahora se ponen virtuosas y se oponen a las actividades ilegales de los piratas.

Al año siguiente de 1685, la intolerancia religiosa se acentúa en Francia. Luis XIV revoca el Edicto de Nantes y con ello se gana la enemistad de todas las naciones protestantes. Esquemeling se ve obligado otra vez a regresar a las Indias. Sale el 6 de enero de 1686. Con él vienen su familia y 29 pasajeros de la misma religión. En este año se forma contra Luis XIV la Liga de Augsburgo y un agente de la Compañía de Londres funda la ciudad de Calcuta. Los hugonotes serán expulsados de Francia al año siguiente.

En las Indias, Esquemeling ha vuelto a la piratería o, como él dice, ha pedido comisiones. Seguramente quiere vengar en los católicos españoles su expulsión de Francia por los católicos franceses, sus compatriotas. Siempre pagan España y sus territorios. Ahora los filibusteros tienen su centro de operaciones en la Isla de la Vaca. Son unos 1.200 hombres. Se proponen atacar Cartagena pero la presencia de una flota española con 5 o 6.000 hombres se lo impide. Entonces se deciden por Campeche que no tiene guarnición, y mandan a pedir una comisión al gobernador de la Tortuga para ir contra los españoles. Pero las cosas han cambiado y no solamente se les niega el permiso sino que se les avisa que viene contra ellos una flota.

Sin embargo, desembarcan 900 hombres en Champotón. Asaltan a Campeche. Salta un barco español en el puerto. *Mais c'est la coutume des Espagnols de se prévaloir de leur prospérité et de tirer avantage de leurs malheurs mêmes*. (Pero es costumbre de los españoles valerse de su prosperidad y sacar provecho hasta de sus mismas desgracias). El escritor no nos perdona ni eso: que hagamos de tripas corazón. Toman los filibusteros la ciudad en donde se quedan por dos meses sin encontrar en los alrededores otra gente que algunos indios

salvajes. Los prisioneros ascienden a 600. Grammont, que es el jefe de los piratas, hace quemar en su presencia y decapitar cinco españoles. Pero como el gobernador de Mérida logra deshacerse de algunos enemigos valiéndose de una emboscada, Esquemeling llega a la conclusión que Grammont es tan humano como cruel es el gobernador. ¡Buena lógica! (Mousnier, 238-244).

Grammont est aussi humain que le gouverneur espagnol est cruel nos dice Esquemeling del gobernador de Mérida que les hace perder unos cuantos hombres en una emboscada. Dice el cirujano: *Pendant les quatre années de trêve avec l'Espagne qui s'étaient écoulées depuis 1684 jusqu'en 1688, les filibustiers qui étaient restés à Saint-Domingue avaient continué leurs courses contre les Espagnols avec autant de liberté que si l'ont eût été en guerre*. (Durante los cuatro años de tregua que habían pasado entre 1684 y 1688, los filibusteros que se habían quedado en Santo Domingo, habían continuado sus ataques contra los españoles con la misma libertad que si hubiesen estado en guerra). (pág. 244).

Está pues claro que contra España y sin razón alguna, están siempre todos dispuestos, siendo la única razón que España ha descubierto y poblado el Nuevo Mundo y que a ella sola le pueden quitar algo. Encima de esta cuestión de puro interés hay también la de envidia. Ahora, después del asalto de Campeche, ciudad sin guarnición, sin mediar guerra con nadie, los enemigos queman la ciudad y vuelan el fuerte. Todo esto, dice el narrador, en contra de la voluntad del rey Luis, tan *religieux observateur de la parole* (religioso cumplidor de la palabra) que él *n'était attentif qu'à n'y point manquer* (que sólo pensaba en cumplirla). Esto lo dice quejándose de la decisión del rey francés de poner freno a las depredaciones de los piratas. El rey ha ordenado su apresamiento y su traslado a la Martinica para ser juzgados, pero se les hace saber que son ellos los mejores guardianes de las posesiones francesas en América...

Si el monarca francés había revocado el Edicto de Nantes en 1685, con lo cual se había producido en su contra una alianza general de todos los países protestantes de Europa, ahora

en este año de 1687 va más lejos y ordena la deportación de todos los hugonotes. Así se encuentra Luis XIV con media Europa en contra. En Jamaica hay un nuevo gobernador y Morgan asciende otra vez al puesto de teniente gobernador.

Fallece al año siguiente de **1688** el famoso pirata, rico, admirado, respetado, y honrado por sus conciudadanos, amigo del rey y del filósofo Locke. Jamaica se honra todavía con la muerte de Morgan. Este mismo año el ejército de Luis XIV asciende a casi 300.000 hombres y Guillermo de Orange desembarca en Inglaterra para proteger a los protestantes. Acá en Puerto Rico capturan un irlandés en las salinas de Coamo y por él nos enteramos de que "en Vieques se había instalado una colonia mixta de ingleses y franceses. Una escuadra española, que venía de paso para Méjico, destruyó el fuerte construido por los colonos ingleses y se llevó cien prisioneros. Puerto Rico no contaba con medios para la defensa de Vieques al estallar la guerra entre Inglaterra y España. Esto dio una oportunidad a los ingleses para volver a ocupar dicha isla". (Miller, 169).

Jaime II de Inglaterra huye a Francia desde donde invade la Irlanda al año siguiente de 1689 con un ejército francés. Toda Europa lucha ahora contra Luis XIV. Guillermo se hace rey de Inglaterra, declara la guerra a Luis, se alía con sus enemigos y se dispone a destruir el imperio francés en América. Así las cosas, Esquemeling se encuentra en París donde su libro obtiene un gran éxito. Nueve mil protestantes han salido de Francia. Luis XIV tiene a todo el mundo en contra. Se avecina la decadencia marítima de Francia. Sus ejércitos serán derrotados en Irlanda en 1690. Pero acá en Puerto Rico en este año de 1689, mientras allá en Europa suceden tantas cosas que pueden significar el fin de esta colonia española, acá, digo, se nos viene encima otra epidemia de viruela traída por los negros bozales, y perecen en las poblaciones unas 700 personas.

Las armas francesas ganan unas veces y pierden otras. En el Nuevo Mundo, junto con nosotros, en Santo Domingo, los españoles atacan a los franceses que a la larga tienen que abandonar la Tortuga. Esquemeling dice que el desastre se

debe a que, al hacer lo imposible por respetar la tregua con España, los filibusteros *sont partis vers d'autres Espagnols, dans la mer du Sud* (salieron contra otros españoles, en el mar del Sur). La verdad es que no respetan ninguna tregua sino que se mudan para poder seguir sus depredaciones, libres de los buques de guerra de sus propios países, que sólo llegan hasta el Caribe. La Corte de Francia se alarma y escogen en 1691 un hombre que venga a defender las colonias francesas contra ingleses y españoles, ahora aliados. Es Ducasse, a quien nombran gobernador de Santo Domingo, y que dirigirá varios ataques contra Jamaica.

En **1692**, el día 7 de junio, un tremendo terremoto acompañado de una tremenda marejada, destruye Port Royal, capital de Jamaica y nido y centro de acción de piratas, la cual desaparece bajo el agua, la arena y los corales.

Al año siguiente de **1693**, los ingleses atacan diversos puertos de las costas de Francia. Las defienden los corsarios franceses que en 1694 obtienen una importante victoria naval contra ingleses y holandeses, al mismo tiempo que d'Iberville conquista Terranova para los franceses y que Ducasse ataca Jamaica. En las depredaciones inglesas a las costas de Francia ayudan los renegados franceses de Plymouth cuyo número asciende a unas 700 familias. Precisamente a unas 700 familias llegarán pronto los negros esclavos que se vienen a Puerto Rico huyendo de otras colonias europeas en el Caribe. Viven en Cangrejos y se distinguirán en el futuro en la defensa de la Isla al lado de nosotros.

En este año, lo mismo que en el 1680, decreta el rey de España la libertad de todos estos esclavos prófugos. En igual sentido actuará muchas veces en el futuro, ordenando que "no se moleste ni mortifique negro o negra alguna que con este fin se huyesen en poder de sus dueños, pues con el hecho de haber llegado a mis Dominios han de quedar libres, sin permitirse que con pretesto alguno se vuelvan a vender y reducir a la esclavitud". (Miller, 203-203). Los franceses atacan Barcelona.

Por esta época intervienen también en las cosas del Caribe los escoceses. William Paterson, nacido en 1658, amigo de

dos de los más famosos bucaneros, William Dampier y Lionel Wafer, es el gran animador de tal empresa. Se funda la compañía Escocesa que luego se transforma en Compañía del Darién y, en Darién, en el istmo, se fundará la Nueva Escocia. La Compañía Inglesa de las Indias reaccionará contra las ideas de Paterson porque verá en peligro su monopolio, pero no podrá detener a los escoceses de todas las clases sociales que sueñan con islas fabulosas en el mar, gran aventura que todos se asocian para llevar a cabo. Un conocido de Paterson se alza con los fondos de la compañía.

Es en 1695 que los escoceses, preparándose para intervenir en las cosas de América, llevándose su parte de nuestras riquezas, fundan la "Company of Scotland Trading to Africa and the Indies". Estos escoceses es la primera vez que hacen tales planes, pero los franceses tienen ya de antiguo gran experiencia en el asunto. Ahora mismo vuelve a interesar a los grandes del país en la aventura de robarnos, un hugonote que está encerrado en la Bastilla por burlarse de la religión católica. Escribe una memoria sobre la manera de apoderarse de Cartagena. "El plan seduce al barón de Pointis, segundo comandante de la flota, y el barón seduce al rey. No hay sino un peligro: el peligro de que estalle la paz entre España y Francia —Dios no lo permita".

Planean pues el ataque a Cartagena nobles y corsarios. De Pointis interesa a los ricos de Francia para que suscriban acciones: todo el mundo piensa salir rico de la empresa a costa de España y de nosotros. Estos ricos nobles y grandes de la Corte francesa son los que comanditan los corsarios que vienen defendiendo con éxito las costas de Francia contra sus enemigos, hasta tal punto que las naciones enemigas, en el año de 1696, comienzan a oír con interés las proposiciones de arreglo del gobierno de Luis XIV. Hay pues experiencia en esta clase de negocios, tanto entre los simples hombres de mar como entre los nobles más encumbrados y hay, no hay que decirlo, valor y temeridad en los corsarios.

El Almirante Conde d'Estrées llama a Esquemeling para hablarle de la expedición que se proyecta contra las colonias españolas de América. Las víctimas serán, según sus planes,

entre otras, Veracruz y Panamá. El barón de Pointis será el jefe y envía un emisario a Ducasse con la orden de reunir cuantos filibusteros pueda para la campaña que se proyecta. La escuadra francesa llega de Europa el 25 de febrero de 1697 (Mousnier, 260 y ss.). Recoge los filibusteros que esperan órdenes. Estos se sublevan y amenazan con irse con el enemigo cuando las autoridades encarcelan a uno de los suyos por alterar el orden.

La escuadra francesa tiene 2.638 oficiales reales, 1.900 soldados, un gran número de marineros; los filibusteros ellos solos son 1.600, sin contar los negros: en total, la escuadra se compone de 29 velas y de más de 6.000 hombres con 538 cañones. Los filibusteros llevan diez barcos. Empezando abril, *la flotte fait route pour la côte de terre ferme. Elle marche dans un ordre à faire trembler toutes les Indes.* (La flota se dirige a la costa de Tierra Firme. Se mueve con un orden tal que debe hacer temblar las Indias). Llegan a Cartagena a mediados del mes. Desembarcan 3.000 filibusteros: *Ils marchent avec une fermeté heroïque...* (Marchan con heroica firmeza...), dice Esquemeling. La guarnición de la plaza asciende a 121 hombres que caen prisioneros, pero no se entrega el gobernador de la ciudad, don Sancho Jiménez. Esto tiene lugar el 15 de abril. Se procede al asalto de la ciudad. El día 30 los invasores han abierto una brecha; se adelanta uno de los piratas y así habla a los defensores:

Compatriotes, mes amis, en vain vous tâchez de résister à une troupe de héros tels que sont les filibustiers. Pour l'Amour que j'ai de ma patrie, je vous supplie de subir doucement le joug de ces hommes invincibles, plutôt que de vous exposer à périr jusqu'au dernier d'entre vous, de leurs mains, si vous leur résistez plus longtemps. (Compatriotas amigos, en vano tratan ustedes de resistir a una tropa de héroes como los filibusteros. Por el amor que tengo a mi patria, les suplico sufrir dulcemente el yugo de estos hombres invencibles antes que exponerse a perecer hasta el último hombre a sus manos si resisten mucho).

Quien esto dice es un pirata nacido en Cartagena. Le responde el cañón. Se acercan a defender la ciudad dos mil in-

dios. El 3 de mayo capitula Cartagena. Los días 12, 13, 14 y 15 *passent à recevoir l'argent des particuliers. Leur empressement fait plaisir à voir: c'est à qui en apportera le plus. Ils se déclarent les uns les autres et crient tous qu'on les expédie promptement, c'est-à-dire qu'on les débarrasse de notre présence.*

Yl y en a qui apportent jusqu'à quatre cent mille écus. Nous poussons l'honnêteté si loin que bien souvent nous en laissons une bonne partie, et cela nous attire mille remerciements. La perquisition que l'on fait dans toute la ville n'est pas inutile, car on trouve beaucoup d'or et de d'argent cachés, tant en vaisselle qu'en monnaie.

Le reste de mois est employé à ramasser tous les trésors, à les numéroter et à les embarquer. Cependant, on fait mettre sur les vaisseaux tous les canons de fonte, au nombre de quatre-vingt-six pièces; on crève ceux de fer, et on mine les principales fortifications de la ville.

En español: "Los días 12, 13, 14 y 15 se pasan recibiendo el dinero de los particulares. Su diligencia da gusto: cada cual quiere traer más que el otro. Unos informan sobre los otros y todos gritan pidiendo que los despachemos ligero, esto es, que los libremos de nuestra presencia.

"Hay quien trae hasta 400.000 escudos. Nosotros llevamos la honradez tan lejos que a menudo les dejamos una buena parte, cosa que nos agradecen mil veces. La búsqueda que hacemos en toda la ciudad no es inútil pues encontramos mucho oro y plata escondidos, tanto en dinero como en vajilla.

"El resto del mes lo pasamos recogiendo toda clase de tesoros, a numerarlos y embarcarlos. Sin embargo, hacemos meter en los barcos los cañones de bronce, que son 86 y destruir los de hierro y minamos las fortificaciones de la ciudad."

De Pointis ordena que se cante un Te Deum en la catedral para dar gracias a Dios por el triunfo de las armas francesas al mismo tiempo que los corsarios, que ya no son hugonotes, matan a un religioso porque pide que no le quiten a la Virgen su corona de oro, destruyen la imagen de la Virgen del Rosario y las de todos los santos, visten a la de otro santo con ropas ridículas, y disparan contra ella. Sin embargo, los in-

vasores temen la llegada de una escuadra española y la disentería va haciendo entre ellos muchas víctimas. Las riquezas robadas suman de ocho a cien millones de coronas que se van a repartir entre unos y otros según acuerdo tomado antes de la expedición.

Es día de gran regocijo para todo el mundo en Francia y sobre todo para los socios comanditarios de la empresa. Pero a los corsarios que han sido los instrumentos principales de tan gran éxito sólo se les da unas 40.000 coronas. Protestan y se rebelan pero la injusticia la van a pagar otra vez los españoles pues deciden los piratas que lo suyo se ha quedado en Cartagena y que hay que ir a buscarlo. A pesar de lo pactado con los cartageneros después de la rendición vuelven los corsarios sobre ellos, lo saquean todo sin perdonar los conventos, aplican tormento a todos sin perdonar a los religiosos y consiguen otro millón de coronas para sí (Arciniegas, 275-279).

Huyendo por los montes bajo la lluvia, perecen ahogados o asfixiados bajo el lodo muchos, otros mueren de hambre. Du Casse se va a París a interceder por los filibusteros. El rey le hace caballero de la orden de San Luis y le promueve a almirante. Esquemeling (Mousnier, 271) termina su relato con sentidas gracias al Todopoderoso por su infinita bondad y con expresivos elogios del príncipe que es superior a todos los otros de la tierra en fuerza, equidad y grandeza de alma, a quien la nación francesa debe tantas victorias en tantos y tan distantes sitios y que en cuanto llega la paz abandona sus conquistas *généreusement pour le repos de l'Univers, sans en tirer d'autre avantage que la gloire de les avoir faites* (generosamente, en bien de la paz del Universo, sin sacar otra ventaja que la gloria de haberlas ganado).

"De donde se puede concluir", añade, "que el rey nunca se armó sino para defenderse, ni triunfó sino por la paz. Todas estas empresas han sido importantes para la Iglesia, gloriosas para él mismo y ventajosas para sus súbditos". Estos ditirambos van dirigidos a Luis XIV, el rey que dijo "El estado soy yo", al rey que ha ido quitando libertades a su pueblo hasta dejarle prácticamente sin ninguna, al rey que

revocó el Edicto de Nantes y ha perseguido a los hugonotes deportando en un solo caso 9.000 de ellos, al rey que ha brillado como un sol pero que hará perder a su país la supremacía en el mar y que a su muerte dejará al país empobrecido con una deuda de 600 millones de francos. A tanto llegará la miseria del país que la gente morirá de hambre y de frío y que el duque de Saint-Simon propondrá que la nación se declare en bancarrota.

Y llegamos al año de **1698** en que salen de Escocia en el mes de julio, con destino al Darién, los colonos de Paterson, expedición que ha venido preparándose en los años anteriores. Son 1.200. Paterson vuelve al escenario de sus aventuras de bucanero. Ahora viene a fundar la colonia de Nueva Escocia con su capital Nueva Edimburgo. Desembarca; consigue aliarse con un indio enemigo de España después de emborracharlo. Así empieza la colonia, pero la presencia de los escoceses no alarma solamente a los españoles: los ingleses de Jamaica, y con ellos los de Londres que tienen su dinero invertido en el Caribe, deciden que los intrusos deben perecer de hambre, aunque sean casi compatriotas y de la misma religión. Los españoles de Panamá los atacan, los ataca también la fiebre; no hay nada que comer; los colonos se pasan la vida borrachos; el jefe está enfermo y su mujer ha muerto. Los que quedan se embarcan en tres bergantines y así termina la colonia.

Volverá más tarde otra expedición pero el resultado será el mismo, sólo que ahora, además del rechazo de las otras colonias inglesas, los colonos se tendrán que enfrentar con las fuerzas españolas que los atacarán desde Cartagena. Los sitiados se negarán a rendirse alegando que por no haber intérpretes no entienden lo que se les propone, pero cuando la cosa se ponga mala, enviarán al jefe español un mensajero diciendo que ahora entienden y que para evitar cualquier enfriamiento en la amistad que une a los reyes de España e Inglaterra, esperan condiciones. Un pastor presbiteriano que escribirá la historia de la aventura dirá que no mataron a los españoles por falta de municiones y rogará porque algún día llegue la venganza contra ellos. Tendrá también que recono-

cer que "Gracias a la generosidad de los españoles pudimos embarcarnos..." (Arciniegas, 296-303).

Y así termina el siglo XVII, el segundo en la nuestra existencia de esta isla de Puerto Rico como pueblo que se va formando del tronco español pero como cosa aparte y distinta. Los piratas, bucaneros, filibusteros, han sustituido en sus depredaciones a los caribes que han eliminado del escenario caribeño. Los caribes actuaban por su cuenta; estos piratas tienen detrás a las cortes de Europa. Puerto Rico vive atemorizado en medio de un torbellino de violencia, pendiente de lo que hacen en la región del Caribe estos piratas. Son muchos los ataques que sufren nuestras costas, pero no es sólo entonces que nos preocupan pues cuando atacan un galeón cerca de nuestras costas muchas veces va cargado con nuestros productos, o viene a traernos el Situado, o lleva a bordo algún amigo o pariente, y cuando el ataque tiene lugar en otra parte de las costas españolas siempre nos afecta directamente de algún modo o, cuando menos, pone en peligro las comunicaciones con España de las cuales dependemos tanto, o pone en peligro a la nación. Nunca sabemos nosotros de antemano cuando vendrá el ataque a nuestras propias costas.

En el curso de este siglo las naciones europeas han peleado unas contra las otras varias veces, pero contra España han llevado todas una guerra continua durante todo el siglo, o juntas, o por separado. Sin quererlo y en parte sin saberlo, hemos participado nosotros en todas las guerras del continente europeo, las más veces llevando la peor parte al estrellarse aquí los primeros ataques de los enemigos y algunas veces tomando parte en ataques a nidos de piratas en las Antillas.

Este es el siglo que ve la preponderancia marítima de Holanda y de Francia y el establecimiento de las mismas y de Dinamarca en las Antillas. Este es el siglo en que España y sus colonias son, como en el anterior, las víctimas de los protestantes europeos. Más aún: durante todo el siglo luchan contra ella, alucinados por la ganancia fácil y animados por la envidia, hugonotes, puritanos, judíos, luteranos, calvinis-

tas. El pretexto es la religión. Al principio, esta guerra a España es obra de iniciativa privada aunque con el apoyo moral de las Cortes. En la segunda mitad del siglo ya es otra cosa: las naciones europeas intervienen activa y oficialmente con el fin de comerciar y de poblar.

Este es el siglo del Rey Sol, Luis XIV, monarca absoluto por antonomasia. España ha tenido su Siglo de Oro durante el reinado de reyes mediocres pero que nos han defendido bastante bien perdiendo muy poco de su territorio. Caen islas caribeñas en poder de las potencias europeas pero no caen Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Santo Domingo cae en parte pues Haití es de Francia y se convertirá en un país negro que pesará ominosamente en la historia de las Antillas y aún en la de Puerto Rico.

El establecimiento de las colonias holandesas, inglesas, danesas, francesas en las Antillas significará siempre el de grandes contingentes de esclavos traídos de Africa y puestos a trabajar con tal furia que si bien harán la fortuna de esas naciones, que de una sola de sus islas sacarán más provecho que España de todas sus colonias en el Nuevo Mundo, serán también, a pesar de las más terribles represalias, fuentes constantes de sublevaciones contra los blancos, rebeliones que llenarán de temor a los habitantes españoles de las colonias españolas que temen que sus esclavos sigan el ejemplo de los de las islas vecinas. En realidad, prácticamente, esto no sucederá nunca y menos en Puerto Rico, porque las leyes españolas y el trato que se da en los territorios españoles a los negros son benignos, pero no por eso dejarán de sentirse graves temores. Andando el tiempo, las colonias de las otras naciones quedarán pobladas exclusivamente por negros. Las Antillas Mayores quedarán prácticamente blancas, y especialmente Puerto Rico. Santo Domingo sufrirá en este sentido más que Cuba y Puerto Rico, pues en el propio territorio de la isla se desarrollará con el tiempo una república negra que pondrá muchas veces en peligro la libertad de la república que tiene al lado y que contribuirá a aumentar en ella la proporción de negros. Tal es el efecto lejano del establecimiento de los franceses en la isla de San Cristóbal en 1625 y

en la de Tortuga años más tarde. Todo esto es muy importante para comprender a Puerto Rico pues, junto con otros factores, está a la base de su formación racial y psicológica: no hubo luchas raciales, aquí se mantuvo la isla blanca y española, aquí se han lucido los negros en todos los campos, ayudados por el espíritu de convivencia que siempre ha habido en la isla, aquí no hubo rebeliones de negros y, por todo eso, aquí no hubo violencia, formándose poco a poco un pueblo pacífico que solamente ha combatido cuando ha tenido que defender su tierra contra el extranjero invasor.

A todo esto contribuyó también otro factor. Todas las islas ocupadas por los enemigos de España en el Caribe cambiaron varias veces de manos, unas veces por la fuerza y otras por compraventa. Más aún, a veces fueron vendidas por una compañía a otra como simple mercancía. La Compañía francesa de las Indias vendió una a una las islas francesas de América a particulares: en 1649 vendió la de Guadalupe, en 1650 la de Martinica y en 1651 las de San Cristóbal, Tortuga, San Martín, San Bartolomé y Santa Cruz, estas últimas a los Caballeros de Malta. Estos las vendieron más tarde por su cuenta. Aún en nuestro propio siglo hemos visto ciertas naciones europeas vender las islas que tenían en el Caribe a los norteamericanos como si fueran simples objetos. En 1916 fueron vendidas a los Estados Unidos las islas danesas del Caribe... Puerto Rico, país afortunado, no fué vendido nunca; Puerto Rico fue siempre lo que fue en su origen, un pueblo español bajo la protección, eficaz como ya lo hemos visto, de la nación madre: no cambió nunca ni de dueño ni de raza ni de religión ni de lengua. En esto le llevará ventaja aun a las otras Antillas Mayores, Cuba y Santo Domingo, que no pudieron evitar, sobre todo la segunda, la ocupación extranjera. Como explica Esquemeling, las colonias de las naciones enemigas de España en el Caribe, eran propiedad particular de ciertas compañías atentas solamente a ganar dinero y por eso sus oficiales las gobernaban muy mal, tanto que muchas veces se perdieron para aquellas naciones. Aquí en Puerto Rico, donde tanto nos hemos quejado del gobierno español, nos olvidamos de que fue el mejor de todos los que se estable-

cieron en esta región y la prueba está en lo que se acaba de decir, que no cambiamos de dueño ni de religión ni de lengua ni de raza, que pudimos defendernos de todos los enemigos, que no vimos nunca ríos de sangre correr por nuestra tierra. Las otras naciones estaban atentas solamente a ganar dinero a costas de los españoles y poco se preocupaban por los colonos que acá tenían. España, por su parte, gastó acá dinero y nunca obtuvo de nosotros riqueza alguna, pues estaba primero que nada atenta a conservar su integridad, a mantener su fe, a convertir infieles. Por todo esto, la historia de Puerto Rico es única en la del Caribe y aun en la de todo el Nuevo Mundo y, por esto, Puerto Rico es y fue siempre diferente aun de Cuba y Santo Domingo, sus dos más cercanas parientes.

SIGLO XVIII

Y llegamos al siglo XVIII, el Siglo de las Luces, el Siglo de la Razón. Estas llegarán a Puerto Rico mucho más tarde que a los otros países de la América, pues la llamada Ilustración o el llamado Despotismo Ilustrado, que será el vehículo en que llegarán el Nuevo Mundo español las nuevas luces y la razón, vendrá a esta tierra con algún retraso. A la luz de los hechos que ocurrirán en el hemisferio en el curso del siglo, día llegará en que celebremos ese retraso, pues por ello nos veremos libres de la violencia aunque vivamos rodeados de ella en el Caribe, este "Charco violento".

El despotismo ilustrado es cosa de los Borbones que ascienden al trono español y que le dan su nombre al siglo, el "siglo de los borbones." Sin embargo de sus luces, estos monarcas serán todos por lo menos no menos mediocres que los que gobernaron a España en el siglo anterior. Al fin del siglo y principios del siguiente, toda la mediocridad se verá condensada en el rey más malo que habrá visto la nación, el que más daño le hará, el que menos estima y el que menos simpatía podrá inspirar tanto en España como en sus territorios de América.

Estos monarcas borbones, de nariz ganchuda, no añadirán a lo ganado por sus antecesores. Con ellos vendrán a Hispanoamérica las ideas que la llevarán a la guerra de independencia, guerra cruel en que correrán ríos de sangre, y en la que querrá la suerte que no tomemos parte nosotros los de la isla de Puerto Rico, que tiene un cordero por enseña.

En este siglo, como en los anteriores, sufrirá la Isla la violencia de los elementos y el ataque de los gérmenes, pero el peligro de los hombres tomará ahora otro aspecto. Ya las naciones europeas enemigas de España tiene cada una su agarre en la tierra descubierta por Colón. Ya establecidas sólidamente en ellas, no tendremos ahora principalmente como asaltantes, a los piratas o corsarios o filibusteros o bucaneros que actúan por cuenta propia aunque con el apoyo tácito de los gobiernos europeos, sino a esas naciones mismas. Cuba y Puerto Rico y Santo Domingo vivirán rodeadas de los enemigos de España y estarán siempre en peligro de sucumbir ante ellos. Tenemos al lado ingleses, franceses, holandeses, daneses, alemanes, y algo más lejos tendremos a las trece colonias inglesas que contribuirán con hombres y materiales para los ataques que se intentarán contra nosotros.

Esto no quiere decir que no haya en este siglo piratas. Los hay, pero ahora trabajan por su cuenta y sin el apoyo de sus gobiernos; ahora las potencias europeas los perseguirán pues ya no los necesitan y puesto que hacen más daño a su comercio que los enemigos. Dice Arciniegas: "...llega el momento en que los ingleses se sienten víctimas de su propio invento. El reino inglés pierde más buques y dinero en manos de los piratas que en las de franceses y españoles reunidos".

Ahora Inglaterra se pone virtuosa y persigue a los piratas que tanto fomentó en el siglo pasado. Un siglo más tarde se pondrá también virtuosa cuando, no conviniéndole la competencia de colonias americanas esclavistas por haber conseguido la mano de obra casi gratis de los hindúes, se hará la campeona de la abolición.

Estos piratas modernos, perseguidos por Inglaterra, son casi todos escoceses y su centro de operaciones estará en la isla de la Providencia, de las Bahamas. Algunos de ellos, como el famoso Lafitte, se aprovecharán de la guerra de independencia para hacerse pasar por corsarios que navegarán con la bandera de alguna de las naciones recién fundadas. Lafitte usará la de Cartagena de donde dirá que tiene su patente de corso. Pero será en el siglo XIX y estos serán los últimos

piratas. Lafitte tendrá entonces su centro de operaciones en Luisiana.

En el último cuarto del siglo XVIII sucederán dos cosas de incalculable importancia para nosotros. La revolución francesa no tanto como la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, pues sólo influye en los acontecimientos de Haití que si bien es verdad que mantendrá a las otras Antillas, incluyendo a Puerto Rico, en el temor de una revuelta sangrienta de negros que busquen la libertad o que la usen para sojuzgar a los blancos, no tendrá aquí secuelas de ninguna clase.

Pero la independencia de las colonias inglesas del continente sí, pues a penas fundadas querrán quedarse con estas islas que vivirán en perpetuo temor de los filibusteros americanos que continuamente harán incursiones a las costas de Centroamérica. Puerto Rico verá a los americanos quedarse con gran parte del territorio mejicano, con la Florida, la Luisiana... Sin embargo, en el momento de independizarse esas colonias inglesas, España, y con España los portorriqueños, se apresurarán a enviarles ayuda.

Una de las cosas que van a caracterizar a España en este siglo comienza enseguida: en 1700 muere Carlos II y con él termina la dinastía de los Habsburgos, pues la corona pasa a Felipe V, el primero de los Borbones en ascender al trono de España. Felipe V es nieto de Luis XIV y esto traerá una guerra. Acá en el Nuevo Mundo, Puerto Rico tiene sólo seis poblaciones. No se sabe con exactitud cuál sea su población pero se puede tener una buena aproximación si recordamos que 27 años antes no pasaba la de San Juan de 587 hombres y 1204 mujeres, incluyendo negros esclavos y pardos libres (Miller 158). Por esta época se ha organizado en Puerto Rico una milicia urbana con catorce compañías de infantería y dos de caballería, con un total de unos mil milicianos.

Al año siguiente de 1701 Luis XIV declara solemnemente que garantiza los derechos de Felipe V de España a la corona de Francia. Esta posibilidad de que se reunan en un solo cetro los reinos de España y Francia alarma a las otras potencias que forman contra ellos una alianza —La Gran Alian-

za de la Haya—, cuyo eje son el Emperador y Guillermo III de Inglaterra. En esta última se han dado los pasos necesarios para que la corona caiga siempre en manos de los hano-verianos protestantes. El elector Federico de Brandenburgo se hace coronar rey de Prusia con el nombre de Federico I.

La compañía de daneses y alemanes que gobierna y explota la isla de San Tomás cerca de Puerto Rico, se liquida este año al no entenderse bien los dos grupos. Se quedan los daneses solos en la isla que se convierte en un refugio internacional en que hay de todo, pero predominando los holandeses entre los blancos, y superando en número y por mucho los negros a los blancos. Termina así en América la primera tentativa alemana en las Antillas, precisamente cuando con Federico se instalan en el trono los Hohenzollern.

En **1702**, comienza la guerra de Sucesión Española que durará doce años y que se pelea para evitar que un día sea rey de Francia y de España a un mismo tiempo, Felipe V, nieto de Luis XIV. Pelean contra España principalmente, el Emperador y el rey de Inglaterra. Este muere en este mismo año y sube al trono inglés Ana I. Acá en América Luis XIV entrega las bocas del Misisipí a un comerciante que nombra gobernador al señor La Mothe-Cadillac. Este acto del rey francés se debe al estado del tesoro: el rey no puede gastar un centavo más en la colonia y, en cambio, desea sacarle algo.

Acá en América, también está Puerto Rico que siente enseguida el impacto de la guerra de Sucesión pues fondean en la rada de Arecibo en este año un bergantín y una balandra inglesas que desembarcan cuarenta hombres bien armados. Los reciben armados con lanzas y machetes los pocos milicianos con que se puede contar en esta época y en un momento en que los hombres están ocupados en sus estancias. Manda a los defensores el teniente a guerra Antonio de los Reyes Correa, que resulta herido en el combate lo mismo que su ayudante Nicolás Serrano, que quedará manco, el sargento José Rodríguez de Mathos y un miliciano que fallece poco después. Pero quedan tendidos en el campo 32 enemigos, incluyendo su jefe, y se les toma la lancha, 32 fusiles y 24 espadas. Los defensores serán recompensados con largueza

por la Corona y el jefe pasará a la historia con el nombre de Capitán Correa. Unos meses más tarde, le toca a Loíza defenderse de una invasión enemiga: desembarcan en sus costas enemigos traídos en dos barcos desde Santomas. Esta vez los reciben el teniente a guerra Juan Caballero y también quedan muertos en el campo de batalla 32 de los invasores.

En **1703**, entra Portugal en la coalición contra España y Francia. También se une a los enemigos de España, Holanda que en este año intenta otra vez tomar posesión de Puerto Rico. En efecto, desembarcan en la costa Guayanilla, desierta y despoblada, unos cincuenta hombres. Los ha visto el alférez de caballería Domingo Pacheco de Mathos, que llega a la playa cuando las lanchas enemigas han vuelto a los barcos en busca de más soldados. Con veinte lanceros se arroja Mathos sobre los invasores matándoles 38 hombres. Los barcos no se ponen a averiguar si hay más defensores y se retiran.

En **1704** los ingleses ocupan Gibraltar; dos años después el archiduque Carlos toma Madrid pero Felipe V recupera la ciudad. En **1707**, mientras los coaligados ganan en Nápoles pero pierden en España, Inglaterra y Escocia se unen formando el Reino Unido de Gran Bretaña. En **1709** hay hambre y frío en Francia y Luis XIV pide la paz, la que le proponen sus enemigos es inaceptable y sigue la guerra.

En **1710** los coaligados toman Madrid pero los franceses los derrotan en Villaviciosa y Felipe V queda dueño de España. Los ingleses fundan la Compañía Inglesa y fracasan.

En **1713** los holandeses se retiran de la Coalición, se firma el Tratado de Utrecht mediante el cual Felipe V renuncia a sus derechos a la corona de Francia, Inglaterra se convierte en árbitro de Europa, comienza su hegemonía en el mar al mismo tiempo que la pierde Holanda y que Francia pierde la dirección de la política europea, se queda con Menorca y Gibraltar que le cede España y con Terranova y Acadia que le cede Francia.

Acá en Puerto Rico tenemos en 1713 al primer huracán del siglo. La serie secular de 23 huracanes se inicia con dos. El primero tiene lugar el día 6 de septiembre y el segundo 28 días después, el 3 de octubre. De este último dice Fernando

Miyares: "Una de las maiores tormentas que experimentado esta Ysla fue la del mes de Septiembre, y del día 3 de Octubre del año de setecientos trece, ni oido otras maiores, ni de más considerables pérdidas de caudales; muchos sugetos de crédito afirmaron que pasó el Mar sus términos en la costa Sur, con general admiración; cuyos adversos tiempos, fueron trascendentales a la Ysla Española y otras extrangeras de barlovento; donde fueron execibos los estragos del día seis de Septiembre..."

En 1714 se funda en Puerto Rico la población de Río Piedras, que es la séptima de la Isla, y el número de esclavos refugiados en Puerto Rico llega a 80, "cediéndose a los hombres dos cuerdas de terreno para su uso en la parte de la isleta que hoy se conoce con el nombre de Puerta de Tierra" (Miller, 203).

Al año siguiente de 1715 muere en Francia el Rey Sol dejando a la nación en la miseria y a los habitantes muriéndose de hambre y frío. Saint-Simon propone declarar la bancarrota pero aparece el gran promotor John Law en el poder; funda un banco y al año siguiente funda la Compañía del Misisipí que hace brillar a los ojos de los franceses como un espejismo. Law es el hombre del día; devuelve a todos la confianza. Toda Francia quiere venirse a poblar los Valles del inmenso río americano donde, según se les hace creer, "hay montañas de oro, plata, cobre, plomo, mercurio. Como estos metales son muy comunes, y los indios no sospechan su valor, cambian pedazos de oro y plata por baratijas de Europa, como cuchillos, jarros, broches, espejitos o botellitas de aguardiente" (Arciniegas, 320).

Se hacen fortunas que luego se perderán. Se enviarán a la Luisiana "vagabundos y mendigos, los sentenciados de los tribunales, las muchachas secuestradas en la Salpêtrière. Se forma la pandilla de los 'Bandoleros del Mississippi', que recorren las provincias francesas cazando colonos; se les paga a diez francos la pieza que recojan. En París le echan mano a cinco mil. Hay momentos y lugares en donde se produce una ola de terror. Las víctimas de estas cacerías fomentan a veces sublevaciones.

"Ciento cincuenta muchachas que se han llevado a viva fuerza hasta el embarcadero de La Rochelle, en el momento mismo de entrar en el barco se vuelven contra los soldados y a arañazos, mordiscos y puñetazos, se abren camino para libertarse. Por fortuna los soldados alcanzan a cargar sus fusiles, dejan tendidas seis muchachas sobre el pavimento y heridas doce: se restablece el orden, las muchachas entran en el barco" (pág. 320). Más tarde "Campesinos y gentes perseguidas en esos países (Suiza y Alemania), ven con delectación los prospectos, las estampas, el escudo de la compañía... Familias enteras se desligan de sus patrias para precipitarse por los abiertos caminos de Francia. El hambre, la peste, la fiebre, van diezmando a estas muchedumbres..." (Arciniegas, 321). Y con ellos vienen negros en mayor número.

Acá en Puerto Rico, "En 1716 el gobernador Carreño solicitó permiso para enviar una expedición para la conquista de Santomás... Dijo que bastaba mandar a Henríquez con quinientos milicianos. El proyecto de Carreño no fue aprobado" (Miller, 171). Este Henríquez es un zapatero mulato que se ha hecho famoso corsario y que con patente real ha luchado contra barcos franceses e ingleses haciendo muchas presas. Cuatro años atrás, en 1713, fue nombrado capitán de mar y guerra y honrado con la medalla de la Real Efigie por el Rey.

En este mismo año se forma la Triple Alianza entre Francia, Inglaterra y Holanda contra Felipe V y sus pretensiones al trono de Francia y, al año siguiente, los españoles pierden la batalla de Cabo Passaro mientras los inmigrantes franceses fundan a Nueva Orleáns. Es en este año que los piratas deben demandar el real perdón antes del 5 de diciembre so pena de ser apresados por los barcos ingleses y colgados. La persecución de los piratas que durará unos cien años comienza en éste.

Y en este año de 1718, acá en Puerto Rico tenemos a los ingleses instalados en Vieques como ya lo estuvieron una vez los franceses. Se organiza una expedición contra ellos en que intervienen un barco que llega de Méjico con el Situado y dos goletas del corsario puertorriqueño Miguel Henríquez, entre cuyos 289 milicianos figuran 65 negros libres de Can-

grejos. Los expedicionarios destruyen el fuerte inglés y cuanto encuentran en la isla trayéndose para acá esclavos, armas, balandras y cañones, estos últimos para ser instalados más tarde en el castillo de San Jerónimo (Miller, 169-170). En este mismo año de 1718 nos visita el temporal de Santa Regina.

En **1719** impone Law en Francia el sistema que lleva su nombre y se hace director de todo el comercio y de toda la hacienda del reino. Al mismo tiempo que esa nación declara la guerra a España, acá en Puerto Rico se funda el pueblo de Loíza. Se publica "Robinson Crusoe". Al año siguiente de **1720** cuando en Francia todo se viene al suelo y los que dieron su dinero para hacerse ricos en Luisiana terminan en la bancarrota, Law huye. En **1721** se viene abajo la Compañía Inglesa del Mar del Sur y al año siguiente de **1722**, acá en Puerto Rico, que ya tiene ocho pueblos, nos visita el día 26 ó 28 de agosto el huracán de San Ceferino o San Agustín. En **1723** se funda Guaynabo.

En **1727** estalla la guerra entre Inglaterra y España pero la última renuncia a la guerra al año siguiente cuando sube al trono inglés Jorge II. Por estas latitudes, dispone el rey de España el desalojamiento de las islas Santomas y San Juan contando con la industria de Miguel Henríquez y la ayuda del virrey de Méjico, pero la cosa no pasa de ahí. La isla de San Juan, del grupo de las Islas Vírgenes, la habían ocupado los daneses desde la de Santomas que hacía tiempo estaba en su poder.

En **1729** se unen ingleses, franceses y españoles contra el emperador, por el Tratado de Sevilla.

En **1730** nos visita a los puertorriqueños el temporal de Santa Rosa que tiene lugar el día 30 de agosto. Dos años después nos visita una epidemia de viruela y sarampión, un año antes de la fundación de Añasco en 1733. En **1734** mientras las armas franco-españolas están victoriosas en Italia, nosotros tenemos a los daneses en Santa Cruz que han comprado a los franceses. El gobierno español no les reconoce ningún derecho sobre la isla (Miller, 171). Al contrario, ordena el rey de España al año siguiente de **1735** que los desalojemos de allí y se prepara contra ellos una expedición de

seis balandros, 550 milicianos y 100 veteranos, expedición que nunca tiene efecto.

Por esta época tiene probablemente lugar la expedición de que habla Iñigo Abbad del modo siguiente (Miller, 172): "... Estas expediciones se repitieron por muchos años continuos, hasta que una desgracia muy lamentable para esta isla suspendió sus esfuerzos. Uno de los mejores armamentos, que jamás se había formado para el intento, salió de Puerto-Rico, escoltado por un navío de 50 cañones, llamado Carlos V, con 500 hombres de tripulación en que iban los mejores vecinos de la isla por su experimentado valor y acierto; pero un furioso huracán que los acometió en su navegación dio con toda la flota sobre las costas, sin que los esfuerzos ni la industria pudiesen salvar a ninguno de tan funesto naufragio. Este infortunio vistió la isla de luto, quedaron suspensas las armadillas, los extrangeros establecieron sus plantaciones y fomentaron su comercio en las islas, disfrutándolas por entero sin más oposición en lo sucesivo.

"Desde este tiempo quedó la isla de Puerto Rico en un total abandono. El cúmulo de calamidades que desde sus principios la combatieron, aniquilaron su población, cultivo y comercio, lo que impidió a la España conocer su importancia y la de formar establecimientos en ella hasta el año de 1763."

Los extrangeros se quedarán en las islas vecinas desde donde nos asaltarán a su gusto.

En **1736** se funda aquí Guayama. En **1737**, comienza su carrera en Inglaterra el primer Pitt cuando los comerciantes ingleses piden acción contra España. En **1738**, acá en Puerto Rico, se funda el pueblo de Manatí y nos visitan dos temporales, el de Santa Rosa el 30 de agosto y el de San Leoncio III el 12 de septiembre.

Del primero dice Miyares: "De las que han acahecido después, tiene su preferente lugar, la del día de Santa Rosa del año de treinta y ocho, que puso en la maior consternación a estos havitantes, y los templos en miserable estado; pero noticioso de ello Su Magestad derramó sus magnanimidades, dispensando un suficiente socorro pío con que reparar aquellas ruinas".

Del segundo, que tuvo lugar trece días después del anterior, escribirá Pedro Tomás de Córdova: "El día 12 de septiembre de 1738 sufrió una de aquellas tormentas que tantos estragos han causado siempre en el territorio. Todos los frutales de que se mantenía el ganado de cerca los derribó el huracán; las inundaciones repentinas ahogaron un gran número de reses; los vecinos de Ponce y Coamo abandonaron estos partidos por la miseria a que los redujo la tormenta; tuvieron que mantenerse de raíces nocivas que causaron muchas enfermedades; y como faltó el Situado en dicho año, las cajas se empeñaron en 50 mil pesos, lo cual hizo más aflicta la situación y menos posible al gobierno para socorrer a las necesidades y recuperar la pérdida. Sobre estos males pesó otro bastante grave como lo fue una extraordinaria plaga de gusanos, que tuvo su origen en lo encharcado que quedaron las tierras, y que destruyeron las semillas que se sembraron pasada la tormenta." Puerto Rico tiene ya doce poblaciones.

Al año siguiente de 1739 Pitt se sale con las suyas. Resulta que el pueblo inglés está enfurecido con los españoles. Sus barcos se dedican al contrabando y los guardacostas españoles los apresan. Esto es lo que enfurece al pueblo inglés que quiere la libertad de hacer el contrabando como en el tiempo de Isabel quería la de piratear. Y, como en aquellos tiempos, los marinos ingleses se tornan cada vez más agresivos pidiendo acción contra España que consideran además como una amenaza para el poderío marítimo inglés. Los ingleses no entienden de leyes ni de obligaciones morales cuando se trata de tomar lo que quieren.

Ahora se presenta ante el Parlamento un tal Jenkins mostrando la oreja que dice que le cortaron los españoles por contrabandista. El pueblo se enfurece; pide la guerra; el Parlamento la declara; el pueblo se vuelve loco de contento y Walpole el ministro que no quiere la guerra es derrotado por una mayoría abrumadora. Los españoles apresan en pocos días unas dieciocho naves que entran al puerto de San Sebastián. Eduardo Vernon promete tomar a Portobello con seis naves y se le nombra jefe de la escuadra que vendrá al Caribe.

En este año de nueva guerra Puerto Rico tiene ya trece poblaciones contando la de Utuado que se funda en el mismo año. Se recibe por acá la Real Orden rompiendo las hostilidades con Inglaterra: "Se ha esparcido la voz de que la referida esquadra del Vice Almirante Vernon pasa a estos mares con esse intento; cuyo logro (apoderarse de Puerto Rico), les avrá prometido, sin duda, la noticia del lamentable estado a que la dejó reducida la tormenta y huracán acaecido en ella el día 30 de agosto del año próximo pasado..."

Efectivamente, para acá se viene Vernon en 1740 mientras el Almirante Anson es enviado con otra escuadra al Pacífico, con el fin de coger a la América Española entre dos tenazas. Anson asalta e incendia el puerto de Payta en el Perú y mientras prosigue sus depredaciones, a este lado, con sus seis naves toma Vernon Portobelo que se halla indefenso. Hay grandes celebraciones en Inglaterra, mientras Vernon decide atacar a Cartagena. Para ello necesita más armamento y más gente: el rey promete la libertad a todos los que están en las cárceles a cambio de que entren en la expedición. Las colonias inglesas de Norteamérica contribuyen substancialmente: mandan 3.600 soldados; en Nueva York se forman cinco compañías. Entre ellos viene un medio hermano de Jorge Washington, Lorenzo Washington. Vernon tiene muy poca confianza en estos norteamericanos. En Jamaica se le unen 2.000 negros macheteros (Arciniegas, 344-346).

Acá en Puerto Rico nos hemos salvado del ataque que se destinaba a nosotros pero nos visitan dos huracanes. El de San Esteban tiene lugar el 3 de agosto. Treinta y nueve días después se nos viene encima el de San Vicente que tiene lugar los días 11 y 12 de septiembre.

Con respecto al segundo dice una Real Orden del 9 de mayo de 1741 al Gobernador de la plaza: "En carta de treinta y uno de octubre del año próximo pasado, dio cuenta V. S. de la tempestad de agua y viento que se padeció en esa plaza los días once y doce de mil setecientos y treinta y ocho, por aver arruinado todos los frutos y ahogado la mayor parte de los ganados; y de que para el reparo de sus naturales, tomó V. S. para providencia de que se sembrasen las semillas más

promptas; quedando V. S. con el desconsuelo de que por su falta, la de los plátanos y carnes, subsistiría la necesidad, y con el temor de que se frustrase la defensa de la Isla, que consistía por la mayor parte de las Milicias del País, no obstante que se mostraban animosas, en medio de no aver en esas Caxas dinero alguno, y de averse apurado los caudales de los vecinos de alguna posibilidad; cuyas circunstancias y la de tener que mantener seiscientos y cincuenta hombres, tropa reglada, con los doscientos y cincuenta, que nuevamente dexó el Teniente General Don Rodrigo de Torres, tenían a V. S., en el mayor cuidado, si con la brevedad no llegaba el Situado del mismo, y añade V. S. que la Escuadra del cargo del expresado don Rodrigo padeció también el mismo temporal a la vista de esa Isla, separándosele diferentes navíos, y las quatro presas inglesas que llevaba, de los cuales navíos se le reunieron dos en el puerto de la Aguada nueva, y de las presas arribaron tres a las costas de las Colonias Francesas de la Isla Española; y que aviendo salido la referida Esquadra en seis de octubre, con la destinación de socorrer a Santo Domingo, tomó la derrota para Cartagena..." Esta Orden a pesar de hablar del 1738 se refiere al temporal de 1740.

Mientras tanta desgracia abate a Puerto Rico, amenazado de invasión, arruinado por temporales, privado del Situado y desprovisto de toda defensa, prosigue la expedición de Vernon que navega hacia Cartagena en 1741 con la flota más imponente que hayan visto estos mares. Consiste en unas 120 naves que llevan 30.000 combatientes, 15.000 de ellos marinos. A Vernon le acompaña Wentworth, general del ejército de desembarque. La plaza de Cartagena, contando blancos, negros e indios, sólo tiene 4.000 defensores y mal armados, al mando de don Blas de Lezo, falto de un ojo, una pierna y un brazo. Es vasco, es valiente y es tozudo y testarudo.

Cuando Vernon le escribe solicitando rendición le contesta don Blas: "Hubiera estado yo en Portobelo, no hubiera usted insultado impunemente las plazas del rey mi amo, porque el ánimo que faltó a los de Portobelo me hubiera sobrado para contener su cobardía..." Vernon logra tomar el castillo de

Bocachica cosa que comunica a su país con el acostumbrado mesianismo protestante: "El prodigioso éxito en la tarde y en la noche de hoy es tan asombroso, que uno no puede menos de exclamar con el salmista: El Señor lo ha hecho, y maravillados lo miran nuestros ojos: por esto, ciertamente, Dios nos obliga a darles gracias". Ya de por caída la ciudad y fortaleza.

En Londres el entusiasmo es delirante; se acuñan medallas en conmemoración de la victoria, pero acá Cartagena se sostiene. Sus 4.000 defensores se mantienen en sus posiciones y los ingleses mueren a montones. Wáshington guía a sus compatriotas que tratan de escalar las murallas. Un soldado español prisionero a quien obligan a servir de guía los lleva a la parte más elevada de las murallas. El calor, las balas y la fiebre amarilla diezman a los ingleses. El médico cronista que cuenta la historia es el médico de la armada, Tobías Smollet. Todavía no cae el castillo de San Felipe por donde es necesario entrar y ya hay 7.000 muertos entre los asaltantes. Vernon tiene que abandonar el asedio. Wáshington le da a su casa en Virginia el nombre de Mount Vernon, que será luego la residencia del primer presidente de la república norteamericana.

Y ya que hablamos de Bocachica, de Cartagena, al año siguiente de 1742, los ingleses son derrotados otra vez en Boca Chica pero ésta vez en Boca Chica de Puerto Rico, entre las dos bocas del río Jacaguas en Ponce. Un barco inglés se vara en ese sitio en 1742 y mientras los ingleses están ausentes, los vecinos aseguran el cargamento de mercancías y cuando aquellos vuelven para llevárselo, los vecinos, al mando de Marcos Candosa de Mathos, caen sobre ellos matando algunos y obligando a los otros a retirarse (Miller, 168). Esta hazaña nos distrae algo de las miserias causadas por el temporal de San Judas Tadeo, ocurrido el día 28 de octubre de este año, y a causa del cual embarranca el barco inglés ya mencionado.

En 1743, derrotado Walpole el año anterior, le sucede en el gobierno el ministerio Carteret-Newcastle, que no pierde tiempo en aliarse con Austria y Cerdeña contra Francia mien-

tras ésta y España firman un pacto de familia. Luis XV de Francia declara oficialmente la guerra a Inglaterra y Austria al año siguiente de **1744**, el mismo en que regresa de su viaje por el Pacífico el Almirante Anson a celebrar sus victorias. En 1745 aquí se funda el pueblo de Toa Baja y en 1746 muere en España Felipe V, sucediéndole en el trono Fernando VI. En **1747** tiene lugar en Puerto Rico otra epidemia de viruela y sarampión.

En **1751** se funda en esta Isla el pueblo de Toa Alta y nos visita el día 18 de agosto el huracán de San Agapito o Santa Elena que viene acompañado de temblores de tierra y que lo siente toda la isla.

En **1752**, cuando en Francia tiene lugar la última persecución de los protestantes y en el Nuevo Mundo se pelean colonos ingleses y franceses, acá en Puerto Rico se fundan los pueblos de Ponce y San Sebastián y se nos establecen los ingleses en Vieques. Para sacarlos de allí sale de aquí una expedición en un balandro y cinco piraguas con 50 milicianos de Cangrejos y 50 veteranos. Hallamos allí una balandra y tres goletas, una de ellas con bandera danesa, que son apresadas. Los establecimientos en tierra son destruidos.

En **1755** los ingleses envían a América una fuerte escuadra que ataca a los franceses en Canadá y desde Canadá en todas partes en América; al año siguiente de **1756**, cuando se funda aquí el pueblo de Yauco, se rompen las hostilidades entre los dos países en enero y en diciembre empieza a gobernar Pitt; en **1757** Montcalm bate a los ingleses en el Canadá pero en 1758, a pesar de su victoria en Carillon, se pierden la isla de Cabo Breton y el Ohio.

En **1759**, en España asciende al trono Carlos III y en Inglaterra sube al poder el segundo Pitt, que prosigue la guerra contra Francia, ganándole varias victorias, y sobre todo la del Canadá en donde muere Montcalm en Quebec. También se apoderan los ingleses de la Guadalupe.

En Puerto Rico, soplando tales vientos cerca de nosotros, el gobernador Bravo de Rivero en un memorial a la Corona da cuenta del número de tropas destinadas a la defensa y protección de la Isla. Son un batallón fijo de cinco compa-

ñas, una de artillería y cuatro de infantería, y una milicia compuesta de 66 compañías con un total de 5.611 hombres distribuidos en los pueblos y costas de la Isla. En 1760 los franceses pierden Montreal mientras acá en Puerto Rico se fundan los pueblos de Mayagüez y Fajardo y San Mateo de Cangrejos, hoy Santurce.

En **1761** tiene lugar en Europa el nuevo pacto de familia (octubre) mediante el cual España se compromete a ir en ayuda de Francia, uniendo los destinos de las dos casas borbónicas. Esto es precisamente lo que quiere Pitt y lo que servirá de pretexto para reanudar la guerra en el Caribe.

La primera víctima es la ciudad de La Habana. Contra ella se mueve al mando de Pockoc una fuerza de 12.000 hombres traídos de Inglaterra, 3.000 enviados desde Nueva York y Jamaica, 4.000 negros y 15.000 marinos. En la ciudad sitiada sólo hay para su defensa unos 5.000 hombres. Viejos, mujeres y niños huyen a los montes. De los heroicos defensores, que resisten hasta lo último, sólo sobreviven unos 900 después de un sitio de 67 días. El botín tomado asciende a 736.000 libras que se reparte como siempre: los dos jefes se quedan con 120.000 libras cada uno y los soldados y marinos reciben cada uno unas tres o cuatro libras. Esto sucede ya en **1762** (agosto).

Los ingleses se instalan en La Habana pero las colonias inglesas de Jamaica y Barbados protestan al ver en peligro su monopolio y obligan a Pitt a complacerlas. La ocupación inglesa de Cuba dura diez meses. Eso no es todo: los ingleses toman también la isla de Martinica (febrero) y Manila (septiembre). No hay ya quien detenga a Inglaterra y al año siguiente de **1763**, por los tratados de Hubertsbourg y París (febrero), Francia le entrega el Canadá, Florida y varias islas del Caribe, y cede sus derechos en la India mientras que Luisiana va a manos de España.

En **1764** tiene lugar un hecho que tendrá incalculables consecuencias para nosotros. El Parlamento inglés vota el *Stamp Act* contra el cual protestan las colonias de Norteamérica por haber sido votado sin haber tenido ellas representación en el parlamento (*taxation without representation*). Es el prin-

cipio de lo que será luego la guerra de independencia de esas colonias.

Al año siguiente, viene a Puerto Rico el mariscal de campo Alejandro O'Reilly para investigar nuestros medios de defensa. Los encuentra muy deficientes, máxime en una época en que se avecinan situaciones militares peligrosas. Convierte las Milicias en Disciplinadas, organizándolas en 19 compañías de infantería y dos de caballería, de cien hombres cada una; acuartela y entrena la tropa veterana. Su informe al rey traerá asignaciones de dinero para mejorar nuestras defensas y la llegada de un nuevo regimiento de tropa.

En buen camino estas mejoras, se nos vienen encima al año siguiente de **1766**, dos temporales, el de San Jenaro el 19 de septiembre y el de San Marcos los días 7 y 8 de octubre. Ya Puerto Rico tiene veinte poblaciones y unos 45.000 habitantes, 5.000 de ellos esclavos.

Cómo anda la cosa se ve por las Memorias de Pedro Tomás de Córdova: "La falta de oportunos situados de Méjico para la guarnición que fue aumentada y para las obras de fortificación, causaron en la Isla la mayor penuria, y como desgraciadamente se hubiese experimentado un furioso huracán el 19 de septiembre, que se repitió en 7 y 8 de octubre, llegó la miseria a su colmo, no bastando los préstamos que se hicieron al Gobierno, el cual tuvo que emitir papeletas de 8 reales, en falta de moneda, estinguibles, con el situado, que por último se recibió en cantidad de 271.929 pesos, 6 tomines y 6 granos y 100 mil más para la fortificación, con cuyo auxilio se recogió una parte del papel, y se pagaron 50.993 pesos, 6 reales, de los préstamos.

"El huracán dejó arruinados los pueblos de Cangrejos, Río Piedras, Loíza, Fajardo, Caguas, Las Piedras y Guayama; todas las cosechas de arroces, maizes y yuca fueron perdidas; destruidas las casas y bojios de los vecinos del campo; muy caudalosas las crecientes que hicieron los ríos; no quedaron en pie frutales, cocos, ni plátanos; los caminos se pusieron intransitables; muchos buques se perdieron, y los pocos que escaparon de la tormenta los empleó el Gobierno en solicitud de víveres y otros auxilios. Fue sin la menor duda uno

de los más terribles huracanes que haya experimentado la Isla.

"A este mal siguió otro que es muy común después de las tormentas. Una plaga extraordinaria de gusanos no solo destruyó las semillas, sino que se apoderó del ganado y causó en él pérdidas y atrasos de mucho valor; de consiguiente fue muy notable la escasez de cazabe que hubo y con el cual se contaba para el mantenimiento de la tropa."

En **1767** vuelven los ingleses a imponer impuestos a las trece colonias que vuelven a protestar y, nosotros, cuando no han pasado todavía diez meses del anterior, volvemos a recibir en la isla otro huracán, el de San Cayetano que viene el 7 de agosto... "y en siete de agosto experimentó Puerto Rico un fuerte temporal que destruyó los platanales y se perdió mucho ganado por las inundaciones. Este suceso, y la falta de situados ofreció el mismo estado de miseria que se había experimentado el año anterior y fue preciso se echase mano a los préstamos para seguir las obras..."

Así vamos andando los puertorriqueños entre temporales, temblores, y plagas, dependiendo de un situado que muchas veces no llega por causa de los barcos enemigos, temerosos de las escuadras enemigas que andan sueltas por estos mares que ya no son solamente de España, con vecinos sumamente peligrosos que continuamente se nos acercan y amenazan, pasando hambres y miserias, y, en los mejores tiempos, viviendo nuestras tropas de pan cazave, pero al mismo tiempo levantando poco a poco nuestras defensas, rechazando ataques invasores y, contra viento y marea, fundando nuevos pueblos y aumentando nuestra población de colonos soldados que vamos organizando en milicias cuyos miembros han de ejercitar tanto la lanza, el fusil y el machete como el pico y la azada.

Y somos prácticamente los únicos españoles del Caribe que nunca caemos en manos enemigas de lo cual habrá de vanagloriarse con razón en el último tercio del siglo XIX en las Cortes españolas uno de nuestros diputados. Somos de los antillanos los únicos que no cambiamos nunca de manos, manteniéndonos españoles y puertorriqueños, fraguando poco

a poco una personalidad que resistirá los embates de la suerte. Esto se hace manteniendo a toda costa y aún a costa del hambre, nuestras defensas militares, gracias a nuestro propio sacrificio y a la ayuda oportuna y tenaz, tanto como nuestra resistencia, de la madre España.

En 1770 Inglaterra y España están en conflicto por causa de las Islas Malvinas que los primeros quieren quitarle a la segunda. La primera es responsable de la Masacre de Boston que traerá, ya lo veremos, la independencia, con nuestra ayuda, de las Trece Colonias. En Puerto Rico se funda el municipio de Rincón y, al año siguiente, el de Cabo Rojo y, en 1772, se fundan los pueblos de Moca y Bayamón, mientras los ingleses crean una administración en la India.

Cuando con las de Moca y Bayamón tenemos ya, a pesar de tanto obstáculo, unas 24 poblaciones con un total de 65.000 habitantes, como si estuviese celosa la naturaleza de que tanto como ella seamos durables y persistentes, nos envía tres huracanes, uno el 16 de julio, otro seis semanas después, el 28 de agosto, y otro, menos de 72 horas después. El segundo se acompaña de un fuerte temblor de tierra. Acaba de llegar a la Isla y está en Aguada cuando esto sucede Fray Iñigo Abbad que "se sintió despavorido ante el fenómeno más horroroso que puede imaginarse".

"En 28 de agosto de 1772", nos dice, "observé uno que fue general en toda la isla; se mudó el viento a las cuatro plagas, soplando el primero por el Norte, después por el Sur, y últimamente por el Poniente y Oriente siendo de notar cada vez que mudaba de rumbo quedaba el tiempo de seis a ocho minutos enteramente suspenso y en calma hasta que volvía a soplar por la parte opuesta con igual fuerza que antes.

"Comenzó a sentirse en la Capital de la isla a las once menos cuarto de la noche. Un trueno sordo y continuo que ocupaba toda la esfera, el ruido de las aguas, semejante al que se oye cuando se aproxima algún aguacero grande, la vista espantosa de continuos relámpagos y un temblor lento de la tierra acompañaban el furioso viento: el destrozo de árboles, tejados, ventanas y de cuanto encontró, con el ruido espantoso que hacían estos deshechos, manifestaron su arribo.

Duró con igual furia en la ciudad hasta después de la una de la misma noche...

"Los caminos quedaron enteramente intransitables, cubiertos de los árboles arrancados por los vientos; los ríos salieron de sus cauces, inundaron las vegas, destruyeron los sembrados, en fin, una suspensión general se apoderó de los espíritus de los habitantes hasta que la naturaleza volvió a tomar su curso y la tierra auxiliada del cultivo renovó sus frutos..."

Por efecto del tercero y último de este triunvirato de huracanes "el convento de Santo Domingo fue destechado, lo mismo que otros varios edificios, entre ellos la fortaleza de Santa Catalina, la Capilla del Morro y cuarto del oficial se nundieron, muchos animales ahogados y se inutilizaron los caminos". Como ya dije, no parece la naturaleza perdonarnos tanta tozudez y por dos pueblos que en este año fundamos nos envía tres temporales. Eso, no empecé, proseguimos nuestro avance, como más adelante veremos.

En 1773 tiene lugar lo que la historia conoce con el nombre del *Boston Tea Party*: los colonos ingleses de América, echan al agua el cargamento de té cuya venta en América Lord North ha puesto en manos de la Compañía de Indias. La cosa empeora; por allá arriba soplan también vientos, pero son de fronda y la tempestad se avecina. En esos acontecimientos tendremos nosotros parte.

En 1774, año en que muere en Francia Luis XV, las tropas de Jorge III de Inglaterra ocupan a Boston y reunidas en Congreso las colonias americanas formulan en octubre la histórica Declaración de los Derechos. En Puerto Rico se funda Cayey. Los españoles y sus colonias simpatizan con los revolucionarios norteamericanos por ser americanos, al par que odian a Inglaterra, su enemiga de toda la vida. Los españoles y los franceses, y con ellos nosotros, que hemos venido sufriendo ataques ingleses casi con la misma frecuencia que las visitas de los temporales, se preparan para ayudar a los rebeldes. Con la ayuda de Bernardo Gálvez, gobernador de Luisiana, el irlandés Pollock compra para ellos armas y municiones.

Al año siguiente (**1775**), el de la fundación de Aguadilla, los ingleses pierden la batalla de Léxington (abril) al par que nosotros somos las víctimas del ciclón de San Pedro que ocurre el día 1 de agosto.

En 1776 fundamos Vega Baja y, mientras Franklin está en Francia gestionando ayuda para los rebeldes, los ingleses ocupan Nueva York, y la colonia de Virginia en junio, y las trece colonias, en julio, se declaran independientes. España está ya prestando valiosa ayuda a las colonias insurgentes: les envía armas, municiones y dinero por conducto de particulares al propio tiempo que se vienen a pelear al lado de los revolucionarios, oficiales del ejército español.

La ayuda francesa y española va llegando lenta pero segura a las colonias. Esto traerá la guerra con Inglaterra. Acá en Puerto Rico, antes de arribar el nuevo gobernador José Dufresne, han llegado un regimiento de infantería y la orden de movilizar mil milicianos. Y también como si estos barruntos de violencia fueran pocos, se nos viene encima la del temporal de Santa Regina, el 7 de septiembre, cuando ya tenemos 29 pueblos y unos 70.000 habitantes. Con este huracán ya llevamos cuatro en tres años.

Al año siguiente de **1777** los ingleses toman Filadelfia pero pierden en Saratoga en octubre, mientras las trece colonias en noviembre firman los Artículos de Confederación. Acá nosotros, los puertorriqueños, que hemos mandado dinero a los revolucionarios, ponemos también nuestro grano de arena en la lucha. Dos corsarios americanos perseguidos por un buque de guerra inglés buscan refugio en el puerto de Mayagüez. Los mayagüezanos los ayudan a salvarse y enarbolan en los barcos la bandera española. Los ingleses protestan de defensa tan eficaz, pero aprueba lo hecho el gobernador Dufresne, y el barco inglés tiene que retirarse.

En **1778** se firma una alianza franco-americana, Francia renuncia al Canadá en febrero y empiezan oficialmente las hostilidades entre ella e Inglaterra. Lo mismo hace España al año siguiente de **1779**, pero con mayor eficacia pues desde Luisiana el gobernador Gálvez, inteligente y emprendedor, apresura cuanto barco inglés encuentra en su camino, en una

corta campaña militar toma a Baton-Rouge, pone sitio a Pensacola, y somete a toda la Florida occidental. Nosotros en Puerto Rico fundamos el pueblo de Maunabo en un año en que no tenemos temporal, que éste aplaza su visita para el siguiente año de **1780**. Puerto Rico tiene ya 30 poblaciones.

Dice Córdova: "El día 13 de dicho mes se experimentó un furioso huracán que causó bastante destrozo en los campos. Una fragata de guerra inglesa que se vio forzada a separarse de Santa Lucía encayó y se perdió en las costas de Guayama habiéndose salvado 100 hombres y oficiales de su equipage por los socorros que prestaron los vecinos de aquel pueblo".

Pero por no haber tenido temporal el año anterior ahora nos visita el 14 de octubre del mismo año otro huracán, el endiablado de San Calixto o San Paulino, llamado "El gran Huracán". Con éste son cinco los que hemos padecido en los últimos cuatro años. Este de San Calixto mata más de 6.000 personas en la Barbada y destroza una flota francesa de 50 buques.

Por aquí cerca anda y es testigo de la violencia del meteoro nada menos que el Almirante inglés Rodney. Mucho ha debido de alegrarse. En Puerto Rico dejó el temporal en Lajas y Cabo Rojo "las poblaciones y sus campos completamente asolados". Este Rodney gana la victoria para su país de Gibraltar pero en febrero, dos meses después, sale para acá Rochambeau con un fuerte contingente de tropas que colaborarán eficazmente al triunfo de las colonias rebeldes, al mismo tiempo que los holandeses se unen en diciembre a los aliados.

En **1781** el ejército inglés de Cornwallis capitula en Yorktown en octubre, y, aunque al año siguiente triunfará todavía Rodney en las Antillas, en noviembre de este mismo año se dan los primeros pasos para la terminación de la guerra de independencia norteamericana. Dos años después se firman en Versalles los tratados que le ponen fin y mediante los cuales Francia recupera las islas de Tobago, Santa Lucía y San Pedro y España Menorca y la Florida.

Y este mismo año, el del nacimiento de la nueva república, escribe el Conde de Aranda al Rey de España el día 3 de sep-

tiembre, el mismo en que firma con Inglaterra el reconocimiento de los Estados Unidos (Cruz Monclova, I:225):

«Esa república nació pigmea, por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerzas de dos Estados tan poderosos como España y Francia para conseguir la independencia.

»Llegará un día en que crezca y se torne gigante y aún coloso terrible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias y sólo pensará en su engrandecimiento.

»La libertad de conciencia, la facilidad de establecer una población nueva en terrenos inmensos, así como las ventajas de un gobierno naciente, le atraerán agricultores y artesanos de todas las naciones, y dentro de pocos años veremos, con verdadero dolor, la existencia titánica de ese coloso de que voy hablando.

»El primer paso de esa potencia cuando haya logrado su engrandecimiento, será el apoderarse de la Florida a fin de domar el Golfo de México. Después de molestarnos así y en nuestras relaciones con la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo Continente y vecina suya.

»Estos temores son muy bien fundados y deben realizarse dentro de breves años, si no presenciamos antes otras conmociones más funestas en nuestra América.»

Proféticas palabras, pues ya en su mismo primer año de existencia se entrometerá la nueva república en las cosas de la otra América. Efectivamente, en la primavera de este mismo año, se reúne en Filadelfia un comité de dos norteamericanos y dos franceses, uno de los primeros residente en Nueva York y el otro un militar, con el objeto de fomentar la independencia de las colonias españolas del continente y del Caribe. Esto sucede, repito, el mismo año en que nace la república de los Estados Unidos de Norteamérica y en esto intervienen, además, como sucederá mil veces en el futuro, otros extranjeros enemigos de España. Ya veremos en acción la tendencia imperialista americana en cuanto se organice la joven república. Para lo que vendrá andando el tiempo no servirá el fuerte San Cristóbal que se termina de construir aquí en este año de **1783** (Miller, 140).

Dos años más tarde, en el **1785**, Warren Hastings es lla-

mado a Inglaterra sustituyéndole en las Indias Cornwallis. Nadie piensa por entonces, con la excepción de España, en esta isleta, pero se acuerda de nosotros para nuestra desgracia el dios Eolo que nos envía el día 25 de septiembre el temporal de San Lupo. «Un recio huracán devastó los campos el 25 de septiembre de 1785, y a remediar sus efectos acudió personalmente el Gobernador Dabán, siendo el primer gobernador que recorriera toda la isla, estudiando la situación y exponiéndola con razonada petición de franquicias», dice Brau.

En **1787**, en septiembre, se firma la Constitución de los Estados Unidos de América, y en el mismo año Tomás Jefferson, el hombre que toda la América, incluyendo la nuestra, tiene y tendrá por mucho tiempo por el símbolo del liberalismo, se hará él mismo portavoz de las intenciones imperialistas de su país acabado de nacer. Así se va fraguando el destino de esta isla de Puerto Rico. Dice Jefferson, citado por Cruz Monclova (pág. 224):

«Nuestra confederación debe ser contemplada como el nido desde donde toda la América, la del Norte y la del Sur, ha de ser poblada. Pensando en los mejores intereses de aquel Continente nosotros debemos cuidarnos de no presionar demasiado a los españoles. Esos países no pueden estar en mejores manos. Mi temor es, empero, que éstas manos sean demasiado débiles para sujetarlos hasta que nuestra población sea suficientemente numerosa para arrebatarlos pedazo a pedazo.»

Si así habla Jefferson, el hombre que se ha distinguido en la lucha por la libertad de su tierra, el hombre lleno de principios liberales y humanitarios, el símbolo del liberalismo y el campeón de la defensa de los derechos del individuo y de los pueblos, imagínese el lector cómo pensarán los de la escuela contraria de Hamilton. Y Jefferson será el tercer Presidente de la nación, de modo que sus palabras no son las de algún soñador inofensivo, sino las de un hombre en cuyas manos estará hacer lo que ha pensado, cuya palabra tiene suficiente peso como para que se hagan las cosas que recomienda.

Y ya antes que Jefferson en igual sentido se había expresado, aunque en una carta particular, escrita en 1783, su co-

lega Juan Adams, cuando había dicho que "El comercio de las Indias Occidentales es parte integrante de nuestro sistema mercantil. Estas no pueden estar sin nosotros y nosotros no podemos estar sin ellas. Por tanto, todo esfuerzo obstinado de violencia o de política que intente evitar que dicha isla y el Continente (norteamericano) deriven las ventajas recíprocas que la naturaleza les ha ofrecido sólo logrará el que busquemos medios más efectivos para unirnos" (Cruz Monclova: I:224). Con razón veía ya el peligro el conde de Aranda, ya citado, en ese año de 1783.

La Constitución que ha sido firmada en este año de 1787 es ratificada al año siguiente de 1788, el año en que muere Carlos III y en que dan comienzo otros hechos de enorme importancia para el mundo del cual forma una parte aunque pequeña esta Isla de Puerto Rico: en Francia hay gran descontento, hormiguan los clubs, se mueven los Estados Generales. Es el comienzo de la Revolución Francesa. A nosotros no nos puede faltar, coincidiendo con tales acontecimientos, un buen temporal y lo tenemos en el de San Roque II que tiene lugar el 16 de agosto.

En 1789, en los Estados Unidos, que tan pronto han empezado a pesar en nuestros destinos, se adoptan las doce primeras enmiendas a la Constitución y se elige presidente de la República a Jorge Washington, mientras en Francia prosigue la tormenta revolucionaria.

En 1790 sigue el proceso revolucionario en Francia que empezará a tener consecuencias para nosotros en 1791. En este año el rey de Francia jura la Constitución pero secretamente pide la ayuda al rey de Prusia. Pero lo importante desde el punto de vista nuestro es que en este año, relacionados con el proceso revolucionario francés, tienen lugar por acá importantísimos sucesos.

En Haití, en otro tiempo español, hay ahora medio millón de negros que trabajan para unos 30.000 blancos franceses. La vida del negro en Haití no es como la que lleva en las colonias españolas y especialmente en Puerto Rico: allí el negro trabaja de a verdad y allí el negro es esclavo de verdad, o, diciéndolo de otro modo, es más esclavo que en las colonias

españolas y especialmente en Puerto Rico. Le produce más Haití a Francia con este sistema que podríamos calificar de basado en la inteligencia aliada a la maldad, que todo el imperio español a España.

Llegan a los puertos de Haití 1.500 buques al año, más de los que llegan a Marsella, el puerto más importante del Mediterráneo. Hay 750 naves con 24.000 marinos dedicadas exclusivamente al comercio de Haití. En la capital, que tiene 20.000 habitantes, la mitad negros, los blancos viven muy bien y se reúnen en sus logias para hablar del progreso, pero en toda la isla no vale nada la vida de un negro. Porque deja quemar un bizcocho echan a una negra en la estufa; por cualquier descuido azotan un negro y luego le echan sal y limón en la herida para que no se infecte. De día los negros salen a su trabajo encadenados, como han dormido por la noche en sus camas de madera. Es imposible que no piensen en rebelarse y, efectivamente, el negro Mackandal se propone libertarlos descuartizando a los blancos, envenenándoles los pozos. Lo queman vivo antes de poner en práctica su proyecto. Porque mueren en su cafetal unos esclavos el francés Le Jeune tortura a cuatro negros y dos negras: "Les disloca los brazos y las piernas, les quema los pies, le pone unos collares de hierro". Acusado Le Jeune, sus compatriotas se reúnen en las logias y ni siquiera con una multa paga su crimen.

Ahora, en plena revolución, los blancos cuentan con los negros cuando quieren asientos en los Estados Generales; contándolos les tocan 24 asientos, sin contarles no le tocarían media docena. Mirabeau se opone a tal abuso, pues a los negros sólo se les cuenta para eso. En Francia los revolucionarios quieren la abolición.

En Inglaterra, ahora que se tiene a mano al hindú que trabaja por una miseria, ahora que el trabajo negro en las Antillas le da ventajas al comercio francés en contra del inglés, Adam Smith y Arthur Young ven que el trabajo negro es más costoso y se hacen adalides de la abolición.

En los Estados Generales están con el negro, pero en Haití los franceses están con sus intereses, que los pone en contra de los negros y los mulatos. Estos se han declarado

monárquicos y contrarrevolucionarios. Los blancos luchan contra el gobernador que busca el apoyo de los mulatos. A éstos, los blancos los ahorcan. Uno de ellos decide llevar la revolución a Haití y fracasa.

Los blancos le hacen un simulacro de juicio y lo ejecutan del modo siguiente: le parten a golpes de martillo piernas, costillas y brazos, le amarran entonces a la rueda hasta que muera y para terminar cuelgan su cabeza como un trofeo en un camino.

El 14 de agosto de este año de 1791, se levantan los negros, matando blancos y quemando haciendas, edificios y sembrados. Los blancos responden matando 10.000 negros que quedan colgados a lo largo de los caminos. Ahora se van a unir blancos y mulatos contra los negros. Doy estos detalles porque se vea la intensidad de la violencia que luego temerán las islas del Caribe, españolas o no.

Mientras esto sucede en Haití, en Europa los franceses invaden la península ibérica, pero los ingleses bajo el gobierno del segundo Pitt se arman contra ellos en 1792. Al año siguiente, cuando se funda aquí Humacao y Yabucoa, Francia declara la guerra a Inglaterra y España (febrero-marzo) pero Inglaterra ocupa los puertos de Santo Domingo, dos meses después que los revolucionarios han cortado la cabeza al rey Luis XVI.

En Haití manda ahora Toussaint L'Ouverture quien, informado de la decapitación del rey Luis XVI, decide pasarse al campo español para pelear en contra de los republicanos haitianos. Esto le viene bien a España que está en guerra con Francia porque su rey no puede ayudar a quienes le han cortado la cabeza a un colega.

Los blancos de Haití lo pierden todo y deciden aliarse con los ingleses. Piden ayuda a Jamaica que envía regimientos a Haití para pelear contra los revolucionarios negros. En Francia, la Asamblea Nacional decreta la libertad de los negros. En 1794, en mayo, Pitt, para facilitar la persecución de los demócratas ingleses, hace suspender el *Habeas Corpus* mientras sus marinos ocupan las Antillas francesas, aunque más tarde tienen que devolver la Guadalupe.

El año de 1795 es aún más importante. Cae Santo Domingo en manos de los franceses. Toussaint instituye su gobierno en Haití y ahora pelea a favor de la República que ha decretado la abolición de la esclavitud y en contra de ingleses y españoles. España hace la paz con Francia y Miranda, el precursor de la independencia hispanoamericana, propone en un folleto que Francia se apodere de Puerto Rico para indemnizarse de las pérdidas territoriales que le hiciera sufrir España durante las campañas de los dos años anteriores. Santo Domingo pasa a manos de la República Francesa. Pitt, en Inglaterra, hace suspender el derecho de reunión en diciembre. No hay sino abusos, injusticias, masacres, esclavitud por todas partes. Sólo a Puerto Rico no llegan, pero pasamos la vida temiéndolas.

En 1796, España, que firmó el año anterior la paz con Francia, ahora pelea contra Inglaterra. Esta evacua Córcega y, en Haití, va ocupando ciudades y devolviendo a los blancos sus antiguos privilegios y a los negros su antigua esclavitud. Pero los haitianos no se quedan con eso: mandados por Toussaint y Dessalines, la emprenden contra los ingleses y los hacen perder una a una las plazas conquistadas, matándole mucha gente y destruyéndole mucho material, administrándole en fin a los ingleses una de las más terribles derrotas, "la más grande derrota que conozcan sus fuerzas expedicionarias desde los días de la reina Isabel hasta la guerra de 1914" (Arciniegas: 382).

Se van los ingleses, pero sigue la violencia con la misma intensidad cuando los blancos mandan a Haití al general Hédouville que quiere eliminar a Toussaint pero que fracasa y abandona la empresa. Ahora los mulatos, que odian a los negros más que a los blancos, se unen con estos. Dessalines hace con los mulatos hecatombe. "Dessalines corta cabezas (de mulatos) con un entusiasmo de todos los diablos" (Arciniegas, 387). Luego la emprende Toussaint contra los españoles y los derrota con facilidad pues no tienen qué oponer a los negros. España pierde a Santo Domingo. Toussaint gobierna la isla de punta a punta, pero España la recobrará en 1809.

En 1797 los ingleses derrotan la escuadra española en Cap St. Vincent en febrero y ocupan la isla de Trinidad, mientras surge un complot republicano en Venezuela. Acá en Puerto Rico no estamos ociosos en medio de tanta actividad: fundamos los pueblos de Juncos y Luquillo, pero no es esto lo que nos mantiene tan ocupados, sino un formidable ataque inglés por la misma flota que antes tomó a Trinidad y que ahora se ha fortalecido en la Barbada con las fuerzas de Harvey. Aquí va a pelear todo el mundo, con la excepción de mujeres, niños y ancianos, pero la tropa veterana que tenemos no llega a mil hombres y las obras de defensa no han sido todavía terminadas. Menos mal que se disponen a ayudarnos dos corsarios franceses que están en el puerto de San Juan y unos 50 franceses que pelean al mando de su cónsul.

La fuerza que se nos viene encima el día 17 de abril llega a 60 velas y desembarca el día 18, pidiendo la rendición de la plaza, contestándole el brigadier de Castro: "He recibido el pliego de VV.EE. de este día intimándome la rendición de la plaza de Puerto-Rico, que tengo el honor de mandar; y defenderé como debo á mi Rey Católico, hasta perder la última gota de sangre..." Los detalles del asedio de San Juan son conocidos de todos, así como la heroica defensa de la isla por criollos y peninsulares.

El enemigo tuvo que retirarse diciendo luego Abercromby acerca de esta plaza: "Le encontramos bien preparada, con una guarnición más fuerte que la nuestra y con artillería poderosa. Las tropas ciertamente, eran de la peor clase, mas detrás de murallas, no podían menos que cumplir con éxito su deber". Estas malas tropas batieron al jefe inglés no solamente desde el sagrado de las murallas sino también y mejor aún en campo abierto.

En diciembre del mismo año atacan los ingleses el puerto de Aguadilla pero son rechazados por los vecinos con la ayuda de los de la Tuna y Aguada, desde donde viene también una compañía de caballería.

Y en este año de 1797, cuando Puerto Rico defiende su territorio con heroísmo logrando conservarlo contra fuerzas enormemente superiores, Francisco Miranda, el precursor de

la independencia hispanoamericana, el hombre que ha propuesto a Francia que se apodere de Puerto Rico, redacta ahora su folleto titulado *Plan para la Emancipación de las Colonias de España en América* y en él promete a los ingleses y norteamericanos la isla de Puerto Rico en pago de la ayuda que presten a la revolución que propone. De ahora en adelante, seremos a cada rato víctimas de personas y pueblos que nos quieren "libertar" para someternos o que quieren entregarnos a otra potencia en pago de sus servicios a alguna causa ajena. Triste es sin duda nuestra suerte, no tanto por las calamidades hasta ahora descritas como por la intromisión de otros, aún de nuestra raza, en nuestros destinos. Hemos luchado por tres siglos por no caer en manos extranjeras, hemos luchado con heroísmo y el éxito ha coronado nuestros esfuerzos, para que ahora todo el mundo quiera comerciar con nuestros destinos. Se pretende emancipar a otros a cambio de nuestra esclavitud y esto lo proponen no sólo norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes sino también hermanos de nuestra propia raza. Sólo España nos protege.

En 1798 hay guerra no declarada entre Francia y los Estados Unidos; los irlandeses, que no han perdido nunca la esperanza de ser libres, vuelvan a rebelarse contra Inglaterra. Miranda propone a Londres la emancipación de la América Española que será la aliada de Inglaterra y de los Estados Unidos.

En 1799, mientras Napoleón se erige en dueño de Francia, en Inglaterra se siguen coartando las libertades: se prohíben las huelgas y los impresores son sometidos a la declaración. Acá en la Isla de Puerto Rico "se sostuvo un combate en Puerto Real de Cabo Rojo con las fuerzas que desembarcó una fragata inglesa, siendo rechazadas éstas" (Miller, 235).

Y así termina el siglo XVIII. Puerto Rico ya tiene 155.000 habitantes distribuidos en unos treinta pueblos. Ha rechazado todos los ataques a sus costas, ha sacado de aquí a ingleses y franceses; ha resistido huracanes, terremotos, epidemias, inundaciones; se ha sobrepuesto a la pobreza y al aislamiento. Se ha librado de piratas de todas clases. Pero las naciones europeas se han establecido en el Nuevo Mundo y

cada uno de sus establecimientos es un peligro para España y para nosotros.

Uno de ellos, el de las Trece Colonias, con la ayuda indispensable de España y de Francia y aun con la ayuda y la simpatía de los habitantes de esta Isla de Puerto Rico, ha logrado emanciparse de Inglaterra casi a fines del siglo, pero no se han acabado de firmar los papeles en que se reconoce esa emancipación cuando ya, por boca de sus hombres más representativos y entre ellos por los algunos de los tenidos por más liberales, el nuevo estado manifiesta tendencias imperialistas cuyas primeras víctimas han de ser estos mismos pueblos hijos de España, la nación descubridora, y, especialmente, estas islas del Caribe, las primeras colonizadas por ella. Ya de antes los colonos de ese país que ahora se ha convertido en un estado independiente, habían contribuido a los ataques enemigos a las costas de la América española, incluyendo las nuestras de Puerto Rico. Ahora los que con nuestra ayuda y simpatía han conseguido su libertad no ocultan su intención de arrebatarnos la nuestra. Por si fuera poco, hombres de nuestra propia raza hacen planes descabellados en los cuales, sin tener para nada en cuenta nuestros sentimientos e intereses, nuestra voluntad, figura esta Isla como simple peón que uno maneja como le da la gana en el tablero de los despojos internacionales. Por fortuna, logramos mantener nuestra personalidad en medio de tantas acechanzas.

SIGLO XIX

Este siglo comienza para nosotros, en España, con la pérdida de la Luisiana que Napoleón se hace restituir y, en Puerto Rico, con una tentativa inglesa de invasión por Ponce que tiene lugar en agosto.

Al año siguiente de **1801**, cuando se fundan aquí Las Piedras y Trujillo Alto y la isla tiene ya 167.000 habitantes, Toussaint l'Ouverture es el dueño de Santo Domingo de donde ha echado a los ingleses. Jefferson, que de antiguo piensa en la anexión de Puerto Rico, sube a la presidencia de la república norteamericana.

Acá en nuestra tierra los ingleses hacen dos tentativas de invasión. En octubre tratan de tomar la ciudad de Ponce; en junio la de Aguadilla, frente a la cual se presenta una fragata inglesa que envía "lanchas a tierra, cargadas de invasores" (Miller, 235). Ambas fracasan.

En **1802**, mientras en Francia Napoleón se hace nombrar cónsul vitalicio, en Haití prosigue la guerra, sólo que ahora los que se enfrentan son, precisamente, el Cónsul, por intermedio del general Leclerc a quien ha enviado con un poderoso ejército, y Toussaint l'Ouverture que comanda el suyo. Leclerc es uno de los mejores generales de la República francesa y está casado con la bella Paulina, hermana de Napoleón. La flota es una de las más grandes que haya navegado bajo bandera francesa.

Encuentra apercibido a Toussaint que por meses le saca el cuerpo pero que lo hostiga continuamente. Corren ríos de

sangre francesa y haitiana; la fiebre amarilla y el calor y otras enfermedades diezman las fuerzas expedicionarias. Lelerc tiende una celada al jefe negro y le apresa, enviándolo a Francia en donde morirá en prisión, pero él también caerá, víctima del vómito negro. Francia envía entonces a Rocham-
eau que se ve obligado a capitular. Los muertos franceses ascienden a 60.000 y los haitianos a 150.000.

A Toussaint sucederá en el gobierno Dessalines que se hará emperador y morirá asesinado y, a éste, Cristophe, que se dividirá la isla con Pétion, jefe de una facción, republicana ésta. Contra una segunda invasión francesa de Haití Cristophe ordena: "Cuando desembarque el ejército francés, todas las ciudades, burgos, casas, manufacturas, y cualquier otro establecimiento situado en la llanura, quedarán incendiados completamente para quitarle al invasor toda clase de refugio contra la influencia del clima; toda la población se moverá hacia las montañas; los puentes serán cortados y destruidos; los diques de los ríos y sus afluentes, y los de las lagunas, serán también destruidos; las aguas, vertidas sobre las carreteras, y todas las carreteras interrumpidas; las reses y el ganado caballar llevados a los lugares más recónditos e inaccesibles; los carros, coches, volantas y todos los demás objetos, sin distinción, que pudieran servir de recurso al enemigo, destruidos y puestos fuera de estado de serles útiles en manera alguna, para que no encuentren al desembarcar sino escombros y ruinas, un terreno devastado en todos los lugares en que las ciudades, los burgos y las casas existieron..." (Arciniegas, 401).

Las hostilidades vienen a cesar en **1803** cuando Napoleón renuncia a Haití y vende la Luisiana a los Estados Unidos. Así termina una de las guerras más sangrientas de la historia y quizá la más justa de las guerras de independencia americanas pues dan la pelea por su libertad unos negros esclavos, que quieren salir de la esclavitud, y pelean contra unos amos a quienes sólo los ingleses pueden aventajar en crueldad. Esta guerra tiene para las colonias hispanoamericanas del Caribe y sobre todo para las Antillas una importancia particular: la violencia y crueldad de los negros, aunque justifi-

cada, meterá el terror en el alma de los Antillanos que tienen esclavos; temerán los blancos un repentino alzamiento de negros esclavos y temerán también, lo mismo que muchos estadistas europeos, que tras la revolución victoriosa ejerzan sobre los blancos el poder político.

Esto tendrá importancia para Puerto Rico porque tales temores serán muchas veces una rémora para las libertades políticas del país y para la abolición de la esclavitud que los puertorriqueños anhelan y que, más aún, anteponen a la propia libertad política. Complicará más nuestra situación en este aspecto el hecho de que los cubanos en esto piensan de distinto modo y no quieren la abolición y de que España, por eso, no podrá decretarla. Además, cuando Cuba se decida por la revolución y por la anexión a los Estados Unidos, crearán muchas veces los estadistas españoles, instigados por los conservadores, que vamos nosotros por el mismo camino y tenemos las mismas intenciones. Los horrores de la revolución de los negros de Haití pesará sobre la historia de las Antillas y añadirá otra causa de zozobra a las muchas que ya pesan sobre los habitantes de esta isla de Puerto Rico. En este año no hay guerra con Inglaterra pues se ha firmado la paz el año anterior, pero ya nos están echando el ojo los norteamericanos. Hay guerra, sin embargo, entre Francia e Inglaterra y una fragata francesa que se halla en el puerto nuestro de Salinas es apresada por un corsario inglés.

En **1804** se proclama el imperio en Francia; es emperador Napoleón I. En diciembre entra otra vez España en guerra contra Inglaterra que nos hace el honor de intentar un desembarco en Mayagüez. En Haití reina Dessalines, que se ha hecho coronar emperador. En medio de todas estas violencias dentro y fuera de la cuenca del Caribe, Puerto Rico, por si fuera poco, recibe la visita de un "grande huracán", el de Santa Rosalía, que tiene lugar el 4 de septiembre, seguido diecisiete días después de la de otro menos intenso.

Puerto Rico tiene ya unas 41 poblaciones pero, de ahora en adelante, como si tamaña tenacidad irritara a la naturaleza, se sucederán los temporales sin descanso. En el mismo mes (el día 11) del siguiente año tendremos otro, el de San

Vicente (II), del cual dirá Pedro Tomás de Córdova: "En la parte Sur de la Isla se experimentó un huracán de los más fuertes que han sufrido sus habitantes; varias iglesias fueron derribadas y mucha parte de las casas de los partidos de aquella costa; árboles frutales y plantas útiles apenas quedaron algunos; las fábricas de los ingenios quedaron arruinadas; los ríos salieron de madre y se ahogaron en ellos porción de reses; en la Capital se perdieron algunas embarcaciones, y algunas con cargamentos de consideración; el General pidió auxilios exteriores y socorrió las partes del Sur con arroz y harina."

En 1806 los ingleses atacan Cap y la Guayana holandesa; también toman Buenos Aires, aunque a la larga tendrán que retirarse. Nosotros aquí sufrimos la visita, que ahora es casi anual, de "una tormenta en que sufrió mucho Ponce". Tuvo lugar tan desagradable visita el día 11 de septiembre.

En 1807 tienen lugar grandes acontecimientos: Napoleón ocupa Portugal y entra por el norte de España mientras que, en el Nuevo Mundo, los ingleses fracasan otra vez frente a Buenos Aires. De estos acontecimientos vendrá más tarde otra guerra cruel y sangrienta que nos tocará de muy cerca; la guerra de independencia de la América Española. Pero, por ahora, nosotros tenemos que lidiar, como cosa más inmediata, con el temporal de los días 17, 18 y 19 de agosto, que nos dejará como recuerdo el Ojo del Agua de Aguadilla, manantial que revienta en esta fecha por efecto de la acumulación de aguas.

De este meteoro, dirá luego Rafael W. Ramírez: "Como si estos dos ciclones (los dos de San Vicente) no hubieran sido suficientes para paralizar los trabajos agrícolas, tuvieron los habitantes de Puerto Rico que defenderse, en 1807, contra un nuevo huracán que se extendió por espacio de tres días, de efectos muy desastrosos no sólo en las pérdidas de plantaciones sino en la de vidas y haciendas también".

Dirá Córdova: "Se abrieron las montañas y formaron caudales de agua, y a los cuatro días de la tormenta se comunicaban todavía los vecinos en canoas, y pescaban en las vegas y sembrados. Perecieron algunas gentes y la pérdida de ganado

fue considerable. A las dos horas de la tormenta hubo pueblo en que habían ya caído 100 casas. En la de Aguadilla se abrió un torrente entre dos peñascos inmediatos y se formó un caudaloso río que siguió su curso por medio de la calle principal". Revientan manantiales en dos o tres sitios debido a la acumulación de agua procedente de la inmediata montaña de Jaicoa sobre el río Chico. Será necesario represar el río Chico y de ahí surgirá el Ojo del Agua, que quedará entonces como recuerdo de este temporal.

El año de 1808 es en extremo infausto. Aunque Napoleón entrará en Madrid en diciembre, en marzo se ve obligado el rey de España a abdicar el trono y se va a Francia preso, pero comienza la guerra contra los franceses el 2 de mayo, ganamos la batalla de Bailén el 22 de julio y en agosto se ve obligado a abandonar la capital española José Bonaparte, el rey impuesto a la nación.

Acá en el Nuevo Mundo, nuestro Ramón Power se bate en Santo Domingo en la guerra que pelean los dominicanos para expulsar a los franceses y volver al seno de la Madre Patria. Esta guerra de independencia dominicana que tiene por objeto devolver a España a Santo Domingo, cedido a Francia en 1795, la dirige victoriosamente el general Sánchez Ramírez, emigrado dominicano que desde esa fecha ha residido en Mayagüez, desde donde la ha concebido y preparado.

Al año siguiente Napoleón se divorcia, los ingleses toman la isla de la Martinica, Santo Domingo pasa otra vez a España y a nosotros nos visita el huracán de San Esteban el 2 de septiembre.

El año de 1810 es sumamente calamitoso. Napoleón se casa con María Luisa en abril, los ingleses toman la Guadalupe y otras islas francesas; comienza la guerra de independencia venezolana. Esto último y la subsiguiente insurrección de las demás colonias, tendrá varios efectos graves para nuestra Isla. Por de pronto, con la revolución en Méjico, cesará para nosotros el Situado hasta ahora nuestra principal fuente de ingresos; por de pronto, también, con la guerra de independencia, se darán y con razón, a nuestros gobernadores, facul-

tades omnímodas que serán causa de abusos de poder de que seremos víctimas por un largo período.

Pero hay más: en medio del torbellino de violencia que nos rodea corremos grave peligro de ser arrastrados: el Cabildo de Caracas invita al gobernador, brigadier Meléndez, a sumarse a la revolución y éste, naturalmente, se niega. A Meléndez se le espera en Venezuela *para cortarle las orejas*, según una carta que da una idea de lo que pasaría en Puerto Rico si nos dejáramos aquí arrastrar por la violencia.

Así como durante los primeros años de este siglo sufrimos el temor de un levantamiento de negros, durante todo el siglo, lo mismo que a la Madre Patria, nos acosará el miedo a una revolución que tiña de sangre la nuestra. Ese temor atrasará o entorpecerá en España, cuando estén en guerra contra ella Santo Domingo y Cuba, la concesión de reformas políticas a nuestra isla.

Las siguientes frases que se escribirán allá por el 1870 no por venir de los conservadores dejarían de tener hoy validez en Puerto Rico: "El ronco bramar de esa nueva horrorosa plaga que con el nombre vago e incomprensible de revolución, hace cerca de un siglo que destruye y no edifica, que hace un siglo riega las calles de las ciudades de ambos hemisferios con la sangre del pueblo y erige patíbulo, y profana templos, y arrastra la honra de las familias en inmundos escritos, y arranca del corazón de los hombres todo respeto a las autoridades, tanto temporales como espirituales; esa fiebre deletérea que ha postrado a Francia y querido hollar las cenizas de nuestros héroes del Dos de mayo en Madrid; ese vendaval maldito que tanta sangre, que tantas lágrimas ha costado a las últimas generaciones, no se ha desencadenado, por fortuna hasta ahora, en este oasis que se llama Puerto Rico".

"Este pedazo de tierra es el único quizás de los inmensos territorios que ha descubierto y civilizado Castilla a este lado del Atlántico que ha conseguido permanecer sin guerras intestinas, sin caldalsos y sin violencias, entre el huracán político que ha asolado al resto de la América española y que ahora amaga con todos sus horrores, con todas sus calamidades".

Y, efectivamente, grande es el riesgo que correría Puerto Rico de verse destruido al participar en tan sangrientos hechos, máxime ahora que la guerra no sería contra extranjeros enemigos que quisieran quitarnos lo nuestro, llevarse nuestras mujeres y matarnos a todos, sino contra hermanos nuestros y por la consecución de unas libertades que bien podrían conseguirse más tarde y sin derramamiento de sangre. Se desencadena la barbarie sobre Hispanoamérica: "A veces los caballos brincan entre charcos de sangre. La guerra a muerte de Bolívar es de una ferocidad absoluta. La reconquista de Morillo, más feroz aún", dirá Arciniegas (pág. 408).

Es una de las cosas típicas de Puerto Rico que se mantendrá siempre al margen de tales violencias pero, ahora en 1810, eso no se sabe y el peligro es inminente. En esta fecha comienza la inundación de proclamas invitándonos a entrar en la orgía. La sangre trae la sangre y como en esta Isla nunca se ha derramado la nuestra nunca nos dejaremos arrastrar a la violencia.

Nosotros seguimos fieles a España porque sus relaciones con nosotros han sido siempre buenas; ahora mismo, en este año de 1810, nuestro diputado, don Ramón Power y Giralt, es Vicepresidente de las Cortes españolas y consigue la derogación del decreto del 4 de septiembre mediante el cual se otorgaban facultades omnímodas al gobernador de la Isla. No podemos pelear contra la nación progenitora máxime cuando casi preside el más alto cuerpo legislativo de la nación un hijo de Puerto Rico.

Pero por efecto de los acontecimientos de Hispanoamérica no puede dejar de existir por parte de España cierto clima de temores y sospechas fomentado por las tentativas de invasión de los revolucionarios hispanoamericanos y por las declaraciones imperialistas norteamericanas. Si cuando lo de Haití nos visitaban contra nuestro gusto a cada rato corsarios haitianos, tratando de levantar a negros contra blancos, ahora querrá todo el mundo traer la guerra a la Isla, tratando de levantar a blancos contra blancos, unos con el pretexto de libertarnos de España cuando aquí le somos fieles, otros con la intención de anexarnos a los Estados Unidos, los cuales

van aprovechándose de todas estas situaciones y camino de apropiarse gran parte del continente. Efectivamente, si ya en 1803 se quedaron con la Luisiana que les vendió Napoleón, en este año de 1810 se toman por su cuenta el territorio de la Florida Occidental que, aprovechando la petición de unos ciudadanos, anexionan al de la Luisiana.

En 1811 se fundan en Puerto Rico los pueblos de Patillas y San Lorenzo. En 1812, mientras prosigue la carnicería en la América española, España se da una constitución, José Bonaparte tiene que abandonar Madrid que vuelve a ocupar en octubre y acá en el Nuevo Mundo Luisiana es admitida en la Unión norteamericana que está ahora en guerra con Inglaterra y, en Puerto Rico, no puede faltar nuestra cuota de huracanes.

En efecto, como dice Pedro Tomás de Córdova, "Hubo en este año dos fuertes temporales en los días 23 de julio y 21 de agosto, en la parte Sur y Oeste de la Isla, que, aunque no deban caracterizarse de huracanes causaron bastante daño en las siembras". No por ello cede nuestro empuje y en este mismo año fundamos el pueblo de Dorado.

Al año siguiente de 1813, y precisamente en los mismos dos días en que tuvieron lugar los del año anterior, que fue el 23 de julio y el 21 de agosto, nos azotan otros dos temporales "y como esta recae sobre la del año anterior, y la grande seca de los primeros meses de este año, y sus consiguientes efectos de carestía de mantenimientos, y enfermedades, son más sensibles y más difíciles de repararse los indicados perjuicios. Se asegura que apenas hay casa que no tenga dos o tres enfermos, con el desconsuelo de carecerse de un hospital y de médico y de botica...", dice el Intendente de Puerto Rico don Alejandro Ramírez.

Al mismo tiempo, con el fin de desacreditar el régimen constitucional y contribuir a eliminarlo, se fragua por los conservadores una perturbación del orden público en octubre y se hacen circular rumores de insurrección. Se vive en el mayor temor. El plan infame se hace agua pero mientras tanto San Juan parece una plaza sitiada.

Ha muerto entretanto Power y va a las Cortes en su lugar

José María Quiñones, de San Germán. Mientras nuestro diputado defiende con la palabra los intereses de Puerto Rico, en el continente, Bolívar, que prefiere el uso de la violencia, "Hace una guerra feroz, «a muerte», en que se pasan por las armas o se matan a piedra los prisioneros y hasta los enfermos de los hospitales" (Arciniegas, 464). Bolívar entra en Caracas "Con la espada roja de venganza..."

En Europa, los franceses salen de España pero en diciembre entra en ella el rey más funesto que ha tenido la nación, el cual se apresurará a abolir la Constitución al año siguiente. Así se establece otra vez el despotismo en las Antillas españolas y la desesperación en los liberales españoles que han sacado de España a los franceses para verla caer en manos del más atrasado absolutismo. Muchos de estos se aliarán con los revolucionarios de América, entre ellos el puertorriqueño, general Valero.

En 1814, mientras los ingleses queman a Washington (agosto) y entran en Toulouse (Francia) y Fernando VII abole la Constitución (mayo), en Venezuela las armas españolas están triunfantes y en Puerto Rico nos visita el día 23 de julio el tercer temporal de San Liborio. La sangre corre a torrentes en Hispanoamérica: Bolívar, que inició la guerra a muerte, ha sido derrotado y el comerciante Bobes le va quitando una a una todas sus victorias y ventajas empleando los mismos métodos. "Es la guerra más sangrienta de la historia" (Arciniegas, 464). De los 421.000 habitantes de la provincia de Caracas perecen 228.651.

«Bolívar ha tenido que abandonar a Caracas a la cabeza de una muchedumbre que emigra en masa a los Llanos: las mujeres con sus críos, los viejos con sus barbas blancas, todos con su miseria, para dejar las calles desiertas al arbitrio del tigre de los Llanos. Ricaurte, en San Mateo, voló el parque concentrado en las casas de la hacienda de Bolívar, para detener con esa llamarada en que volaban pedazos de su cuerpo, el huracán en marcha de las lanzas coloradas de Bobes. Con las derrotas de La Puerta y de Aragua, Bolívar queda borrado de los cuadros de la guerra. Su propio tío, José Félix Ribas, se alza con el mando, le expulsa del ejército, le acusa de ladrón, Bobes... muere de una cuchillada en pleno combate, pero sus bestias

vengan su memoria bajándole la cabeza a José Félix Ribas y echándola a freír en aceite para exhibirla luego en Caracas.» «Esto es lo que deja atrás Bolívar.» (Arciniegas, 465).

Estas dantescas escenas no parecen sino sacadas del mismo diario de Esquemeling; no parece sino que estamos reviviendo los asaltos de los filibusteros y sus horribles y viciosas crueldades, aunque ahora no solamente en las costas sino en todo el continente, tanto a orillas del Caribe como del Atlántico y del Pacífico y tanto en la costa como en tierra adentro. Lo que con los filibusteros era un mal esporádico que hasta cierto punto con facilidad se curaba dejando sólo alguna pequeña cicatriz apenas visible en el cuerpo de nuestra América, ahora es una plaga terrible que daña todo el cuerpo del continente, dejándolo marcado para siempre. Y lo peor, ahora no es el culpable el hugonote extranjero, extraño en la raza e infiel en la religión, sino el hermano en la raza y en la fe; ahora son los nuestros los que matan, acusan, traicionan, calumnian.

Y para que participemos en tan horribles orgías seguimos recibiendo los puertorriqueños para esta época montones de proclamas induciéndonos a levantarnos también en armas. Con las proclamas vienen también refugiados venezolanos a quienes ofrecemos nuestra hospitalidad y quienes contribuyen al progreso de la Isla.

Al año siguiente de 1815, mientras en Europa se firma la Santa Alianza entre los soberanos enemigos de Napoleón, caído el año anterior, las armas españolas van de victoria en victoria en Hispanoamérica. Bolívar se refugia en Kingston, Jamaica, mientras en Venezuela domina en lugar de Bobes el general Morillo, al mando de un ejército de veteranos. Hay un atentado contra la vida del que luego se llamará El Libertador y que ahora es sólo un militar derrotado.

Mientras que en junio se reúnen en Méjico separatistas de Cuba, Puerto Rico, Méjico y Santo Domingo y elaboran un plan de invasión de esta Isla que afortunadamente fracasa (Cruz Monclova I:114), nuestros compatriotas fundan los pueblos de Adjuntas y Gurabo.

Mientras nosotros laboramos por aumentar lo nuestro en paz, dejando al poder de persuasión de la palabra la defensa de nuestro derecho y el aumento de nuestras libertades políticas y civiles, se empeñan ahora toda clase de individuos, unos, locos soñadores y, otros, interesados especuladores o descabellados ambiciosos, atentos sólo a su fama y gloria, en traer a esta Isla la violencia, en hacernos participar en una carnicería sin sentido en que la gente cambia de bando a cada rato, sin saberse a ciencia cierta quien tiene menos razón de los dos grupos que se combaten.

“El período de 1816 a 1826 fue para Puerto Rico una época de temores y asaltos que atrasaron mucho el desarrollo del comercio, de la agricultura y de las industrias. A los movimientos revolucionarios en otras colonias españolas, que tenían al gobierno de Puerto Rico constantemente preocupado, se agregaron las depredaciones de corsarios y piratas, así como alguna que otra conspiración para insurreccionar a los puertorriqueños contra la metrópoli.” (Miller, 249).

De modo que vivimos en medio de un mar de violencia en donde todo nos invita a participar de ella y en donde, aun no siendo parte nosotros en la pelea y en el choque de tan encontrados intereses, siempre venimos a ser la víctima de asaltos y ataques, de corsarios y piratas y de revolucionarios de toda laya. En este siglo quedan todavía piratas cuyo centro de actividades es ahora Nueva Orleans y que se acercan a nuestra Isla porque sus principales operaciones tienen lugar en el Caribe.

Sin embargo, no es de ellos que nos viene el principal peligro en el momento, sino de los revolucionarios de los hermanos países de América, los cuales quieren meternos en la orgía de violencia en contra de nuestro gusto y de nuestros intereses. Quieren “libertarnos”. Las expediciones de piratas y corsarios, preparadas en el extranjero, exigen de nosotros doble vigilancia, dobles gastos de defensa de las costas expuestas continuamente al incendio y al robo. Los vecinos viven en peligro continuo de ser apresados, de perder la vida y, en el mejor caso, de pagar un crecido rescate.

“Las costas de Fajardo, Humacao, Mayagüez, Añasco y

Aguadilla sintieron sus agresiones. Algunos de ellos se habían situado en la isla de *Caja de Muertos* frente a Ponce", nos dice Miller (pág. 249). "Para la defensa de las costas se establecieron comandancias militares en Fajardo, Humacao, Ponce, Cabo Rojo, Mayagüez y Aguadilla. Se solicitó el envío de auxilios y recursos" (Miller, 249).

En este año de 1816, el 25 de enero, se presentan frente a las playas de Fajardo un bergatín, una goleta y una balandra venezolanas y desembarcan fuerzas armadas que son rechazadas por los vecinos con grandes bajas (Cruz Monclova I: 115). Más tarde circula el rumor de que Bolívar prepara desde Barbados una expedición contra Puerto Rico, pero la verdad es que el caudillo insurrecto está en Vieques en donde ha venido a parar perseguido por barcos españoles.

Por esta época, también, James Leith, capitán del *Tigre*, navío inglés, se presenta al gobernador pidiendo la entrega de la isla de Vieques que él alega pertenece al imperio británico por ser parte de las Caribes (*Leeland's Islands*) (Cruz Monclova I:116). Siguen los rumores de desembarcos extranjeros y de planes de revolución en Puerto Rico preparados en el extranjero con la connivencia de algunos de nuestros compatriotas.

Por si todo esto fuera poco, en septiembre, según nos cuenta Pedro Tomás de Córdova. "En los días 18, 19 y 20 sucedió un furioso temporal cuyos estragos fueron extraordinarios. En el puerto de Cabo-Rojo naufragaron tres buques y se ahogaron una porción de personas. En el pueblo de la Tuna fueron derribadas por el viento 72 casas, y las siembras de tabaco, maíces y platanales totalmente arruinadas. Murieron dos personas en las ruinas y gran número de reses. En la villa de San Germán crecieron los ríos caudalosos, cayeron 101 casas, y se ahogaron 82 reses, 6 caballos, 119 cerdos y multitud de aves domésticas. En otros muchos pueblos del Sur y Oeste, se padecieron graves pérdidas y desgracias".

En 1817 es presidente de los Estados Unidos Monroe y es admitido a la Unión que él preside el Estado de Misisipi. En Puerto Rico "corsarios insurgentes atacaron a Fajardo y pretendieron a la fuerza robar, saquear el pueblo y extraer las

armas que se hallasen en él. Fueron rechazados por la tropa con la ayuda de los vecinos, no sin pérdida de elementos de valer" (Miller, 249).

En 1818, el día 21, 22 o 23 de septiembre, nos visita otro temporal.

En 1819, en los Estados Unidos entra a la Unión el Estado de Alabama y por conpraventa a España entra la Florida a formar parte del territorio nacional. En Puerto Rico se presentan frente al puerto de Aguadilla una balandra y un bergatín insurgentes. Es rechazado el ataque pero intentan un nuevo desembarco en la punta Borinquen donde son nuevamente rechazados por los vecinos y la tropa y se ven obligados a huir precipitadamente.

Por si fuera poco, en las palabras de Córdova, "En medio de tantos apuros sucedió el 21 de Setiembre y parte del 22, uno de los más horribles y desastrosos huracanes que se hayan experimentado en la Isla. Principió en la noche del 21 y calmó al medio día del 22, dejando a todos los habitantes en la mayor consternación y miseria. Se perdieron todos los buques que había en sus puertos, se destruyeron la mayor parte de las casas en los pueblos y campos, se arruinaron las cosechas que iban a recogerse, cayeron las máquinas de azúcar y café, presentando el todo un cuadro de desolación. Esta desgracia que abatió sobre manera a los habitantes, hizo más aflictiva la del Gobierno que acababa de hacerse cargo de la dirección de la Real Hacienda, y sus trabajos se duplicaron".

En 1820 tiene lugar en la metrópoli el comienzo de la insurrección dirigida por Riego, uno de cuyos colaboradores es el brigadier Demetrio O'Daly, puertorriqueño, que nos representará brillantemente en las Cortes. En este año fundamos en Puerto Rico el pueblo de Ciales, pero, al mismo tiempo, un horrible incendio destruye las tres cuartas partes de Ponce, segunda ciudad y puerto de la Isla.

"La pobre, la desvalida Isla de Puerto Rico (que) se halla sin agricultura, sin comercio, sin industrias, sin policía, y lo que es más, sin recursos para sostenerse en el esplendor de que es susceptible y a que por tantos títulos es acreedora", según dice un artículo periodístico (Cruz Monclova I:151).

En 1821, tras la batalla de Carabobo ganada por Bolívar, se independiza Venezuela y emigran a nuestro país muchos de sus habitantes que son leales a España. La revolución triunfa también en el Perú. En cuanto a nosotros, dirá Tomás de Córdova, citado por Miller (pág. 255): "La situación de la Isla en este tiempo era la más triste..."

Por si fuera poco, unos 1.500 esclavos de Bayamón, Río Piedras, Guaynabo, Toa Alta y Toa Baja, proyectan una revolución alentados desde Haití por el Presidente Boyer; hay rumores de que Bolívar, después de su victoria de Carabobo, ha enviado nuevos agentes para sublevar esta Isla, y prosiguen los ataques de los corsarios venezolanos, todo lo cual hace necesario mayor vigilancia y mayores gastos para la defensa de una Isla cuya erario está en lastimoso estado. Hay que reforzar la defensa de las costas instalando guarniciones en muchos sitios, armando a los vecinos, procurándose barcos, etc.

El brigadier Aróstegui, a la sazón gobernador de la Isla, se enterar de que nuestra Isla es *el principal desvelo* de los revolucionarios venezolanos y procede a dividir la Isla en cuatro comandancias militares y, entre otras cosas, pide dos bergantines "para cruzar las costas de la Isla y proteger su comercio de los ataques de los corsarios venezolanos." Hay que acudir a una suscripción entre los vecinos pudientes para hacer frente a tales gastos (Cruz Monclova I:160-1).

Por si fuera poco, ahora se mueven en el mismo sentido que los venezolanos los dominicanos empeñados en este mismo año de 1821 en una guerra de independencia contra España. Comienzan a enviar a Puerto Rico sus emisarios, a distribuir proclamas y aún se atreven a invitar al gobernador a sumarse a su causa (pág. 161).

En 1822 el Brasil también proclama su independencia de Portugal e Intúrbide se hace emperador de Méjico. En Puerto Rico, siguen los corsarios insurgentes rondando nuestras costas, sigue la introducción de proclamas revolucionarias, siguen los intentos de invasión, todo lo cual obliga a las autoridades a coartar aún más las libertades personales, todo lo cual contribuye a crear un clima de temor y de sospecha, todo lo cual

perjudica a la vida puertorriqueña en general, paraliza las actividades que no sean de defensa y aumenta cada vez más los gastos. Dirá Pedro Tomás de Córdova: "La multitud de corsarios que infestaban estos mares tenían arruinada totalmente la industria mercantil y apenas había adelantos en la agricultura... Existía una estancación en los negocios, y una parálisis en el cuerpo político que dificultaba la marcha del gobierno y producía la consunción á que fue la Isla desde dicho período hasta 1824 de una manera rápida".

En este año de 1822 somos otra vez víctimas de la intromisión norteamericana. Se presentan aquí sus comandantes Spence y Porter (meses de mayo a agosto) y protestan del apresamiento de una fragata norteamericana, del cañoneo de una goleta y de la oposición del gobierno a permitir la navegación ilegal de sus barcos por nuestras aguas (Cruz Monclova I: 186-187).

También se descubre en este año una conspiración de esclavos de las haciendas de Guayama que el Gobierno a tiempo impide (Cruz Monclova, I: 186).

Pero el hecho calamitoso más importante del año es la tentativa de invasión de Ducoudray Holstein, la cual parece que está en convivencia con los separatistas isleños, entre los cuales figuran varios extranjeros. El jefe de la proyectada invasión es, según distintos autores, o un aventurero suizo o un general francés que ha peleado en Venezuela en las filas revolucionarias. Parte de sus preparativos los hace en Nueva York. Entre sus colaboradores hay varios franceses y norteamericanos, un holandés y un italiano, sin contar a otros extranjeros de nuestra raza.

La expedición invasora consiste de unos nueve barcos que parten de Nueva York o Boston con unos 400 o 500 hombres armados de 6.000 fusiles y otros pertrechos de guerra. Hay evidencia de que el proyecto tiene también conexión con la proyectada rebelión de los negros de Guayama. La tentativa es descubierta a tiempo y son pasados por las armas el mulato francés Dubois y un tal Romano, también extranjero, mientras es expulsado un italiano que había sido traído a Puerto Rico a extinguir una condena diez años de presidio

(Cruz Monclova I: 162-164 y 186-189). "Como resulta obvio, la temperatura del ambiente insular, se iba tornando cal-deada".

En 1823, en Europa, la Santa Alianza firmada entre Rusia, Francia, Prusia y Austria para sostener "el Altar y el Trono", toma medidas para sostener a Fernando VII en el trono de España y en cumplimiento de ese proyecto, por orden de Luis XVIII, rey de Francia, cruzan los Pirineos los "100.000 hijos de San Luis", con cuyo eficaz apoyo sube otra vez al trono español Fernando VII.

Acá en Puerto Rico que ya tiene 261.000 habitantes, se fundan los pueblos de Hatillo y Quebradillas. El mismo año se acerca a nuestras costas una escuadrilla de quince barcos norteamericanos con el fin de perseguir piratas. Envía una goleta del puerto de Fajardo en persecución de otra embarcación. La goleta es detenida por las autoridades y examinada su documentación, causando tan justo proceder grave enojo al comodoro Porter, comandante de la escuadrilla, el cual pide una satisfacción y amenaza con atacar.

No es de extrañar tal actitud imperialista cuando el 28 de abril de este mismo año John Quincy Adams, ahora Secretario de Estado norteamericano y futuro presidente de la nación, envía al ministro norteamericano en Madrid para ser entregada al rey una nota "consignando que las islas de Cuba y Puerto Rico eran como apéndices del Continente de Norte América..."

En 1824, en la batalla de Ayacucho, en el Perú, el último ejército español en América es destruido, mientras en Puerto Rico un grupo de separatistas incita al país a la revolución, invitando al Gobernador a proclamar la independencia. No por ser el mariscal de la Torre, gobernador español y sobre todo representante de tan despótico monarca como Fernando VII, deja de ser verdad lo que dice en un largo artículo: "Y a pesar de todo ¿aún hay quien quiera y anhele la independencia? ¿Existen parricidas que conviden a los leales y dichosos puertorriqueños a que cambien el estado feliz en que se encuentran? ¿Y se quiere que los puertorriqueños muden su situación halagüeña en la disolución, el desorden, el robo, el

incendio, la desnudez y el hambre y todas las miserias que afligen a nuestros desgraciados hermanos hispanoamericanos en las demás provincias?

"Los que a tal aspiran, los que alimentan tan depravadas como criminales miras, cuya existencia se resiste a creer nuestra imaginación, demasiados países tienen donde saciar sus deseos. Váyanse, pues, a vivir a cualquier de ellos y los puertorriqueños les quedarán agradecidos si los libertan de su insultante presencia" (Cruz Monclova I: 236-237).

Tales palabras responden a la verdad pues ya hemos visto la ola terrible de violencia que azota a toda Hispanoamérica, al lado de cuya situación es sin duda halagadora la de Puerto Rico, a pesar del estado de temor en que vive, a pesar de la pobreza y la pequeñez territorial. Aparte de que el pueblo puertorriqueño, como se ha visto, no la quiere, está claro que aquí una revolución significaría un atraso todavía mayor, detendría el crecimiento de nuestra población y empeoraría nuestra situación económica, sin que con ello nos librásemos de nuestra condición de isla pequeña, y contribuyendo a facilitar la invasión por parte de estados imperialistas a quienes nada conviene más que el debilitamiento del país. Además, a pesar de nuestros anhelos de rápido progreso, nuestras relaciones con la madre patria no son tales que querramos una revolución, sino al contrario.

Ahora mismo, el déspota Fernando VII, tendrá con nosotros miramientos. No ha habido aquí nunca violencia; no ha habido muertes. Si algo se demuestra en estas páginas es cómo Puerto Rico, en medio de tanta violencia, y en lucha contra las fuerzas de la naturaleza, aislada en medio del mar con un territorio tan pequeño que no puede producir lo que consume, ha podido vivir siglos de progreso continuo, ha aumentado su población y su riqueza, sin aprovecharse de la desgracia de la Madre Patria ni de las desventuras de los negros. Esta es la gloria de esta Isla y esto es lo que la debiera llevar a ocupar en el mundo hispanoamericano el mismo sitio especial que ocupa en los afectos de la Madre Patria.

Pero volviendo a nuestro tema, en este mismo año de 1824, por si fuera poco el temor que en que vivimos de una

explosión política, se nos viene encima el temporal de San Pedro Claver o de La Monserrate. Dice un testigo: "Bajo un cielo melancólico y oscuro, con una lluvia inmensa, nubes que pasan con una velocidad inconcebible, y con vientos que soplan en todas direcciones, y que no resisten ni los árboles más robustos, sin arrancarse, ni las casas regularmente construidas, sin arruinarse. Parece que el Globo corre a su disolución", Ya Puerto Rico cuenta con 54 municipios, habiéndose fundado Naranjito en este mismo año.

Al año siguiente de **1825**, las cosas no mejoran en Puerto Rico, pero se funda el pueblo de Barros. Dice Pedro Tomás de Córdova: "Hacía meses que la isla se hallaba por todos respetos en los mayores apuros, habiendo llegado estos a un punto de que no era posible pasar..." (Miller, 250.)

Unos insurgentes colombianos intentan capturar Aguadilla y son rechazados por los habitantes. En San Germán se captura a un emisario de los revolucionarios venezolanos. "En Bayamón se descubre una revolución proyectada por varios esclavos de las haciendas" (Miller, 250).

Los Estados Unidos siguen poniendo la vista en esta Isla y sólo impide un ataque el hecho de que su poder naval es muy inferior al de la Gran Bretaña. Dice Cruz Monclova (pág. 274), "como resulta obvio las ambiciones expansionistas norteamericanos a costa de las Antillas empezaban a cobrar contornos claros y precisos". Dice Sir William A' Court: "temo ver caer en poder de Estados Unidos las islas de Cuba y Puerto Rico".

Por si fuera poco tanta zozobra y cuando, como decía Córdova, hemos llegado a un punto de que no es posible pasar, nos visita en este mismo año, el día 26 de julio, el segundo temporal de Santa Ana, uno de los más desastrosos de nuestra historia. Dejó 374 muertos y 1.210 heridos. "Fueron destruidos", dice Córdova, "los pueblos de Patillas, Munabo, Yabucoa, Humacao, Gurabo y Caguas". "Los huracanes", dice el mismo autor, "que asolan las Antillas de tiempo en tiempo son una calamidad extraordinaria para Puerto Rico. Es preciso ser testigo de ellos, para formar un juicio exacto de ese azote tan terrible. El último que sufrió la isla en 1825, causó

estrágos en ella. La relación de este fatal suceso dará una idea de esa clase de fenómenos. La antevíspera del 26 de julio se habían experimentado lluvias copiosas, y en la madrugada de dicho día se sintieron algunas ráfagas de viento bastante fuertes, más la atmósfera aclaraba a intervalos, y no presagió durante el día el tiempo que descargó a la noche, aunque sí se notó un calor escesivo alternando con la lluvia. A las ocho de la noche empezó la atmósfera a cubrirse con vapores densos, y el viento era ya más fuerte. Sobre las cimas de Luquillo se vieron serpentear algunos fuegos que procedían al parecer, de ellas; los relámpagos se hacían más frecuentes y el agua caía a torrentes; a las once se declaró ya un huracán horroroso; las nubes que se distinguían tenían en el centro manchas negras, y terminaban en un color cobre; el viento fue aumentando en fuerza progresivamente; había soplado por la tarde del Este al Nordeste, pero a las once y media de la noche siguió con mucha fuerza por la misma parte, inclinándose cuarta más o menos en el mismo cuadrante hasta las dos y cuarto..."

Hubo miles de cuerdas de siembras perdidas, miles y miles de cabezas de ganado perdidas, mas de mil aves muertas, unas 7 mil casas destruidas, se hundió el puente de San Antonio y quedó la capital incomunicada con el resto de la Isla, se encallaron en la bahía todos los buques menos tres que se fueron a pique... Pero la Isla pasó de ese punto, a pesar de los pesares.

Al año siguiente de **1826** se funda el pueblo de Comerío.

En la América española ha terminado la guerra de la independencia y han empezado ya las guerras entre las naciones hermanas — las guerras civiles. Hay guerra entre Argentina y Paraguay. Toma parte a favor de la primera el pirata Gibbs, pues los piratas que tienen su centro en Nueva Orleans están en todas partes.

Rondan alrededor de Puerto Rico continuamente, manteniéndonos en constante temor. Como ya se ha dicho, han estado instalados en Caja de Muertos, frente a Ponce. Vive pues nuestra isla entre piratas y entre naciones beligerantes mientras desde Wáshington vigila el águila norteamericana-

na, esperando el mejor momento para caer sobre nosotros.

Por esta época, Centroamérica es escenario de una serie de guerras de todas las clases. En Méjico Itúrbide se hace coronar emperador, Paraguay declara la guerra a Argentina, Brasil y el Uruguay. Ya tenemos varios tiranos y dictadores en nuestra América. Y todo esto precisamente cuando se rinde en Callao la última guarnición española.

Tiene lugar en este mismo año el Congreso, en Panamá, de las nuevas repúblicas, cuyos representantes declaran que "El estado actual de las islas de Cuba y Puerto Rico era incompatible con la seguridad de sus respectivos países" (Cruz Monclova I: 244). Nos salva de una intervención suya, la oposición de los Estados Unidos que nos quieren para sí y que esperan que llegue la hora propicia. En Méjico se funda una Junta Patriótica que se reúne el 4 de julio y acuerda el envío de un ejército de 25 mil hombres contra Cuba y Puerto Rico (Cruz Monclova I: 245).

En 1827 ya tiene la isla una población de 287.673 habitantes, distribuidos en 56 municipios. A principios de enero vuelven a circular noticias de una expedición armada contra esta Isla, organizada por Bolívar, que quiere aprovecharse del estado de guerra entre Inglaterra y España. Debe constituir la una escuadra y unos cinco o seis mil hombres. "Bajo la presión de sucesivas noticias sobre los aprestos de Bolívar, crecieron aquí la ansiedad y la alarma..." dice Cruz Monclova (pág. 246).

No tuvo lugar la expedición pero atraviesa la isla sin embargo el segundo huracán de San Jacinto. "Se perdieron cinco buques en Ponce, tres en Guayama, dos en Humacao, uno en Mayagüez, otro en la Capital y cuatro en Naguabo. No quedó en pie ningún plátano, fruto de primera necesidad en la Isla..."

"La misma situación de preocupación y ansiedad se produjo, cuando, a principios de 1828, volvieron a circular rumores y noticias de un nuevo plan de Bolívar para invadir la Isla; y, cuando, a fines de septiembre del mismo año, las autoridades recibían una comunicación del cónsul español en Nueva York dando cuenta de que el Gobierno de Buenos Aires

preparaba una escuadra para atacar las islas de Puerto Rico y Cuba", nos dice Cruz Monclova (pág. 247).

En 1828 vuelven a circular rumores de un nuevo plan de Bolívar para invadir la Isla. Esto sucede a principios de año. En septiembre del mismo hay noticias de una expedición naval argentina dirigida contra Cuba y Puerto Rico (Cruz Monclova I: 247). A principios del siguiente año de 1829, el de la fundación de Lares, cuando la Isla tiene ya, a pesar de todos los obstáculos y de todos los miedos, una población de 323.838 almas, recibe el Gobernador noticias de una expedición de nueve mil hombres que se prepara en Puerto Cabello contra nosotros (Cruz Monclova I: 247). Estas noticias vuelven a circular a principios de noviembre del mismo año. También hay noticias de la propaganda que hacen en la Isla los miembros de la "Legión del Aguila Negra", sociedad fundada en Méjico con el fin de emancipar a Puerto Rico y Cuba (Ib., 248). Se habla también de un asalto de revolucionarios venezolanos por el puerto de Patillas (Ib. 248). En Venezuela hay ya disensiones. Bolívar está en desgracia. El Perú está en guerra.

En 1830, año de la muerte de Bolívar y de la fundación aquí del pueblo de Aibonito, siguen las disensiones en la América española, por propia iniciativa y con el clandestino apoyo de los norteamericanos.

En 1835, cuando ya asciende nuestra población a unos 358.836 almas distribuidas en 58 pueblos, nos visita el temporal de San Hipólito, a consecuencias del cual los "miasmas pútridos" y "efluvios perniciosos" producen en Vega Baja y sus inmediaciones una epidemia de "fiebre sínoca" ("Sinochus putrido"), la destrucción de las siembras y cosechas y grandes escaseces de los principales alimentos. Estos miasmas pútridos se debían a la descomposición de los cadáveres de la multitud de animales ahogados como consecuencia de las avenidas de los ríos.

Aprovechándose de la situación en la América Española los Estados Unidos van penetrando en ella poco a poco, primero con sus agentes y sus cónsules y luego con sus partidarios. En 1836 los núcleos de colonos establecidos en el territorio mejicano de Tejas se levantan contra Méjico y se decla-

ran independientes preparando el terreno para la anexión por los Estados Unidos. La de Puerto Rico la vienen preparando todos estos acontecimientos.

Al año siguiente de **1837**, los días 2 y 3 de agosto, tenemos en Puerto Rico tres temblores de tierra anunciando el temporal de Nuestra Señora de los Dolores, el único que nos visitará de los doce que recorren en este año el área ciclónica. Dice una relación oficial del temporal que "... habiendo bajado el termómetro hasta 28, en cuyo tiempo no dejó un solo buque fondeado y todos fueron a pique y sino al través de los mangles del E. La escena de estos momentos es horrorosa e imposible de describirse. Por un lado la fuerza del viento, la del mar, los buques que se abordaban cruzándole mutuos desárboles y los que se iban a pique, los que daban al través sin saber a donde, con circunstancias casi sobrenaturales para que ni aún los mismos que las sufrían puedan hacer una descripción exacta de los particulares." Se perdieron 33 goletas. En los puertos de la Isla se perdieron los barcos o se encallaron. El Gobierno no da a conocer el número de muertos, según parece, "para no alarmar al público y al comercio del exterior".

En **1838** el Gobierno francés se encuentra en conflicto con Méjico y la Argentina. Dos años después nos visita el temporal de San Cornelio, el día 16 de septiembre. Por esta época los dominicanos luchan bajo la jefatura de Juan Pablo Duarte por libertarse de Boyer, intruso haitiano.

Al año siguiente de **1841**, un voraz incendio destruye casi por completo la ciudad de Mayagüez (Miller, 268). Fue con el fin de volver a darle vida que el gobernador Méndez Vigo clausuró el puerto de Cabo Rojo, matando su comercio. En **1843**, año de la fundación de Vieques, tenemos una rebelión de esclavos en las haciendas de Toa Baja que hizo necesario movilizar las milicias (Miller, 293).

Aquí la cosa no tiene gravedad pero en la isla danesa de Santa Cruz el levantamiento de negros es general y las pérdidas en propiedad y vidas humanas es enorme. Al temor de que aquí suceda lo mismo se deberá el bando del gobernador Prim en **1848** cuando habrá un levantamiento general

de negros en la Martinica, colonia francesa (Ib., 293). Esto tiene importancia para nosotros por más de un motivo: los negros pueden intentar un levantamiento general contra los blancos en cualquier momento, al mismo tiempo que los estados esclavistas de la Unión norteamericana contemplan la anexión de esta isla y la de Cuba con el fin de convertirlas en estados esclavistas. Ahora en 1843, vuelve a agitarse en aquel país el antiguo proyecto de anexionarse a Cuba.

En **1845** los franceses bloquean el Río de la Plata en Argentina, mientras empieza en Irlanda la terrible hambre. Los Estados Unidos hacen estado al territorio de Florida, descubierto por nuestro Juan Ponce de León y más tarde conquistado y primeramente poblado por otros españoles, y admiten también en la Unión al nuevo estado de Tejas, arrancado a la nación mejicana por los nacionales norteamericanos nueve años antes. No contentos con esto, siguen con la mira puesta en los otros territorios españoles, independientes o no. A principios del año, el Presidente Polk declara en su discurso inaugural que "él no se siente atado por ninguna tímida inhibición, respecto a la expansión nacional". La alusión a estas Antillas españolas, aunque indirecta, es clara (Cruz Monclova I:433).

En **1846**, cuando nuestra población asciende ya a 443.000 habitantes distribuidos en 63 municipios, Puerto Rico sufre una severa sequía y el 12 de septiembre tenemos la visita del cuarto temporal de San Leoncio o primero de San Vicente.

La guerra de Méjico con los Estados Unidos por motivo de la anexión de Tejas a la Unión en 1845 y que los mejicanos estuvieron siempre en disposición de evitar, sigue en este año de 1846. Los Estados Unidos tienen ya en mente algo más que el territorio tejano. La guerra sigue su curso en 1847 y viene la paz el 2 de febrero de **1848**. Por el tratado que firman las dos naciones pierde Méjico no solamente a Tejas sino también a Nuevo Méjico y California, mientras el Presidente Polk trata de obtener de España la venta de Cuba por cien millones de dólares.

Es en este año que se levantan en armas contra los blancos los esclavos de la isla de la Martinica, colonia de Francia,

emancipados el año anterior por la segunda república francesa. Tal situación induce al general Prim a decretar el bando conocido con el nombre de "Código Negro" (Miller, 293). El 31 de mayo de este año llegan a San Juan en una goleta unas cincuenta personas escapadas de aquella isla que vienen en busca de refugio (Cruz Monclova I:366). Les damos ayuda como se la dimos siempre también a los negros que de las islas vecinas vinieron huyendo en el pasado del mal trato de los blancos.

Llegamos a la mitad del siglo. La nación que un día ayudáramos en su lucha por la independencia, ahora tiene los ojos puestos en quitarnos la nuestra. Si ella olvida con facilidad los favores que recibe, nosotros con mayor facilidad aún olvidamos ofensas y amenazas. Tiene lugar en este año el incidente que narra Cruz Monclova en el párrafo siguiente (pág. 433):

"En abril de 1850 eran encarcelados en Mayagüez, por orden del Capitán del puerto, el capitán, el piloto y un grupo de marinos de la goleta norteamericana *North Carolina* que había naufragado cerca de la punta de la Parguera. El suceso no tardó en ser conocido de las autoridades navales de Estados Unidos; y varios días más tarde, arribaba a Mayagüez la fragata de guerra *Albany*, cuyo comandante míster V. M. Randolph, procedió a dirigir al coronel don Emilio Castaños una comunicación solicitando la inmediata excarcelación de los norteamericanos. Como Castaños rehusara la entrega hasta que el Gobernador resolviera lo procedente, el comandante Randolph, visiblemente irritado, ordenó acoderar el buque y tocar zafarrancho de combate. Pero, al fin, depuso su primer impulso y se retiró del puerto, dando lugar todo ello para que varios periódicos norteamericanos procedieran a insertar sendos artículos, en los que tras ensalzar el poderío de Estados Unidos, se dirigían soporíferos sarcasmos contra las autoridades españolas..."

Tuvo esto por resultado que el Gobernador Pezuela, no sintiéndose tranquilo, "ordenaba la inmediata reorganización de las defensas militares de la Isla, por tener entendido que en Estados Unidos se estaba organizando otra expedición de

piratas. Al propio tiempo que el Gobierno Supremo transmitía a sus Ministros en varias naciones, una comunicación urgiéndoles que practicaran gestiones pertinentes para someter a la aprobación de los Gobiernos de dichos países un plan destinado a contener las ambiciones territoriales norteamericanas y garantizar la soberanía española en las Antillas".

"Estados Unidos", sin embargo, "rehusó firmar el proyecto de una Convención tripartita, presentado por Inglaterra y Francia, para avalar la soberanía española en las Antillas. Mientras el presidente Pierce, puesta la vista en las islas antillanas, aludía en su discurso inaugural a *los planes de expansión territorial que animaban su administración*. La agresiva actitud norteamericana provocó el consiguiente resentimiento entre los españoles y sus simpatizadores; y desde el primer momento éstos no rehuyeron la ocasión para manifestarlo" (págs. 434-435).

Al año siguiente de 1851, año de la fundación del pueblo de Salinas, nos visita el día 1 de agosto el segundo temporal de San Agustín, huracán de gran intensidad que cruza por el suroeste de la Isla.

En 1852, nos visitan otros dos temporales, el de San Lorenzo Justiniano el 5 de septiembre y el de San Mauricio o San Cipriano el 22 ó 26 del mismo mes. El primero "Ocasionó muchas muertes, y los pueblos más afectados fueron Guayanilla, Yauco, Sabana del Palmar, Cabo Rojo, San Germán y Mayagüez", "ocasionando un crecido número de víctimas con las inundaciones producidas por el desbordamiento de los ríos, arrasando las plantaciones y convirtiendo las fértiles llanuras desde Guayanilla a Mayagüez en un vasto cuadro de desolación y ruinas..."

El segundo, que viene sólo unas tres semanas después, pasa cerca de la Isla produciendo aquí tremendas lluvias con las correspondientes inundaciones. Las lluvias torrenciales se prolongan durante los meses de septiembre y octubre causando destrozos y convirtiendo la Isla en un pantano donde se pudren animales y plantas.

Dos meses más tarde, cuando aún no se han secado las aguas del segundo de estos temporales, y quizá a causa de los

criaderos de mosquitos que ha dejado, se desarrolla en la Isla una epidemia de fiebre amarilla o vómito negro.

Mientras tanto, sigue la agresiva actitud norteamericana manteniendo en zozobra a España y a los países por ella civilizados en esta parte del hemisferio. En este mismo año comienza a funcionar en Nueva York la Junta Cubana que fundan los separatistas de la hermana Antilla y a la cual se unirá con el tiempo un puñado de puertorriqueños cuyas actividades contribuirán a la invasión de esta Isla por los Estados Unidos, hecho que, como vengo demostrando, se viene preparando prácticamente desde el año de 1776 en que surgió a la vida la nueva república del norte.

En 1854, mientras tienen lugar en los estados norteamericanos de Nebraska y Kansas sangrientos sucesos causados por la existencia de la esclavitud negra en la nación, tres ministros de ésta en Europa, aprovechando la situación de Inglaterra y Francia, comprometidas en una guerra con Rusia desde el año de 1845, publican el 18 de octubre un Manifiesto en el cual, a tono con la política imperialista del Presidente Pierce, declaran que su país debe ofrecer a España 120.000.000 dólares por Cuba, "y que si aquélla se negaba a aceptarlos, entonces los Estados Unidos debía declarar la guerra a España y apoderarse de dicha isla. No obstante su interés, el Gobierno de Wáshington desautorizó diplomáticamente a los tres Ministros, compelido por la enérgica actitud del Gobierno de Madrid, la reacción hostil de la prensa europea, la resuelta oposición de Inglaterra y Francia, que pese a las dificultades de Crimea, se apresuraron a anunciar que apoyarían militarmente a España... Pero, la idea de expansión consignada en el Manifiesto de Ostende, volvió a encontrar expresión en la voz del Gobernador del Estado de Kansas, míster Robert J. Walker, quien en carta excitando al presidente Pierce a mantener una política imperialista, le decía: *¡Cuba! ¡Cuba! y Puerto Rico, si es posible, deben ser el grito, la contraseña de vuestra administración; y ella terminará envuelta en un halo de gloria*". (Cruz Monclova, I:457-458).

En 1855, año de la fundación de Arroyo, y prolongándose hasta durante el siguiente año, tiene lugar en Puerto Rico una

terrible epidemia de cólera morbo asiática que entra en la Isla por Naguabo, extendiéndose rápidamente por todo el país y causando en menos de un año más de 30.000 víctimas (Miller, 342; Cruz Monclova I: 444). Durante esta epidemia se distinguen por su abnegación los médicos puertorriqueños.

En 1858, mientras los ingleses hacen una colonia de la India, la anexión de Cuba es una de las bases del debate entre Lincoln y Douglas. Al año siguiente, los esclavistas norteamericanos ejecutan a John Brown en Virginia y en el Congreso de la Unión Reuben Davies declara que su país tiene el "destino último" de apropiarse las Indias occidentales (Cruz Monclova I: 667).

Al año siguiente de 1860, cuando los Estados Unidos eligen su presidente a Abraham Lincoln, esta Isla tiene ya cerca de 600.000 habitantes.

Es en este año que el congresista James Toombs declara que "la única cuestión de política extranjera digna de ser considerada por los estadistas norteamericanos es el imperio tropical que se extiende a nuestros pies... y el declarar que el objeto de nuestra política es colocar ese imperio bajo nuestra bandera, tan pronto podamos" (Cruz Monclova I: 667). Buchanan, el mismo que había sido ministro de Estado durante la guerra con Méjico que había traído la anexión a los Estados Unidos del Estado de Tejas, desde la presidencia de la nación, en un mensaje al Congreso del 3 de diciembre, propone que se levante una fuerza militar suficiente para "penetrar hasta el interior de Méjico y derrocar al general Domingo Miramón, con o sin permiso del presidente Juárez".

A fines del mismo año de 1860, con la secesión del estado de Carolina del Norte, comienza lo que en el mes de marzo del año siguiente de 1861, con la secesión de otros once estados y el ataque al fuerte Sumter, se convertirá en la sangrienta Guerra de Secesión norteamericana, ella sola más costosa en vidas y haciendas que todas las demás del hemisferio.

Mientras allá cunde la violencia, aquí en Puerto fundamos el pueblo de Carolina y hacen una propaganda abolicionista que tendrá éxito sin que se derrame una sola gota de sangre, entre tantos otros, Betances, Ruiz Belvis y Romero Togados.

En Santo Domingo hay guerra que termina con la incorporación de la Isla a España el 18 de marzo.

Los norteamericanos protestan de ello ante Madrid y, por si no se supieran, reiteran sus intenciones imperialistas con relación a estas Antillas (Cruz Monclova I: 668).

En 1862, mientras ganan batallas las armas sudistas en los Estados Unidos, comienza la guerra franco-mexicana y en mayo pierden la batalla de Puebla los franceses de Napoleón el Pequeño. Estos toman la capital al año siguiente de 1863, el mismo en que, a principios de agosto, los generales Gregorio Luperón y José María Cabral inician en Santo Domingo otra guerra, con el fin de restablecer la independencia dominicana.

Pasan dos años. Comienza a funcionar en Nueva York la *Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico* cuyo fin es obtener la independencia de las dos Antillas mediante la revolución. La guerra civil termina en los Estados Unidos con la abolición de la esclavitud por el presidente Lincoln que ha sido reelegido para un segundo término en 1864. El 14 de abril lo asesina Wilkes Booth.

En 1866 Napoleón decide evacuar a Méjico; en los Estados Unidos se funda el Klu Klux Klan y aquí, el día 29 de octubre, según nos dice Cruz Monclova (I: 618 y 624), nos azota otro huracán que hará bajar considerablemente la producción y exportación de azúcar.

Al año siguiente de 1867, después de doce años, vuelven los vientos a azotar esta pobre Isla. El día 29 de octubre tiene lugar uno de los más terribles huracanes de nuestra historia, pero la isla tiene ya 630.000 habitantes y 67 pueblos.

"Murió mucha gente ahogada o golpeada por los fragmentos de casas y árboles. En el este la destrucción de casas y cosechas fue total". Sufrieron principalmente Fajardo, Humacao y Naguabo. Este huracán se acompañó de intensos temblores de tierra. "La oscuridad de la noche, lo copioso de las lluvias, el ímpetu de los vientos, el estridente ruido de puertas y el estremecimiento de los edificios inspiró serios cuidados en el ánimo de todos..." Hay 211 muertos. "Hay quienes

refieren haber oído prolongados ruidos subterráneos, horas antes del huracán".

Alguna gente achaca la tremenda crisis porque atraviesa la Isla por esta época a la guerra de Santo Domingo. Por si fuera poco, el 18 de noviembre sufre esta Isla "un terrible terremoto, que tal vez ha sido el más horroroso que registra la historia de Puerto Rico". Las sacudidas duran unos cuantos días. Varias iglesias son destruidas y los habitantes de San Juan abandonan la ciudad.

En este año de 1867, Seward, Secretario de Estado norteamericano que había protestado contra la reincorporación a España de Santo Domingo, somete al Gobierno de Madrid una proposición para la compra de las islas de Culebras y Culebritas, situadas en la costa oriental de Puerto Rico (Cruz Monclova I: 668).

El año de 1868 es el de "la algarada de Lares", pompa de jabón que Pérez Moris, el líder conservador español en Puerto Rico, intenta pintar en un libro como una acción de grandísima envergadura. En los Estados Unidos el presidente Johnson declara que su país ha de "sancionar la adquisición dentro de la Unión Federal, de las varias comunidades adyacentes a Estados Unidos, tanto continentales como insulares" (Cruz Monclova I: 668).

Los terremotos que habían comenzado el año anterior en Puerto Rico se han prolongado hasta este año, "viviendo los puertorriqueños en un continuo estado de pavor", dice Salvia, y añade: "El último de estos temblores se registró en marzo del 1868. "Todavía viven (1949) ancianos que recuerdan las fervorosas rogativas diarias por las calles, cuando todo el pueblo se unía para implorar la misericordia divina, a fin de que cesaran dichos terremotos" (Salvia).

Al año siguiente de 1869 el presidente Grant intenta la compra de Cuba y Puerto Rico por la suma de 150 millones de dólares, mientras el general Webbs escribe al Subsecretario de Estado Bancroft Davis: "Ahora, pues, queremos y debemos tener posesión en las Antillas" (Cruz Monclova (II: 125). Se afirma la intención norteamericana de quedarse con estas islas.

A fines del año Sickles, Ministro de los Estados Unidos en Madrid, vuelve a intentar la compra de Cuba y Puerto Rico, pero sin éxito (Cruz Monclova II: 126). Español hay que no ve mejor solución al problema que la cesión de las islas a los Estados Unidos, pero aquí en Puerto Rico la rechaza unánimemente todo el país, y tanto los liberales como los conservadores (Ib., pág. 127).

Llega el año de **1871**. Es el año de la derrota de Francia a manos de los alemanes de Bismarck. Hace un año que cayó el Imperio y que se fue el pequeño Napoleón. Los Estados Unidos siguen pendientes de Cuba y Puerto Rico. Sickles intenta conseguir la hipoteca de la soberanía española en las dos Antillas a cambio de un empréstito de 150 millones (Cruz Monclova II: 251).

La Cámara de Representantes de la República colombiana aprueba una resolución que intenta unir a todas las repúblicas hispanoamericanas para que gestionen el reconocimiento por los Estados Unidos de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Mientras así se baraja nuestro destino fuera de nuestra Isla, la azota el 21 de agosto el tercer temporal de Santa Juana. En este año se funda el pueblo de Las Marías.

En **1873**, cuando abdica Amadeo I de España y vuelve a establecerse allí la república, hay otra vez peligro de guerra con los Estados Unidos, con motivo del incidente del *Virginius*. Este barco cargado de revolucionarios cubanos y navegando bajo bandera norteamericana es apresado por un vapor de guerra español y conducido a Santiago de Cuba donde son juzgados y fusilados su capitán y cincuenta tripulantes, en su mayoría norteamericanos.

Sube la tensión entre las dos naciones y aquí cunde la alarma y el país, bajo la dirección de su Gobernador, por cierto uno de los mejores que han pasado por esta Isla, toma disposiciones para un posible conflicto armado. Se ponen de acuerdo los partidos políticos, posponiendo toda polémica política, y con ellos los periódicos. El Partido Reformista se dispone a *defender la honra y la integridad nacional*, lo mismo que el Partido Conservador y que el país entero. El Comité central del Partido Reformista ofrece no sólo su cooperación

sino aún el envío de 8.000 hombres armados. En los Estados Unidos es también intensa la conmoción llegando a movilizarse tropas y a discutirse el envío de fuerzas expedicionarias. Varios periódicos piden la guerra con España. En ésta tienen lugar manifestaciones populares ante la embajada norteamericana (Cruz Monclova II: 349-352).

La amenaza de guerra pasa al fin, pero las ambiciones de los Estados Unidos siguen cada día más patentes, preocupando a las dos naciones y a muchos hombres distinguidos de España y Puerto Rico que proponen distintas soluciones al problema.

En este mismo año sufre Puerto Rico una tremenda sequía pero en este mismo año, también, ganan los puertorriqueños la batalla de la Abolición de la esclavitud.

Otra sequía nos azota al año siguiente de **1874**, año de la fundación de los pueblos de Maricao y Hormigueros. Un periódico norteamericano publica una información según la cual Puerto Rico sería cedida a Alemania. Cae otra vez la República española.

El año de **1875** presenta los primeros síntomas de una depresión económica mundial que se siente inmediatamente aquí, a pesar de que en esta isla creíamos que no podía ser peor la situación. Por si fuera poco sufrimos otra sequía, porque aquí, como había dicho don Santiago McCormick. "¡Cuando no estamos inundados por excesivas lluvias, nos atrasan las destructoras sequías!" "En Puerto Rico, hoy día, nunca hay estaciones favorables" (Cruz Monclova II, 770). Con la sequía nos azota una desastrosa epidemia de viruelas que se prolonga hasta el año siguiente de **1876**. Este año se juntan en la Isla la sequía, la epidemia de viruela, el huracán y el imperialismo norteamericano.

El huracán es el de San Felipe que tiene lugar el 13 de septiembre y que es uno de los más terribles de nuestra historia. Es más destructor que el de San Narciso. Empieza a las cuatro de la mañana y llega a su apogeo a las ocho.

El imperialismo norteamericano se manifiesta en las declaraciones de muchos nacionales, influyentes en la política

y las letras. Se vuelve a agitar el proyecto de un empréstito a España con Cuba y Puerto Rico como garantías.

Al año siguiente la caña de azúcar sufre en el oeste de la Isla una seria enfermedad y comienza el descenso de la producción azucarera. Nos azota también una epidemia de fiebre tifoidea. La población, sin embargo de tantos y tan frecuentes y tan desastrosos males, ascienden ya a 731.000 almas.

El año de **1878** es uno de temporal y de epidemias. El temporal es el número 72 de nuestra historia y tiene lugar el día 28 de noviembre. Este temporal de San Rufo tiene la particularidad de habernos visitado ya pasada la temporada de huracanes, a fines de noviembre, el día 28. Las epidemias son de viruela y tos ferina.

Al año siguiente de **1879**, mientras se reanuda en Cuba la llamada *Guerra Chiquita* el día 26 de agosto, sufrimos una intensa sequía y una grave epidemia de fiebre amarilla.

En **1880** se repite la sequía y nos azotan epidemias de fiebre amarilla y viruelas.

En **1881**, **1882** y **1884** hay también epidemia; en **1885** la sequía afecta principalmente a la región entre Isabela y Quebradillas.

En este mismo año Alemania se apodera de las Islas Carolinas, pertenecientes a España, acción que repercute en seguida en esta Isla en donde se fundan juntas patrióticas y se recaudan fondos para el caso de una guerra con aquel país. La crisis pasa (Cruz Monclova II: 946).

En **1888** azota a la Isla un temporal de agua, el día 1.º de septiembre, que ocasiona cinco veces más muertes que el de San Felipe. Estas se debieron a las lluvias y no al viento, pues el huracán pasó lejos de la Isla. "... los estragos ocurridos se debieron al diluvio que siguió al meteoro, y no a los vientos huracanados. Toda la isla sufrió a consecuencia de las lluvias torrenciales. Hubo más de cien muertos, grandes pérdidas de ganado y la agricultura sufrió daños calculados en muchos miles de pesos". Es en este año que, por fin, es abolida la esclavitud en el Brasil.

Al año siguiente de **1889** cuando cae el Imperio en el Brasil y se establece la república, casi exactamente un año después

del de San Gil, azota a esta Isla los días 3 y 4 de septiembre el temporal de San Martín de Hinojosa.

Pasan tres años y el 19 de agosto de **1891** nos visita el temporal de San Magín.

Si en 1890 no tuvimos huracán, el que nos tocaba ese año viene junto con el del **1893**, año en que nos visitan dos, el segundo de Nuestra Señora del Carmen, el 16 de julio, y el tercero de San Roque, el 16 de agosto.

En **1895** los ingleses amenazan con intervenir en Venezuela y los norteamericanos invocan otra vez la Doctrina de Monroe. Cuba pelea contra España. En todos estos años ha seguido la amenaza norteamericana. La anexión de las dos Antillas españolas es cosa de que se habla sin ambages en libros y periódicos y, lo que es más serio, en los gabinetes de la nación y en su mismo Congreso.

Mientras tanto, en **1896**, los días 31 de agosto y 1.º de septiembre, nos azota el tercer temporal de San Nonato.

En **1897**, cuando Puerto Rico tiene ya una población de 894.000 almas, y sigue todavía la guerra de Cuba, en los Estados Unidos tiene lugar una intensa campaña de prensa en favor de la intervención norteamericana en esa isla. Se acerca el fin. Puerto Rico que ha sabido evitar invasiones extranjeras durante la friolera de cuatro siglos, va por fin a caer víctima de factores que vienen actuando desde hace unos doscientos años, factores ajenos a su voluntad pero a los cuales contribuye la oportuna connivencia de unos pocos puertorriqueños, responsables de un desenlace que sin ellos quizá nunca hubiera tenido lugar. McKinley es presidente de los Estados Unidos.

Llega el año de **1898**, el año en que muere Bismarck y en que los occidentales tratan de repartirse a China. Vuela el *Maine* en un puerto cubano. Los Estados Unidos declararan la guerra a España y terminada la guerra en julio, la nación que sólo pretendía ayudar a los cubanos contribuyendo a librarles de España, se quedan con Filipinas y Puerto Rico e imponen a Cuba la enmienda Platt.

En el mismo mes de julio tiene lugar también la anexión del Hawai. Puerto Rico no ha tenido nada que ver con el

conflicto: no lo ha provocado, no lo ha deseado, ni ha solicitado de los Estados Unidos ayuda de ninguna clase, porque ni hay aquí comités revolucionarios ni hay aquí separatismo organizado. No podía haberlo cuando, bajo la hábil dirección de Luis Muñoz Rivera, obtiene el país de España una ley autonómica que colma sus esperanzas y que lo pone en el camino de una nueva vida que quizá lo lleve a ser el ejemplo de América.

España lucha por conseguir que los Estados Unidos acepten cualquiera otra compensación territorial en lugar de esta Isla por la cual siente una particular afección, más no cede el presidente McKinley.

De aquí en adelante habrá otras calamidades: habrá terremotos, temporales, epidemias, crisis económicas, pobreza, pero estas calamidades necesitan ya otra interpretación pues pierden importancia si se tiene, como en el caso de unos puertorriqueños, la invasión americana, por una bendición, y, más aún, si se la tiene por la mayor de nuestras desgracias, por la calamidad irremediable y última, tan grande que ante ella palidecen cuantas de ahora en adelante puedan sobrevenirnos.

De 1898 en adelante la historia de Puerto Rico que ha sido principalmente la historia de sus calamidades, tendrá ya otro sentido, otra dirección, tal que puede a la larga resulte hasta entonces innecesaria toda nueva interpretación.

BIBLIOGRAFIA

1. ABBAD Y LASIERRA, IÑIGO.
«Historia Geográfica, Civil y Natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico», San Juan, 1830. 3.^a ed., San Juan, 1866. En Salvia.
2. ARCINIEGAS, GERMÁN.
«Biografía del Caribe», Buenos Aires, 1955.
3. COLL Y TOSTE, CAYETANO.
«Boletín Histórico de Puerto Rico» y otras obras en que alude a temporales, en Salvia.
4. CÓRDOVA, PEDRO TOMÁS DE.
«Memorias Geográficas, Económicas y Estadísticas de la Isla de Puerto Rico», 1831 a 1833. 6 tomos, Madrid, 1831 a 1838. En Salvia.
5. CRUZ MONCLOVA, LIDIO.
«Historia de Puerto Rico». Tomo I (1808-1868), U.P.R., 1952.
Tomo II (1868-1885). U.P.R., 1957.
6. CUESTA MENDOZA, ANTONIO.
«Historia de la educación en el Puerto Rico Colonial», vol. 1, 2.^a ed., México, 1946.
- 6 a. ESQUEMELING (EXMELIN).
En Arciniegas. Véase Exmelin.
7. EXMELIN.
Véase Mousnier.
8. FLINTER, CORONEL.
«An Account of the Present State of the Island of Puerto Rico», Londres, 1834.
«Estado Actual de los Esclavos de la Isla de Puerto Rico», Nueva York, 1832.
9. HAKLUYT, RICHARD.
«The Principal Navigations Voyages Traffiques and Discoveries of the English Nation, 12 volúmenes, 1903 a 1905.

10. HOSTOS, ADOLFO DE.
«Crecimiento y Desarrollo de la Ciudad de San Juan», San Juan, Puerto Rico, 1957.
11. MARTÍNEZ CARDÓS, JOSÉ.
«La política carlina ante las Cortes de Castilla», en Revista de Indias, Año XVIII, Núms. 73 y 74, julio-diciembre de 1958, págs. 357-395.
12. MILLER, PAUL G.
«Historia de Puerto Rico», 1947.
13. MIYARES GONZÁLEZ, FERNANDO.
«Noticias Particulares de la isla y plaza de San Juan Bautista de Puerto Rico», U.P.R., 1954. En Salivia.
14. MOUSNIER, JEHAN.
«Journal de bord du chirurgien Exmelin». Prefacio y comentarios de Jehan Mousnier, Editions de Paris, 1956.
15. MURGA, VICENTE.
«Historia Documental de Puerto Rico». Vol. I, T. 1, 1956. Vol. II, Santander, 1957.
16. RAMÍREZ, RAFAEL W.
«Los Huracanes de Puerto Rico», U.P.R., 1932. En Salivia.
17. SALIVIA, DR. LUIS A.
«Historia de los Temporales de Puerto Rico», San Juan, Puerto Rico, 1950.
18. TAPIA Y RIVERA, ALEJANDRO.
Sobre temporales. En Salivia.
19. DR. S. ARANA-SOTO.
«Cuba y Puerto Rico no son... o La Enfermedad de Cuba». 1963.

Este libro acabóse de imprimir
el día 10 de abril de 1968, en los
Talleres de TIPOGRAFÍA MIGUZA,
Ciudad, 13, Barcelona (ESPAÑA)

